FERNÁN SILVA VALDÉS

CUENTOS DEL URUGUAY

SEGUNDA EDICIÓN

COLECCIÓN AUSTRAL

863.6
Sil
cue

Uru
863.6
Sil
cue

FERNÁN SILVA VALDÉS

CUENTOS DEL URUGUAY

(EVOCACIÓN DE MITOS, TRADICIONES Y COSTUMBRES)

SEGUNDA EDICIÓN

Barreiro $ 342.-

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DEPARTAMENTO de LITERATURA URUGUAYA
MONTEVIDEO

419

Uru 863.6 SIL cue
Cuentos del Uruguay :
FHCE/098476

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

98476

Ediciones especialmente autorizadas para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición: 6 - XII - 1945
Segunda edición: 7 - XII - 1966

© Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1945

Depósito legal: M. 18.094—1966

Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 7 de diciembre de 1966

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Ríos Rosas, 26. Madrid

ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO	9
Historia de un rancho y una guitarra	15
Payé	21
Los niños enlunados	28
El curandero	35
Tordillo blanco	45
Entre caudillos	51
Marcación	61
El caballo del matrero	68
Yaguareté	77
Soñador	84
Malambo	89
El freno de plata	96
La carreta asombrada	103
Palabra cumplida	109
Palomo	115
Los dos petisos	126
Lobisón	131
La cueva de la vizcacha	139
Palomita	144
Un ruso en mi campo	149
El yuyero	156
Vidala Márquez	161
Se portó como una señora	166
Selva Ramírez	171
Los indios	178
Sequía	184
Raza	192
VOCABULARIO	210

PRÓLOGO

El cuento en el Uruguay sufre cierto estancamiento producido por el realismo, al cual lo vienen sometiendo nuestros escritores, puede decirse que desde los tiempos de Javier de Viana hasta nuestros días. Este género literario, inspirado casi exclusivamente en asuntos del campo, con la inevitable presencia del gaucho y del paisano, ha dado frutos de indiscutida madurez. Los narradores criollos se han mostrado maestros en el género del cuento campesino, y varios son los nombres llegados a la consagración literaria luego de la aparición de su autor más nombrado. Nuestra campaña y su hombre han sido estudiados y presentados al lector en varias de sus facetas, desde la romántica del gaucho de facón y guitarra, sin mayores problemas económicos, hasta la del campesino actual, peón de estancia, chacrero o simplemente trabajador rural, cuyo conflicto señero ya no es el amor de la china, ni su lucimiento personal en la lidia del trabajo, sino el ganarse el pan de todos los días, amargo conflicto económico que pertenece a todos los rincones del mundo.

Por eso, en este volumen de cuentos, no es mi pretensión ni mi deseo presentar a los lectores de esta COLECCIÓN AUSTRAL *un panorama puramente actual de la vida del campo uruguayo, sino una visión de los mitos, leyendas, tradiciones y costumbres campesinas y*

aun ciudadanas de mi tierra, saliéndome a menudo del ya conocido camino naturalista, para penetrar en las zonas del misterio y la agüería, que no han sido aún tratadas en nuestro cuento sino muy de soslayo.

Respondiendo a inclinaciones y gustos personales que durante varios años me llevaron a asomarme primero, y luego a entrar, en esas zonas de lo legendario y brujesco, he venido escribiendo una serie de cuentos y leyendas sobre temas en los cuales predomina el mito, *la* superstición, *la* leyenda *y la* costumbre; *aspectos de nuestra epopeya, si bien no desaparecidos del todo, arrinconados en lugares aún agrestes, por los estridentes bocinazos de la época.*

De ahí que estas narraciones, en sus argumentos, arranquen pintando escenas del tiempo en que el gaucho recién aparecía en el escenario colonial del país; tal como acontece en los cuentos titulados «Payé» y «Los niños enlunados»; o evocando episodios de magia y curanderismo, como en «El curandero»; continuando su proceso con descripciones de los tiempos clásicos del trabajo organizado, viril y estético de apartes, yerras *y* rodeos, *floreados de conflictos pasionales, cual sucede en «Marcación». Así, en otros, se traen a conocimiento del lector clásicas supersticiones y leyendas, cual en «La carreta asombrada», «Palabra cumplida», «El yaguareté» y «El freno de plata». Fábulas con la consabida intervención de nuestros animales, cual sucede en «La cueva de la vizcacha». Traslado del lector a la estancia moderna con la asistencia de gentes civilizadas y mundanas que buscan en el campo lo típico y característico, como acaece en «El lobisón»; y, por último, un reflejo del campo actual con lo paisano tradicional enfrentado al* hombre rubio; *campo evolucionado o sometido a la fatalidad de los acontecimientos atmosféricos y sociales, ambiente que aparece descrito en «Un ruso en mi campo», «Palomo» y «Sequía».*

*

Como entiendo que es la vez primera que el cuento del Uruguay sale de las limitadas ediciones nacionales, para correr el albur de ser leído en todos los países en que se habla el castellano, llevado por el esfuerzo y el prestigio de la COLECCIÓN AUSTRAL *de esta compañía editora, debo decir a mis lejanos lectores no familiarizados con nuestras costumbres, que estas narraciones enfocadas en distintas épocas de nuestra epopeya, están nutridas de la más cabal autenticidad folklórica. Mitos, tradiciones y costumbres de nuestro hombre y su paisaje, las informan. Yo he palpado ese clima en lo que tiene de vida y en lo que luce de sueño; y en arte, a la postre, no hay verdad más honda que la soñada en estilo de realidad. Mitos, tradiciones y costumbres, son los tres pies en que se asienta el trébede sobre el cual* espumamos *el vino del folklore. Y recordemos, por venir tan al pelo, aquello que Antonio Machado dice por boca de Juan de Mairena: «En nuestra literatura casi todo lo que no es folklore es pedantería.» Pero el gran poeta no se refiere —como aclara luego— a los «elementos* folklóricos, *para servidos aparte», ya que «Mairena entendía* folklore, *en primer término, lo que la palabra más directamente significa: saber popular, lo que el pueblo sabe, tal como lo sabe; lo que el pueblo piensa y siente, tal como lo siente y piensa, y así como lo expresa y plasma en la lengua que él, más que nadie, ha contribuido a formar. En segundo lugar, todo trabajo consciente y reflexivo sobre estos elementos, y su utilización más sabia y creadora».*

Muy de acuerdo —amigo Juan de Mairena—; eso es lo que vengo realizando desde los poemas de «Agua del tiempo» (1921) a la fecha: trabajo consciente y reflexivo sobre los elementos folklóricos y su utilización con una finalidad creadora.

Justo es declarar que en nuestra literatura el cuento criollo siempre fue folklórico en ese *sentido, sin folklore servido aparte. Y, continuando esa trayectoria —al par que la propia—, conjugándola con un aporte poético de misterio y de sueño, presento a mis lejanos lec-*

tores estos Cuentos del Uruguay, *creados con elementos del saber y el sentir populares. Ellos no están construidos con el realismo naturalista de su primera época, sino dentro de otro realismo también auténtico, el que consuena y sintoniza con la onda del mito y la leyenda, si equidistante de la realidad para no ser fotografía, equivalente a ella para poder ser interpretación artística.*

*

En cuanto al lenguaje en que se entienden mis hombres —fuera de las expresiones indígenas, ya puras o derivadas generalmente del guaraní— *diré que es el español hablado por el gaucho a lo largo de la época en que los episodios se desarrollan, lenguaje corriente en nuestra campaña y que, salvo algunos giros rancios, se usa todavía.*

Como el lector puede colegir, se trata de un español salpicado de arcaísmos, pero modificado por fuerza de la realidad americana.

El gaucho —ya fuera descendiente de españoles o portugueses puros, ya cruzado con el indio o con alguna otra sangre— constituyó una nueva raza, o casta, de hombres. Dice Azara: «Hay por aquellos campos, principalmente por los de Montevideo y Maldonado, otra casta de gente, llamados propiamente gauchos *o* gauderios.*»*

Un paisaje nuevo, con un episodio de vida nuevo, igualmente, puso en la boca de este campesino semisalvaje, palabras, frases y metáforas prístinas, jugosas y justas, concebidas dentro de los modos característicos de la lengua madre. Por ello, el habla de estos hombres posee, al par que una vieja, una nueva casticidad: la creada por el nuevo panorama y el episodio inesperado acaecido durante el desarrollo del trabajo, de la fiesta o, simplemente, del acto de vivir.

*

Mas para que estos cuentos pudieran titularse uruguayos, no podía quedar en blanco la ciudad, tan dejada de lado, en general, por casi todos los escritores de cuentos. Es que la ciudad, teniendo como tiene tanta importancia social y económica, dentro de la vida del país, no posee idéntica significación esteticoliteraria, por falta de originalidad, ya que en sus costumbres pertenece más a Europa o Norteamérica que al propio país, desde que lo típico y vernáculo se halla todavía en el campo. Mas su vivir a la europea, a punta de civilización importada, no impide que la ciudad conserve muchos rasgos y aspectos criollos netamente nuestros, y asimile otros que el ambiente va creando; aspectos que trato de reproducir en los cuentos que a ella se refieren, mediante las escenas y personajes típicos de las barriadas; o aquellos otros, elegantes y frívolos, emanados de la vida refinada que tiene lugar en los ambientes mundanos de las playas de moda, durante el verano.

Además, en algunos protagonistas de estos cuentos quiero representar ciertos conflictos psicológicos muy del criollo de estas latitudes: el complejo de aquellos que, sin ser valientes, se sienten en la obligación de serlo, por conciencia de una valentía heredada, como en el caso del cuento titulado «Raza»; o resultan valerosos, sin tener conciencia de ello, porque los acontecimientos despiertan ese valor de sus mayores, que está como dormido en su sangre, tal en el caso de «Palomo», cuando no es despertado por algún fetichismo de raíz sexual —gozado con los ojos o con los oídos—, cual sucede con el peoncito bobo *de «El lobisón».*

El sentimiento bondadoso y cultivado de la infancia tiene, igualmente, un lugar en este libro, ya que a través de los rasgos de ternura de esos niños que velan y entierran la palomita muerta, *puede columbrarse la educación del ambiente al cual pertenecen.*

Para producir esa visión algo cinematográfica del alma uruguaya en el ayer y el hoy, he creído oportuno recordar páginas que ya habían sido recogidas por

otras editoriales prestigiosas —las cuales lo han consentido gentilmente—, como las que pertenecen a las narraciones: «Payé», «Marcación», «Palabra cumplida», «Malambo», que integran mi libro Cuentos y leyendas del Río de la Plata, *editado por Kraft el año 1941; y «Los niños enlunados» y «La carreta asombrada», editados por Emecé.*

EL AUTOR.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIF
DEPARTAMENTO
— de —
LITERATURA
URUGUAYA
MONT

HISTORIA DE UN RANCHO Y UNA GUITARRA

El hombre empezó a construir su rancho. Primero cortó los terrones a pala; cuadrilongos y parejos como cajones pequeños. Todos mostrando el verde de la gramilla, cuyas raíces dan cohesión al pan de tierra. Luego, mientras se oreaban durante varios días, hizo el armazón de su futura vivienda, esmerándose especialmente en elegir los troncos para los horcones y los esquineros. Después, el que iba a constituir la cumbrera, el lomo del rancho; y así, las *tijeras* de ramas, parejas y redondas, sobre las que descansarían las *cañas* que a su vez sostendrían los mazos de paja bien atados a ellas por los alambres de la costura. De este modo trabajó el hombre durante un mes, de sol a sol, asistido por un peoncito. Trabajaba cantando, como el hornero, con idéntico material e idéntico fin: el nido.

Parado ya el rancho, le extendió el revoque. Paja bien cortada, amasada con barro y estiércol, que es, como decir, paja dos veces. Y quedó el rancho «retobado de barro y paja brava», como canta el poema.

Después el hombre apisonó el piso de tierra húmeda, y al fin construyó el horno para el pan y la enramada para sombra.

Respiró fuerte y hondo, con la boca, con la nariz, con los ojos, con la mente. Un respiro-descanso de un minuto, para un trabajo de un mes.

Todo el paisaje se le metió en el ser diluido en el aire de ese minuto, como una ratificación total de los

98476
419

pedacitos de paisaje que llevaba metidos en el cuerpo, desde que naciera.

A los ocho días, oreado el rancho, trajo a su compañera.

El hombre con su pareja era feliz. No pedía al cielo nada más que salud para trabajar.

En acomodar el pobre e indispensable mobiliario, se les pasó el día. Casi ni tiempo para hacerse una caricia habían tenido.

Allá por el final de la tarde, cuando a ésta sólo quedaba un pedacito y por ello era más que tarde, tardecita, llegó al rancho un jinete desconocido, al parecer un payador, pues venía con guitarra. Era un viejo de barbas y melenas. Vestía, a la antigua usanza, el traje clásico del gaucho del primer tercio del siglo XIX. Chiripá rayado y cortón. Ancho calzoncillo con cribos hasta el suelo, casi tapando las botas de cuero de potro; estrellados los talones por las rodajas de las grandes y pinchudas nazarenas. Chaqueta corta, como de torero español; sombrero alto y pañuelo *serenero;* cayéndole por debajo de éste hasta la nuca, con las puntas atadas sobre la garganta.

Venía en caballo flaco y chupado, de mirada triste y al trotecito, como sin ganas de llegar, como andando por obligación.

Gruñeron los perros sin ladrar —cual si conocieran al personaje o al matungo desde alguna vida anterior— y le olfatearon las ranillas peludas de las patas.

—Ave María... —dijo el viejo sin gritar, como por cumplir el rito, ya que los dueños de casa estaban en la puerta, y él, junto a la enramada.

—Sin pecado —respondió a dos voces la pareja. Y en seguida, luego de una rápida mirada examinadora, agregaron—: bajesé...

El viejo, como si esperara la invitación, desmontó, ató el pingo al palenque, y saludó dando la diestra, sombrero en mano.

—Pase p'adentro Don...

Y se sentaron. El viejo tenía la guitarra en la mano.

Hubo un silencio embarazoso y pesado. Como para alivianarlo, el forastero, despacio, *picó* un trozo de tabaco en cuerda. Hecha la hebra, sacó una chala; la pasó por la lengua, humedeciéndola, a fin de que el tabaco se agarrara. Armó el cigarro, y acto seguido, con un golpe seco del yesquero, lo encendió en una sola chispa, con soltura, con estilo. Como adivinando la aprobación asombrada de los dueños del rancho, dijo sin mirarlos:

—Hace cien años que lo vengo haciendo.

Había cerrado la noche, y subía la luna, redonda y colorada como la yema de un huevo. Un aire de superstición les paró a los perros las cerdas del lomo. Habló el viejo.

—Le traía esta guitarra, mozo.

El hombre del rancho, con el asombro en la voz, respondió:

—Debe venir equivocado, señor, pues yo no sé tocar, ni conozco a naides que me la pueda mandar.

—Es que yo se la traigo sin que naides se la envíe.

—Pero usted, señor, no me conoce.

—Ello no le hace.

—No comprendo.

—No es necesario que comprenda.

—Pero le repito que es una equivocación, que yo no sé tocar.

Pasó un silencio. El viejo gaucho pitó largo, carraspeó y dijo, como hablando en sueños, tuteándolo:

—Te traigo esta guitarra porque sí nomás. No es de regalo, pues que era tuya. Ni tendrás que tocar en ella, *tocando,* puesto que *ya viene tocada.* Con que le hablés basta. Con que le contés tus cosas, ella se conformará y quedarás conformado a la vez. Esta guitarra es como un almanaque que contiene anotados tus días y tus años. En ella está marcada y tarjada la historia de todos los ranchos y de todos los hombres. Ella te enseñará a ser fuerte ante las penas, contenido ante las alegrías, altanero ante los poderosos, compasivo con los desgraciados. En esta caja de madera está

cantada tu historia, porque ya viene cantada en ella la historia de los hombres que antes que vos, pero igual que vos, levantaron un rancho, trajeron su compañera y se dispusieron a cumplir la ley de su Destino. No creas demasiado en la felicidad, ahora que te ves tan feliz; ni creas por demás en el dolor, mañana o pasado, cuando éste te deje la marca ardiendo sobre la carne. Cuando necesités una ayuda la hallarás aquí, y cuando precisés apoyarte en un ejemplo, también. Te suceda lo que te suceda, ya le aconteció primero a otros, y ella, si se le habla con ley, puede aconsejar con ley. Ella, para ustedes, es algo nuevo; pero ustedes para ella, son cosa vieja y vivida. Porque tiene cantadas tantas historias, que ya es *sabidora* de todos los saberes.

Hombre y mujer, en el primer día de su rancho, en el estreno, recibieron esta visita sin darse cuenta de lo que significaba. Estaban mareados a punta de acontecimientos, y no supieron qué contestar al viejo forastero, en seguida de haber aceptado de sus manos y de su palabra la singular guitarra. El hombre la miró y se volvió a asombrar: ¡pues no traía cuerdas!

Cuando volvieron en sí, se encontraron solos junto al instrumento. El viejo había desaparecido como por brujería, o ellos, ensimismados, no se habían dado cuenta de la ida del anciano.

Se miraron con cara de bobos; luego, poco a poco, volvieron a su realidad de una hora antes, y sonrieron, y se besaron.

—Dejala en un rincón —dijo ella—; debe ser loco.

—No —respondió el hombre—, no parece loco, mentó cosas difíciles y raras, que no entendimos bien pero que yo algo rumbeo. Esta guitarra me da un poco de miedo. Vamos a guardarla. Daño no nos va a hacer, según decía el viejo, y si es para nuestro bien tenerla, ¿por qué la vamos a despreciar?

*

Pasaron los años. El hombre, todo acontecimiento importante de su vida se lo contaba a la guitarra. Pero tenía que ser importante de verdad, pues cierta vez que acudió a ella para relatarle algo mezquino, de su caja sonora salió una voz que decía: «No me vengás con chicas; yo estoy *cortada* para cosas grandes.» El hombre, avergonzado, comprendió la lección, y en adelante, cuando se confesaba con la guitarra, lo hacía sin proponérselo, arrastrado por el propio acontecimiento, ya fuera éste triste o alegre.

Así, un día le contó, alborozado, el nacimiento de su primer hijo —que fue una niña— y el del segundo y del tercero.

Otro día le comunicó su dolor por la pérdida de la cosecha, debido a la sequía; otro, le narró, enternecido, cómo al niño nacido último y fallecido a los pocos días, lo velaron en un cajoncito de tosca madera sin cepillar, forrado de tela blanca; mientras los vecinos se divertían jugando a las prendas y haciendo cuentos graciosos, sin reparar en el posible dolor que el caso podría causar a los padres; de tal modo que ellos no sabían qué actitud tomar, ya que la costumbre les aconsejaba alegrarse por entregar un *angelito* al cielo, pero el corazón les decía que debían apenarse por entregar un cuerpecito a la tierra.

Otra vez le contó la hazaña del curandero del pago, cuya *ciencia* salvó de la muerte a su querida patrona. Otra, las injusticias del juez, al pretender —de pícaro nomás— colgarle a su limpia honradez el robo de una oveja cometido por otro. Otra ocasión le contó, con voz emocionada, los días sin pan y sin carne (en el país del trigo y de las vacas) pasados a gofio y a fideos tan sólo, mientras cruzaban por el camino autos relucientes, con hombres y mujeres llevando alegría y felicidad en la punta de sus bocinas.

Otra vez, la escena épica de una yerra, donde se lució de tal manera con el trabajo del lazo, que se emborrachó a fuerza de tantos «valió trago» a que le daban derecho sus «piales de volcao» realizados en la

cho de fines del siglo XVIII, la chaqueta de solapas sobre camisa blanca, cuello y corbata. Después, gran cinto y facón a la izquierda, a manera de espadín; sombrero «panza burro» y rebenque con virolas relucientes.

El hombre aparecido así de improviso en la puerta, se adelantó hacia el interior del rancho sacándose el sombrero; se acomodó el poncho sobre el hombro derecho, carraspeó varonilmente y pidió permiso al bastonero para entrar al baile.

Se llamaba Pasión Benítez, y era español de nacimiento, y gaucho —pero gauchazo— de crianza...

Todo el mundo le dio el frente con los ojos agrandados y la cara contraída.

La pareja que acababa de decir la relación, formada por Perico Pérez, criollo de aquel pago, y su novia Cielo Suárez, mujer agraciada, se miraron. Ella había contenido a medias un movimiento de sorpresa, degollando un grito.

Perico la interrogó:

—¿Lo conocés?

—Yo no —contestó ella mintiendo.

¡Vaya si lo conocía! Era el «enamorao sin suerte» que le venía «arrastrando el ala» hacía algún tiempo; y para el cual, es cierto, ella hasta el momento, sólo tuvo desdenes.

Pero su novio, que había estado «p'adentro» con un ganado y recién volvía, ignoraba esto.

El hombre fue atendido como persona de calidad, de acuerdo con su cuidada indumentaria, y concluido que fue el «pericón», los guitarreros tocaron un «gato», y el forastero, antes que Perico invitara a su pareja, se adelantó a ella convidándola a bailarlo. Ella se puso colorada y miró a su novio. Perico dijo:

—Esta flor tiene ojal, Don...

—Pero eso no le hace, aparcero. No se la voy a manchar bailando un «gato» —respondió él mientras le tendía la mano.

Ella, obedeciendo como dominada por la atracción

del forastero, aceptó la demanda sin esperar consentimiento alguno, y salió al medio de la sala.

—Que lo bailen solos —dijo el bastonero.

—«Solo nací, solo muero» —contestó el recién venido, y mientras los guitarreros rasgueaban la introducción del baile, él pidió licencia para dejarse las espuelas, a las que les acortó las cadenillas de la alza prima, para no trillar el piso con las rodajas.

El mozo estaba radiante, pues veía que le había «quebrado la cola» a su mala suerte.

Ya se había encontrado con la moza, en ausencia de Perico, prendándose de ella, pero sin suerte, puesto que la muchacha quería a su novio, aun cuando coqueteaba con el forastero, cosa que bien merecía la pena, dada la arrogante presencia y la simpatía del mozo.

La última vez que se vieron, ella le sacó el cuerpo francamente ya, pues la estaba «comprometiendo» demasiado.

En vista de ello, el español criollo, que se sentía enamorado ciegamente de la morocha, había ido a consultar a un brujo curandero, el cual daba amuletos para la suerte, sobre todo para el juego y el amor; amuletos que se llamaban «payés».

El brujo era mestizo de indio, y dadas las prácticas a las cuales se dedicaba, pasaba por tener relaciones secretas con el demonio, cosa que lo hacía respetado y temido, aun cuando no faltaba quien lo tomara por loco.

Cuando Pasión Benítez lo fue a ver, lo encontró en un rincón del rancho tomando mate, en cuclillas frente a un fueguito miserable, pero que parecía despedir el humo en volutas caprichosas.

—Ave María... —gritó el enamorado.

—Sin pecado —contestó el brujo, sin caer en la cuenta que este saludo aludiendo a la Virgen María, estaba disparatadamente en contradicción con las prácticas diabólicas que él realizaba.

El mozo entró.

—Te esperaba —dijo el indio.

—¿A mí? —respondió sorprendido el visitante.

—A vos, que andás «revirado contra el amor» de una china lindaza que se llama Cielo.

A Pasión Benítez le corrió un chucho por el espinazo y se entregó. Bueno: para eso iba, para creer en el poder del brujo y sacar el mejor partido, consiguiendo algún amuleto invencible que le diera la posesión de Cielito.

—Te lo doy que no faya —le había dicho al entregarle el «payé»; añadiendo mientras recibía la paga—: Te lo doy «compuesto» con una pluma de ala de «caburé-i». Estate tranquilo, que no hay *cristiana* que se te resista.

Y por lo visto, la cosa era cierta. La criolla era otra, ahora. Bailaba como entregada, como obedeciendo a un designio fatal. En el zapateo le clavó los ojos; primero con cierta dureza, en seguida con dulzura. El asombro de la concurrencia se iba resolviendo en escándalo, en el pensamiento de cada cual.

—Pero ¡que sinvergüenza! —comentaban ya las viejas, desde los rincones.

—Pero ¡qué suertudo! —decían algunos gauchos viejos.

—No hay como ser forastero y tener «gordo» el tirador —comentaban los mozos.

Mas aún faltaba lo mejor. El «gato» que bailaban era «con relaciones», y cuando cesó la música para que el hombre cumpliera esa parte ritual de la danza, le dijo a su compañera estos versos:

Te lo leo en la mirada.
Me estás diciendo *que sí*
aunque te quedes callada.

Ella se puso roja y no supo qué responder. Sintió un fuego en los talones que le fue subiendo hasta la nuca, resolviéndose en frío cosquilloso bajo el nacimiento de las trenzas. Por toda respuesta miró al gallardo mozo con dulzura de venadita entregada. Aquel silencio, en realidad ordenado desde los versos de la «relación», era la respuesta más elocuente que se podía dar. Silencio que valía más que un «te quiero». Silencio que sonó en los oídos de todos como un beso dado al rival.

Entonces Perico, saliendo de su estupor, dio un paso enérgico hacia la pareja, y haciendo callar a los músicos con un gesto de la mano y sin mirarlos, con la vista prendida en el rival, dijo altanero:

—Señores, pido la bolada «para desempeñar» a esta moza.

Todos se volvieron hacia él. Un soplo de tragedia abanicó las sienes de las mujeres y apretó los labios de las bocas varonas del gauchaje. El forastero dio un paso atrás como abriendo cancha para accionar en oportunidad, mientras Perico, la mano izquierda en la cintura, el brazo derecho en acción y el rostro encendido en la llama del coraje, «desempeñó» a su novia ingrata, contestando a la atrevida relación del recién venido, de esta suerte:

Aunque me la dejes muda,
y aunque me la dejes tuerta:
¡vas a quedar tironeando...
como perro en vaca muerta!

Una gran carcajada llenó el rancho de la fiesta. Y mientras una bandada de manos aleteaba el aplauso que Perico se merecía, el hombre, puesto en ridículo por la ingeniosidad cortante de la respuesta, atropellaba facón en mano al novio de Cielo Suárez, la más bella mujer del paraje, dándole a Perico un hachazo en la frente, que no le dejó disfrutar del momentáneo triunfo obtenido con su contestación.

Las mujeres huyeron como arreando la tropilla de sus gritos. Los hombres abrieron cancha. El bastonero, inflado de autoridad, se interpuso entre los peleadores que ya —el ponchito de verano envuelto en el antebrazo izquierdo y el facón en la diestra— se bus-

caban por debajo de los brazos en cruz del viejo director del baile, el cual optó por hacerse a un lado.

Entretanto, Cielito Suárez, la mujer que tenía la culpa, contemplaba la escena con una imparcialidad tal, que parecía no «ir nada en la parada».

Es que en la psicología de ella, en ese momento, se operaba algo misterioso. El «payé» del forastero le había *cambiado* de tal manera el corazón, que lo que al principio fue indiferencia de espectadora ajena al drama, en seguida se tornó parcialidad decidida en favor del amor nuevo que ella sentía ahora ocuparle el pecho. El español gaucho era un *faconero* con toda la barba, y había arrinconado a Perico Pérez, que se defendía valientemente, detrás de una silla. Ella seguía la lucha con ansiedad, tomando franco partido a favor del forastero. Los facones cortaban poncho cada vez que el brazo, puesto en escudo, paraba un tajo que hubiera sido mortal, de llegar a su destino.

Perico, reaccionando, a pesar de la sangre que le chorreaba por la frente, volvió al medio de la cancha, marcando bajo el labio inferior a su enemigo de un revés. Pero éste, como si necesitara el rigor para estimularlo más, entró con fiereza en la guardia de Perico, hundiéndole el acero en el pecho «hasta la ese»...

Cielo Suárez, la dulce y buena criolla que todos conocían, con una frialdad inesperada se colgó del cuello del vencedor, dándole un beso, en tanto que su novio la miraba desde el suelo con ojos de asombro, llegado ya a las porteras de la muerte.

Ante el horror de las mujeres y el de los hombres, la pareja salió afuera abrazada. El «payé» del brujo seguía tallando bien en el carteo de los corazones.

Todos rodearon al herido, que intentaba levantarse aún empuñando el facón, para rescatar a su amada. De pronto se serenó, sus ojos cambiaron de rumbo. Una vieja le puso una almohada bajo la nuca, y clavando la mirada en las pajas del techo, se quedó muerto.

Pero en ese instante sucedió nuevamente algo inesperado: Cielo apareció en la puerta, desmelenada. Las

ropas denunciaban la lucha. El lazo de la trenza se le había zafado, desparramándosele el pelo copioso por la espalda. Al morir su novio, el «payé» *había perdido su fuerza misteriosa*, ya que, si tenía *a favor de quien obrar*, no tenía *contra quien*, faltándole así un punto de apoyo y perdiendo, en consecuencia, su maléfico poder.

De acuerdo con esta situación psicológica, la criolla había vuelto a ser *ella misma*, amando al hombre que en realidad amaba, y dando un grito desesperado, se echó sobre el cuerpo de su amor, mojándole el rostro con sus labios y con sus ojos.

Entretanto, afuera, en la noche oscura, un jinete huía a gran galope, apretando dentro del puño una piedrita negra adornada con plumas, como asustado de sí mismo.

LOS NIÑOS ENLUNADOS

Sucedió en el tiempo 'e ñaupa
lo que les voy a contar;
vale decir: hace mucho,
cerca de una eternidá.

Así comencé mi cuento esa noche. La reunión era numerosa. Casi toda gente de la ciudad, que va a las playas en verano, y al campo en otoño. Matrimonios jóvenes, muchachas por casarse, algún solterón de esos que no se enamoran de ninguna porque se enamoran un poco de todas. Pasábamos la «semana de turismo» en una estancia de Rocha, emplumada de palmeras. Siempre que le hacían cancha a mi palabra, les contaba algún cuento tradicional, fábula o leyenda sobre temas de la tierra, materia sobre la cual confesaban su ignorancia. Como asimismo había gente del pago, y como era ésta la que me escuchaba con mayor interés, yo le daba a mi palabra, en lo que podía, cierto tono criollo que estaba, además, en consonancia con el tema y el ambiente.

Y les conté el caso que sigue: En esa ocasión nacieron a la misma hora —en los campos de los Valdés Calzadilla, pagos de Tacuarembó— dos criaturas. A la misma ahora, como quien dice «emparejando el vamos» en la penca de la vida. Era una noche de luna redonda y completa, más bien pasada de madura ya, entrando a ser luna vieja, que es cuando el astro tiene mayor poder maléfico, porque —según dicen los que saben

más que yo —está un paso más cerca del diablo que de Dios.

La atención estaba conquistada. Algunos se me acercaron más, pendientes de mi voz, y proseguí:

—Se venía dando un verano bien rayao.

—¿Cómo rayao? —dijeron algunos.

—¿Rayao de qué? —interrogaron otros, en son de broma.

Rayao de chicharras durante el día, y de grillos por la noche —les respondí— si me permiten la comparancia.

Y seguí con mi historia, luego de una ruidosa aprobación.

—Nacieron dos criaturas, decía yo, pero una en cama rica y otra en cama pobre, como en los cuentos de hadas, que ansina es el mundo y lo seguirá siendo hasta que venga el cristiano toro que lo dé vuelta, y entonces suceda al revés: naciendo en cama pobre los que tendrían que hacerlo en cama rica, y en cama rica los que tendrían que nacer en cama pobre.

Algunas risas festejaron el retruécano, y me incitaron a continuar.

—De las dos criaturas una era varón y mujer la otra. El niño nació en un rancho cerca de las casas de la estancia; y la niña en las propias casas. Ésta era hija de los patrones y aquél hijo de los puesteros, lo cual no quiere decir que tanto uno como otro no fueran por igual criaturas de Dios.

Como el cuento se ponía lindo, el silencio de la rueda se fue callando, del mismo modo que lo negro se puede tornar más negro, y lo blanco más blanco.

Continué mi narración.

—Esto que les digo sucedió allá por el año mil ochocientos y pico, un pico más bien de lechuza que de cigüeña. El niño de que hablo, dormía, a los dos o tres días de nacer, en su cunita 'e pobre hecha con una carona vieja, cosidas ambas hojas con tientos de cuero crudo, la cual, sostenida por cuatro pedazos de coyunda, colgaba de la cumbrera del rancho. Como

hacía mucho calor, habían dejado abierta la ventana; cosa que aprovechó la luna para darle de lleno al angelito en la cara y hacerle el maleficio que ella *acostumbra.*

Los padres del niño dormían tranquilos y descuidados de este peligro, arrullados por los grillos, y por ese resuello lejano y siempre en una hebra que es como la respiración del campo, azuzada de vez en vez por el latigazo del chajá, que duerme con un ojo abierto. Allá por la medianoche, la madre se despertó viendo el rancho como de día de tan enlunado que estaba. Entonces, su amor maternal le hizo llevar la vista hacia la cuna, y al ver a su hijo iluminado, saltó de la cama asustada, cerrando la ventana, pues recordó que la luna —según decían los viejos— si alumbraba a los niños recién nacidos, «les tomaba el alma» dejándolos para siempre «idos», enfermos, o simplemente lunáticos o enlunados. Mas por desgracia ya era tarde, pues la luna había dado su luz durante más de una hora en el cuerpo y en la cara de la criatura, quedando para siempre marcada con esa marca que no sé por qué es una quemadura del alma.

En los oyentes hubo un resuello de emoción colmada, un refregarse las manos con significativo placer, un iluminarse como estrellas las puntas de los cigarros.

—Pero a la par que esto acontecía en el rancho del pobre, se daba la misma carta en la casa del rico, puesto que la luna también derramó su maléfica luz sobre la carita de la niña que había nacido de contrapunto con el hijo de los puesteros. Con la uniquita diferencia que el sucedido, si bien en el rancho se desarrolló casi en silencio, en la casa grande se emplumó de importancia, como los pájaros se empluman de colores.

Ansina, mientras la familia tomaba la fresca en el largo corredor que rodeaba las habitaciones, la niña recibía la visita de la luna en el dormitorio. La señora dueña de casa mandó a una de las peonas a buscar no sé qué al dormitorio, y ésta comenzó a los

gritos: «¡Que la luna *le toma el alma* a la niña; ay, mi señora, por favor, que la luna *se la toma.*» La madre, que no conocía esa *costumbre* de la luna, creyó que la china estaba loca, pero ante la seriedad con que todos —peones y peonas— tomaron el caso, lo agarró en serio, permitiendo que cerraran la ventana. Luego, un caballo partió a media rienda, y al rato llegó un peón conduciendo a una vieja curandera, medio bruja ella, la cual le hizo una *vencedura.*

(Ante el gesto de incredulidad de algunos rostros contraídos por la atención, tuve que aclarar: una *vencedura* para vencer el *daño.*)

La curandera alzó a la niña en brazos, dormida; hizo abrir apenas la ventana y *presentó* la criatura *tres veces* a la luna, bañándola en el tajo de su luz; y como no se hubo despertado, dijo a la madre que el maleficio estaba *vencido,* tranquilizándola. Al amanecer se retiró, llevándose como paga varias gallinas, un queso, y dos monedas de plata con el perfil de un rey de España; y el sucedido, luego de tanto alboroto, metió la cabeza bajo el ala y todos se quedaron tranquilos.

—¿Y de ahí, se acabó la historia? —interrogaron varios curiosos a la vez.

—De dónde —retruqué—. La luna no se entrega tan fácil; ahora empieza a tallar el tiempo; hay que dejar correr unos años para que el *nacido* madure, o para que el botón eche flor... Y los años corrieron, pues que sueltos o empotrerados no hay nada ni nadie que los ataje. Los niños, enhebrados al nacer por la misma lonja de luz, se criaron mirándose de lejos, cual dos vidas partidas al medio por el tajo de la plata y la categoría. Pero estaban *ligados* sin maliciarlo una nada. La luna los había embrujado de modo diferente; uno para bien y otro para mal. El niño salió juguetón, alocado, *calandria;* y la niña, tristona, suavita y silenciosa como un tiento ensebao. Y ansina se criaron, viéndose de lejitos nomás, como las orillas del arroyo corren mirándose de lado sin encontrarse.

Pasaron a esta altura varios vasitos de caña, de vidrio grueso, al par que algunos finos y altos de whisky, cortándose el hilo del relato. Cuando hubo llegado cada uno a la boca de su destino, luego de reclamar el mío —ya que me habían hecho puente—, continué:

—Bien. El tiempo que tenía que pasar pasó nomás. Por lo tanto ahora viene la segunda parte de mi cuento.

*

Bajo un lerdo sol de verano, se oyó un tintinear de cascabeles entre una nube de polvo, que se estiraba raleando por el camino. El primoroso arreador de un cochero mulato, chasqueó en el aire verdeazul de la mañana su sonoro firulete como un relámpago apagado. El coche de los Valdés Calzadilla —familia godopatricia—, poseedora de diez leguas de campo semipoblado de toros y de potros, que pastoreaba malamente una peonada compuesta de indios, mestizos, negros, blancos y mulatos, llegaba como todos los veranos a la estancia «Tres Arroyos». Dentro de una nube de polvo, erizado de voces y juramentos masculinos, el carruaje se acercó a las casas, conduciendo una preciosa carga de carcajadas y vestidos claros. El vehículo era alto, de ruedas enormes, especial para vadear los pasos crecidos. Un pintoresco grupo de gauchos, chinas y morenas, salió a recibirlo; mientras cierto peoncito de labio sucio por el bigote, colocaba una escalerita contra la culata del coche, por la cual, entre melindres y cuidados, fue bajando la familia como una cascada. Mientras tanto, dos ojos celestes se detuvieron en dos ojos negros, y una trenza rubia y bien oliente rosaba, al descender, las puntas negras y lustrosas como alón de cuervo, de unas clines indias.

A la noche, como continuación de la cena, se festejó la llegada de los patrones; y a la luz de la luna y de las brasas, entre el humo saludable de los fogones, el peoncito de estas mentas, al que llamaban por mal nombre «el enlunado», supo cantar en la vihuela un

«compuesto» alusivo al caso. Si el enlunado cantaba, «la enlunada» —que así la nombraban por lo bajo— recibió el cantar como una siembra. Hay voces que aran sin bueyes, y surcos que germinan sin tierra; así, de sangre a sangre, como de arroyo a río. Entre mates que viajaban de ida y vuelta; carcajadas groseras o graciosas; narración de peripecias del camino; cuchillos limpiándose en las botas; asados que goteaban su luz como las chicharras sus cantos, un búho de grandes orejas, hamacándose al son del viento en la punta de un sauce, le ponía al episodio candoroso la salmuera de infierno que le faltaba. Y allá lejos, como a dos picanas del horizonte, la luna de fuego y cobre, grandota y redonda cual la copa de un freno de pesadilla, recobraba dos almas que tenían su marca, y que se le habían distraído o extraviado.

Una resonancia de mujidos, de teros y de grillos desvelados, poníale fondo musical a la escena, en medio de la cual —como la piedra blanca que indica el sitio del rodeo— el mozo del bigotito de seda y las melenas lánguidas, cantaba. Que no le pidieran trabajos, ni lo mandaran a nada. Era un chambón para todo, pero todos lo querían porque era *el canto*. Tenía lo que a los otros les faltaba. Lo que no pudieron aprender lo sabía él sin esfuerzo, cual sin haberse movido, de sentado nomás. Era el *enlunado;* llevaba adentro una luz de hebra celeste. Hombre con un poco más de Dios que los demás. Porque era *el arte*. Ordinario y cerril, pero *el arte*. Haragán delicioso al parecer, pues trabajaba para adentro. Para adentro y lindo. Cualquiera domaba un potro; echaba un pial; guampeaba en un rodeo. Cualquiera era cualisquiera, pero él era él. Y añadir una bordona que se rompía, resultaba más difícil que *ingerir* un lazo que reventaba. Y después de todo —como dicen— por eso era medio loco y medio poeta. Era el *payador;* el gurí a quien la luna le había «tomado el alma».

*

¿Y ella, la niña de la casa, su melliza en la luna? Ella era una mocita caprichosa y consentida. Enfermiza, y por eso, mimada por toda la familia, adulada por las amigas, amada sin fortuna por los mozos de su clase. Ella era la señorita que tenía todo lo que deseaba, pues que padres, abuelos, hermanos y tíos, se mataban por cumplir sus caprichos. Mientras el payador —su mellizo en la luna— era el centro de la atención, sintió odio por él, sintió celos; pero ante una mirada del mozo, el odio se transformó en capricho, en el capricho de *tenerlo* como un nuevo juguete.

Ese muñeco ha de ser para mí —pensaba—, sin saber que la muñeca era ella. Y en esa ocasión, al rato de apagarse la fiesta, al filo de la medianoche, la luna los volvió a atar con su cinta blanca. Marchaban a caballo, pero en un solo caballo, habiendo tantos; en uno solo para ir más juntos. Iban como buscando las nacientes o las querencias de la luna. El búho aquel de las orejas tiesas, desde el copete del sauce los vio alejarse. Creyendo que el rapto o la huida era obra suya por la pizca de diablo que tenía, arrepentido les chistó tres veces..., pero ellos no se dieron vuelta y siguieron al trote, su rumbo; su destino; como «idos» de la tierra, envainándose en la niebla dorada de la luna.

EL CURANDERO

En la costa del Cuareim, dentro del rincón formado por este río y el Uruguay, estaba el pueblo; pobre, callado y triste, como haciéndose silencio a sí mismo para su eterna siesta.

Lo constituía un rancherío de barro y paja, o de barro y teja brasilera; con una plaza más rústica aún que sus callejones de tierra y yuyos; remachado hacia el futuro por algunos caserones de azotea y paredones de piedra, ventanas de reja y puertas de hoja partida, luciendo sus pesados llamadores de argolla.

Encabezaban la plaza una capilla de cal y teja, flanqueada a dos lados por los ranchos de material del Juzgado de Paz y la Comisaría, ya que juez, comisario y cura, se repartían —entre varias cosas que no vienen a cuento— la autoridad constituida del poblacho.

Hacia el arrabal del camino o callejón de entrada, recordando una clueca abierta de alas, el rancho del curandero representaba otro centro de autoridad y concurrencia, más o menos permitida por aquel trébede de tres patas asentado en la plaza, que era donde se cocinaba oficialmente la vida poblana.

Dicho curandero era *médico* del cuerpo y también del alma, ya que abarcaba en sus *poderes*, aspectos de brujo, mago y adivino.

Era un indio guaycurú al que llamaban Carapé —que en idioma guaraní significaba *bajo*—, denominación que concordaba fielmente con su estatura, dan-

do motivo a que por lo bajo lo llamaran *petiso*, apodo que él rechazaba dicho en español, pero que aceptaba expresado en guaraní.

En demanda de sus yuyos medicinales, sus consejos en trances difíciles o amuletos para la suerte, venían a verlo desde varias leguas a la redonda, no sólo pobladores de la Banda Oriental, sino igualmente de pagos de Río Grande y de Corrientes, pues para ello unos no tenían más que *bandiar* el Uruguay y otros el Cuareim. De ahí que el hombre —debido a la situación geográfica de su *consultorio*, y al hecho de haber rodado en sus andanzas por los tres pagos— se expresara en cualquiera de sus tres lenguas.

El rancho estaba edificado fuera de la línea, hacia adentro del terreno o sitio que a su padre le había regalado el general Rivera, y cuyo título de propiedad era una carta del famoso caudillo, título que nadie discutía, y que le daba carta blanca para realizar sus actos pintorescos y disparatados, curando «paletillas caídas» de cristianos, como «bicheras» de animales, o corazones enfermos de amor. Así, en el espacio baldío que quedaba frente al rancho, había una enramada, dos o tres sillas y un palenque, siempre con algún caballo atado, esperando la vuelta de su jinete que se hallaba en el interior consultando al curandero. En el momento de ser evocado, el indio Carapé estaba atendiendo a un cliente cuyo caballo, por lo gordo y bien aperado, denotaba un dueño platudo, al par que otro caballito «charcón» y de «aperito cantor», que también esperaba, prometía un segundo cliente modesto, el cual fumaba paciente sentado al revés en una de las sillas.

Penetremos al rancho del brujo, ya que en esta ocasión, de tal estaba haciendo.

Cuando el jinete ricacho pidió permiso para entrar, al tiempo de levantar la cortina de arpillera que lo ocultaba de la calle, el brujo encontrábase en trance de realizar una «cura por secreto y a distancia», delante de un fueguito hecho en el suelo de tierra muy apisonada, con adornos de huesos de caracú formando

dos geométricos corazones. A su alrededor pendían colgados del muro tiznado, manojitos de plumas y de yerbas; redondas y chatas piedritas oscuras, agujereadas en el centro, sujetas por clavos contra el revoque de barro de la pared, así como dos búhos parados cada uno en el gajito de venado de una cornamenta, clavada en el horcón del mojinete del rancho.

Por el suelo andaban a su antojo, cazando insectos, algunos sapos repugnantes y adiestrados, pertenecientes al culto diabólico del cual el indio era sacerdote. Y amén de todo esto, sobre un cajón rústico cubierto con un trozo de poncho listado, una calavera; y junto a ella una cruz de palo negro y *curado*, imponiendo a la tosca clientela el miedo o el respeto necesario para ya tenerlos *ganados* de entrada.

El hombre —desnudo el torso sudoroso, de bombachas negras, vincha colorada y collares de garras de tigre colgando del cuello —evocaba a sus dioses o demonios, al realizar la cura por secreto en que estaba empeñado. El ciente —Jesús Machado— quiso retirarse cohibido, pero el brujo, que ya terminaba su tarea, le hizo señas de que se quedara, y luego de unos instantes de jadeante silencio, clavó su mirada en el visitante, como estudiándolo, y concluyó haciendo un gesto indicativo de que estaba a sus órdenes. El visitante le sostuvo la mirada, hasta que el indio le hizo la pregunta:

—¿Amor o juego?

—Amor —respondió el gaucho.

Carapé avivó el fuego, echándole unas hojas secas que se transformaron en volutas y lenguas de humo; después se cuadró delante del mozo, acarnereó los ojos y abrió los brazos, diciendo:

—Pensá en tu pena y allegate a mí.

Jesús Machado, pensando en la figura de una criolla que lo tenía seducido, se adelantó tímidamente hacia el curandero, quien enredaba sus brazos en los rulos del fuego, como poniéndose grandes pulseras de humo.

Un olor fuerte y cerril encrespó su niebla en la es-

tancía. El mago continuó su tarea, como un santón de palo con movimientos mecánicos. Enarbolando un tizón trazó dibujos en el aire, rayó una cruz en el piso y se paró encima de ella.

—¿Cómo te llamás? —preguntó.

—Jesús Machado —respondió el *paciente*.

Ante el nombre de *Jesús*, el indio hizo cierto gesto que intranquilizó al cliente, haciéndole pensar —dado que el curandero también era medio brujo— que su nombre podría ser un impedimento para su suerte; mas el mago, dominando su situación, le contestó:

—No li hace; no li hace que te llamés Jesús. Yo no estoy del todo mal con el cielo, y lo mesmo te vi'a sacar con bien en este trance. Decime ahora el nombre de ella.

—Arací. Pero le dicen Cielito.

—¿Hay *tercero* en discordia?

—Sí, señor —contestó el enamorado.

—¿Su nombre?

—Nicanor Fagúndez.

—Stá bien. Jesús, Arací, Nicanor —dijo, como para sí solo, varias veces.

Reanudó su gimnasia misteriosa, se enruló el humo en el cuerpo, interrogó a uno de los búhos, el cual le respondió chasqueando el pico; y, por último, hizo que el cliente se parara dentro del perímetro de uno de los dos corazones descritos, formados con huesos de caracú. Hecho todo esto, descolgó una piedrita negra y agujereada. Le pasó una cinta azul «sin pecar», haciéndole un lacito especial y dejándole los extremos largos como para atárselos al cuello a modo de escapulario. Luego introdujo entre piedra y cinta una plumita aperdizada y, dirigiéndose al gaucho que esperaba emocionado, se la entregó, diciendo:

—Este «payé» va *contra* el rival; pero si él *muere*, hay que *componerlo* de nuevo. Inclinate.

Y mientras Jesús Machado se inclinaba sumiso, le colgó la cinta del pescuezo, escondida bajo el pañuelo que el mozo usaba de golilla.

Acomodándose el cinto y poniéndose el sombrero, salió el mozo ladeando la cortina; desató su caballo, montó con extraña decisión, y se perdió en el polvo rosado del poniente.

*

El curandero no era un pícaro ni un embaucador. Él poseía —por herencia paterna y por dedicación— ciertos conocimientos de la ciencia primitiva de curar algunos males del cuerpo y del alma. Por eso se tomaba en serio a sí propio, tanto como lo tomaban sus pacientes, pues algunas curas hacía a base de hierbas medicinales que hoy se siguen usando, y a base de palabras y consejos que curaban por sugestión, como igualmente hoy día siguen curando nuestros médicos, especialmente los alienistas. ¿Y si no, qué es la psicoterapia? Ahora, digamos que la creencia en sus *poderes* era excesiva, por autosugestión en él, y sugestión colectiva en los demás; por cuyo motivo realizaba sus disparates con igual buena fe que aquellos otros actos que contenían un principio científico. Y si lo del «payé» para tener suerte en lances de amor, era un asunto de sugestión ligado a un poder misterioso y desconocido, otras curas pretendía hacer —como todos los curanderos, hasta los actuales— valiéndose de recetas religiosas, y así lo veremos en seguida.

El segundo cliente, el de pobre indumentaria y caballito ensillado con «apero cantor», que estaba esperando su turno, levantó la cortina y penetró en el rancho, luego que hubo salido Jesús Machado.

El indio, ante el fuego, esperaba ya la entrada del nuevo visitante, quien avanzó resuelto y le dio la mano:

—¿Cómo está?

—Bien, ¿y usté?

El «bien» y «usté» era una fórmula, porque el curandero —como buen indio— tuteaba a todo el mundo.

—¿Qué te trae? —interrogó espantándose las moscas.

—Manda decir Tata, que haga el favor de ir a curar

varios animales abichaos, si es que no los puede curar desde acá.

—¿De matadura o castración? —inquirió Carapé.

—De mataduras del basto y tajos hechos en un andarivel.

—Conque estamos de carreras, ¿no?

—Y... así parece, don Carapé.

—Stá bien. Decile a tu Tata que no le curo nada; que ya no hago esos trabajos, y que no me mande incomodar más. ¿Has óido?

—Stá bien, Don —respondió el mozo, disponiéndose a salir. Dio la mano y, sin mayor extrañeza, apartó la cortina y salió. Mas en vez de irse, se quedó escuchando del lado de afuera, presumiendo que el indio obraba así porque iba a realizar la «cura por secreto y a distancia».

En ese momento llegaban dos clientes más, una madre con la hija, las que pretendieron entrar, pero el mozo de los animales abichados las atajó diciéndoles que esperaran un momento, pues el indio le estaba haciendo una cura a la distancia. Entonces oyeron la voz del curandero, quien recitaba una oración en portugués, la cual tenía que ser rezada en alta voz para que cobrara eficacia. Y el indio Carapé, solo en su rancho, con toda seriedad, dijo esta cristiana oración, parado sobre la cruz trazada en el piso.

«Mal que comeis a Deus não louvais a nessa bicheira não has de comer mais. Has de ir cahindo de dez em dez, de nove em nove, de oito em oito, de sete em sete, de seis em seis, de cinco em cinco, de cuatro em cuatro, de três em três, de dois em dois, de um em um, ¡e nessa bicheira não ha de ficar um! ¡Ha de ficar limpa, salva e sã como ficaram limpas, salvas e sãs as cinco chagas de Nosso Senhor Jesus Christo!» Y al concluir la oración hizo aparatosamente la «señal de la cruz».

*

Entraron al *consultorio* las dos mujeres. Luego de los saludos de práctica, hubo un silencio embarazoso. El adivino, con la cancha que le daba la experiencia, supuso que la enferma era la joven, al notar la cara de circunstancias que traía, exagerando su dolencia. Así, yéndose a tiro hecho, interrogó:

—¿Y qué le sucede a la mocita? A esa edá los males *saben* ser del corazón. ¿Tiene novio esta niña?

—Novio, *novio* no tiene —respondió la madre—, ¿no? Pero... vamos, la muchacha es bien parecida, ¿no?, y novio tampoco le falta, a Dios gracias.

Esta de saber si la muchacha tenía novio, era una de las preguntas preliminares y obligadas a que el curandero recurría inteligentemente. Dadas las respuestas, él tendría una base sobre la cual, al cabo de otras averiguaciones, formarse una idea de la personalidad del paciente y su estado psíquico. Conocido ese punto, a pesar de la contestación pintoresca y sutil de la china, que no afirmaba ni negaba, el hombre inquirió de lleno el motivo de la visita.

—¿Entonces qué le duele a la moza?

—Yo se la tráia, Don, porque hace tres días amaneció con los *agallones* muy hinchados, ¿no? ¡Mire cómo los tiene! Date güelta. Mostrale al *médico*. ¿No ve, Don?

El curandero se acercó a la muchacha y le palpó la garganta preguntándole:

—¿Te duele áhi?

—Sí, me duele mucho, sobre todo cuando trago. Va p'a dos días que no puedo tomar mate.

—¿Cuándo te duele más, de noche?

Contestó la madre ahora:

—Ella, don Carapé, se queja de que el dolor juerte le viene al canto del gallo, a los claros del día.

—¿Y no le duele en ningún otro lao?

—Sí, Don, desde hace un tiempo, ¿no?, se queja de una puntada al *vacío*, cuando recién se levanta, al *fundar* el pie en el suelo. Pero luego se le pasa, ¿no?

Otras ocasiones siente unos *tirones* en la punta e' la paleta, aquí, del lao del lazo, ¿no?

—Decime: ¿ella es sana? ¿Qué otras enfermedades ha padecido?

—Ella *sana* es, a Dios gracias, salvo el caso del *pasmo* que tuvo en el desarrollo. Estuvo tan mal que le diré, ¿no?, se mi hace que anduvo un tiempo con la sangre asoliada. Le asiguro, Don, que después de la enfermedá está en el mundo porque había lugar.

—¿Y el padre, jue hombre sano?

—¿Que si jue sano el finao? ¡Murió con tuitas las *pulpas!*

El curandero le palpó meramente ambos lados de la garganta. Luego miróse los pies, como para pensar.

—Sí, son agallones, *hesãcã arã porãicha* (1) —dijo, y quedó en silencio. Hizo callar a uno de los lechuzones que con sus chasquidos intentaba tomar parte en la escena. Sopló el fueguito hasta producirle un copete de llamas. Descolgó de la pared un candil de grasa de potro, encendiéndolo en esas llamas y, acercándose a la muchacha, intentó verle la garganta, haciéndola abrir la boca.

—Sí, son agallones. Yo te la vi'a sanar, lindito, lindito nomás —afirmó lleno de convicción.

Sufrieron otro silencio, más largo aún, durante el cual el indio se compuso el pecho, rodeándose de importancia, al par que daba tiempo a que las mujeres observaran en detalle los atributos raros de su *profesión*. Y sus cálculos no fallaron, pues madre e hija, olvidándose un poco de ellas mismas, clavaron su asombro en los objetos más o menos espeluznantes de que se rodeaba el indio para impresionar a sus clientes. Lo que más les llamaba la atención eran *los dos corazones* formados con huesos de caracú. La muchacha quería pararse dentro de uno de ellos.

—¿Lo puedo pisar? —dijo, como pidiendo autorización para satisfacer su deseo.

(1) Es claro como el día.

—Sí, mocita; pero *ése* no. Dentrá los pies en *éste*, que es el del *hombre*. Pan con pan comida de bobos.

La muchacha entró, alegre y curiosa, dentro del perímetro del corazón, con la cara colorada y el pecho agitado.

—Bueno, basta ya —díjole la madre, entre alegre y temerosa—; p'a la suerte ya tenés suficiente, ¿no?

—Después me v'a dar una plumita d'esas, señor —pidió interrogante la enferma al *salir del corazón*.

—Es que ya no la van a necesitar, niña —respondióle, sonriente, el indio, poniendo una cara ancha y achicando sus ojitos estirados—. Como dice tu mama ya tenés suficiente. Si en ancas le agrego la pluma, se le v'a llenar el rancho 'e mozos... y eso es feo...

Hubo otro silencio aprobatorio que el *médico* aprovechó para continuar la hebra del asunto, exclamando:

—Sí, señor; sí, señor; sí, señor... —y se puso en trance, agregando—: vamoh a comenzar la *cura*. Plantóse frente al fuego, hizo unos dibujos y dijo, expresándose en guaraní:

—*Ñandeyara ñandé rerú ipope* (1). Te la vi'a sanar con una oración a una estrella. Vamos a dejar venir el lucero, que ahurita nomás v'a salir. Mas antes ustedes me van a contestar a una pregunta, diciendo con las voces juntas lo que les vi'a enseñar. Pongansé una de cada lado.

Dicho lo cual, con toda ceremonia, se colocó en el medio del cuarto, indicando a ambas mujeres un sitio a sus flancos. Luego, ya en trance, cual si estuviera fuera de la tierra, preguntó:

—*¿Avapa ñandé oporaca'e?* (2). Respondan: *Ñandeyara ñandé apó vaecué* (3).

—*Ñandeyara ñandé apó vaecué* —respondieron a dúo madre e hija, llenas de miedosa solemnidad.

Realizada la ceremonia, el indio siguió hablando solo:

(1) Dios nos trae de la mano.
(2) ¿Quién nos hizo?
(3) Nos hizo Dios.

—*Che-co la tapé* (1). *Che-co la tapé.* Varias veces mezcló esta frase en un recitado a media voz, concluyendo con esta palabra, pronunciada mirando las pajas del techo:

—*¡Ñandeyara!* (2). *¡Ñandeyara!*

Con un gesto teatral salió del trance y, vuelto a su estado corriente, indicó a las visitantes la salida, diciendo:

—Vamoh a hablar con el *lucero.*

Salieron a la tarde, que ya entraba en la noche. La estrella vespertina estaba como esperándolos. Se pusieron en fila frente a ella, el indio en medio de ambas, con esa simetría instintiva propia del ser humano. La tardecita resonaba de *teros* lejanos, balidos de ovejas, ladrar de perros. Todo como adornado musicalmente por el chirrido simpático de los grillos. El indio alzó los brazos hacia el lucero vespertino —que se destacaba limpio, sobre un cielo que iba pasando del rosado al celeste oscuro—, invocándolo en bella oración curativa, al iniciar la cual, apoyando los índices largos y afinados en ambos lados de la garganta enferma, dijo como rezando:

«Minha estrella donzélla. Esta ingua diz que morrais vós e cresca ella. Eu digo que crescais vós e morra ella!»

Y se quedaron durante un rato sujetos al lucero por una rienda de estrellas, mientras en los árboles del bosque cercano empezó a gotear los golpecitos de su canto monótono, el caburé.

---

(1) Yo soy el camino.
(2) ¡Dios!

TORDILLO BLANCO

Mi abuelo era un refranero criollo. Un refranero vivo y coleando, colorido y candente, a estar a las mentas del mulato Gregorio, quien lo *supo* acompañar en calidad de asistente, en guerras de esta y de la otra banda, allá por los tiempos de Oribe y de Rosas. Los refranes son acciones que se han cumplido muchas veces, tantas como para grabarse en la memoria popular. El fruto del árbol de la ciencia empírica; el fruto y, por ende, la semilla para que el hecho o la acción que representa continúe produciéndose. Por lo cual diremos que los refranes son acciones que se han cumplido y que seguirán cumpliéndose. Y de las veces que nos es dado comprobar el cumplimiento real de un refrán, ninguna tan patética y fulminante como la que aconteció hace añares ya, en los campos del Sauce, que mi abuelo Juan Valdés trabajaba, cuando las guerras le dejaban las manos libres y el pensamiento tranquilo.

Como refranero vivo que era, ante el vuelo de un águila, ante el canto de un chingolo a horas de la noche, el aullido de un perro, la aparición de la luna nueva, el pelo del caballo en que llegaba un forastero, etcétera, tenía siempre el refrán adecuado en la orilla del labio, como esas florecillas que en sus bordes jugosos siempre tienen presente las cachimbas. Y cada vez que se encerraba en el corral la tropilla de tor-

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

dillos blancos —que tenía por partidario más que por conveniencia—, decía en tono sentencioso:

Tordillo blanco:
bueno para el agua,
malo para el rayo.

Y el refrán se cumplió de este modo, según el ya nombrado mulato Gregorio, testigo del suceso:

Fue durante una tormenta de Santa Rosa. Al atardecer comenzó el aguacero: un llover sucio y desparejo, con momentos de calma en que el cielo retenía la lluvia para mandar los relámpagos como víboras de fuego azul, precediendo a esos truenos de estampido limpio como balazo. Y así toda la noche. El arroyo Sauce venía creciendo en un sordo rezongo de resacas y espumas. Con el amanecer hubo una tendencia a encampar, y mi abuelo salió con la peonada a realizar una recorrida costeando el arroyo. Al llegar al Paso de Mata Siete, se toparon a boca de jarro con un suceso clásico durante las crecientes. La tarde anterior, la diligencia que hacía la carrera a Montevideo, por no quedarse al otro lado del Paso, en el deseo de llegar a la posta y dormir bajo techo, se aventuró a *tirarse*. El cuarteador alargó cuanto pudo las *cuartas*. Entró al agua buscándole ventaja a la corriente, para no salir muy torcido; nadó prendido de las clines, aliviananado al animal; y cuando iban a hacer pie en la otra orilla, el caballo se le pialó en unas raíces. Se hundió; luego, al tocar fondo se alzó en las patas, asustado, y el muchacho —buen jinete y todo— resbalando por el lomo empapado, cayó al agua quedando de a pie. El mayoral, viendo el peligro que constituía para el coche la *cuarta* sin gobierno y el enredo que se iba a armar con los caballos boleros, en una audaz decisión y en magnífico esfuerzo le dio un tajo a la soga de la *cuarta*, y a fuerza de grito, coraje y *suerte*, pudo salir del mal paso. El muchacho nadó, dejándose llevar por la corriente, hasta que se agarró a un sauce; y allí quedó encaramado como un mono, durante toda la noche.

Mi abuelo y su gente se encontraron con este drama, al tiempo en que el mayoral venía de la posta con dos *voluntarios* generosos, para intentar salvar al náufrago.

Naturalmente, que en este punto del episodio todos vieron la *salvación* en el tordillo blanco en que iba Juan Valdés.

—Desensillálo —ordenó a uno de sus peones mientras desmontaba resuelto. En seguida, un grito al náufrago dándole coraje; una orden casi militar al más intrépido de sus *indios*, y a los pocos minutos un adolescente clinudo y chicuelo, montando en pelo y con la vincha bien apretada, se echaba al agua en el tordillo blanco, llevando un sobeo arrollado en la diestra. El arroyo crecía rugiendo y seguiría creciendo por muchas horas aún. El agua lamía ya los muslos del cuarteador náufrago, que no podría subirse más en la rama del árbol sin peligro de que ésta se quebrara. Si ello sucedía, el asunto no tenía remedio, y el muchacho caería al arroyo, ya sin fuerzas para nadar, luego de varias horas prendido a lo gato y con la vida en un hilo. Con la vida en un hilo, sí; y nunca mejor la frase. Con la vida en una soga, en el sobeo que el salvador esgrimía mientras enderezaba como una flecha blanca al valiente tordillo, pretendiéndole cobrar una vida, con peligro de otra, al arroyo que hinchaba el lomo y rezongaba embravecido.

*

En el borbollón de la correntada pasaban islotes de plantas acuáticas, festoneados de resacas; troncos secos arrancados por el agua, los cuales iban livianos, con movimientos alegres, «cabrestiando a la corriente». En la orilla, veinte ojos apuntaban fijos y trágicos al grupo del tordillo y el jinete que, desmontado y prendido a las clines con la izquierda, llevaba sobre los lomos del bruto los rollos del sobeo prontos para arrojárselos al náufrago. El caballo nadaba dando resopli-

dos; las orejas agachadas, las narices abiertas, la cabeza horizontal y a flor de agua, el lomo hundido y mostrando las ancas en cada envión de las braceadas invisibles.

Era *guapo* para el agua, como rezaba el decir popular. ¡No había nada que hacer, el pelo tordillo no fallaba!

Mi abuelo, aunque nada podía influir ya en el episodio, parecía dirigir la escena con movimientos y observaciones del caso, transfigurado de emoción y coraje al palpar cómo *su indio y su flete cortaban* la corriente, babeados de espuma, empecinados y magníficos, en dirección al árbol en que el náufrago aguardaba el lazo salvador, *con los brazos abiertos* de sus ojos enlucerados de esperanza.

—Ya está con él, lindo nomás —dijo, alegre, una voz. Y otra agregó:

—Ahorita mi alma, largaseló, largaseló de una vez.

Pero el ancho del arroyo engañaba al ojo al medir la distancia. El indio seguía agarrado a la clinera. De vez en vez cambiaba de mano para cachetear al caballo obligándolo a nadar lo más recto posible, pues la fuerza de la corriente que iba por abajo lo ladeaba de la ruta. Cuando estuvo a pocos metros del árbol, apoyó el brazo izquierdo en la cruz del animal, que se hundía mientras él se incorporaba momentáneamente, y con la diestra en alto arrojó los rollos del sobeo, que se abrieron en el aire tironeados por el peso de la argolla, siendo abarajados por la mano ansiosa del pequeño cuarteador de la diligencia. El caballo se acercó más al náufrago, y cuando pasó casi bajo él, buscando la orilla opuesta, el muchacho se dejó caer al agua tomado del lazo. En la zambullida desapareció por unos segundos, y en seguida, siempre unido por la soga, se puso detrás del tordillo, que le ofrecía su cola blanca, abierta, limpia y en abanico, a flor de agua como una agua viva, o como una mano tendida y salvadora, de la cual se asió con la diestra para ayudarse a nadar braceando con la otra.

En la orilla se festejaba la salvación del cuarteador de la diligencia, con exclamaciones sentenciosas, mientras el grupo seguía ganando la margen opuesta, que más cercana le quedaba.

La tormenta amagaba armarse nuevamente, con su cielo pardo y sus lejanos truenos, volviendo el aguacero a picotear el lomo movedizo del arroyo al par que el tordillo, del otro lado ya, nadaba a volapié, hundiéndose y alzándose. En seguida, unos metros más y se afirmaba despacio en el fondo arenoso del arroyo, en tanto los dos paisanitos se enancaban, triunfantes, en el pingo salvador.

Y aquí viene la segunda parte de la copla, luego de haberse cumplido tan bien la primera. Si el tordillo blanco era *bueno* para el agua, recordemos que al par era *malo* para el rayo.

Reventó un trueno metálico, casi musical.

—Santa Bárbara bendita —dijo mi abuelo, haciendo la señal de la cruz, acción de religiosidad tradicional que fue coreada en movimiento y palabra por los demás componentes del grupo, mientras se guarecían de la lluvia bajo los árboles orilleros.

Del otro lado, el tordillo, lejos ya, trotaba con el agua en la barriga, por la orilla agrandada del arroyo en creciente, siempre con ambos jinetes enancados, jadeante, ceñido en sus líneas, peinado por el agua. Al pisar la margen, se detuvo; agachó las orejas, dio un relincho y se sacudió todo entero. Ya iban a tirarse al suelo ambos mozos, cuando todo el paisaje fue sacudido por una corriente eléctrica y una luz, al tiempo en que otro trueno, agudo como un grito, derrumbaba al tordillo y a sus dos jinetes, mientras en esta orilla los hombres caían semihincados, y se tapaban la cara con las manos.

—¡Es un rayo! Es un rayo, patrón —dijo una voz angustiada.

—¡Maldito tordillo blanco —respondió mi abuelo, alzando los brazos—; se cumplió el destino de la copla, se cumplió la leyenda!

Todos miraban hacia la otra orilla. El tordillo y los dos jinetes no se movían.

—¡Pero no se levantan! —exclamó Juan Valdés—. ¡No se levantan!

—¡D'iande, patrón! —gritó uno de los peones, que para ver de más cerca había entrado al agua—; ¡d'iande se van a levantar, Dios libre y guarde, si están hechitos carbón!

ENTRE CAUDILLOS

Antolín Cardozo y Gregorio Yáñez eran dos renombrados guerrilleros, y a la vez caudillos, de los pagos del Queguay, en el departamento de Paysandú. La rivalidad de ambos era tan importante en el lugar, que desde hacía años venía ejerciendo influencia sobre sus moradores. Los dos eran criollos, valientes, pundonorosos. En esto se parecían. Pero tal similitud de condiciones y virtudes espirituales, había sido quebrada por tres causas materiales para ellos más poderosas que sus parecidos morales. Los separaban el color del partido, el tajo de una palabra y las aguas del río. Cardozo era *blanco;* Yáñez *colorado*. El primero le había puesto un mote al segundo. Éste era del *norte*, aquél del *sur* del Queguay. Planteados así los hechos, al norte del río se era partidario de Yáñez, como al sur, partidario de Cardozo.

Si tal rivalidad se paraba en tres patas, como las ollas carreras, puede decirse que era despareja, renga, ya que una pata punzaba más que las otras: hería en carne viva. Lo de *blanco* y *colorado* constituía algo irreconciliable, así como lo del norte o sur del río; pero lo de la palabra iba más adentro. La separación que implicaba ser de tal color o de tal lado de las aguas, tenía faz colectiva, se sentía en montón, entre muchos; lo de la palabreja lo sentía uno solo; constituía algo tan personal como el dolor de una herida. ¿Y cómo no si era un tajo, un doble tajo, por las le-

tras que lo formaban y por la intención que llevaba? Antolín Cardozo le había puesto a Gregorio Yáñez: Goyo Tajo, recordando a otro Goyo famoso que hubo en la historia de las guerras intestinas. Y lo de *tajo* venía porque cuando el caudillo mandaba degollar a alguno, ordenaba que le *pegaran un tajo*, diciendo sencillamente: «Un tajo a éste.» Y el hombre se sentía en ridículo al saber que a escondidas todo el pago, hasta los de su lado, le decían Goyo Tajo. Muchas veces se habían encontrado frente a frente ambos guerrilleros rivales; varias habían cruzado sus cargas a lanza con resultados alternados a favor de cada cual; una ocasión la habían cruzado personalmente, mano a mano, al modo medieval, en combate caballeresco delante de sus escuadrones detenidos en sus líneas, con prohibición de avanzar hasta que los jefes no decidieran su duelo individual —duelo que resultó indeciso—; pero lo del mote era la batalla más importante que uno le había ganado al otro. Goyo Tajo: ¡qué insolencia!

Si los caudillos gauchos tuvieron gran preponderancia durante las guerras de la independencia en esta comarca, ella continuó siendo importante, a veces decisiva, durante el largo período de luchas de partido luego de haberse ganado la Libertad. El caudillo, en nuestra evolución histórica, constituyó la expresión acabada y concreta del medio ambiente. Así como el payador fue la flor coronando la planta salvaje —el penacho blanco y fino de la paja brava—, el caudillo fue el hombre común, acrecido por sus propios méritos a penacho humano, a copete social. El payador, arquetipo del hombre arte; el caudillo, arquetipo del hombre en función militar y social. Primero condujo sus huestes a la guerra. Luego, cambiados los tiempos, a aquellas mismas huestes las condujo a las urnas. Y al par que realizaba todo esto, ya en su primero como en su segundo acto, él representó el señorío del pago, la baronía feudal de este otro medioevo americano del cual acabamos de salir, armados de punta en blanco para la lucha universal.

Y así los pagos del Queguay se doblaban en *norte* y *sur*; con sus respectivos bandos partidos al medio por el gran tajo geográfico del río; como un reino antiguo dividido entre dos hermanos por la herencia de la sangre o de la fama.

Si los barones feudales tenían por vasallos a otros señores en férrea escala jerárquica de poder personal, y los reyes a su servicio altos títulos nobiliarios heredados de estos mismos guerreros, los caudillos tenían —no diré a su servicio, porque la susceptibilidad criolla no lo permitiría, pero sí a sus órdenes— a otros guerreros y caudillejos menores o en crecimiento. Y el mayordomo de la estancia solía ser capitán, como el capataz, teniente; el domador de los potros, sargento, y un futuro soldado del partido el gurí de ocho o nueve años que todas las mañanas arreaba al corral de palo a pique la tropilla que la noche antes quedara de guardia en el potrero del piquete, cerquita de las casas.

De ambos caudillos, el más aguerrido, el más militar, era Goyo Tajo, así como el más gaucho Antolín Cardozo. Como que el primero lucía palmas de general del partido que empuñaba las riendas del gobierno, y el segundo, sólo comandante de las fuerzas rebeldes, grado que se respetaba casi tanto como el otro, aun sin ostentar el sello oficial. Como resultado de tales características, ambos caudillos asomaban su personalidad a la luz del paisaje, de modos diferentes: la característica más saliente del general era la casaca militar sobre las amplias bombachas a la orientala; y la del comandante Cardozo, el chiripá cayendo hasta las espuelas, la barba crecida hasta llamarse *pera*, y una ondulada cabellera de cristo nazareno chorreándole por encima de los hombros.

Esta melena representaba su belleza. En lucirla bien cuidada, limpia y peinada como una cabellera de mujer coqueta, estaba su lujo. Sobre la cómoda del dormitorio, un frasquerío en escalera daba fe de la preocupación que al gaucho le daba este indumento, tan varón en el ayer, y que en el hoy es tan mujer. La ca-

beza melenuda y barbada del comandante Cardozo estaba pidiendo cuchillo —valga el decir de sus enemigos—. Tomándola de la pera y echándola hacia atrás, era una cabeza que se degollaba sola.

A estos decires respondía como en un rezongo el gaucho nazareno: ¡no se van a ver en ese *espejo* estos salvajes!

A veces la estancia de estos nuevos señores de horca y cuchillo tenía que participar, en lo referente a las habitaciones del señor y la gente que lo rodeaba, de ciertos aspectos del castillo en las obras de defensa que obligaba a construir la vida bárbara de la época. Las casas solían construirse de piedra, y eran de azotea; a veces con troneras para el caño del fusil.

De las casas afuera, la estancia y sus costumbres no diferían de todas las de aquel tiempo, bien que pensando un poco menos en el negocio, y un poco más en la guerra. Se invernaban menos novillos, se esquilaban menos ovejas, pero se criaban más yeguas y se domaban más potros. Se tenían tropillas para el trabajo y para la guerra, amén del clásico caballo de batalla, que se ensillaba en el momento de la lid, el cual a veces, durante la doma, era enseñado a correr boleado, es decir: con las patas oprimidas por los ramales de tiento de las boleadoras, a fin de que pudiera continuar corriendo, a saltos desde luego, en caso de ser alcanzado por el tiro de bolas clásico de las persecuciones en las guerras gauchas. El caudillo solía ejercitarse en la esgrima de la lanza, clavándola —viniendo de a caballo— en la carne fofa de un ombú. Todos y cada uno de aquellos seres —desde el jefe al niño que en un petiso bichoco bajaba y subía diariamente hasta el arroyo acarreando el agua en el barril— vivían templándose, afinándose en guerra, como las guitarras, como los cuchillos se afinan en música o en tajo.

De vez en vez, el general recibía un «chasque» uniformado con alguna comunicación militar del gobierno, así como el comandante, un «propio» trajeado de civil nomás, con alguna comunicación de los *dotores*

o autoridades del partido político, que se venía nutriendo de civilidad desde el llano. Y si cada señorón del pago se miraba en los fletes de sus tropillas y en el chapeado de su apero, no había yerras más épicas que las que se realizaban en sus estancias, ni domas más acabadas que aquellas domas, ni piales, ni tiros de lazo o de bolas como los que se cumplían —a veces por gala meramente— en un lado o en otro de las orillas del gran río. Contrapunto de lujos gauchos que en los inquietos períodos de paz se estaban mentando la guerra, tal cual dos cardenales encendidos en rojo o en celeste cantándose el tamaño de su valor, de un árbol a otro árbol.

A lo lejos pasaba un jinete, y los pocos vecinos del lugar, alargando el miraje curioso y aburrido, decían: «Es de la gente del comandante Cardozo», o por lo contrario: «Es de la escolta del general.» Cualquier detalle los denunciaba: el color del pañuelo que llevaban de golilla, las listas del poncho, el azul o el rojo del sobrepuesto, el modo de ladearse el chambergo, la audacia para mostrar las armas que llevaban, o cierto tono psicológico del conjunto —hombre y caballo— que los iba denunciando sobre el verdor del paisaje. Todo esto sin contar que la casaca abotonada en oro había echado cría en un lugar, como la melena enrulada había sembrado clines agresivas en el otro.

Y para concluir de parar los hombres en su cancha, digo que el general era grueso y petiso, cara cuadrada, terroso, ojos chiquitos, voz chillona, barba cruz: tres cuarto de indio. Y el comandante aparecía en su estampa más bien alto, huesudo, bigotes caídos como guampas «hereford», barbado, voz engolada: tres cuartos de blanco. (El cuarto de indio correspondía más al alma que a la carne.) Uno siempre lucía algo rojo en el vestir, otro siempre algo celeste.

Pensaban en colores más que en ideas.

De vez en cuando se topaba en la pulpería, en unas carreras o en cualquier yerra vecinal, algún hombre de Antolín Cardozo con otro de Gregorio Yáñez. Se

miraban de reojo, se estudiaban, se cuidaban. El amor propio, la susceptibilidad de sus jefes encarnaban en ellos, y los facones salíanse de las vainas para degollar cualquier *sobra* de la palabra o cualquier *copeta* de la actitud, en las cuales quién a quién se estaban adivinando intenciones por debajo del poncho.

En estas actitudes, los hombres de Gregorio Yáñez resultaban más abundantes —ya que tenían mejor padrino— que los del gaucho de la cabellera, el cual estaba siempre *mal* con el gobierno. De ahí que éstos no «andaran con chicas», y cuando en la pelea desenvainaban, lo hacían para entrar de firme. Sabían que *tajo o muerte* llevaban lo mismo a la cárcel; por eso, en cuanto se *desgraciaban* ganaban el monte —tenían orden— hasta que la primera revuelta o revolución les tachaba la pena de una clarinada.

Un atardecer otoñal, mientras en el feudo del general se carneaba el novillo cotidiano, que con el cimarrón a toda hora era la comida suya y de su numeroso pelotón de capangas, capataces, peones, forasteros, agregados y soldados de la escolta, dos de sus hombres que estaban monteando en el Queguay y que a la vez hacían de bomberos, se vinieron a escape a dar cuenta del paso de un jinete desconocido que iba enderezando a la picada que salía a los campos del comandante Cardozo. El general, en el acto, destacó una partida al mando de uno de sus capitanes. El jinete misterioso les tomó el olor y apuró el caballo, pero a la salida del monte lo corrieron; hiciéronle varios tiros de bolas, y a las dos horas estaba estaqueado.

Era un «propio» que venía de Cerro Largo, con una carta para Cardozo invitándole a la *patriada*.

El general, mientras leía deletreando la comunicación, exclamaba satisfecho: «Ahí te quería, gaucho melenudo; aura vaj a bailar con la más fiera.» Y sin ocultar a sus segundos su alegría, dio las órdenes para sorprender desprevenido al comandante, y prenderlo.

Al día siguiente el propio general, levantado en armas y al frente de su escolta (rojo y fiero), le ganaba

de mano al comandante y lo tomaba prisionero, mientras la mayoría de su gente andaba en quehaceres pamperos, lejos de las casas.

—Comandante Cardozo: esta ocasión lo madrugo y soy yo quien «levanta el poncho». Estamos en guerra. Sus «palomos» le mandan esta carta; lea, pero yo se la barajé en el aire. Ensille y sígame.

—Está bien, general, esta vez me madrugó, pero... no se alegre demasiado. Mire que no es la primera vez que me veo en apuros, y este pan no es el primero que se me quema al sacarlo del horno.

—Pierda cuidao, comandante, que d'esta no se m'escapa ni abajo'el ala 'el avestruz más ligero.

—No sea voraceador, general. Recuerde que las piedras rodando s'encuentran y se sacan chispas también, aunque por el rodar de la suerte unas estén abajo y otras arriba...

—Dónde irá el buey que no are, comandante *melena*.

—Puede que me hag'arar, general este... (aquí marco bien la *t* como mentando el *tajo*). Pero si me deja los cuernos, nos vamos a topar algunita vez más.

—Yo te vi'a dar *tajo*...

—Vea que no he *mentao* esa palabra.

—Pero se la estoy leyendo en el buche.

A todo esto, un asistente le entregó el caballo ensillado al comandante, el cual montó con altanería, diciendo:

—Estoy a sus órdenes.

Y ambos caudillos enemigos, encabezando el pelotón, emprendieron el trote.

Antes de entrar a la picada por donde se bandeaba el río, en un pequeño playo, vieron al «propio» atado en cruz boca arriba, a cuatro estacas. Estaba como muerto, estaqueado desde la tarde anterior en que fue sorprendido. Un mechón de pelos le caía sobre los ojos. Tenía la boca entreabierta y runruneada de moscas.

Al cruzar junto a él, el comandante echó una mirada de reconvención al general, diciendo:

—Y ese hombre, general, ¿v'a seguir áhi, estaquiado? ¡Mire qu'esa herejía no es propia de usté!

El general, por toda respuesta, ordenó al que mandaba el pelotón:

—Larguen a ese hombre.

Y cruzaron la picada que hacía de puente entre los dos campos.

*

En el gran patio de tierra apisonada de la estancia de Goyo Yáñez, la peonada, soldados de la escolta, agregados y demás gente que vivía a sus expensas, estaban de asado con cuero, concluido el cual se levantarían en armas para cortarle el paso a la revolución. Y allí nomás, cerca de la fiesta, atado al palenque de amansar baguales, se hallaba el comandante Antolín Cardozo, sin sombrero, con la melena revuelta y los ojos colorados de fiereza contenida.

Veintitantos hombres, luego de haber trajinado en los distintos menesteres de los preparativos, rodeaban los fogones donde se doraban los asados con el pelo hacia afuera, pegando ya los primeros tajos a las achuras. Veinte caballos perfectamente ensillados le ponían música bárbara a la escena, con el dentado rodar de las coscojas del freno. De cuando en cuando paraban las orejas dando un relincho, cual recibiendo a los que iban llegando desde los puestos o ranchos lejanos.

El general se paseaba entre su gente ya vestido de guerrillero, con bombachas negras, casaca azul, chambergo de alas amplias, luciendo al frente de la copa las palmas doradas de su grado militar. Lucía además golilla roja, y en vez de espada, arreador. Dos payadores amenizaban la escena, improvisando cantos de alabanza al jefe, y llenos de pullas agresivas o risueñas para el prisionero, las cuales eran festejadas con grandes y copiosas risas. Corría el vino, calentando las bocas y envalentonando las almas. En eso, uno de los hombres, luego de pelar una costilla a diente y cuchillo, al arrojarla se la echó a la cara al prisionero.

La escena hizo espumas de risa como las olas. Entonces el general, dirigiéndose al agresor, le cruzó el rostro de un sonoro latigazo con la trenza del arreador, gritándole:

—¡Trompeta! Aprendé a respetar a la gente. Ese hombre es *mi* prisionero, pero no el de ustedes. ¿Han entendido?

Luego de esta reprensión, la escena prosiguió más contenida.

Después de comer y de haber ofrecido un trozo de asado al prisionero, el cual lo rechazó, un clarín dio la orden de montar a caballo. Todos se dirigieron a sus respectivos fletes. Montaron, incluso el general. Así, jinetes, rodearon el palenque al que estaba adherido por fuertes coyundas el comandante. Y cuando todos creían que lo iban a abandonar sin castigo alguno, apareció de a pie un moreno grandote, con una alegría de oreja a oreja, afilando un largo facón y dirigiéndose al prisionero, llevando por delante la banana recién pelada de sus risas.

El general se adelantó, montado en un caballo oscuro, centrando la escena, y azuzó al moreno, poniendo mucha intención en la voz:

—Pegale un tajo al comandante.

Era su frase clásica ordenando el degüello. La que —como sabemos— le había servido al caudillo del sur del río para ponerle al rival el apodo de Goyo Tajo. Un hervor de alegría malsana corrió por la sangre de los mirones. Iban a saborear un degüello. El prisionero se puso blanco. En silencio rezó una oración que tenía para las grandes desgracias, al par que el negro, siempre chairando y con gesto teatral, se acercó al hombre atado al palenque y lo tomó de la pera, como para levantarle la cabeza dejando al descubierto la garganta.

El caudillo vio pasar por su memoria su vida entera en unos pocos segundos. Así apretó los labios mudo y valiente. Sabía que una queja, que un pedido, le iba

a *achicar* la muerte y la fama... Duro y altivo, sólo dijo con arrogancia:

—¡Corta nomás, negro, que es cogote de macho!

Pero ante su asombro y el de los espectadores, el negro le dio un tajo a la barba y en seguida comenzó a tusarle la cabeza haciendo caer al suelo un largo rulo por cada tajo, al tiempo en que el general largaba una carcajada finita y estridente como ladrido de cuzco.

Aquella risita fue madrina de una tropilla de risotadas guarangas como relinchos. En un instante el hombre quedó *cerdeado* a lo yegua. El castigo había sido diabólico. A veces, y según de quien se trate, un tajo a las melenas y la barba mata más que un degüello. Y en ancas lo dejaban vivo para que siguiera paladeando su ridícula deshonra.

Sonó el clarín. Aquella inicial de montonera gaucha, mostrando al sol las mataduras de sus golillas y divisas, se puso en marcha, subiendo y bajando lomas con galopes de gusano, levantando el grito alado de los horneros.

Antolín Cardozo, siempre amarrado al poste de ñandubay, con el mentón caído sobre el pecho, veía cómo las gallinas, cacareándoles reunión a los polluelos, se acercaban desconfiadas a mirar aquello que ensuciaba el suelo y no habían visto nunca, sin atreverse a picotearlo.

Desde lejos, una bocanada de viento le sopló de nuevo en los oídos la risita infantil del general.

A lo ancho de la comarca, chajaes y teros denunciaban el episodio, clavando sus cantos en la carne celeste del horizonte.

MARCACIÓN

Amanecía.

El campo tenía olor a pasto mojado, y ya se oía el chispear fresquito de los pájaros.

Hacia el sitio del rodeo, inmenso y desparejo medallón trillado de pisadas y marcado en el centro por una piedra blanca, convergían desde los cuatro puntos cardinales los balidos del ganado, que aparecía a lo lejos en grupos o puntas, las que se iban acercando lentamente al lugar acostumbrado, arreadas desde el fondo de los potreros por la peonada.

Gritos clásicos de: ¡vaaaca... vaaca... toooro... jha, jha, jha...!, hendían el aire enlazados por el dibujo sonoro y viboreante de los silbidos.

Era la clásica «parada de rodeo» preliminar a la «yerra».

El patrón, con algunos amigos o familiares, salió de las casas al trotecito, para juntarse con el rodeo y comenzar el trabajo.

Un gran fuego empezó a arder, y hacia ese sitio se formó un ir y venir con los «fierros» de las marcas, con «pavas» tiznadas y barrigonas, y con trozos de leña para mantenerlo durante las horas en que iba a ser como una estrella de la mañana.

Algunos vecinos —enterados de la tarea a desarrollarse— se acercaban perezosamente enseñando la alegría del trabajo en los rostros, mientras por lo bajo,

los flecos de los ponchos chicoteaban sobre las espuelas nazarenas. Saludaban al dueño de casa, desde el caballo, y recibían los cumplidos de orden, disponiéndose para la faena. Algunos se quitaban el poncho y preparaban el lazo.

El rodeo estaba «parado». El patrón formó las parejas de jinetes, y asistido del capataz, después de observar inteligentemente los animales, pegó unas atropelladas de flanco, seguido de aquél, y el ganado empezó a moverse en redondo.

A dos o tres cuadras de distancia, dos bueyes con cencerro empezaron a llamar la atención de las reses. Para eso estaban: eran los señuelos.

Las parejas de hombres de a caballo entraban a las orillas del rodeo, elegían la res, y en momento oportuno, con una corta atropellada, la apartaban del conjunto, sacándola campo afuera. La vaquillona o torito tomaba carrera, hasta que el lazo, con su armada corrediza, le rodeaba los cuernos o el cogote, deteniéndolo. En seguida, el enlazador lo llevaba «a la cincha» hasta cerca del fogón, donde un peón, de a pie, acercándose, lo tomaba de los cuernos doblándole la cabeza hasta voltearlo; o bien realizaba lo mismo pialándole las patas. Ya en el suelo, sujeto a dos lazos trabajando en sentido opuesto, era inmovilizado, mientras al grito de «marca», le aplicaban sobre el cuadril el «fierro» caliente, y un balido de dolor chicoteaba el aire enrulado de humo, mientras un olor a carne y pelos quemados hacía más agria y salvaje la escena.

—¡Marca y tarja! —gritaba alguien. Luego al animal le eran quitados los lazos, mientras los pialadores se preparaban para demostrar su baquía, por lujo gaucho nomás, desde que la operación ya estaba concluida.

La res, libre de trabas, se incorporaba partiendo a la carrera. Un lazo, esgrimido con soltura y elegancia, silbaba, ya detrás, ya al flanco del vacuno; la armada le caía delante de los remos o «manos», aprisionando

dichos miembros y resbalando hacia abajo para cerrarse antes de las pezuñas, y el animal daba la más brusca voltereta a ras del suelo, quedando cabalmente patas arriba. Era el pial. Cumplida la hazaña, el pialador aflojaba la soga, mientras el recién herrado, al ser impedido de volver al rodeo, buscaba amadrinamiento en los «siñuelos», cuyo grupo iba aumentando a medida que adelantaba la tarea.

Varios enlazadores trabajaban al tiempo, no dando abasto a los tres o cuatro «fierros» que se calentaban en el fogón.

La hacienda era criolla, ordinaria, guampuda, como de los viejos tiempos de escasos alambrados y más escasos cruzamientos. No faltaban los animales ariscos, traídos al rodeo muy pocas veces, cuando no por vez primera, sacados del monte en lidia brava con las espinas y hasta con los propios cuernos. En el pelaje se veían los hoscos, los chorreados, yaguaneses, rosillos, barcinos... Algunos, al sentirse enlazados, se «volvían sobre el lazo» persiguiendo al jinete, o mejor dicho, al conjunto de hombre y caballo, y entonces había que acudir en ayuda del perseguido con un certero pial, o bien con otro tiro de lazo.

Todo esto era motivo de atracción en el trabajo. «Lo que cuesta vale», dice un refrán; y en casos así es cuando se sacaban a luz los recursos y las hombradas. Como se pialaba hasta por lujo, nunca faltaba un «quebrao» para que el patrón ordenara un «con cuero»; y así se alargaba la fiesta que solía empalmar en un baile, más o menos improvisado, con la gente que había nomás, y alguna que otra china con fama de bailarina venida a último momento para «hacer pierna». Era el tiempo del campo lindo y épico; de los mates que no cabían en una mano abierta; de las tortas fritas grandes como lunas; y de la vida partida en dos colores: «blanco y colorado».

*

El trabajo estaba en su mejor momento. El clima épico del episodio, oreaba los mechones de pelo sudoroso que se pegaban a las sienes ásperas de polvo y de sol. Los tragos de agua con caña apagaban la sed, y los tragos de caña pura, la encendían. Olía a estiércol, a churrasco, a sudor y a coraje. Las voces sacramentales de la faena se enredaban en las vueltas de los lazos, como las mayúsculas en la punta de las golillas.

—¡Valió trago! —gritó, altanera y espumosa de caña y saliva, una voz varona, mientras el que la pronunciaba se «sentaba» en el lazo, y un overo, grandote y ya cuernudo, rastrillaba el pasto con el lomo.

—«Por sobre el lomo y cantado» —volvió a gritar la misma voz, añadiendo—: Este buche no me lo mezquinen, que lo tengo ganao a buena ley. ¡Valió trago, digo!

—Tengo orden de no darle más, paisano, porque la caña es ansina: si uno toma unos tragos lo levanta, pero si se empina por demás, lo voltea —respondióle el que cuidaba la bebida.

—Es a usted que lo ví'a *voltiar* de un mangazo, viejo miserable —retrucó altanero el pialador, quien tenía entreojo al viejo encargado de la botella.

—Viejo sí, pero miserable lo vamo a ver —respondió a su vez el insultado mientras sacaba de la cintura una pistola, en son de pelea.

Y como «se tenían ganas», ya se trenzaron nomás.

El pialador era un indio cobrizo y «bien cortao», de clines hasta los hombros, sujetas en la frente por la vincha. Una camisa sin color definido le desnudaba el pecho. El chiripá de apala, cubierto hacia un lado por el culero, le caía hasta los garrones envueltos en «las de potro» con dos estrellas de fierro en los talones. ¡Linda pinta de gaucho! Y para completar la estampa, digamos que a la izquierda llevaba el coraje, y a la derecha el facón. De todo él se desprendía una arrogancia varonil y elegante. Trabajaba con baquía y con estilo.

El otro, el viejo, era como un fulgor de lo que supo ser de joven, pero conservaba las posturas del tipo clásico de hombre de campo, aunque cortado en diferente sentido: fuerte, retacón y vestido al modo de la época, como el anterior, pero con la desidia propia de sus sesenta años, y de una vida algo al margen de las leyes, orillando el sendero de las malas costumbres, cuando no entrando en ellas hasta el chapaleo.

El joven se llamaba Nazareno Píriz; y el viejo Antenor Almeida, conocido por don Antenor, a secas.

Tenía una hijastra bella y bondadosa, codiciada por todos —hasta por él mismo—, la cual era el amor desgraciado de Nazareno, el pialador.

De este hombre pérfido y de su bella hijastra, se mentía de todo un poco: hasta de que estaba en tratos de casarla a la fuerza con un brasilero «podrido en plata», por una suerte de estancia, en pago de la prenda.

Nazareno, que suspiraba por ella, se la quería «alzar en ancas» para librarla de la infamia y hacerla suya, pero ella le tenía temor a las venganzas de su padrastro, que era cruel y peleador. Así es que el mozo le tenía «ganas» al viejo, y el incidente —trivial en otros hombres— fue la gota de agua que colmó la medida hasta derramarse.

Ante la actitud decidida de don Antenor, Nazareno sintió instintivamente que encontraba enemigo no despreciable. Por eso avanzó hacia él en atropellada de tigre y, facón en mano, no dándole tiempo a usar el arma de fuego, de entrada le dio un planchazo de revés en el antebrazo, haciéndole aflojar la pistola. En el mismo movimiento alzó el brazo para dejarlo azonzado de un golpe en la cabeza. El viejo trastabilló, y un ponchazo en el rostro le hizo caer sobre la propia pistola. El trabajo fue suspendido. Los jinetes se tiraron de sus montados, engrosando el corral de palo humano que ya les habían formado los de a pie. Corral de palo a pique hecho por hombres, con las lazadas de las golillas por ataduras. Ñandubays humanos parados

en redondo, en los cuales si las golillas eran coyundas, los ojos redondeados por el asombro eran los nudos.

El patrón quiso interponer su autoridad, pero no le hicieron caso. Nazareno se había hechado sobre el viejo, apretándole el pecho con una rodilla. Éste se defendía con una mano puesta en la garganta del agresor.

—No lo mates, que es un viejo —dijo, enérgica, una voz.

—No, si lo vi'a marcar como a un ternero —respondió la voz jadeante del gaucho, mientras le rayaba una cruz en la mejilla, con la punta del facón.

El viejo lanzó una interjección tremenda, en tanto una cruz de sangre le chorreaba la cara.

—¡Nazareno! —le gritó el patrón, autoritario, agarrándole el brazo para que no continuara.

—¡Dejemén que es yerra..., dejemén que es yerra..., si no lo vi'a matar...; vaj'a quedar p'a muestra, viejo sabandija! ¡D'esta no te salva ni la plata 'el brasilero!

El herido resollaba como un degollado, pero era de furor al sentir el tajo infamante. El corral humano se había agachado como tironeado desde el suelo por la cruz de sangre. Nazareno, en un esfuerzo, desembarazó su brazo de los que trataban de sujetarlo, esgrimiendo nuevamente el arma cortante, y como en un nuevo acceso de cólera, se inclinó hasta el oído del *marcado* gritándole con furiosa insolencia:

—Y aura que estás *marcao,* vaj'a balar como un ternero.

Un murmullo de asombro mangangueó alrededor del grupo trágico.

—Vaj'a balar, viejo indino. Balá como un ternero o te degüello.

La actitud del mozo ofendido en el amor de la prenda era tan salvaje, que toda la madera humana que los acorralaba comprendió que la amenaza iba de veras.

—Balás o te mato —volvió a amenazar el mozo, haciéndole reventar, con la punta del facón, un botón de sangre en la garganta.

Y el viejo, en una mueca horrible, con la boca torcida, baló; baló trágico y ridículo, imitando un vacuno.

Nazareno, satisfecho, lo dejó libre; y envainando el arma se dio vuelta buscando su caballo para huir. El palo a pique humano le abrió portera, emocionado y sudoroso. El viejo, desde el suelo, empuñó la pistola que había quedado bajo su cuerpo. Su rostro se transfiguró. El farol colorado de la venganza le alumbró la cara por dentro, y de la boca le salieron estas palabras, como lenguas de fuego:

—¡Soy ladrón, sinvergüenza, traicionero, mal amigo, mal padrastro, pero hombre..., ternero nunca, en jamás de la vida..., en todo caso *toro...*, hombre y *toro!*

Con las últimas palabras sonó —seco y redondo— un estampido. Nazareno giró torcido sobre una pierna, y cayó mirando a su heridor.

*

A las dos horas llegó la policía.

En un carrito de pértigo se llevaban a Nazareno hacia el pueblo.

Atado en su caballo, acompañado de un sargento y un milico, trotaba el viejo detrás del carro, seguidos por un acompañamiento de testigos. El viejo, hacía rato que se había evadido de la escena, y vivía su drama para adentro. Iba diciendo y repitiendo:

—¿Te créiste que era balido e'ternero..., no vías que era e' *toro?* ¡Marcao, sí; pero *toro!*

EL CABALLO DEL MATRERO

Era en «la pulpería», donde se hacen y se deshacen las reputaciones, las mentas de los hombres y, a veces, cuando cuadra, de las mujeres. Y allí estaban unos del lado de afuera, otros del lado de adentro del largo mostrador enrejado, sobre cuyos tablones, gastados a trapo y agua, se paraban los vasitos de vidrio grueso que se llenaban en seguida y se vaciaban de un sorbo. Allí estaba el grupo de vecinos, inclinados sobre una hoja de papel de envolver, deletreando la firma que el fugitivo había estampado la noche anterior debajo de la palabra: «saludos».

La conversación *rodeaba* el tema que constituía el comentario obligado desde hacía varios días. Temas de matreros y policías, tan del paladar del paisano, y del pueblero de pueblo chico.

El caso era el siguiente: Nieves Godoy —que andaba por el sur «echando buena»— había dado muerte a un hombre, por unas *palabras* tenidas en cierta cancha de taba. Y luego de la *desgracia*, huyendo de las autoridades en una galopiada de varios días, o mejor de varias noches, puesto que de día se ocultaba, había llegado al pago creyendo encontrar amparo en el jefe de Policía del Departamento, que lo era su amigo de la infancia Pedro Bermúdez. Mas éste, sintiendo la responsabilidad del caso, había tomado a pecho lo del «cumplimiento del deber», y después de proponer al hombre que se entregara primero a fin de aminorar

la pena, ante la negativa del matador, que encontró ofensiva la proposición, salió él mismo a prenderlo mientras aquél «ganaba los montes» para ocultarse.

Lo singular y atrayente del episodio era la amistad que ligaba a ambos mozos, criados juntos en la misma estancia de los Bermúdez; Pedro, hijo del patrón, y Nieves, de la casera, mujer de un capataz de tropas que trabajaba para el establecimiento.

El *bandido* parecía tomar a broma lo de la persecución, y no se sabe bien si por jactancia o por nobleza, iba dejaba «saludos» al perseguidor, desde los lugares por que iba llegando —pulperías, estancias o ranchos, indistintamente—, «saludos» que se hacía escribir en el primer caso por el propio pulpero, sobre cualquier papelucho y que luego él firmaba con mucho trabajo, arremangado hasta el codo, con un *Nieves Godoy* imposible de tembleque y torcido en sus letras. Esto de los saludos estaba resultando muy del paladar y agrado de las gentes, contribuyendo de modo eficaz a la popularidad del simpático *bandido;* tanto, que se le habían unido varios paisanos cuyas cuentas con la autoridad no estaban muy claras. Y el hombre, así, ya no era un vulgar perseguido solitario, sino un jefe de banda, salteador de caminos a la fuerza, el cual, no siendo en realidad un asesino ni un ladrón *nato*, ordenaba a su gente, no matar porque sí, ni apropiarse cosas que no necesitaran, lo cual —como es de suponerse— se cumplía a medias y de mala gana. Pero como en estos casos las acciones buenas por inesperadas tapan a las malas, las mentas de algún hecho simpático y generoso se iban agrandando, como esas manchas que crecen al desparramarse.

Una vez se presentaban en un baile, inesperadamente, a las muchas leguas de distancia en que se les ubicaba; y luego de «dar unas vueltas» y tomar unas copas, cantaban y partían alegremente, ante el asombro de los viejos, el deseo de emulación de los jóvenes, y el fenómeno de simpatía sexual que implicaba el amor

repentino y audaz de algunas mujeres, las que confiaban luego a la almohada su deseo de irse tras el bandido, que a fuer de arrojado, veían arrogante y hermoso, tal vez sin serlo.

Una de las voces que se *mentían* era la de que Nieves había llegado del paraje lejano en que se *desgració*, montando un caballo overo, *sin fin* para las *marchas*, un caballo que le había dado cierto compañero, «como mandao hacer p'a una juída». Y como el animal era de otra querencia y, por lo tanto, desconocido en aquella región, sus propiedades positivas crecían de acuerdo con el deseo imaginativo de cada comentarista.

Los hechos se iban encadenando de tal modo que ya no era sólo el delito de Nieves lo que estaba sobre el tapete, sino otros delitos, bien que de menos cuantía, y que la propia vida al margen de la ley les empujaba a cometer.

Habían ganado las sierras de Aceguá, estando, por lo tanto, cerca de la frontera con el Brasil, y en cualquier vuelta se harían humo nomás, burlando a la policía. Esto, unido al hecho de ir el mozo tan «bien montado», hizo cuajar, en todas las gentes de la región, la idea de que no serían aprisionados.

El episodio mostraba madera de leyenda, tronco que crecía en dos ramas jugosas hacia el espacio en que se varea la imaginación popular. Se agrandaban así dos famas paralelas: la del matrero y la de su caballo. Para unos, toda la aureola del paisano fincaba en su arrojo y en su baquía; para otros, se lo debía *todito* a las patas de su pingo.

Y ambos tenían la media verdad necesaria para formar el todo. Que no hay pingo donde no hay hombre que lo ponga en luz; ni hombre que en el campo lo sea del todo, si no va bien montado. El caballo fue la mitad del gaucho:

La mitad de la épica,
la mitad de la historia;
los tres cuartos del triunfo
y el *todo* en la derrota.

El sol flotaba sobre la loma, como un globo grandote y colorado. Su borde inferior se apoyó en la tierra y comenzó a achatarse por segundos; hasta que en dos o tres minutos se lo tragó el horizonte. Ahora alumbraba más, al parecer, ya que al entrarse dejó su reflejo, como una siembra, sobre árboles, hombres y objetos.

Tres jinetes, que galopaban hacia las casas, se agrandaron tanto en la contraluz, que semejaron tres aparecidos. El galope largo de los caballos se hacía más elástico, y los movimientos ondulantes de los centauros se dibujaban estirándose en el cielo, como cuerpos de goma, baleados desde hacía rato, por los ojos ansiosos de la gente de las casas.

Es que habían reconocido al matrero.

Al llegar al patio se detuvieron del lado exterior de la verja, dieron las «buenas tardes» y aguardaron, quietos, la insinuación de apearse.

El dueño de casa, tieso en el portón, les dio el «bajensé». Desmontaron a la vez, pero sólo el matrero se adelantó. Se dieron la mano, conversaron unas pocas palabras y Nieves Godoy le entregó su famoso caballo overo, ante el asombro general, con la siguiente recomendación:

—He acudido a usted por ser hombre formal y derecho. Le pido que mañana mesmo le remita mi cabajo al amigo Bermúdez, con el papel que usted áura me hará el favor de escrebir y que diga ansina: «Hermano, sé que andás muy mal montao. Te dejo mi caballo p'a que no hagás feo papel. No lo tomés a mal, ¿pero qué querés?; vos en mi lugar harías lo mesmo. Te saluda, tu amigo, el bandido, *Nieves*.»

Dicho y hecho. Escrito el papel, Nieves, como otras veces, dibujó su firma apoyándolo en la punta de la carona; y en seguida de montar partió con su gente al galope, dejando tras de sí un remolino de asombro y admiración.

Todos los habitantes del establecimiento rodearon al caballo, hasta que hombres y animales se fueron borrando en las sombras.

*

Era una *jugada* de matrero. Cuando venía huyendo hacia sus lares, vio en una herrería, atado al palenque, un caballo muy parecido al suyo, al cual lo estaban herrando en las manos.

Deteniéndose, se encaró con el herrero:

—¿De dónde sacó ese caballo, amigo? —preguntó con decisión.

—A usté no se lo robé, por de pronto —fue la altanera respuesta.

—Ta bien, Don; le pregunto porque lo hallo muy parecido al mío —e indicó a su overo negro que llevaba *de tiro*.

El herrero observó a hombre y caballo, y sacudiendo la cabeza, entre dudoso y convencido, respondió:

—Sí, parecido es: igual grandor..., overos los dos...

Lo volvió a observar con mayor calma, agregando:

—¡Y es parecido, nomás! Eso sí, debe ser sólo en el *pelo* y la presencia, porque el suyo parece *bueno*, y el mío es pura estampa engañadora.

—No, si no se lo vi'a pedir, compañero.

—Ni se lo aconsejo. Es un animal *asoliao* y se fatiga al primer sudor.

El matrero hizo un gesto, como reconcentrándose, como sacando punta a una idea.

—¿Lo dice en serio?

—¿Y por qué no? Lo digo *formal*.

—Entonces, si es tan *engañador* me lo llevo —agregó Nieves, resuelto, y con tal firmeza que el dueño del caballo lo miró con desconfianza. Cierta sospecha que le naciera al mediar el diálogo se le aclaraba ahora, y con tono manso pero intencionado advirtió:

—Lleveseló, Don; pero vea que *p'a juir* no le sirve.

—Gracias; p'a juir tengo éste —respondió Nieves, señalando su overo—. Me lo llevo igual y le doy las gracias; hoy por mí y mañana por usté, que «las piedras rodando se encuentran».

Y se lo llevó.

Ese era el caballo que le dejara a su amigo, para que lo *persiguiera* mejor.

*

Pedro Bermúdez, jefe de Policía, luego de ser avisado por un «propio», llegó, seguido de un asistente, a la estancia en que el matrero le dejara su «crédito», el pingo overo negro.

Rodearon al animal, observándolo con ojos de entendidos, luego que un peón le hubo quitado la «manea». Le midieron la altura de las cruces; observaron la cabeza, más bien chica, y algo acarnerada; la conformación de los encuentros, la altura de los nudillos, la finura de las manos, la forma de los vasos, el hueco de los candados...

—Hácelo caminar —ordenó el jefe.

El peón, desatando el «cabresto», lo hizo andar al paso. Caminaba normalmente, sin manquera ninguna, sin *aflojar* de las manos.

—Buen lance —sentenció el estanciero, observando la brazada.

Vuelto el animal al lado del palenque, el milico asistente del jefe, que era el domador de los potros «patrias» de la policía, dijo:

—¿Me permite, señor jefe? —y ante un asentimiento de Pedro Bermúdez, acarició al animal pasándole la mano con insistente suavidad desde la frente al hocico; y luego que el flete se demostró *gustoso* de la caricia, le oprimió la garganta, intentando cerrarle la respiración, con el fin, según él, de «medirle el resuello». El animal aguantó un momento la opresión, hasta que sintiéndose molesto, pegó un cabezazo hacia atrás

librándose de los dedos opresores. Todos observaron en silencio la prueba y esperaban la opinión del amansador, quien manifestó su aprobación haciendo un gesto singular, castañeteando los dedos.

*

No cabían dudas, aquél era un caballo de excepción, lo cual colmaba el asombro de todos los asistentes al episodio. El hombre que huyendo de la policía se desprendía de su mejor caballo, ofreciéndolo a su perseguidor, o estaba loco de remate, o amaba la vida en broma.

El jefe no podía ocultar su contrariedad.

Alguien sentenció:

—«Cuando la limosna es grande, hasta el pobre desconfía.»

Para el hombre que representaba la ley y pretendía imponerla con cabal autoridad, el caso era endemoniado. ¿Qué se proponía el matrero; cómo había que interpretar aquel gesto altivo y suicida a la vez? O era, en realidad, una broma, o una burla de quien se creía mucho más «calandria» y, por lo tanto, dotado de más recursos.

Pedro Bermúdez sostenía una sorda lucha consigo mismo. Lo tironeaban desde dos puntas distintas. Si en aquel momento tuviera frente a sí a Nieves Godoy, podría asumir dos actitudes contradictorias. Le hubiera dado un abrazo, como le hubiera legado un tiro. Por momentos se enorgullecía de su amigo de la niñez; o se encolerizaba al sentirse superado e impotente. Y tanto, que por ello mismo el perseguidor le enviaba su propio caballo. Desarrugaba el *papelel* que oprimía en la diestra, y volvía a leer la misiva a mascando las palabras: «Hermano, sé que andás muy mal montao. Te dejo mi caballo p'a que no hagás feo papel. No lo tomés a mal, pero qué querés, vos en mi lugar harías lo mesmo. Te saluda, tu amigo, el bandido, *Nieves.*»

Lo consolaba algo eso de que *él hubiera hecho lo mesmo.* ¿No sería injusta la persecución? El matrero estaba, ante el concepto de lo gaucho, en el terreno más simpático. Pero él era el jefe de Policía y tenía que cumplir su misión y su palabra, cayera quien cayera al golpe de su arreador.

—«Cuando la limosna es grande...» —volvió a decir uno de los presentes.

—¡Qué limosna ni limosna: yo no quiero ventajas en este baile, aunque me toque polkiar con la más fiera! —dijo Bermúdez ya encolerizado.

Jefe y domador se miraron de un modo particular. Aquél ordenó con firmeza:

—Bueno, degoyalo.

El grupo se volvió —con el asombro dibujado en las caras— hacia el hombre que detentaba el mando, mientras el milico, daga en mano, titubeaba.

—Señor jefe —dijo el dueño de casa, interviniendo—; es una lástima, un animal ansina; vea lo que v'a hacer.

Todos pidieron por el caballo, todos menos el milico, atado a la disciplina, pero evidentemente pesaroso de tener que cumplir la orden.

El dueño de casa, con su autoridad de vecino platudo, volvió a intervenir esgrimiendo cierto aire autoritario:

—Perdone, señor jefe; si quiere ser *mal gaucho,* sealó en el camino, pero no adentro 'e mi campo.

—¡Es que usté no sabe lo que es el amor propio lastimao, el amor propio del hombre cuando tiene autoridá!

—Lo comprendo, señor, lo comprendo; pero busque otro medio. No utilice el caballo, persigaló de a pie, si desea; pero no sacrifique al animal.

Pedro Bermúdez, rojo de cólera, se encaró nuevamente con su subalterno:

—Cabo —le ordenó—, degüeye ese animal.

El cabo se cuadró replicando altanero:

Amanecía. Tres chinitos clinudos y cobrizos, que aprendían el oficio con el *tape*, habían encontrado el rastro del tigre, ayudados por los perros, unos perros flacos, amarillentos, ordinarios y bravos que, sin saberlo sus dueños, estaban plasmando una raza de perros tigreros, por natural y fatal selección.

En el monte oscuro, húmedo de noche aún, tres grupos de ladridos se alzaban de la espesura como tres árboles, como tres islas.

En el Paso se habían juntado los vecinos con el cazador. Pero de aquéllos faltaba uno, cosa que extrañaba a todos. Era el más joven, el más formal, el más caviloso. Además, pasaba por ser el más valiente, y decimos *pasaba*, porque esta cualidad no se concede al prójimo con tanta facilidad como las ya mencionadas. Le llamaban «Trago amargo», porque era el que siempre hacía frente a la adversidad. El que a toda hora estaba pronto para hacer un servicio sin ponerle precio, ese servicio que se realiza sin darle importancia y que en el acto se olvida, al que se le llama «gauchada». Además, el mozo era triste, franco y amargo como la ruda. Decían que estaba *ligado* a un animal o fantasma del monte.

Pero el aludido no había acudido a la cita, que era como una cita de honor donde alguno se podía jugar la vida frente a la fiera, la cual había crecido ya en la imaginación popular multiplicándose en varios ejemplares de yaguaretés.

*

Mas dejemos a los cazadores buscando al tigre y hablemos algo de la infancia del mozo.

Cerca del playo del Paso, *ahicito* no más, había un rancho, pobre y desolado como todos; y en el rancho, dos viejos con una hija viuda y un nieto. El niño se crió solo y libre. En el rancho comía y dormía solamente. Lo demás del tiempo era de su cuenta. De tanto estar en el monte —entre pájaros, frutas, espinas y bichos—, se había identificado con la naturaleza

que ponía marco a la pequeña estampa de su vida. Su piel tenía el color de la tierra; sus ojos, el verdor de los árboles; su pelo, el oscuro de la umbría. Y los pájaros eran sus amigos, y los cuadrúpedos sus compañeros.

Mas su gran amigo fue un cachorro de tigre, gracioso y juguetón como un gatito. Alguien, en una batida como la que venimos narrando, espantó al macho y mató a la tigra, quedando un cachorro guachito. Andaba el niño vagando por el monte, cuando vio que el cachorro negro y amarillo se le venía con trazas de jugar. Al principio se asustó, subiéndose a un árbol. Luego, viendo que era muy chico aún, se le acercó, por las dudas con un palo en la mano, y se reconocieron como hijos del bosque, haciéndose amigos. Día a día se encontraban. El niño tenía diez años y el cachorro dos meses. El niño, de miedo que se lo vieran y se lo mataran, lo acostumbró a no salir de lo espeso de la arboleda. La amistad con el tigrecito era un secreto, *su secreto*. A medida que la pequeña fiera crecía, la ocultaba más. Algunas noches hasta durmieron juntos en la cueva. Pero llegó un momento en que el animal, casi adulto ya, rugía y manifestaba su presencia desagradable haciendo algunas fechorías para alimentarse. Así, empezaron a faltar corderitos en las majadas cercanas, luego terneros, hasta que los vecinos concluyeron por tomarle el olor al asunto. Ya le era difícil al niño ocultar sus relaciones con la fiera, que a veces lo quería seguir hasta el propio rancho. Y un día cualquiera, desapareció. El muchacho se puso tristón durante unas horas, y luego volvió a su amistad con pájaros y carpinchos, zorros y comadrejas, mientras el tiempo, como empujándolo de abajo, lo estiró hasta darle figura de hombre. Nunca le contó a nadie su amistad con el yaguareté. Y como era silencioso, servicial, trágico y dispuesto a sacar del pantano al que en el pantano estuviera, le pusieron «Trago amargo», por mal nombre.

*

Y bien, «Trago amargo» faltó a la cita, y el tigrero, seguido de sus perros y de algunos comedidos, se internó en el Paso orientándose por los ladridos lejanos de los perros, esos tres grupos de ladridos que ya dijimos se alzaban hacia el cielo y llegaban al oído distintos entre sí, como islas sonoras. Pero el cazador distinguió de qué lado los perros ladraban al tigre, en realidad, y de qué lado ladraban al rastro. Uno de los comedidos —vecino del Paso y conocedor de las picadas del monte— hizo de baquiano. Cuando se sintieron cerca de los ladridos de la perrada, el yaguareté, invisible aún, estaba tan presente en el miedo de los que habían seguido al cazador, que hasta lo *olían*. Y se fueron quedando rezagados los acompañantes, con facones empuñados y pistolas amartilladas. Y cuando el cazador hizo un ademán de silencio y soledad, unos se quedaron como estacas y otros se ocultaron entre los árboles. El cazador avanzó solo, armado de un facón largo como una espada, y un poncho de lana como escudo en el brazo izquierdo.

Entre el ladrar de los perros oyó la voz de *sus muchachos*. Adelantóse decisivo en su avance, hasta entrar en la zona de peligro.

Echado sobre la rama gruesa y casi horizontal de un higuerón, estaba el yaguareté, como punto central de la escena. Detrás tenía el tronco del gran árbol cubriéndole el anca, y por delante y lados la perrada aullante y gemidora de impotencia, a la que se sumaban los aprendices. Uno de éstos se colocó detrás del árbol, mientras el *tape* tigrero se adelantó hacia el grupo de la fiera y los perros, asistido en sus flancos por los dos muchachos restantes, armados de unos chuzos especiales para pinchar al felino. El cazador, despreciando tales herramientas, *se arreglaba* —como él decía— con su *caronero* y su poncho. Lo demás pertenecía a la experiencia, al coraje y a la suerte. Los perros, al ver a su amo, se envalentonaron hasta lo increíble, atacando al tigre, algunos a saltos, puesto que estaba echado sobre la rama del árbol, a la altura de un hombre. Un perro, largo y flaco como galgo a *la fuerza*, se acercó demasiado en su salto, y el felino lo abarajó en su garra, levantándolo y arrojándolo al suelo luego de darle dos cachetazos sangrientos. Todo el bosque se erizó de aullidos, al par que la fiera lanzaba un rugido que hizo espantar a varios caballos de los vecinos que presenciaban la escena desde lejos. El perro herido, echando sangre por el hocico, enardecía a los demás. Eran fieras a su modo aquellos perros flacos y pelados, que se le animaban al tigre hasta dejarse alcanzar por sus zarpazos. Ninguna raza de perros de *pedigree* hubiera acosado al gran gato con el empecinamiento con que lo realizaban estos *ordinarios*, tigreros por cruza, que realizaba la propia fatalidad.

El yaguareté había apoyado la cabeza sobre las paralelas de las patas delanteras, como durmiendo despierto, mientras meneaba la cola con movimientos de serpiente. Y el *tape* se le fue acercando luego que sus ayudantes consiguieron acallar a los canes. Hombre y fiera se miraron «como jugando a un serio», valga la expresión infantil, y ninguno de los dos se decidía, puesto que el espacio de tres metros largos que los separaba, más que *tierra de nadie* era tierra de la Muerte.

Había que matarlo sin echar a perder el cuero valioso, «sin ojalarlo al ñudo» depreciando su valor, hiriéndolo de la garganta a la barriga, por donde tendrían que *abrirlo* cuando lo cuerearan. El hombre se acercó más, flanqueado medio de atrás por sus segundos. Era cosa salvaje, terrible, y solamente sudamericana esa desafiante actitud del hombre cobrizo y pequeño, el chiripá cortito y ceñido, la chaqueta ajustada y la vincha de colores conteniendo las clines, como un arco iris dominando una tormenta. Desafiante y hermosa era su actitud, con el brazo bien tapado por el poncho ordinario y desgarrado, a la altura de la cara, para amortiguar el peligro que iba a caer desde arriba. Con el caronero agudísimo empuñado con soltura, elegante a fuerza de estilo, y la muñeca ligada

por un cuerito, mientras en el pecho desnudo se le asomaba, indiscreto, el «payé», colgado de una cintita «azul y sin pecar», *compuesto* con una aperdizada plumita de caburé.

El tigre dio «el salto mortal», y quedó en el aire abrazado del largo facón. Casi le saca el brazo al matador en el esfuerzo que éste hizo por no soltar el arma, que hundida en el pecho del bruto cayó con él hasta el suelo en inverosímil parábola de colores amarillo y negro. Un amarillo y negro que iban creando el rojo.

En medio de un admirativo silencio, el hombre se inclinó, sacó la daga y mutiló al tigre en los órganos vitales. Era su costumbre.

Con el bicho colgando de un palo —curvo y cimbrante por el peso—, y en hombros de dos de los compañeros del héroe de la escena, caminaban todos, tigreros, perros y acompañantes, rumbo al Paso, junto al cual estaba el rancho en que vivía solitario «Trago amargo», el mozo que se había acobardado al parecer, inesperadamente, hipotecando así su nombradía de guapo al echarse atrás por primera vez en este *trago amargo* como para su nombre, acción que estaba pasando de boca en boca en el comentario, al salir de cada una de las cuales se iba babeando más y más en esa saliva que se llama desprecio. Así, cuando llegaron al rancho del mozo, con el tigre muerto, como para echarle en cara su falta de palabra y llamarlo maula, hallaron la puerta cerrada. La empujaron con rabia, luego de golpear un rato sin obtener respuesta. Era raro. Todo el pago estaba reunido alrededor del episodio de la muerte del yaguareté feroz, que les había mermado majadas y puntas de ganado.

—¡Cómo nos fayó «Trago amargo» en este *trago!* —dijo, socarrona, una voz.

Entre varios sacaron la puerta de quicio y se abalanzaron hacia el interior oscuro y mal oliente de la miserable habitación. Los primeros que entraron salieron en seguida, con las caras demudadas.

Entonces entraron todos; hasta los que llevaban el tigre se sintieron impelidos a realizarlo, sin soltar el palo del cual colgaba el bicho. Acostado boca arriba, semi desnudo sobre un catre de tientos, estaba el mozo, muerto, con una herida de arma blanca en el pecho.

Le hicieron rueda fúnebre y respetuosa, coronándole una corona de espinas humanas. Variadas frases de fatalismo vulgar y filosófico le cayeron encima como flores. Entonces a alguien le dio por levantar el poncho que lo cubría hasta la cintura, y el asombro llegó hasta sus máximos límites, envolviendo a todos en un clima de superchería milagrosa. Los muslos de «Trago amargo» estaban chorreando sangre. El yaguareté y su antiguo compañero de juegos en el monte, acababan de morir de la *misma muerte.*

SOÑADOR

A la tarde le iba quedando una franja colorada en el poniente, como la sangre que suele quedarles a las achuras recién extraídas.

El trabajo del día había sido rudo, y la peonada paisana, desparramada al barrer, descansaba en toda clase de posturas: unos sentados sobre el piso duro del patio, cuarteado por la seca; otros en pequeños bancos de madera de ceibo; quién tirado sobre un cuero, quién sobre una banqueta, cuadrada y petisa, de cuero vacuno lonjeado y claveteada con clavos cabezones.

Se hablaba un poco de todo, que es como decir un mucho de nada.

Cada vez le restaba un pedazo más pequeño a la tarde, y por ello era *tardecita*. Tardecita rosada por una orilla y borra'e vino por la otra; chiflada de chingolos mansitos, aquerenciados a la puerta de la cocina por virtud de las migajas que dejaba la escoba al barrer con desgano. Chiflada de chingolos que saltaban como troperitos, capitaneados por el chorro musical de alguna calandria, amadrinada en el ombú, que echaba su sombra en redondo sobre el patio agreste.

Sólo uno de aquellos mozos quemados de intemperie, no participaba de la conversación general, aun cuando participaba físicamente del grupo, tosco y desparramado, que venimos mentando. Sentado en el suelo, abrazándose las piernas, se hamacaba levemente,

como distraído, plácida la faz, chiquitos los ojos bajo el ala del gacho, y parecía no oír ninguna de las chanzas y pullas con que sus compañeros le ponían flecos a la cometa iluminada de su silencio. Y como una cometa, mismamente, su imaginación remontaba el espacio y el tiempo, evadido del lugar y del momento. Estaba como «ido», y tan «ido», como que no *estaba* allí, entre sus compañeros de trabajo. Ni los veía, ni escuchaba sus indirectas, que a veces llevaban rectitud de «lista'e poncho».

El muchacho (dieciocho años) tenía la facultad de aislarse en cualquier momento y lugar, dejando ir su imaginación al azar, como quien le suelta las riendas al caballo y éste lo conduce, paso a paso, a los manchones de pasto más jugosos.

Soñaba que se veía en unas carreras. Él era el corredor de uno de los parejeros. Descalzo, con las bombachas caídas hasta el tobillo, las clines de indio apretadas bajo la vincha, el caballo desarmado aún, y un rebenque en cada mano. Luego armaba el flete y partían en pareja. Pero el otro corredor no le *agarraba* el «vamos». Luego de las partidas de rigor, para conocerse o tratar de madrugarse, se veía «apilado», sacando una cabeza, luego un pescuezo, luego un cuerpo de ventaja, hasta llegar a la raya, sin castigar. Y era el héroe de la tarde. Se sentía lleno de manos en la diestra, y de abrazos, y de sonrisas blancas y coloradas, y de copitas de caña y de pesos en el cinto.

Luego la visión se esfumaba despacito, de a poco, mientras iba naciendo otra. Ahora era una «yerra», cruzada de lazos silbadores, estrellada de balidos, lonjeada por las voces sacramentales de la lidia, mixturadas de gritos guturales de estirpe aborigen. Y el ternero, que luego de una vuelta ««suena el lomo contra el suelo»; y el trago de caña que premia el pial, mientras la escena se perfuma en el pelo quemado que van dejando los *fierros* de las *marcas*, como un orejeo del asado con cuero que el patrón, como broche, va a *aflojar* al final.

Y como había acaecido con la primera, esta segunda estampa iluminada en sus adentros se le hacía humo arreada en los callejones de la mente por otra visión que iba llegando a la pantalla de su soñar despierto. Y se veía en una cancha de taba durante un día de *elecciones*. Los pingos, aperados hasta con las deudas de sus dueños, mascaban las coscojas, atados rienda arriba a lo largo de los palenques. El ambiente se perfumaba de asados con cuero, y el perfume se llenaba de voces alegres, broncas, compadronas, dicharacheras, voces que a lo largo de la mañana caliente subían y bajaban sinuosas, como una sierra nativa que dejaba caer de cuando en cuando el chorro de alguna carcajada.

Con la taba asentada sobre la palma de la mano, una pierna adelantada, el cuerpo algo inclinado, la vista yendo y viniendo del *güeso* a la cancha y de la cancha al *güeso*, al tiempo que lo hacía saltar sobre la mano con cariño, como si lo tuviera amansado, como si le quisiera comunicar su deseo de que cayera *clavado* del lado de la ««suerte», mientras el contrario esperaba en el otro extremo de la cancha humedecida, y la concurrencia, en derredor de ambos, contenía la respiración atenta a los movimientos de su diestra, que al demostrar su baquía y su estilo iba arrancando usura a su favor en las apuestas vociadas con coraje, traducidas en las frases de: «al que tira» o «al que espera».

Y el *güeso* partía de su mano, luego de tanta preparación, como amaestrado, trazando en el aire una curva de vuelta y media, para caer clavadito y quieto en el suave repechito de la cancha, mientras una de gritos y palmadas le volcaba salmueras de alegría a la entraña caliente de la mañana.

Los gritos y pullas de la realidad exterior se entreveraron en sus oídos con la algazara que le brotaba del sueño, y tuvo como un despertar sin estar dormido, mientras un pelego de lanas raleadas por el tiempo le caía sobre las espaldas, y los gritos de «loco»,

«loco», sobre muelles de carcajadas salvajes, saltábanle alrededor como perros alegres.

—¡Y el cuero seco, *cayao!* —dijo, con voz de jolgorio, uno de los compañeros.

—¿Qué verá que no vemos nosotros? —interrogó alguno de los mocetones.

—Dicen que mira p'adentro porqu'es medio «ido», pues le dio la luna en la cuna la noche que nació —comentó un tercero.

—¡Qué bicho lo habrá picao en los sesos!

—Y le dejó las queresas.

El muchacho, «ido», soñador o lo que fuera, se había incorporado risueño, y otro de los peones, sacando el cuchillo de la cintura, se le acercó, e inclinándose a sus plantas, le dibujó con la punta del arma el perímetro del pie, y luego de hacerlo andar un paso, cortó el terrón con la forma de la pisada para *darla vuelta*, ante una nueva y ruidosa carcajada a nueve o diez bocas.

Continuaron las bromas y los dichos, las risas y los objetos arrojados, sin que el muchacho bonachón se enojara, a pesar de que todo aquel ataque iba envuelto en una alegría grosera que intentaba ser graciosa. Y acorralado, atajándose de los objetos que le arrojaban, se fue retirando hacia el fondo del patio, hasta esconderse detrás del tronco paternal del ombú.

Siguieron los comentarios y los pareceres. Quién, afirmaba que estaba «loco del todo». Quién, que lo había «asombrado» la luna, por haberle *tomado* el alma, cuando le dio de lleno su luz, como lo afirmara uno de los presentes. Otro, que lo había embrujado una mujer del pueblo, muy canchera y querendona. Y el lazo de las conjeturas iba desanillando sus rollos en el aire, para caer siempre sobre la cabeza del pobre adolescente, que tenía la virtud de soñar despierto.

Una voz de mujer, desde la puerta de la cocina, gritó que la cena estaba pronta, cortando así el co-

mentario, cual si estuvieran «hablando de hambre», como dice el refrán.

Ya en la cocina, se sentaron rodeando una mesa tosca de grandes tablones nudosos, en el medio de la cual humeaba la olla del puchero.

—Falta ese muchacho alocao —observó la cocinera, rechoncha, clinuda y aindiada.

Uno de los peones salió a buscarlo. Estaba detrás del ombú, sentado sobre las grandes raíces, y lo sorprendió en el momento en que le iba amontonando una carga de besos a la china que lo desvelaba de noche y lo *dormía* a la luz del sol.

MALAMBO

«La gané en un malambo», decía don Gonzalo Soria, mirando pensativo y cariñoso a su mujer, al tiempo de recibir, desde el fondo de su sillón de cuero claveteado, el mate de café que ella le servía después de la cena. Dicha frase era síntoma de buen humor por parte del dueño de casa, el cual, en seguida de pronunciada, y a pesar de que el cuadro evocado por ella tenía ribetes sombríos, a los que él trataba de restar importancia, bromeaba con su consorte recordándole el famoso episodio de sus amores, que hiciera hablar a toda la comarca, veintitantos años atrás. Y la «patrona» se tornaba seria ante el recuerdo, que si bien él, como hombre tosco y muy varón, se complacía en recordar, ella, mujer sentimental y de espíritu primario, escuchaba aquella evocación con cierta lucha entre alegría y pesar.

Los hijos, de los cuales solamente los mayores conocían el episodio, se volcaban de parte del padre, cuando la señora trataba de impedir que su marido relatara el hecho.

*

Esa noche se había quedado a cenar en la estancia un mozo pueblero, mozo que pasaba de viaje hacia el Brasil —muy buena persona él—, y el cual *pasaba* más para quedarse que para otra cosa, ya que andaba

afilando con Sabinita, la mayor de las hijas del matrimonio del cuento.

La conversación vino rodando de tal laya, que el paisano viejo fue obligado por los muchachos a relatar el caso. Y «qué más quería el pato que lo echaran al agua».

El hecho había acontecido de este modo.

Sabina era —en aquel entonces— la moza más *diabla* del pago, lo cual equivalía a ser la más bonita, ya que los mozos querendones se rifaban por ella.

La muchacha, que parecía tomar el amor como pasatiempo, los tenía a raya, entablados en tropilla, o en carrera; y a veces «los largaba» a todos juntos; a veces de a uno y a veces de a dos, como en el caso de esta narración.

Y bien: se festejaba el cumpleaños de la moza, y había sido invitada toda la gente invitable de los alrededores. A la sazón, dos paisanitos del lugar eran los más aceptados entre los enamorados de la festejada, pero se había agregado a la lista un forastero, pretendiente flamante, cuya pretensión no había trascendido aún. La cosa estaba entre él y ella solamente.

El nuevo aspirante, confundido en el montón, no iba nada en la parada, al parecer, mientras los dos favoritos se llevaban todo el comentario y la envidia de los no aceptados. ¿Se tocaba una pieza? La sacaba a bailar uno, y a la pieza siguiente la sacaba el otro. De cuando en cuando intervenía un tercero que los madrugaba antes de empezar la música. Sabina salía a bailar con igual deseo, en apariencia, mientras que los otros dos quedaban parados como postes, sin bailar con ninguna. Ya un viejo conversador había dicho: éstos están chamboneando, ¡al final se van a quedar de a pie!

En eso, al empezar una polka, como ella había bailado con otros y los favoritos estaban en igualdad de situación como *esperantes*, se dirigieron ambos a un tiempo hacia la muchacha, originándose el conflicto de no saber ella a quién aceptar. Entonces intervino el

bastonero y propuso que para conformar a ambos y a ella bailaran *los tres*, es decir, que bailaran los mozos un «malambo», interviniendo ella como premio. Como sabemos, el malambo es un contrapunto de zapateo entre dos hombres, los cuales, cada uno a su turno, exponen sus habilidades de zapateadores, realizando en cada ocasión varias figuras, que el contrario, a su vez, tiene que superar con alguna mudanza nueva, y así sucesivamente, hasta que a alguno se le agota el repertorio, lo cual implica la derrota. La derrota, pues, en el caso que evocamos, era la pérdida del *premio*, consistente en el derecho a ser la pareja de la codiciada moza.

Y en eso estaban.

Los tres formaban un triángulo, en medio de la sala de baile. Ella, sola, de un lado; los enamorados, del lado opuesto, frente a ella, pero separados entre sí a dos metros de distancia. Y recostándose a la pared, el grupo de «musiqueros», compuesto por tres o cuatro guitarreros.

Aceptada la proposición del bastonero, los guitarreros se entendieron en un «tiemple» distinto al que tenían.

La expectativa se hizo rumorosa y risueña, como el oleaje de la playa cuando rueda blanqueando espuma. Sabina, a pesar de lo decidida que era, se puso colorada y pretendió negarse a ser el premio de la prueba. Pero la concurrencia, el bastonero y el viejo de los dicharachos, la obligaron a aceptar.

Las guitarras preludiaron, a manera de ensayo, los golpes isócronos del acompañamiento, apoyados en los tonos «la» y «re». Los mozos se miraron de frente, arrogantes y trágicos, como si fueran a conquistar la prenda a punta de cuchillo en vez de hacerlo a punta de habilidad coreográfica. Es que ellos sabían que todo aquello olía a fierro y a sangre.

La muchacha, que tenía más fama de diabla que de linda, en ese momento estaba —para todos— más linda que diabla.

Era hermosa la escena, y era envidiable ser uno de los protagonistas de aquel duelo criollo a base de arte y sabiduría danzantes.

La concurrencia se dividió en dos bandos. Algunos hombres hicieron apuestas por dinero. El comentario afirmaba que Pedralba, uno de los bailarines, sabía cincuenta figuras, mientras que el otro, de apellido Gutiérrez, era más vistoso, pero *se repetía* en las mudanzas y no pasaba de treinta. Mientras se discutía y se apostaba —valga la comparación—, casi como si se tratara de una riña de gallos, el bastonero hizo rociar el piso de tierra endurecida, al que en seguida se le pasó suavemente una escoba rústica, construida con ramitas de carqueja.

El rancho, con ser grande y todo, iba resultando chico, ya que el anuncio del malambo había hecho «dentrar» a muchos que hasta el momento permanecieran afuera, o en la cocina y galpones, indiferentes a la fiesta.

Barrido el piso, sahumado el ambiente con hojas de romero quemado, la sala quedó dispuesta para el torneo y semiiluminada, puesto que la luz se hacía a llama de candiles, colocados estratégicamente a lo largo de una de las paredes de terrón blanqueado, y que el humo de la grasa encendida empezaba a tiznar.

Y así, apercibida la concurrencia, pronta la yunta de zapateadores, «parada como estaca» la moza, en postura sin gracia a causa de cierta timidez o nerviosidad que le producía el episodio del cual era el punto alto, a una indicación del bastonero los guitarreros iniciaron el malambo con golpes sordamente musicales producidos en las guitarras, alternando cuerdas y caja de las mismas: *arriba, abajo, arriba,* y siempre en los mismos tonos y siempre en el mismo son. Un mozo se adelantaba, realizaba cuatro o cinco figuras y retrocedía. Entonces avanzaba el otro, zapateaba dibujando otras tres o cuatro figuras y volvía a su lugar; ambos prendidos a la tierra por los pies, y prendidos al *cielo* por los ojos que atisbaban los de ella,

fijos en el suelo. Cada vez que uno de los *duelistas* terminaba su serie y retrocedía a su cancha, se cerraba el aplauso y las apuestas oscilaban como la llama de los candiles.

Mas nadie notaba que el forastero se había puesto detrás de los bailarines, de modo que ella lo miraba ansiosa por sobre los hombros de los zapateadores. El grupo, que fuera un triángulo, se había convertido en un rombo, sin que a ninguno le llamara la atención. Y los músicos seguían ansiosos, doblados sobre la cintura de sus violas, con las manos rasgueando y golpeando rítmicamente el son tartamudo y musical del extraordinario contrapunto, mientras cien ojos, como pinchos, ponían la punzada de su mirar sobre los talones y las puntas de los pies de los campeones, agitados y sudorosos, los cuales se habían puesto sendas vinchas en las frentes doradas, sobre las cuales caían, chicoteantes, los mechones de pelo indio, curvos y apelmazados como hojas de palmera.

—¡Esa «mudanza» ya la hizo! —dijo una voz apasionada.

—Y ésa también —agregó otra voz.

—Cállese la boca —gritó el viejo de los dicharachos oportunos.

—Yo defiendo «mi gallo» y mi plata —retrucó el primero de los protestadores.

—Trate de no *repetirse,* mozo —observó el bastonero al bailarín, mientras el contrario asentía con la cabeza, ya próximo a gritar a su turno.

—¡Silencio, señores! —volvió a ordenar el bastonero, en el tono imperativo que requerían las circunstancias.

Continuó el contrapunto danzante. Algunos de los mirones, sobre todo aquellos que habían hecho apuestas, intervenían de manera agresiva ya, tratando de que venciera el bailarín de su simpatías o de sus conveniencias. Y azuzaban a los contrincantes en voz alta.

Una voz gritaba:

—¡Dale, Pedralba: meneá esas chiquisuelas y *repicale* una Pascua, sobre los terrones!

Y otra voz:

—¡No te acoquinés, Gutiérrez: meniales de punta y taco y escobillá lindo, hasta quedarte hincado, que «la prenda» lo merece!

Volvía la voz del espectador mencionado al principio, reanimando a «su gallo»:

—¡Tapalo de una vez con un poncho'e mudanzas nuevas, que la paloma va chumbiada y ya es tuya!

No faltaba alguna señora, entrada en años pero animosa, que fuera acompañando a sus nietas, y que terciara con algún dicho jugoso de intención:

—¡Codiciada la niña y lo merece..., pero en mis tiempos una flor que se preciara, para dar su perfume no precisaba que la *carpieran* tanto!

Mientras estas voces subían de punto, el forastero entró a mostrarse inquieto, llamando la atención de algunos de los presentes.

—Salga, mozo, de adelante, que su cuerpo no es de vidrio —voceó alguien metiéndose con el desconocido.

Éste, entonces, sin cambiar de sitio, interrogó con una mirada ansiosa a la bella muchacha por quien se realizaba todo aquello, mirada que fue retribuida por la moza, y que tuvo la virtud de apresurar el episodio hacia su desenlace.

Al tiempo en que el bastonero, ante una nueva protesta de los mirones por otra figura repetida, le gritaba, autoritario, al bailador, que no le aceptaría más mudanzas unas tan parecidas a otras, la moza heroína de la fiesta pegó, altiva, el grito de:

—¡Pare el baile! —alzando los brazos.

Las guitarras enmudecieron; los danzantes quedaron duros en sus canchas, llenos de sorpresa; el bastonero abría los ojos «como el dos de oros», y la demás concurrencia suspendió la respiración.

Entonces Sabina, transfigurada, jadeante de coraje y de amor, cruzó por entre sus dos enamorados transidos de cansancio, para colgarse del brazo del forastero, que estaba tras ellos, mientras gritaba nuevamente:

—¡Señores: basta de discusiones por mi causa! Ya que me han hecho moneda para premiar al ganador, soy moneda, sí, pero para rodar hasta el corazón del hombre que quiero, y que no es ninguno de estos dos, sino este que ven aquí, y con el que me voy a casar. Y están todos convidados a la fiesta.

—Lo que vino después no es para contarlo —siguió diciendo el viejo don Gonzalo Soria, mientras recordaba la historia de sus amores—. Me la quisieron sacar, pero entonces se toparon con mi puñal..., y a las pocas semanas me casé con ella. Y pasó por un portoncito, pasó por otro... y aquí nos tienen, rodeados de hijos... ¿No es ansina, vieja?

Pero ella «se había hecho humo», porque no le gustaba que delante de sus hijas se recordaran estas cosas de su pasado, las cuales más parecían novela que realidad.

—Siga, tata, siga contando el final —dijo uno de los hijos mayores.

—¡No, el final no, que hay visitas! —gritó desde la habitación contigua la que había sido punto central del episodio—; el final ya sabés que no me gusta oírtelo, Gonzalo, y no lo contés, te lo ruego hoy más que nunca.

Todos quedaron suspensos, mirando al viejo don Gonzalo.

—¿Y por qué se fue la señora? —preguntó el mozo que estaba de visita, el mismo que andaba *afilando* con una de las muchachas.

—¡Se fue a rezar un «Padre nuestro» por el alma del finao! —contestó el paisano viejo, a media voz, para que no lo oyera su mujer.

EL FRENO DE PLATA

En las pulperías del pago le cantaban estos versos:

El indio Claro González
—criollo del *Cordobés*—
se encontró un freno de plata
que vale mucho más que él.

Los versos estaban bien «concertados», como decían las gentes que pasaban por entendidas, y era indudable que traducían con justeza la impresión que produce el contraste de ver a un pobre usando prendas de valor inadecuadas a su bolsillo.

Para las gentes de aquellos lugares el indio Claro González era poca cosa, casi diríamos era dos veces poco: una, por ser pobre, bien pobre; y otra, por ser indio, bien indio.

La cosa es así, y hasta tiene su lógico sentido. El común de las gentes —sobre todo si es gente de campo— no valora lo autóctono porque lo tiene demasiado cerca, cuando no lo lleva en sí misma. Somos los civilizados quienes queremos ser indios o gauchos, es decir, ser raíz o tronco racial de nuestro conglomerado criollo. Ser estirpe.

Pero sigamos. Le cantaban la cuarteta mencionada, y ello era lógico. Para muchos resultaba chocante ver a aquel pobre indio, que no tenía «en qué caerse muerto», luciendo un freno antiguo adornado con dos grandes «copas» de plata, más la correspondiente «ponte-

zuela» oscilante. Era un atrevimiento. Ya lo había dicho el comisario en unas carreras, al verlo pasar al tranco de su matungo, mientras apostaba un peso —que para él era un platal— a uno de los parejeros: «Indio atrevido, enfrenando a lo jefe. Te lo vi'a sacar en cuanto caigás preso.» Y era realmente freno de jefe o de comisario el freno de plata del pobre indio. Y no sólo el comisario le tenía ganas a la bella prenda de ensillar, ya que más de un estanciero le había echado el ojo queriéndoselo comprar. Pero el indio se hubiera vendido él mismo, como hizo el famoso pardo Luna, antes que desprenderse de su freno. Nadie sabía el origen de esta posesión. Haría unos diez o doce años que estaba en el pago, y había llegado desde Tacuarembó, no muy bien montado, que digamos, pero ya enfrenando a lo rico.

—¿Cuánto querés por tu freno? Pedí lo que quieras —le había dicho en tono prepotente cierto ganadero que tenía a gala el ensillar bien.

—Señor, no lo vendo por nada —le había respondido, humilde pero firmemente, el indio.

—Dónde lo habrás robao —dijo con insolencia el estanciero.

—Por lo pronto, no habrá sido a usted, Don..., y trate de no ofender, que aunque no todos somos ricos, todos somos hombres y andamos por el mundo; y recuerde que «las piedras rodando s'encuentran».

—Tas muy hablador hoy —volvió a decir el ganadero, ya bajando algo el tono ante la firmeza con que le respondiera el indio gaucho.

—Las piedras rodando s'encuentran —repitió—, y además, ricuerde, Don, que aunque su facón es de puño de oro y el mío de guampa, del puño p'a delante son de fierro los dos.

—Mirá, indio insolente, guardate el freno y «que te sirva p'a velas» —le gritó el señorón cortando el diálogo y saliendo al galope, como atraído por otro asunto más importante.

Uno de los presentes dijo como para sí:

—¡Ah, indio, retrucaste bien, pero te dejaron «mascando el freno»!

Aquella frase: «que te sirva p'a velas», impresionó al indio y lo dejó pensando. «Que te sirva p'a velas», iba repitiendo entre dientes, pensando, más que diciendo la frase. «A lo mejorcito nomás así es la cosa —se dijo—, y en la penca'e la vida esti hombre mi ha dao la sentencia. ¡Ah, mi freno! Si te puedo conservar como hasta hoy, el día que estire mis güesos no me v'a faltar una cruz y cuatro velas, si Dios quiere.»

*

El indio vivía a la orilla del pueblo, en un rancho donde no faltaba «nada, de lo que había», según decía él, haciendo broma. En realidad, no faltaba nada de lo más necesario, porque el pobre Claro era ordenado y limpio como Dios manda. El apodo le venía por su tipo aindiado, que si no acusaba una pureza racial, ya difícil de hallar en nuestro campo, aun en la época algo lejana a que nos referimos, por lo menos denunciaba una cruza con más de aborigen que de blanco.

Soltero o solterón, él era el hombre indispensable para asar un asado con cuero, correr un pingo en una penca, servir de testigo, votar varias veces en una elección reñida, y por último, para hacer la gauchada de permitir que en el patio de su rancho «pelara la pava» la pareja romántica de los amores contrariados.

Y así vivía, como los pájaros, picando un grano por aquí y otro por allá. Cuando mozo, fue peón de estancia, y en ocasiones, tropero. Por eso había conocido mucha gente y tenido tantos patrones. A éstos acudía, para que lo sacaran de apuros, evitando que la necesidad lo obligara a desprenderse de la mentada prenda, ya que en el matungo del vivir, el pobre montaba «a la moda e'Portugal» con la miseria.

*

Corrieron los años. El indio ya estaba viejo. En el pueblo, su popularidad había crecido, mientras que la simpatía de la gente le achicaba el nombre. Ahora era don Clarito.

—El día que me enferme será para morir —siempre decía; y como era muy sano y nunca había estado en cama, cayó como suele suceder con los fuertes de cuerpo: para no levantarse.

En sus últimos años había hecho relación con un pardo, medio curandero y medio muchas cosas buenas y malas. Como se conocieron de viejos, se trataban de *usté* y tenían sus cumplimientos.

Hacía varios días que el pardo lo cuidaba, pero cada vez iba peor. Allí estaban, en el rancho frío y en penumbra: el indio en un catre de tientos, y el pardo a su lado sobre un cajón. De un gancho de madera clavado en el adobe, colgaba el famoso freno. El caballo lo había vendido para comer, desde el comienzo de la enfermedad.

Afuera lloviznaba. Pasaban las horas. Fumaban. En eso, los ojos de los dos hombres se toparon, y quedaron prendidos mirándose en el espejo de plata de una de las copas del freno.

—Ya sabe cuál es mi última voluntá, amigazo —dijo el indio con voz cavernosa y sentenciadora—. Quiero que me compre velas y una cruz plateada. El cajón que lo ponga la *polecía*. Tiene obligación. Pero lo pone pelao, por eso le agrego las velas y la cruz. En este último viaje, si no voy de primera, iré por lo menos como la gente.

Hubo un silencio. El indio parecía dormir. Anochecía, y con las sombras, empezaron a entrar al rancho algunos vecinos en estado de sombra también, silenciosos y apagados de ánimo. El pardo hacía de dueño de casa, recibiendo las preguntas del caso. Además, era él quien, a lo largo de la enfermedad, lo había «curanderiao».

—¿Cómo va?

—Y... ya ve —respondía el interrogado meneando

la cabeza con pesimismo y tomando a pecho su papel de *médico*.

Siguió llegando gente en este estado tímido, propio de las circunstancias. Algunos ya se habían acomodado en la cocina y cebaban mate. Cuando un pobre agoniza siempre aparecen comedidos. Los humildes y los perros tienen un olfato especial para la muerte; y que aquéllos me perdonen esta observación que va hecha sin mengua. Los perros la olfatean y la lloran con sus aullidos, como humanizándose. Los humildes la sienten venir y la acompañan con su presencia y con sus rezos. La muerte de un poderoso atrae como muerte, como espectáculo fastuoso y, para algunos, como oro que cambia de dueño. La muerte de un pobre atrae sólo como muerte, y los que la acompañan, lo hacen porque sí no más, por ingenuidad respetuosa, y algunos, por abarajar un mate en una rueda de aparceros y «hablar de bueyes perdidos».

*

Al cerrar la noche, don Clarito murió. Lo pusieron en un cajón ordinario, de tablas cepilladas. Le quedaba algo grande. Cajón «patria», no era para andar eligiendo mucho. Mientras llegaban las velas que tanto mentara en vida, provisionalmente clavaron unas de sebo sobre botellas. El pardo había sido el encargado de ir a vender el famoso freno al cambalache. La conversación rodeaba este tema obligado, de la venta del freno de plata, que don Clarito lució durante tantos años. Todos los presentes lo conocieron así: bien o mal montado pero enfrenado a lo jefe, como le dijera el comisario.

—¿Cuánto sacarán?

—Y... vay'a saber, amigo; p'a cumplir su deseo, alcanzará, y «alcanzando, aunque no sobre».

—Por áhi nomás v'andar la cosa.

—Si la cruz no sale muy cara... La quería de plata, ¿no?

—De plata o metal platiao. ¡El freno, valer, valía!...

—Total: tanta mojiganga p'a darle de comer a la tierra.

—Si sobrara algo...

—¿Si sobrara algo qué?

—Y..., que se podría comprar un poco e'caña. Yo digo nomás..., es un parecer.

*

Entraron varias viejas arrastrando sus chales negros, baquianos ya en velorios. Sólo una desentonaba en cuanto al color del vestido por su hábito «carmelita», señal de estar cumpliendo una promesa. Ésta, con cierta decisión, comenzó a tallar en el duelo dirigiendo el episodio de las oraciones. Resabio de las antiguas «lloronas» de profesión. El rezo era plañidero. Empezaba fuerte, se alargaba, bajaba el tono ondulante como coleando, y se desparramaba en un recitado musical, con el siseo de la ola que se deshace en espuma.

Había que ser duro para no impresionarse.

La perrada de las orillas del pueblo aullaba a muerto.

En la pieza contigua se oían de un modo cortado e intermitente las voces sacramentales del juego: «Copo», «Está en la boca», «Doy en tres...», etc.

Afuera, el espacio negro de la noche se agujereó de una luna en menguante, que empezó a subir como una barca de cobre colorado.

Sobre la borda embrujada de la luna, todos los gallos del pueblo colgaron las serpentinas de sus cantos.

*

La atención del velorio se volvió hacia la entrada del rancho. «Ahí viene el pardo con la cruz y las velas», dijeron varios, y se acercaron a la puerta empujados por la curiosidad.

El pardo entró compungido, derrotado, con un paso perezoso, como el final de un «triste». Al andar, iba arrastrando el freno, como si le pesara mucho. Se derrumbó sobre un banco, con la mirada en la prenda que había quedado entre sus pies, y dijo en tono cavernoso y lerdo:

—¡Es de metal blanco!

En la pieza contigua, uno de los jugadores chicoteó el silencio con una carcajada agria como un relincho.

*

Empezaba a amanecer.

Sólo le quedaba la luna roja y embrujada al pucho de la noche.

La timba seguía junto al velorio, pero ya los jugadores no eran los mismos; se habían ido renovando a lo largo de las horas.

Aún permanecían tres viejas acompañando al muerto, las que rezaban como dormidas.

Una de las velas chisporroteó para apagarse.

La vieja del hábito se incorporó para sustituirla, y al hacerlo, dio un grito de asombro.

—¡Milagro... milagro! ¡Le trajeron la cruz a don Clarito!

Los timberos abandonaron el juego y entraron a la pieza del velorio, como tropilla chúcara. Allí vieron con asombro y con terror, una gran cruz de plata sobre el pecho del difunto.

—Esto es cosa del otro mundo —dijo uno, retrocediendo asustado. Y los demás «pegaron la sentada» saliendo al camino y desparramando por el pueblo, dormido aún, la noticia del milagro.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DEPARTAMENTO
— de —
LITERATURA
URUGUAYA

LA CARRETA ASOMBRADA

—Pero ¿usté cree en serio esas cosas? —me dijo uno de aquellos *paisanitos* bien peinados y de modales finos, que aun cuando vestían de bota y bombacha tomaban copetines y fumaban cigarrillos rubios.

—Escuche, amigo —le respondí—: yo no creo en brujas, pero que las hay, las hay.

—Y no tomés más copetines, porque hasta las vas a ver —agregó Reina Valdés, mientras agitaba la coctelera con sabios movimientos de especialista en la preparación de estos «ojos de gallo» modernos que son tan ricos.

El «bar» de la estancia simulaba el despacho de bebidas de una pulpería clásica, con sus estantes luciendo viejas botellas de ginebra, y vasitos de fondo alto, que estando vacíos parecían llenos.

Era un domingo. Habíamos pasado la tarde en grata compañía, aplaudiendo los adelantos que aquellos paisanitos habían demostrado durante la realización de un partido de «pato», o sea el antiguo y bárbaro juego de los gauchos, suavizado en lo posible, acorralado en una cancha más pequeña, con canastos para colocarla pelota de cuero con manijas, y reglas de juego que lo disciplinaban. Era el viejo «juego del pato» adaptado al «polo» y al «basketball».

—La verdad que este juego es medio inglés —dijo uno de los jugadores.

—O que el «polo» es medio gaucho —contestóle otro

que de cuando en cuando se quejaba, acostado en un sofá, de unos dolores en la clavícula derecha a raíz de una rodada; dolores que al capataz de la estancia le habían servido para *pronosticar* la rotura de la «isliya», cosa seria y dolorosa, según él.

Entre copetín va y copetín viene, se comentaban las destrezas mostradas por algunos de los jugadores durante el partido, ya al agacharse para hacer un «levante», al afirmarse para una «cinchada», o al acostarse con el «pato» para convertir un tanto.

Lo cierto es que aquel juego constituía un verdadero torneo de equitación, digno invento de los gauchos, para jugar el cual había que ser casi tan de a caballo como ellos. La novedad la había traído de Buenos Aires uno de aquellos mozos —maniático por las tradiciones criollas— luego de verlo jugar varias veces en una estancia argentina.

Como el enfermo seguía peor, el capataz ofreció los servicios de un «curandero», especialista en acomodar huesos dislocados. Y del curandero pasamos a las agüerías, *asombros* o embrujamientos.

—A veces es lindo creer en las brujas —sentenció Reina, sirviendo otra *vuelta* de copitas colmadas y levemente espumosas. Y por ahí fue rondando la conversación.

Pasamos al comedor. El grupo era nutrido. Cinco o seis mujeres jóvenes, casadas o solteras; unas bellas como Dios manda, y otras, como manda la moda o la obligación de serlo. Y los hombres, casi todos jóvenes también; algunos estancieros del lugar; otros, montevideanos; quién médico; quién ingeniero o criador, hombre de letras, de negocios, o sencillamente ocioso de la puerta del club.

—Rosina Caraba afirmó que Nenona Márquez tuvo que vender la chacra después de gastar un platal en la construcción de la casa de troncos, porque los sábados no podían dormir. Se oían ruidos extraños, ayes, toses; empezaban a las doce de la noche y así hasta el amanecer.

—¡Pero ché, y vos también hablás en serio! —dijo Margarita cortando una presa de asado jugoso y dorado.

—A mí demen un asado como éste y creo hasta lo increíble —arguyó otro comensal mientras el sirviente le ofrecía la fuente por segunda vez.

Hacía calor. Las puertas abiertas invitaban a salir al campo, armonioso de silencio, un silencio hecho con rayitas de grillos.

Entró el capataz. Yo, conociendo las mentas de un Paso a pocas leguas de allí, lo interrogué sobre cierta leyenda de una carreta invisible que a medianoche se oía pasar.

El hombre se puso serio y me respondió:

—Yo nunca la vide, ni la he óido, pero ansí dicen. Y será nomás.

*

Llegamos al Paso famoso. El clima necesario a los encantamientos se había ido creando en derredor de cada uno, al cabo de tanto tira y afloja por el sendero que conduce a los hechos sobrenaturales. Algunos estábamos convencidos del embrujamiento, encanto o asombro del Paso. Todos nos habíamos puesto serios. Para colmo, una lechuza se levantó de un poste, quedando fija en el aire, volando como parada en el vacío. La luna, vieja ya, despareja, «lunanca» y enorme apareció sobre un cerro, como pintada de cobre y oliendo a zorrino.

Margarita me tomó del brazo:

—Che —me dijo con su bella voz afónica—, esto es una macana, aquí va a suceder algo.

El herido —desde el auto en que lo dejáramos olvidado— lanzó una queja que nos paró los pelos. Estábamos *maduritos* para ver u oír cualquier cosa rara, existiera o no existiera. La luna, al entrar en una nube, le puso un tapón a la noche.

Sin premeditación, porque sí nomás, a la media hora estábamos, como quien dice, acampados en el Paso. Al-

guien, por hábito paisano, había hecho un fuego cerca de las huellas, e inconscientemente nos fuimos acomodando alrededor, sentados sobre el pasto tibio, sobre los talones, y los más *cómodos* sobre los asientos del coche. Apareció un mate, dibujando en su trayecto el perímetro del fogón.

Reina se inclinó hacia las brasas, tomó un palito encendido y prendió fuego a su cigarrillo, ni más ni menos que un hombre. Un gauderio del siglo XVIII, uno de aquellos de la guitarrita y las coplas sacadas de su cabeza —valga el decir de los cronistas— lo hubiera hecho del mismo modo. La luna empezó a salirse de la nube que la taponaba, y al aclararse la noche se vio venir un jinete como para vadear el Paso. Estaba tan playo, que sólo tenía un hilo de agua inquieta en el fondo del cauce. El hombre se acercó con desconfianza, dio las buenas noches, sacándose el sombrero, pero al reconocer al capataz y a uno de los peones, se detuvo curioso, «dentrando» en conversación. Viajaba sin apuro, al parecer, porque luego, enterado del motivo que reunía a todas aquellas personas, ante una convidada, se apeó, maneó su caballo, y con cierto embarazo se arrimó al fogón. Era de por allí y conocía bien la historia del Paso, sabiendo todito lo que se *mentía* sobre él. El capataz lo hizo hablar, luego de un amargo y un cigarro. Él no había *vido* nunca la carreta asombrada, pero la había óido bandear; con las voces claritas del carrero, el jadeo de los bueyes y el ladrido de un perro. Ello era suceso muy antiguo, y ahora hacía una punta de años que no se repetía. Viejos vecinos, así como algunos miembros de su familia, igualmente lo habían comprobado. Él se crió oyendo mentar el caso. Su padre —finao ya— contaba que cierta noche, al salir de un baile se dirigió al Paso por una apuesta. Nadie lo quiso seguir. Era una noche como aquélla, de luna vieja. Había desmontado y esperaba sentado sobre una piedra, bombeando hacia *tuitos* lados. Llevaba una media hora de espera, cuando el caballo se le asustó, disparando maneado. Iba a correr

tras del animal, cuando fue *clavado* en el sitio por una voz, por un grito conocido en las lidias del campo: «güeeya güeya güey», decía la voz, «güeya güeya»..., y se oía cada vez más cerca. El hombre quedó como aterrado, pero no *vía* bultos ningunos. «Güeeeya güey»..., cada vez más cerca, cada vez más cerca, y el ruido de los animales al pisar la arena húmeda, y el resoplido de los bueyes al tirar bajo los yugos, y el chapaleo al *dentrar* al agua. Creyó volverse loco. Se le enfrió el espinazo. Le sudaban las manos. Se le nublaba la vista. Y nada de ver bultos, sólo el ruido particular y conocido de una carreta bandeando un paso. Entonces, apretando el cabo del cuchillo, le creció el coraje y, decidido a saber si aquello era sueño o borrachera, se tiró atravesado en el Paso, por donde tenía que bandear la carreta en el caso de que fuera real su existencia. Y así la oyó llegar hasta él, y el ruido le pasó por encima, con el güeya güey» del carrero, con el resoplido de los bueyes que le hicieron viento en la cara, y con el ladrido del perro que marchaba detrás. Cuando todo hubo terminado se levantó del suelo asonsao, como si dispertara de una pesadilla, como si se hubiese caído de la luna, el cuerpo dolorido de un dolor que no llegaba a serlo, porque era como una sombra, o como un *fantasma* de dolor. No tuvo ni un machucón en el cuerpo, pero el fantasma del dolor le quedó para siempre hasta el día que murió.

El narrador cerró el relato con una pitada del cigarro, y los segundos de silencio que siguieron fueron castigados de pronto por el relincho de su caballo, que apuntaba a lo oscuro con la punta de las orejas. Una de las señoras lanzó un grito de terror que hizo huir al caballo maneado, tal como sucediera en el relato.

*

—¡Vengan a ver, vengan a ver, pero no pisen la huella! —gritó el capataz con voz asustada.

Todos nos acercamos con la vista en el suelo. Sobre

las cenizas humeantes del fogón se *marcaba* patente la ancha huella de una rueda de carreta. Pasado el primer momento de estupor, siguieron la huella y encontraron la *compañera*, la de la otra rueda, impresa en la arena empapada del Paso, dejando un surco vivo y movedizo aún, que se iba colmando de agua, tal como si la carreta acabara de pasar en ese instante.

PALABRA CUMPLIDA

Se había armado un bravo partido al «truco» en la Comisaría. Jugaban de compañeros: el comisario con un vecino, contra el juez de paz y el escribiente.

Cantalicio Martínez —que estaba *detenido*— cebaba mate, haciendo de peón. Lo habían prendido por la mañana, sin resistencia y por sorpresa, una legua escasa antes de trasponer la frontera con el Brasil, mientras le daba un resuello al montado en el que venía, trote y galope, cumpliendo las quince leguas que lo separaban de los *marcos* indicadores del límite fronterizo. Estaba preso pero tratado con ciertas consideraciones, por ser un hombre decente y porque su delito no era de los que pueden avergonzar a nadie, ya que había *lastimado* a un peón que le faltara al respeto durante el trabajo, peleando frente a frente cuchillo en mano.

Era un hombre joven, de unos treinta años a lo más; serio, formal, y de carácter algo belicoso. Ésta no era la primera pelea que tenía en su historia, pero ninguna había llegado a tanto. Su contrincante había sido un peón guapo y cuchillero. Por eso, antes de dejarse matar, trató de matar él a su vez; que todo rodea aquello de defender el cuero para mantener parado «el número uno».

Y allí estaba el hombre, en calidad de preso. Como era vecino de cierta consideración no lo habían pasado al calabozo, pero el comisario le había dicho que le

cebara un mate, lo cual estaba cumpliendo con cierta vergüenza que se iba transformando en rencor. De haber sido un vecino de inferior condición, lo hubieran mandado barrer el patio, limpiar las caballerizas, o sencillamente «de cabeza al calabozo».

Los dicharachos del juego iban llevando a los jugadores por el cielo y la tierra, el monte o el río, ya embarcados en refranes o sentencias, ya jinetes en los consonantes arrocinados de alguna versada clásica del «truco», todo ello salpicado de carcajadas, interjecciones o juramentos propios del ambiente, y del pintoresco e inigualable juego criollo del «truco hasta el dos».

En eso ladró de un modo extraño la perrada. El comisario se levantó a la par del escribiente, asomándose el primero a la noche oscura por el marco de la puerta, al tiempo que entraba el segundo comisario, jadeante y demudado, mientras el cabo que lo venía acompañando se quedaba en el patio, asustado y respetuoso.

—¿Qué pasa, *Segundo?* —interrogó el *Primero.*

—Vea, *Primero*, yo no soy hombre que se acoquine; pero al salir del «Paso 'e los ceibos», lo que nunca, nos siguió la «luz mala». Primero se le vino derecho al cabo, lo *acompañó* como un tiro 'e lazo, y en seguida se me pasó a mí, asentándose en el anca 'el mancarrón. Yo eché mano al revolver, pero el sotreta se me alzó como p'a *bolearse.* Me prendí de las crines, por si se *boleaba*, y no pude hacer uso del arma. El cabo había juído y me gritaba que no me metiera con las ánimas del otro mundo. La lucecita empezó como a dudar, y en eso, resolviéndose, se me vino otra vez. Ya no pude sujetar el montado, y cuando quise acordar me vide juyendo detrás del cabo, y aquí estoy. Por el camino me debe haber arañao el diablo, porque vea cómo vengo: hecho tiras.

Al decir esto mostraba el rostro y las ropas llenas de rasguños, ocasionados por los árboles aborígenes del monte, tan ricos en espinas.

Todos se miraban entre creyendo y dudando. El juez

dijo que él había visto en dos ocasiones la «luz mala», pero que nunca lo había *acompañado.* El escribiente y el preso se echaron una mirada de inteligencia, como diciendo que no creían. El *Segundo* vio la mirada en el rostro del detenido, y se molestó:

—Si no estuviera *detenido*, lo mandaba traer un ramo de flores coloradas de los ceibos del Paso, p'a ver si se animaba —le dijo con marcado fastidio.

—Esto no le hace, *Segundo. Detenido* y todo puedo dir igual y volver con las flores, p'a que vea que a mí no me hacen meya las *luces*, ni *malas* ni *güenas.*

El *Segundo* miró al comisario, como diciendo: eso no depende de mí, mientras éste miraba al juez, meneando la cabeza.

—¡Qué v'a dir! —dijo el *Segundo*, como azuzándolo.

—Yo voy —respondió el mozo—, tuito está en que me dejen. Y doy palabra de volver en una hora y quedar *detenido* nuevamente. ¡Qué se cree!

—A que no va y vuelve con las flores —dijo, resolviéndose, el comisario—. No hay más ceibos que allí. Si trae las flores es señal de haber entrado al Paso. ¿Da su palabra formal de volver?

—Doy mi palabra.

El comisario quedó callado, sin resolverse. Miró al juez, y dijo:

—¿Qué le parece, señor juez?

—Y... me parece que el hombre ir va, pero volver no vuelve...

—Doy mi palabra —dijo con firmeza Cantalicio Martínez, agregando—: No se eche atrás, señor comisario, que la idea es del *Segundo*, y usté me lo propuso reciencito. Yo lo que quiero probarles es que «a mí no me asustan bultos ni sombras que se menean»; y que si soy varón p'a enfrentarme a un cristiano macho, me lo enfrento igualito al propio mandinga. Lo uniquito que pido es mi caballo y mis armas, pero mi palabra es de oro. Yo no sé escribir, como ustedes. Pero firmo con la lengua; y cuando digo *sí* es *sí;* y cuando digo *no* es *no.*

—Ta bien —dijo el comisario—. Cabo, traígale el caballo al mozo. *Segundo*, dele las armas. Ensiye, compañero, y haga esa hombrada. Pero si no vuelve dentro de una hora, salgo a buscarlo.

*

Hacía cincuenta minutos que el hombre había salido en dirección al Paso «asombrado».

—¿A que no vuelve? —dijo de pronto el juez.

—¡A que vuelve! —le respondió, como enojándose, el comisario.

—Le juego diez pesos a que se le manda mudar.

—Le pago los diez pesos. ¿Estamos?

—¡Estamos!

Y siguieron esperando, fija la vista en las agujas del reloj.

*

Cantalicio Martínez montó y salió al galope largo en dirección al Paso. De cualquier modo tenía que atravesarlo, ya fuera para cumplir su palabra, ya para huir sacándole el cuerpo a la cadena, de la cual nadie lo libraría. Al principio galopó como pisando el tembladeral de la duda. Estaba habituado a cumplir sus promesas. Pero era duro, teniendo el campo ilimitado por delante, atarse a una condena segura por no cortar de un tajo la coyunda de una palabra. Cada vez sentía más firme la tierra bajo las patas del caballo. Al llegar al vado, ya había tomado la decisión de seguir de largo, internándose en tierras de Río Grande.

—¡Que cumplan su palabra los zonzos..., eso se hacía en el tiempo 'e ñaupa; pero aura..., faltaba más... Yo te vi'a dar, hacerme cebar mate p'a que te divirtás...

En eso, el monólogo fue suspendido ante la realidad del Paso «asombrado». Puso su caballo al tranco y entró por la calle de talas y mataojos, que llevaba hasta los dos grandes ceibos que parecían marcar la entrada propia del Paso.

Eran como las nueve de la noche. El silencio chistaba entre los árboles con los labios filosos del viento. Una luna en menguante quería salir por entre las lomas lejanas, como vichando el campo oscuro con su medio ojo de cobre colorado. Al llegar cerca del vado, un lechuzón hizo tabletear su risa espumosa como de saliva humana. El caballo avanzaba cauteloso y desconfiado, resoplando a cada paso; como oliendo la tierra; como queriendo pisar con la punta de las orejas. De pronto, el pingo pegó una *sentada*. Un globo de luz verdosa, del tamaño de una naranja, salió de entre los árboles y comenzó a acercarse al jinete. Le viboreó un chucho por la espalda, pero echó mano al coraje como tantas veces lo hiciera en la vida. Era un miedo diferente a los otros; un miedo sin el calor de la lucha —cuando no de la sangre—; un miedo húmedo de cementerio. Pero no le aflojó. Le clavó los fierros al flete y atropelló a la luz. El pingo, a saltos desacomodados de terror, obedeció al castigo, y la luz retrocedió como huyendo. El hombre se detuvo, y la luz hizo lo mismo, quedando quieta en el aire. Retrocedió Cantalicio, y la luz entonces avanzó nuevamente. El paisano guapeaba. Le quedaba *rollo* hasta para estudiar los movimientos de la luz misteriosa. Se decidió. Armó el caballo, lo pinchó nuevamente y entró al Paso. La luz desaparecía por momentos y volvía luego, siempre frente a él, como con miedo. Al llegar al playo, atropelló con coraje dejándola atrás. Pero ahora era peor; ahora que no la veía la sentía tras de sí. El caballo, como participando del estado de su dueño, se asustaba hasta de sus resoplidos, dándose contra las ramas. En eso les salió al frente un perro blancuzco, grandote y silencioso como un «lobisón». El pingo pegó una espantada violenta, dando cara vuelta y queriendo huir. Al pasar bajo un árbol, una rama demasiado baja le dio en el pecho al jinete volcándolo hacia atrás, quedando agarrado del estribo izquierdo. El bruto, asustado por el cuerpo del jinete, huyó sin dominio y lo arrastró golpeándolo contra los troncos y las piedras. Llegó así,

a escape hasta el patio de la comisaría, con el hombre muerto colgando por encima del apero, siendo recibido por la perrada alargada en aullidos, y por el asombro de los que esperaban su vuelta. El caballo se detuvo temblando, más sin dejarse agarrar. Entre todos pudieron acorralarlo y le manotearon la argolla del bozal. Desprendieron a Cantalicio y lo entraron al *despacho*, poniéndolo en el suelo, con una almohada bajo la nuca. Le arrimaron un candelero de cobre con una vela, cerca de la cara, y rodearon el cadáver. El muerto, desde el suelo de tierra los tironeaba para abajo, como queriendo enterrarse con ellos. Tenían la cabeza gacha cual si les pesara, como si la conciencia se les hubiera trepado al cerebro. Un clima de misterio les enfriaba el sudor de las frentes. Ninguno quería hacer la pregunta que todos tenían en la punta de la lengua. ¿Por qué el caballo lo había traído a la comisaría, en vez de llevarlo a la *querencia*?

El comisario y el juez se miraron, fijos.

—¿Qué me dice? —exclamó el juez, meneando la cabeza.

—Que el hombre cumplió su palabra —agregó el comisario, sentencioso, mientras maquinalmente metía en el cinto los *diez* pesos que le alargaba el juez.

PALOMO

Los Maciel habían modernizado su vieja estancia, de acuerdo con las exigencias de la época. Esquiladoras mecánicas a lo largo de los extensos galpones, bretes complicados de trancas y corralitos, para marcar y señalar el ganado fino; baños profundos y largos, donde hundían los lanares, hasta desaparecer por un segundo bajo la presión de la horquilla; jagüeles artificiales, cuya agua limpia parecía venir directamente del cielo, empujada por el viento que hace girar la margarita gris de los molinos... Y luego, escritorio con empleados, máquinas de escribir, papeles y teléfonos. Y no olvidamos «las casas», que si antes fueron vulgares ranchos de material y paja, petisos y al sol, ahora eran ranchos, sí, pero de lujo y teja, subrayados de hileras de árboles coposos, sustituyendo las ralas enramadas de hojas secas y desmelenadas, sesteando sobre cuatro palos. En fin, ya no quedaba nada de aquel tiempo en que se hacía fuego en medio de la gran cocina, y el braserío se desparramaba hasta donde se lo permitía la llanta de una rueda de carreta. Lo único *gauchazo* que quedaba en la vieja estancia de los Maciel, era el viejo don Jesús y su ranchito de adobe, con techo de paja y piso de hueso, hecho con paciencia y *canillas* enterradas de punta.

Naturalmente que los patrones conservaban aquello, un poco por curiosidad y otro por tradición. No había

visita o viajero que no pidiera permiso para ver aquella cueva de barro, hueso y paja.

—Con el viejo adentro se paga más —decía bromeando uno de los peones mensuales, cada vez que la figura escrutadora de una visita, estiraba el pescuezo hacia el interior tironeado por la punta inquieta de los ojos.

*

—¿Qué le acontece, m'hijo, qu'está con los alones caídos? —dijo el viejo don Jesús al más joven de los peones.

Éste, sin contestar, parado contra la puerta del rancho, quebraba maquinalmente una ramita en muchos trocitos casi todos iguales. Recién, luego de unos minutos de silencio, contestó a la pregunta que parecía no haber oído, y dijo, así como lerdeando en la lengua:

—Y... que ya viene otra vez la gente di adentro.

—Y con ellos la niña Mecha, ¿no?

—Cierto.

—¿Y... no te alegra su presencia?

—Cierto; pero cuando se va, me deja pior que antes. ¿No ve que, cuando medio la estoy olvidando, se me pone adelante otra vez y vuelta a cismar de nuevo?

—¡También... tu locura, muchacho, venir a prendarte de un bocao que no es p'a tus dientes!

El peoncito clavó los ojos en el suelo y quedó callado, como si se le hubieran volado las palabras. Sentía en el ser una cosa a veces dulce, a veces amarga, que se le criaba sola en el pecho y le raleaba el aire. Desde el *pique* le gustó su «lindura»; empezó a mirarla, a oírla. Cuando no la veía la andaba buscando, y cuando no oía sus palabras o sus risas, se quedaba las horas escondido entre los árboles, aguaitando su voz, traída y llevada por el viento.

El viejo dijo sentencioso y como hablando solo:

—Palomo te pusieron. Sos carne inocente y blandita que se lastima sola en el filo de unos ojos lindos, como esos niños que se tajean los dedos jugando con cuchillos. Palomo..., las cosas que tiene el destino...; el día que te crezcan las uñas y viche por tus ojos tristones la mirada 'e tus muertos, se van a cair de espaldas más de cuatro de esos que hoy te manosean como a tiento sobao.

El viejo concluyó la frase entre dientes, en el deseo de que el muchacho no lo oyera. Es que el origen de Palomo era un misterio, cuyo secreto poseía él solamente. Palomo era huérfano y llevaba el nombre de la madre, fallecida hacía años. En cuanto a su padre, no lo conocía ni sabía si era vivo o muerto. Cierta vez, el patrón, don Maciel, se encerró con don Jesús en una pieza y estuvieron hablando más de una hora sobre el asunto. Lo único que se supo al cabo, fue que don Martín, luego de ordenarle al viejo que no divulgara lo conversado, salió meneando la cabeza en actitud de duda, y diciéndose: este viejo está chocho o loco perdido... Pero es lo cierto que el muchacho, nacido y criado en la estancia, recibía de los Maciel ciertas consideraciones desacostumbradas en los casos comunes de orfandad.

Tenía dieciocho años; era moreno y de buena pinta, fornido y tirando a alto. Tímido, silencioso, algo haragán, flojo para el trabajo y cobarde. Eso sí, con una particularidad muy simpática: sabía «versadas» que le enseñaba el viejo *agregado*, y punteaba en la guitarra algunos *estilos* y *tonos* que no le había enseñado nadie.

*

La familia Maciel y algunos amigos, sentados en el patio, sorbían el café luego de la comida, mientras la niña Mecha repasaba con sus dedos ágiles y finos el «tiemple» de la guitarra. Muchos acordes armoniosos y repetidos dijeron a la rueda de oyentes que iba a comenzar el canto. El sirviente —de *smoking* y guantes blancos— se llevó las pequeñas tazas, y algunas sillas rodaron hacia la guitarra, en señal de atención.

Mecha cantaba y lo hacía bien, acompañándose mejor. Su repertorio era criollo del campo: cifras, estilos, güeyas, gatos, milongas, vidalas, etc. Algún tango, a veces, por hacerle el gusto a su novio, pero que ella no *sentía* tanto como la música del campo. El tango era del suburbio, y ella, su espíritu, campo raso puro: pampa y monte, monte y pampa, y madrugadas silbadas de zorzales, y siestas rayadas de chicharras; atardeceres con chingolos y noches con chistido de lechuzas. En ella se habían juntado, de manera singular, la mujer moderna, elegante y refinada, con la criolla de antaño que suspiraba por un payador, se deleitaba ante el cribo de un calzoncillo casi femenino, y ofrendaba su simpatía al forastero que le gustaba, ofreciéndole «un mate p'al estribo» en el momento de la separación.

Toda la gente de la estancia sentía la atracción de «la pueblera», y cada cual la quería a su modo. Era linda, simpática y sencilla. Con todos tenía asuntos: con el domador, que le estaba amansando un bagual «para su silla»; con la cocinera, que le enseñaba a preparar las empanadas al modo antiguo; con las mucamas, que le pedían moldes para «vestiditos»; con el administrador, que le hablaba de precios y de zafras; con el viejo don Jesús, que había conocido a sus bisabuelos; con la mujer del capataz, a quien indicaba remedios para los chicos; y con tal o cual peón, a quien le preguntaba por la novia que nunca tenía; por último, con Palomo, el cual temblaba ante ella de amor y de timidez.

Y Mecha cantaba bajo el farol del patio, rodeada por la sombra de la noche sin luna.

A cuarenta o cincuenta metros de distancia en redondo sentía la presencia callada de los peones, denunciada por el fueguito de los cigarros. Y se veía acompañada por la compañía que más deseaba, y cantaba para ellos, casi exclusivamente para ellos, a quienes adivinaba detrás del chisperío abierto en abanico de naipes, orejeándolos uno a uno con el pensamiento, en palos de cuerpos y de almas.

En eso, en el grupo de los mirones se armó un lío. Un peón conchabado hacía poco, dejó escapar cierta zafaduría con referencia a la guitarrera, pero en el acto un planchazo de acero le tapó la boca. Palomo había hecho una *hombrada*. Mas el hombre castigado reaccionó ante el atropello del muchacho, dominando a éste con el rebenque talero, y castigándolo sin piedad. Los demás intervinieron y se lo sacaron de las manos, mientras el pobre Palomo, tras el chispazo de coraje, volvió a caer en su habitual apocamiento, retirándose maltrecho y avergonzado, a llorar en silencio junto a la orilla del monte.

*

—Cosa triste ser maula —decía el capataz, al día siguiente, mientras observaba al peón recién despedido, ensillar su «pirraco» charcón para «mandarse mudar» del establecimiento.

Durante varios días no se vio a Palomo ni a la niña Mecha; él, avergonzado de sí mismo; ella, apenada por ser la causa del suceso, y por comprender algo de lo que le sucedía a su enamorado adolescente.

Cierta noche, Palomo se fue deslizando hasta el ranchito del viejo, adonde le alcanzaban la comida.

Hablaron largo y tendido.

Don Jesús le dio consejos; le contó historias de guerras y peleas; y le tironeó de unos *muertos* que él no conoció ni oyó mentar jamás. Al final supuso que había hecho mal, porque el muchacho se fue a dormir, o a velar, más avergonzado y entristecido que antes.

El viejo, al quedar solo frente a su cabo de vela, pensó:

—¡Qué demontre de muchacho éste, sigue siendo *palomo* de sangre dulce! ¡Si ya empiezo a dudar de lo que le afirmé al patrón...! ¿Estaré equivocao? Y... como ha de ser, lo estaré nomás.

*

Dos autos, con chapa de la capital, corrían envueltos en larga nube de polvo buscando el Paso del río. El camino estaba duro y seco. Hacía calor. Delante de los coches galopaba un peón con el cometido de abrir y cerrar las porteras. Era Palomo. Por primera vez le había tocado en suerte esta tarea. El auto que marchaba delante iba gobernado por la niña Mecha, con mano experta y espíritu audaz. La acompañaba su novio —un mozo de treinta años, elegante y siempre alegre— y dos de sus hermanas, solteras como ella. En el otro auto, que dirigía su chófer, iban las valijas. Habían iniciado ya la pendiente que cae hacia el vado del río, muy tupido de monte. Le iban cuerpeando a los primeros talas diseminados al acaso, los que se juntaban más adelante, hasta apretarse en las cercanías del caudaloso río Santa Lucía. El muchacho, detenido a un lado del camino, en el comienzo del Paso, cumplida ya su misión, esperaba ver cruzar ante sí el auto que guiaba la *pueblera* que le quitaba el sueño. Sus miradas, ansiosas hasta la angustia, estaban clavadas en el busto de la hermosa que con elegante soltura empuñaba el volante. En ese momento, toda su felicidad hubiera sido el hecho de que ella lo mirara saludándolo con la mano. Y así fue:

—Adiós, Palomo —gritó ella sonriente, alzando el antebrazo y haciendo girar los dedos de la mano, con gracia.

—Adiós, niña Mecha —respondió el peoncito, rojo de felicidad y emoción, sacándose la gorra de vasco.

Pero su voz fue cortada en el aire por la detonación de un arma de fuego que partió de la arboleda, resonando en el bosque como un silbido latigueante, al mismo tiempo que el auto delantero se detenía en la arena del Paso, con una *cubierta* perforada. La bala, dirigida certeramente, había cumplido la misión que le encomendara el oculto malhechor. Transcurrieron unos segundos de expectativa. Una voz de mujer exclamó interrogante:

—¿Es un balazo?

Otra bala fue a incrustarse en la rueda del auto de las valijas, anunciada por idéntico latigazo repetido varias veces, como dando tumbos musicales, por el monte.

Tres miedos se trenzaron en un solo grito de mujer.

Palomo le clavó los fierros a su caballo y se plantó al lado del auto de Mecha, lleno de decisión y coraje. Su rostro se había transfigurado ante el peligro amenazante. Con una voz *nueva* y altanera, como dando una orden, exclamó:

—No se asusten. No se muevan de los coches —y se adelantó hacia el vado en un nuevo balance del pingo.

Dos hombres, con los rostros ocultos, uno de cada lado del Paso, le pagaron el grito, apuntándole, al tiempo en que Palomo se tiraba del montado.

A dos lados le dieron nuevamente el grito de alzar las manos, cuando otro estampido que partió del coche, distrajo a los bandidos. Mecha y su novio, parapetados tras el auto, sin oír los gritos de alarma de las hermanas de aquélla, apuntaban con sus pistolas mientras Palomo, con el ponchito de verano en la izquierda y un largo cuchillo en la diestra, atropellaba aturdiendo a gritos salvajes a los bandidos. Fue un momento tremendo y decisivo. El segundo de distracción que produjo el estampido que partiera del coche, fue aprovechado de modo eficaz por el peoncito que, un ponchazo aquí, un *viaje* del acero allá, mantuvo a raya a sus enemigos como lo hubiera hecho el más hábil cuchillero.

Si las personas del coche hubieran estado en situación de observar con serenidad, se hubieran asombrado ante el arrojo del muchacho. Los asaltantes —que lo conocían y lo tenían por «flojo»— se encontraron con una resistencia inesperada. Estaba como borracho de valor. Algunos de sus antepasados misteriosos —bandidos o caudillos— se le habían parado de manos en el esqueleto, asomando sus fierezas a su gesto, ponien-

do electricidad en sus movimientos; y el calor de cien peleas —coraje, sangre y fierro— le chicoteó en el pulso agrandándole el corazón. Enarbolando poncho, acero y palabras desafiantes, con sus movimientos impetuosos de atropelladas y gritos, llenó él solo todo el escenario. Peleaba como si lo hubiera hecho toda la vida, gritaba con una voz que no le había oído nadie.

Un nuevo balazo le sangró la oreja. La propia sangre le corrió hasta la boca y al tragársela, se *vacunó* de sí mismo, y de historia, y de muerte, y se volvió a agrandar un palmo más, todavía.

El chófer del auto que conducía las valijas, representaba bien su papel de espectador aterrorizado, y mientras las hermanas de Mecha huían, ésta forcejeaba con su novio tratando de impedir que hiciera fuego hacia el grupo, en el temor de ver herido, por error de puntería, al valiente peoncito.

Uno de los bandidos, con una mano manca, estaba fuera de combate, y su pistola yacía humeante bajo el pie de Palomo.

El otro se puso a la expectativa, y mientras el muchacho se inclinaba en procura de la pistola, el novio de Mecha conseguía deshacerse de ésta descargando su arma, adelantándose hacia el sitio de la pelea. El bandido retrocedió juntándose con el *manco*, perdiéndose ambos, derrotados, en la espesura, mientras Palomo caía herido.

En uno de sus saltos de tigre embocó un «chumbo» del arma que sonaba tras sí. El inoportuno compañero lo había herido. Al caer, Mecha y su novio corrieron en su auxilio, pero antes de que llegasen, él se incorporaba para perseguir a los salteadores. Al saberlo herido y querer *atenderlo* le trabaron la acción. El muchacho, indignado, revolviéndose agresivo, les gritó.

—No m'estorben, chambones.

Mas como el pueblero insistiera en auxiliarlo, le pegó un planchazo en la cabeza haciéndolo sangrar, y le volvió a gritar, pero ya «sobrándolo» en un *tuteo* de jefe:

—No m'estorbés aura, cuando no te preciso... Se me van a escapar si son brujos —e inició la persecución, mientras un nuevo estampido proveniente del monte, lo dejaba «duro» sobre el playo del Paso.

*

Lo velaban en la sala de la estancia, con todos los honores. La noticia de su muerte heroica y desgraciada se iba desparramando por el pago de boca en boca, y por la ciudad, de diario en diario, y de radio en radio. Era el acontecimiento que les agrada a las multitudes, por lo heroico, por lo romántico y novelesco; ¡un adolescente enamorado, tímido y cobarde, que ante el peligro que amenaza a su «prenda», se rehace y se juega entero, cuchillo en mano, contra dos famosos bandidos, y los vence, a punta de fierro y presencia de ánimo, para caer muerto por la bala del diablo!

Ella estaba como «ida». Arrinconada, lloraba un rato; luego iba en puntas de pie hasta la capilla ardiente y miraba el rostro de Palomo, mordiendo, nerviosa, la punta del pañuelo húmedo de lágrimas.

La noticia, con los detalles de la lucha, al pasar de boca en boca, y de mente en mente, se empezaba a agrandar. La historia comenzaba a ser leyenda, no sólo por la belleza del episodio, sino también por el prestigio social de Mecha, ya que era una de esas muchachas que consagran lo mejor de sus energías a la vida social, en su aspecto más noble, integrando cuanta comisión de beneficencia trabajaba en favor de los menesterosos.

Mecha, volcada ahora en un amplio sillón, revivía el acontecimiento; lamentaba no haber sido capaz de contener a su novio. ¡Si veía clarito lo que iba a suceder; el corazón se lo decía! Luego, esta idea desaparecía de su pensamiento, absorbida por su espíritu, y lo veía a él, a Palomo, magnífico en la pelea, con la camisa rasgada mostrando el tórax bronceado y bello. ¡Y qué manera de manejar el poncho y el cuchillo!

La verdad es que nunca se había fijado en la masculina hermosura del peón.

De pronto, se incorporó, y saliendo al patio buscó al viejo don Jesús. Hablaron en voz baja mucho rato. El viejo contó la historia secreta de Palomo. Todos los cuentos que corrían por ahí, desvaídos y borrosos a punta de interrogaciones y dudas, se aclararon ahora en la imaginación de Mecha, como se iban a aclarar después en la imaginación colectiva. ¡La paloma había tenido sangre de gavilanes!

*

El día en que cumplió un mes el hecho, Mecha llegó, sola, de la ciudad, manejando su auto (había roto con su novio) y acercándose al sitio en que estaba la cruz, próxima al lugar luctuoso, rezó largo tiempo, luego de esparcir algunas flores alrededor del símbolo piadoso.

A la tarde llegaron a la estancia otros miembros de la familia Maciel. Luego de la comida, ante el asombro de la peonada que observaba de lejos, Mecha tomó la guitarra y cantó como antes, ni más ni menos. En su voz nadie notó temblor ni tristeza, pero a la vihuela, del clavijero le chorreaba el dolor en las puntas largas de una cinta negra.

*

Bajo un sol de enero, dos paisanos —buen herraje, ponchos claros, gachos grises —iban al trote de sus caballos, llegando al Paso donde meses antes habían sucedido los hechos narrados. Uno de ellos no era del pago. El otro, con nervioso interés, en cuanto divisó la cruz, señalando con el cabo del rebenque, dijo con cierto tono de solemnidad, y como rematando un relato que viniera trenzando desde una legua atrás:

—Ayisito tiene la cruz. Mesmo donde cayó le dimos sepultura. Pelió como un guapo. ¡Quién lo iba a pensar, tan apocao y tan modosito que parecía!

—¡Qué cosa, amigo! ¿Y contra cuántos dijo que jue?

—Y... dicen que eran como diez. ¡Ahí está... es de fierro platiao; siempre tiene flores; no se sabe quién se las pone!...

—¡Muerte injusta, amigo!

—¡Si lo será... y p'a mí que jue adrede, porque la señorita ya se venía *prendando* del gurí!

LOS DOS PETISOS

I

Yuyo y Macachín, hermanitos en edad escolar, eran los felices dueños de dos petisos overos casi iguales, a cual más hermoso, a cual más gordo, pero también a cual más mañero, como suelen ser los petisos, sobre todo en manos de muchachos.

Los padres de estos niños eran estancieros que vivían en la ciudad pensando en la llegada del verano, para ir a disfrutarlo con sus hijos bajo las tupidas arboledas de la estancia.

Allí era de ver el gozo de los niños, en actividad campera desde el amanecer, acompañando a los peones en las tareas que no encerraran peligros. Así participaban ellos, jinetes en sus petisos, en el arreo de la tropilla todas las mañanitas, en el acarreo de la leña sacada del monte con el carrito de pértigo cinchado por un petiso bichoco; y no menciono el acarreo del agua desde el arroyo, en el clásico barril, por haber quedado en desuso dicha costumbre, pintoresca pero antihigiénica, ante la civilización y la comodidad que representa el molino con sus tanques y cañerías.

¡Había que verlos con sus trajecitos de gaucho, montados en sus petisos aperados a la manera criolla!

Y no digo cuando se paraba rodeo, trabajo importante en el que ellos participaban, naturalmente que de un modo casi pasivo, pues les estaba reservada la

tarea de cuidar que el ganado no se desbandara, trabajo que cumplían a las órdenes de dos peones viejos.

¡Pero nada como correr carreras!... Como buenos criollos, era éste su mayor placer. Se veía que en ellos estaba aún el gaucho. ¡Correr carreras!... Es que para un niño, su petiso no puede tener otra misión que la de correr con él en los lomos, y ganarle una carrera a otro petiso. Y era aquí, en este asunto principal, precisamente, donde se quebraba la armonía en el curso de sus vidas felices. Bien pensado, resultaba lógico que ambos petisos, por más parecido que tuvieran, no podían llevar sus semejanzas hasta sus ligerezas. Y acontecía entonces que el petiso del hermano mayor, Yuyo, era más ligero que el de Macachín. Y no había vuelta que darle: veinte veces habían corrido en tiros diferentes, ya con las montas de ellos o dirigidos por los peones más livianos; y el overito del mayor siempre le ganaba —y con luz— al overito del menor. Por eso, Yuyo era un niño feliz, mientras que Macachín era —valga su decir— un niño desgraciado.

¡Cuántas veces le había propuesto, pobrecito, cambiarle el petiso dándole «encima» todos sus juguetes! Y a cada proposición contestábale su feliz hermano, con cierta crueldad propia de la niñez:

—¿Estás loco? ¡Qué te lo voy a cambiar!

Por eso, Macachín le decía a veces a su padre:

—¡Papá, el petiso de Yuyo siempre le gana al mío!

—Bueno m'hijito, tenga paciencia; yo le voy a comprar otro que le va a ganar al de su hermano.

Y el niño, nuevamente decía:

—Es que yo quiero ganarle *con el mío* y no con otro...

Contestación categórica ante la cual el papá no sabía qué decir. Mas el padre seguía observando en silencio el pequeño drama que creaba en sus hijos la mayor ligereza de uno de los animalitos. Observaba sobre todo a los propios petisos. Se quedaba, a veces, largos minutos examinándolos, especialmente cuando volvían de correr, agitados y sudorosos. Entonces les comparaba la respiración, el tiempo que tardaban en volver

al estado descansado luego de la fatiga; y conversaba casi en secreto con el viejo Ulpiano, que había sido «compositor» de parejeros en sus tiempos mozos.

Hasta que un día dijo a los niños:

—Tengo que hacer un viaje para ver un ganado, y quiero que ustedes me acompañen. Mañana, al amanecer, salimos.

La alegría de los hermanitos fue inmensa. ¡Hacer un viaje a caballo con el padre! Al otro día, al amanecer, partieron.

Al tranco, repechando lomas, por el ancho camino nacional de orillas alambradas, iba el grupo desparejo que formaban los niños, el estanciero y el peón viejo. Los chicos loqueaban un poco, atropellando bichos que levantaban de entre el pasto orillero, siempre vigilados por los ojos de ambos hombres y apadrinados por la palabra perezosa del consejo desganado:

—¡Cuidao, m'hijito, que v'a rodar en cuesta abajo!

O:

—¡Mira, gurí, que vas a llegar desensillao y en pelo!

—¡Allá va una liebre, papá!

Y el Yuyo, que era el más decidido, le bajaba la mano al petiso, con cierta complacencia del padre, que veía cada vez más claro su plan.

Al overito del Yuyo le empezó a sudar la tabla del pescuezo. En cambio, Macachín, menos loco, conservaba el suyo más tranquilo y entero. A las cinco o seis leguas se detuvieron bajo unos sauces. El viejo Ulpiano hizo un fueguito y luego que los hombres tomaron unos mates y los niños comieron unos bizcochos, dieron agua a los «pingos», arreglaron las cinchas y continuaron la marcha. Ahora iban tranquilos. Yuyo recordó que era de maturrango andar haciendo atropelladas yendo de viaje, y como él no quería serlo, se quedó quieto. Así cumplieron las diez leguas de camino.

El petiso del mayor cada vez sudaba más. Ahora iba «en un baño». Perdió escarceos y alegría en el andar. Ya no se asustaba del vuelo silbador de las perdices. Se le amustiaron las orejas y se puso lerdo. El

niño lo llevaba a los gritos, con acompañamiento de rebenque y talón. Los hombres se miraron con inteligencia. El papá sonrió guiñando un ojo. El petiso «se iba quedando» por momentos.

—Papá: ¿qué le pasa a mi petiso? —interrogó inquieto el niño.

—Tu petiso se ha cansado —dijo el padre—, y vas a tener que dejarlo en aquella estancia —agregó, señalando una arboleda—, donde pediré que te presten otro, para hacer las dos leguas que faltan.

—¡Se ha cansado! —exclamó con alegría el otro hermano—. ¡Mira el mío! Y le cerró piernas a su overito, que respondió ágil y armado.

Yuyo comenzó a llorar.

—Bajate —dijo el padre—. Lo llevaremos de tiro. Enancate con tu hermano.

—Vení, montá en ancas del mío. No llores, bobo, que caballo no te v'a faltar —dijo Macachín con un orgullo cómico.

Y el Yuyo, triste y lloroso, montó en ancas.

II

Volvían del viaje. Yuyo había recuperado su petiso, ya descansado. Venía tristón y como con vergüenza. Su locuacidad habitual parecía haber volado, como un pajarito rojo, a anidar en los labios de su hermano, cuyo petiso acababa de ganar, por fin, una carrera, no de ligereza, sí de resistencia.

De pronto, cortando un silencio, Yuyo dijo a Macachín:

—Ahora, si querés, te lo cambio.

Pero Macachín respondió, como más de una vez le respondiera su hermano a la misma propuesta:

—¿Estás loco? ¡Qué te lo voy a cambiar!

Entonces intervino el padre diciendo:

—Hijos míos, ahora están mano a mano. No tienen por qué cambiarse los petisos, ya que el uno vale tanto

como el otro. Si el tuyo, m'hijito, es ligero en la carrera y le gana al de tu hermano, el de tu hermano, a su vez, le gana al tuyo en resistencia. Uno es bueno para correr, y otro es bueno para marchar. Las virtudes, en los hombres, como en los animales, como en las cosas, no se dan todas juntas, sino, más bien, repartidas. Confórmese cada çual con su petiso, y piensen que los dos *son buenos*, cada uno en su cancha.

Y desde ese momento, ni Macachín deseó más el petiso de Yuyo, ni éste deseó el petiso de Macachín.

LOBISÓN

Había mucho trajín en las casas. Acababa de llegar de *adentro* «la señorita estanciera» con su grupo de amigos en tren de divertirse, como otras veces.

En el gran patio de losas de piedra mora, resoplaban los autos, talmente como enantes lo hacían los caballos del coche, orgullo de su finado padre.

La señorita era muy moderna y muy alegre. Pasado el luto por la muerte del buen señor, se independizó bastante de la tutela materna al cumplir su mayoría de edad, tanto que ella misma, desde la ciudad y a golpes de teléfono, regentaba su estancia por medio de un simple capataz que era, a no dudarlo, *su mano derecha*, aun cuando Alfonso, uno de los amigos del grupo y estanciero también, decía que a veces el hombre era sólo *su brazo izquierdo*.

Cruzaron valijas; se dieron órdenes; llegaron provisiones; subieron del sótano algunas botellas; y a las nueve de la noche los copetines empezaron a andar en dos rumbos: mientras bajaban al estómago subían suavemente a la cabeza.

Apareció una guitarra. Una mujer de fina elegancia criolla —Rosina Caraba— la calzó entre sus muslos enfundados en anchos pantalones «del color de sus ojeras», y un rasgueo preludió la chacarera:

Chacarera, chacarera,
semillita de dolor,
p'a cuando amarille el trigo
te pido conversación.

El grupo se completó. Cada uno tomó posesión de su copa y de su alegría; cada uno menos yo, pues me hice preparar un mate amargo, que me cebaba un peoncito ingenuo y distraído, al que tenían por loco o por zonzo.

Saqué, para danzar aquel antiguo baile paisano, a Sarita Olivera —una muchacha argentina bella y graciosa—, que bailaba danzas criollas, y por ello, la única de las damas presentes que me podía acompañar. Baile en desuso, que al par de otros similares, las provincias han derramado sobre la gran urbe cosmopolita, tal una vacuna de criollismo y de patria vieja. Cuando obedeciendo las voces de la guitarrera cumplimos la *tercera vuelta* final, mi compañera de danza me hizo esta feliz observación: *Total, la chacarera es un gato con la cola larga, y nada más.*

Perico Núñez —el solterón del grupo, hombre joven aún, más por su espíritu que por su edad, ya que vivía de jarana perpetua—, mientras mi cebador de mate estaba en la cocina colmando el porongo de agua caliente, preguntó a la señorita estanciera —que así la llamábamos con sorna— de dónde había sacado a aquel muchachón con cara de ternero, chiste nada original, por cierto, pero que dio estribo para que mi prima Reina Valdés preguntara si no sería «lobisón».

—¿Qué es eso? —interrogó curiosa una señora extranjera, escritora conocida en Europa y que hacía turismo en el Uruguay.

Tuve que explicar con detalles qué es el «lobisón». Le dije que se trataba de una tradición muy remota, de origen posiblemente europeo. Que el término se creía derivado de *lobishomen*, transformación del hombre en lobo, pero como aquí no existía tal animal, el hombre que padecía el fenómeno de la transformación, tomaba las formas de cualquier otro cuadrúpedo, siendo los más indicados para el caso, el ternero y el cerdo. Agregué, de acuerdo con las creencias tradicionales, que la transformación se operaba cuando en una familia había *siete hermanos varones* seguidos. Que entonces, el *hermano menor*, al llegar a cierta edad, sufría el fenómeno, pero éste se podía *cortar* haciendo al hermano mayor *padrino* del menor. Otro de los presentes recordó que también era creencia generalizada que el hombre se convertía en animal los *viernes a las doce de la noche*, reintegrándose a sus formas verdaderas al amanecer. Y el capataz, que se había allegado atraído por el tema, intervino a su turno, afirmando que ello era cierto —él lo creía de verdad—, y el cristiano lobisón se conocía por su fealdad, su palidez y porque sufría del estómago a causa de lo que comía durante las horas en que andaba en *cuatro patas*. Recordó igualmente que el hombre en ese estado no hacía daño alguno, fuera del julepe que daba al que lo veía, y que al ser herido y perder sangre, volvía inmediatamente a su forma humana, corrido y avergonzado al ser descubierto.

A todo esto, el peoncito que me *acarreaba* el mate se había sugestionado de tal modo, y mostraba tal espanto en el rostro, en el cual primaban los ojos agrandados y la boca abierta, que se quedó parado en una postura ridícula, con el brazo estirado sosteniendo el mate tan ladeado que se le estaba chorreando. Verdad que yo tenía parte de la culpa, por no habérselo *abarajado*, distraído a mi vez con la conversación.

Del copetín pasamos a la cena, y durante la misma, Perico, por no desmentir su fama de *gracioso* y animador de todo episodio entretenido, planeó, de acuerdo y con la ayuda del capataz, una broma pesada a costa del peoncito tenido por tonto. A tal fin mantuvo la charla alegre de la comida, dentro del eje adecuado para producir la atmósfera de misterio necesaria a sus planes. Yo, sin percatarme de ello, y de acuerdo con cierta inclinación natural, continué sacándole punta al tema de la agüería, que por otra parte era muy del agrado de toda aquella gente que, a fuer de excedida en civi-

lización, venía a caer, en trance de retorno, al terreno de las creencias primarias del pueblo, como quien se acerca y acampa a la orilla fresca de un jagüel.

*

Serían las doce de la noche cuando se oyó el primer *balido* de un *ternero*, en las inmediaciones del rancho galpón en que dormía el peoncito. El grupo alegre y mundano, terminada la comida, se dispuso a paladear la judiada que Perico y el capataz habían preparado para asustar al muchacho. Al primer balido se apagaron las luces del comedor y del patio. En seguida, con la ansiedad del caso y en puntas de pie, nos acercamos a las puertas que daban hacia los galpones y la cocina. Se habían encerrado los perros para que no incomodaran al *ternero lobisón*.

Alfonso, hombre maduro y experimentado, hizo un signo negativo con la cabeza, percibido gracias a la luz del cigarro que tenía en la boca. Reina lamentaba seriamente la ocurrencia que podía tener un final desagradable. Sarita y otras señoras participaban por adelantado del terror que iba a sentir el pobre muchacho. La señora extranjera era toda una antena poderosa para no perder ni un detalle del episodio. En cuanto a mí, algo *galopiado* en estas cosas, pensaba que aquello tanto podía resultar una pavada como una tragedia. Nadie sabía lo que se ocultaba dentro del *bobo*, ni qué huevo iba empollando el calor de su pobre vida tomada en broma.

*

Para eso, el muchacho no había podido pegar los ojos. Toda la conversación de la noche le daba vueltas en la cabeza. Los cuentos de fantasmas y brujas, las apariciones, luces malas y lobisones, le «paraban los pelos», y tales pensamientos se le enredaban de tal modo que era como si le manearan la cabeza; pero

cuando estaba bien *maneado*, aparecían los ojos vivaces de la mucamita que había llevado la señorita estanciera, y con la brasa del mirar le quemaban las vueltas del maneador. Entonces, libertado de aquellas coyundas ensebadas de agüería, se ponía a pensar en ella, en un pensamiento con linduras de sueño. Lo tenía impresionado el tono de su voz, un poco ronquita y mimosa; recordaba que lo había mirado muchas veces; que lo llamara *buen mozo*, y sobre todo recordaba aquella pregunta sobre *si tenía novia*, a la cual él, rojo de vergüenza, respondió *que sí* por mentir no más, y las risas con que ella le festejó su *suerte*. De pronto le venía un temor: ¿no lo estaría «cachando», como dicen en el pueblo? Recordaba luego haber tomado coraje hablándole de *tener un ranchito p'a los dos;* que le había agarrado una mano en el pasaje oscuro de la cocina al comedor, y hasta haberle *pedido un beso*. Que ella le había respondido con mucha intención: *esas cosas no se piden*, pero que a una insinuación suya, había huido riéndose. Recordó igualmente que cuando entró a la cocina a llenar el mate, la *p'adentrana* le estaba contando a las compañeras de servicio *lo del beso*, que él conoció por el silencio risueño que se hizo a su entrada. «Yo sé que me tienen por bobo —pensaba—, pero bobo o vivo, mañana si me da ésa piola no se m'escapa sin un beso bien dao.» Con este pensamiento se durmió, y entonces empezó a soñar con el lobisón de la historia. Se le aparecía un ternero del mismo pelo que un animal cuereado hacía pocos días. Era un ternero «overo yaguané», raza tambera degenerada, según opinión del capataz. Lo veía venir hacia él con sus grandes manchas en blanco y negro. Se le acercaba como oliendo la tierra, mientras le crecían los cuernos en un crecimiento sin fin, fantástico. El terror lo paralizaba. Quería manotear el cuchillo, y el brazo se le caía muerto. En eso oyó el *balido* del *animal* al mismo tiempo que la *p'adentrana* soltaba la risa, y se despertó.

Despierto ya, aterrorizado aún, no bien encendió la

vela oyó nuevamente el balido cerca de la ventana que daba al campo. Creyó seguir soñando, volvió en sí lentamente. Temblando, medio se vistió, agarró el cuchillo y se acercó a la puerta.

Un miedo mezclado de coraje lo tenía a dos tirones, pero el tirón del *miedo* era más fuerte. En eso oyó nuevamente una risa que reconoció como de la *p'adentrana*, y *se le cambió la plata* con usura para el lado del coraje. Aquella carcajada lo castigó en su hombría perezosa y cobarde. Fue como un excitante, como una inyección de glándulas varonas que lo transfiguraron de amor hacia aquella mujer, de amor propio y de valentía, una valentía que a veces se le aparecía en los sueños, pero que no *aguantaba* ante la luz del día. Y apretó el cabo de guampa del cuchillo, le quitó la tranca a la puerta y se plantó en el patio.

El *lobisón*, como esperando esta salida, *baló* de nuevo y se le vino encima. Sintió un frío en la nuca, al tiempo que se le erizaban todos los pelos. Dio un grito de terror y se quedó tieso, al par que se le aflojaba —como durante el sueño— la mano que apretaba el arma. Se le iba a caer ya, cuando oyó nuevamente la risa excitante de la muchacha. Una oleada de sangre se le agolpó en el cuello, apretó el cuchillo otra vez y atropelló al bicho dándole un puntazo que atravesó el cuero fofo. Sacó hacia atrás la hoja y le entró de nuevo, mientras *el ternero se paraba de manos*. Oyó una gritería a sus espaldas. El *lobisón* diose vuelta intentando huir *en dos pies*. Sintió que unas manos lo agarraban de atrás haciéndole dar un salto nervioso y un grito que quiso ser cobarde nuevamente, pero que no cuajó; y en otro arranque de coraje llegó hasta el *ternero* que seguía huyendo, y le hundió la hoja en el lomo. Lo volvieron a tomar de atrás mientras *el ternero* caía dando un alarido humano. Un argollazo en la muñeca le hizo soltar el cuchillo, en tanto crecía a su alrededor un yuyal de palabras en son de protesta:

—¡Bárbaro!

—¡Asesino!

—¡Agarrenló!

—¡Perico, pobre Perico!

*

Unos rodearon al herido. Otros se prendieron del teléfono llamando médicos. Y mientras lo llevaban hasta el lecho más cercano, entre lamentaciones llenas de filosofías a destiempo, allá, en la cocina de los peones, una voz entonada en rebeldía dijo sentenciosa:

—Tomá, metete a loco.

*

Mientras Reina y las otras señoras, llorosas y mustias, *atendían* al muerto arreglándole el lecho, poniéndole flores y encendiendo las velas, los peones en la cocina discutían en voz baja, pero con calor, sobre el suceso.

—Fue en defensa propia.

—El no quiso matar un hombre, sino *un animal*.

—Por pasarse de vivos, el *bobo*, acosado, resultó criminal a la fuerza.

—Tenemos que declarar a su favor.

—El diablo metió la pata, yo no lo creiba capaz.

La conversación fue interrumpida por la entrada del peoncito seguido del capataz.

Por toda la cocina amplia y tostada, el silencio se estiró como un elástico. El muchacho, pálido y empacado, se arrinconó con los ojos clavados en el fuego.

—Bueno —dijo el capataz—, resolvé lo que vas a hacer, pues tengo orden de dir al pueblo a dar parte a la polecía. Lo mejor es que te entriegues mansito nomás. Mucho no vas a *estar*.

—No m'entriego, juyo —dijo el muchacho resuelto, y salió hacia afuera buscando a la *p'adentrana* para despedirse.

La noche sin luna era puro cielo; cielo arriba y aba-

jo; cielo a punta de estrellas y de grillos. Lo recibió el ladrar de un perro, un ladrar alargado en cola de aullidos, como las estrellas se alargan en cometas.

*

Cuando el comisario de policía, encabezando un grupo de agentes, iba llegando a la estancia, una *voiturette* conduciendo *cierta pareja* los cruzó rauda como un chirlazo, dejándolos parados y tragando polvo.

El *bobo*, con su hombrada, había hecho una conquista; y ella se lo llevaba en el propio auto de «la señorita estanciera».

LA CUEVA DE LA VIZCACHA

La vizcacha es un animalito muy singular, que habita nuestros campos rioplatenses. Construye su casa bajo tierra, cavando, con sus uñas fuertes y agudas, largas galerías que a veces se comunican entre sí.

Se asemeja a la liebre en su tamaño, forma y color de su piel. Tiene la cara mofletuda, listada por unas rayas negras, y una especie de barba erizada y áspera, de color oscuro, todo lo cual le da un aspecto tosco y cerril.

Produce un grito semejante a una tos. Es arisca y valiente, pues defiende la entrada de su cueva, a veces hasta morir, en la lucha contra perros u otros atacantes.

Sus costumbres se singularizan por algunos aspectos cómicos y simpáticos, los cuales la diferencian bastante de las de otros animales de nuestro campo. Durante el día se oculta en la cueva o vizcachera, mas en cuanto comienza a anochecer sale de ella, ya en procura de alimento, o impelida por su instinto, dando rienda suelta a cierta afición de *coleccionista*, pues acarrea hasta la entrada de su madriguera todos aquellos objetos que llaman su atención y encuentra a su paso, o en las inmediaciones de las viviendas campesinas.

Cuando la noche es de luna, se siente *artista* o *bailarina*, y a la luz amable del astro, frente a la entrada de su habitación —como quien dice, en la vereda de

su casa— se pasa las horas *bailando* con otras vizcachas unas danzas extrañas acompañadas por los sonidos agrestes y nocturnos, es decir, por el canto de los grillos, el chistido de las lechuzas o el ladrido de los zorros, todo ello bien o mal hilvanado en el silbido dulce y afinado de los chingolos, que cantan aisladamente, en la noche, un cantito triste y perezoso, un cantito como con sueño.

No solamente es la vizcacha un animalito *coleccionista* y *bailarín*, sino que también posee otras costumbres dignas de señalarse, como la de hacerse *visitas* mutuas, al igual que cualquier persona bien educada, o la de ser generosa con otros bichos del campo y de la noche, como lo es con la lechuza, a la cual la une tal lazo de amistad tradicional, que da motivo para que alguna de éstas viva como agregada —ya que no podemos decir como inquilina— a la casa de aquélla, haciendo su nido y criando sus pichones en la propia vizcachera.

Y presentados como están nuestros principales *actores*, comencemos la narración de la fábula o cuento en la que ellos van a intervenir.

*

A imitación de los hombres, los animales de aquel lugar resolvieron darse autoridades propias para vivir en mejor armonía. A tal fin resolvieron realizar elecciones para elegir un juez, un gobernador, un comisario y varios guardianes del orden. Dichas elecciones dieron el resultado siguiente: el cargo de juez correspondió al ñandú; el de gobernador, al carpincho; el de comisario, al gato montés, y para guardianes fueron elegidos cuatro teruteros.

El juez dictaba las sentencias de acuerdo con ciertas leyes tradicionales que todos ellos conocían de nacimiento, y el gobernador las hacía cumplir por medio de sus guardias, capitaneados por el comisario.

Los animales se llevaban bastante bien, y casi no

daban trabajo a las autoridades. Nadie se quejaba contra nadie, ya que el alimento era abundante y alcanzaba para todos. Sólo les costaba la agradable tarea de salir a buscarlo.

La vizcacha tenía la costumbre de alzarse con alguna prenda ajena cuando la encontraba en su camino, pero como no lo hacía con mala intención, las depositaba en la puerta de su casa, y el que quería, la recuperaba en el acto con el solo trabajo de reclamarla a alguna de las lechuzas que siempre estaban de guardia, paradas a la entrada de la cueva, como dos columnas vivas o como dos centinelas.

A la postre, esta costumbre de la vizcacha resultaba útil a sus vecinos, pues cuando no eran ordenados y dejaban las cosas tiradas, o fuera de su lugar, como sabían que la vizcacha se las llevaba, no tenían más tarea que la de ir por ellas. Total, era como si aquélla, más ordenada y cuidadosa, se las tuviera guardadas o en depósito, y todo eso sin cobrarles nada.

Mas he aquí que el zorro empezó a «hacer de las suyas», y como también era *coleccionista*, cuando le sustraía algún pedazo de carne o de cuero a sus vecinos, hacía correr la voz de que la vizcacha era la ladrona. Y como algunos de los objetos desaparecidos no eran encontrados por sus dueños en la cueva de la vizcacha, como de costumbre, puesto que estaban en la del zorro, y muy bien guardados, la intriga de éste contra la vizcacha empezó a prosperar, al mismo tiempo que ésta perdía la *confianza* que había merecido hasta entonces.

Y bien aconsejados por el zorro, los dueños de los objetos por él sustraídos se presentaron en queja ante el ñandú, o sea ante el señor juez.

Éste, cumpliendo su misión, los oyó con mucha calma, y luego de meditar durante un rato, poniéndose una de las patas sobre la frente, ordenó que fuera registrada la cueva de la vizcacha.

Cumplida la orden, ante el asombro de la propia dueña de casa, el gato montés, asistido de los guar-

dias teruteros, encontró varios de los objetos buscados.

La pobre e inocente vizcacha protestó, mas no fue escuchada, y se la condujo a la cárcel con una barra de grillos en las patitas.

Mas ¿cómo le fueron hallados en su casa los objetos robados por el zorro, hecho que había dado razón a éste, obligando al juez a condenarla? Los dos lechuzones, huéspedes permanentes en la cueva de la condenada, eran quienes tenían el secreto de este misterio, y para que se hiciera justicia y se aclarara la situación de su amiga, se presentaron a su vez ante el señor ñandú, haciendo la siguiente declaración: el zorro —como bicho que por zorro tiene la obligación de ser el más vivo y *madrugador* de todos—, calculando que el juez iba a ordenar el registro de la vizcachera, mientras la tosca y lunática bailarina andaba por ahí *haciendo visitas*, sacó de su escondrijo los objetos menos valiosos entre los buscados y los depositó frente a la casa de aquélla, diciendo a las lechuzas, que lo miraban fijas y en silencio, que venía a devolver algunos objetos que la vizcacha le había prestado.

El ñandú, ante esta declaración, meditó nuevamente y dándose cuenta de la treta que el zorro le había jugado a la pobre vizcacha, ordenó su libertad y la prisión del malvado, orden o sentencia que fue muy bien recibida por el vecindario, el cual ya se había convencido de la inocencia de aquélla, así como de la picardía de éste. Tal fue así, que todos los animales se juntaron en manifestación pública para presenciar aquel acto doblemente justiciero: constituido por la libertad de uno y la prisión de otro. Y así como la vizcacha fue acompañada hasta la puerta de la cueva con aclamaciones de simpatía, abrazos y otras manifestaciones de cariño, el zorro fue acompañado, entre burlas, por el vecindario, hasta la puerta de la prisión, mientras era conducido por el gato montés y cuatro teruteros.

¡Y había que ver las posturas del gato realizando

su papel, con los bigotes muy parados y arrastrando el sable sonando a hojalatería! ¡Y no les digo de los teros, con sus bien cortados uniformes y sus sombreritos de almirante, marchando a pasitos marciales, dos adelante y dos atrás del preso, mientras sacaban a cada momento a relucir los puñalitos rosados que, como armas defensivas, poseen en el tronco de las alas, teñidas en la sangre de quién sabe qué cambate en favor de alguna causa justiciera!

PALOMITA

En cuanto se levantaron de la cama dirigiéronse a la jaula, y fue una exclamación a coro:

—¡Qué lástima, la palomita se murió...; la palomita se murió!...

La pena fue vencida al momento por un sentimiento de curiosidad que anudó las cabecitas alrededor de la jaula. Algunos de los niños no habían visto nunca una avecilla muerta.

La tocaron con un palito por entre los barrotes de la jaula de madera. Luego se fueron animando, y el más audaz introdujo la manita abriendo la puerta. Sus dedos, primero acariciaron las plumas de la paloma, después la sacaron de la jaula depositándola en el suelo. En derredor de la palomita torcaz, inmóvil, el grupo de cabezas infantiles contempló el espectáculo.

Uno de los niños gritó:

—¡Vamos a enterrarla, vamos a enterrarla en el jardín!

Y se fueron corriendo hacia el jardín, disputándose el derecho de llevarla.

La conducían como en triunfo. La sorpresa desagradable que tuvieron frente al misterio de la paloma muerta, había desaparecido completamente. La pena había sido embellecida, transformándose en juego. ¡Divina facultad de la infancia!

Llegaron al jardín. Discutieron nuevamente, ahora por la elección del sitio. Uno quería enterrarla al pie

de un rosal. Otro, al pie de un jazmín. Pero la mayoría optó por un pedazo de terreno limpio de plantas.

Empezaron a practicar el pequeño agujero en la tierra jugosa y blandita. Uno salió corriendo, y al poco rato volvió con el «comedero» de los pájaros, un cajoncito de madera. Allí la depositaron, poniéndole antes unas hojas verdes, para hacerlo mullido.

—Para que la palomita no se lastime —dijo uno de los chicos, ante las risas de los mayores.

La paloma estaba con ambas alas abiertas y no cabía en el cajoncito. Hubo que dejarle las alitas afuera. Parecía que iba a emprender el vuelo hacia las nubes.

Cuando llegó el momento de cubrirla con la tierra, se detuvieron. Ninguno se animaba a ser el primero. Les daba lástima. ¡Estaba tan linda, así!

—Vamos a velarla un rato —propuso uno.

—Es natural —dijo otro—, ¿no ven que hay que velarla?

Todos se convencieron en el acto. Era lo que deseaban, un pretexto para no cubrirla con la tierra. Así es que todos dijeron acordes:

—¡Hay que velarla! ¡La tenemos que velar! Avisaremos a otros niños para que vengan a verla.

Así fue. Se corrió la voz, y un crecido número de chicos acudió al jardín, rodeando el cuerpo de la palomita. Todo el día fue un desfile de chicos y grandes. Los padres sonreían emocionados al ver la ternura con que los niños despedían a la paloma. Un anciano decía, filosofando y con lágrimas en los ojos:

—¡Ellos de todo hacen juego! ¡Todo lo convierten en alegría y algazara!

Al llegar la noche se les presentó el problema de las velas. Clavaron cuatro fósforos y los encendieron, pero como se apagaban tan pronto, pensaron en otra cosa.

En eso, uno de ellos llegó dando gritos de júbilo; traía las velitas que habían quedado a medio consumir en la fiesta de su cumpleaños. Las clavaron y las encendieron. ¡Había que ver aquel velorio en miniatura! Ellos, sin saberlo, producían un espectáculo ex-

traordinario de amor y de respeto. Algunas madres se enjugaban los ojos con el pañuelo. Así pasó una hora. Como no había luna, las velitas cumplían su misión con suma eficacia.

—¿Viste cuánta luz dan?

—¿Viste? ¡Alumbran más que las velas grandes que se encienden en los banquetes!

Pero las velitas se consumieron, y un sentimiento de contrariedad les enturbió la fiesta. Entonces acudieron a otro recurso.

—Vamos a cazar bichitos de luz..., bichitos de luz.

Y se desparramaron por el jardín.

Trajeron las luciérnagas atrapadas y las colocaron en el cabito de las velas consumidas.

Ahora el espectáculo cambió. Era menos visible, pero más sutil y emocionante. El juego se tornaba más juego. El episodio poético cobraba mayor poesía, acercándose más a la naturaleza. Los bichitos alumbraban desordenadamente, como pequeños faros, iluminando una ruta que no habían iluminado nunca. La ocurrencia imaginativa de los niños, coronaba belleza sobre belleza y ternura sobre ternura.

Y cuando se fueron a dormir, quedó bajo el cielo oscuro el velorio de juguete, en silencio. Ahora no contaba con las voces infantiles, pero los grillos tuvieron lástima de la palomita difunta, y se pasaron toda la noche cantando a su alrededor.

*

Amaneció un día hermoso. El sol se levantó en el oriente, empinándose sin pies, como apurado por ver —también él— en qué había quedado el juego del velorio. El cajoncito estaba húmedo por el rocío de la noche, lo mismo que las plumas de la palomita torcaz. El astro, entonces, con satisfacción, se sintió como obligado a secarlos con su calor. Y siguió subiendo. A los pocos minutos las cabecitas de los niños, recién levantados del lecho, le ocultaron la vista de la paloma, al agruparse alrededor del pequeño cajón.

La rueda de curiosos se fue agrandando. Estaban todos los niños del día anterior. No se había dormido ninguno. En eso apareció un chico *nuevo*, es decir, uno que no había estado en el velorio. Expresó su asombro haciendo comentarios en voz alta. Entonces, todos a la vez, lo hicieron callar, no permitiendo empañar el cristal de su silencio cariñoso con gritos destemplados. El muchacho, algo avergonzado, bajó la voz y empezó a hacer preguntas al oído de los compañeros más cercanos.

—¡Cállate —le respondieron—. ¿No ves que está muerta? Anoche la *velamos* y ahora la vamos a enterrar.

El pocito estaba allí cerca, esperando, como una boca negra pronta a tragar su presa.

Llegaron los papás dueños de casa, conduciendo de la mano a un niño muy pequeño, el cual no había participado del espectáculo por estar enfermo el día anterior. Hubo que levantarlo convaleciente, pues hasta su camita había llegado la noticia de la muerte de la palomita, cosa que él no comprendía aún.

Y empezó la ceremonia. Los más decididos tomaron la cajita de madera con un cuidado cariñoso y la depositaron en el pocito. No cabía. Las alas de la paloma quedaban afuera, como sucedió al ponerla en la caja, que había sido comedero en la pajarera. Ensancharon la cavidad, rápidamente, varias manos a la vez.

—Ahora sí —corearon algunas voces, haciendo un esfuerzo mental para que el comedero cupiera en el pozo.

Veinte ojos, agrandados por la curiosidad, se entreveraron en el fondo del agujero, entibiando, a fuerza de sentimiento, el cuerpo rígido de la palomita. Y llegó el momento temido de cubrirla con la tierra.

¡Estaba tan linda abierta de alas, y tan natural, que parecía viva! Uno de los chicos dijo en son de broma:

—¿Y si saliera volando?

A pesar de la *seriedad* del momento, algunos rieron. En ese instante, el que había sido *dueño* de la paloma, pidió la bolada para ser el primero en echarle la tierra. Era su deber y nadie se lo discutió. Con ambas manos juntó tierra y arrojó el primer puñado doble. La paloma se sacudió quedando su cuerpo a medio cubrir. Varias manos, entonces, sintiéndose con igual derecho, repitieron la operación. En un instante quedó nivelado el pozo. Un pie apretó la tierra, y una manita clavó una pequeña cruz, construida en el momento, con dos palitos.

—¡Pobre torcacita! —dijeron varias voces infantiles. Después hubo un silencio embarazoso, roto por la voz del niño más pequeño, al cual el padre tenía tomado de la mano.

Dijo el niño, de pronto:

—Papito, ¿mañana dará la flor?

—¿Qué flor? —dijeron a coro todos los niños, lanzando una sonora carcajada—, ¿qué flor?

—¿Y... la flor que tiene que dar?

Se repitió la carcajada ante el asombro del niño.

—Pero ¿te crees que la paloma es una planta? —le dijeron.

—¿Y él, haciendo un gracioso puchero para llorar, replicó:

—¿Y entonces, para qué la *plantan?*

UN RUSO EN MI CAMPO

Los bigotes color tabaco gringo, grandes, lacios y con las puntas hacia abajo, le caían lentos, como guampas «durham». Llevaba el pelo en bello alboroto, pelo de poco peine y mucha intemperie, que le chorreaba sobre los ojos claros, en derrame de sauce sobre un jagüel.

Y luego, la nariz agresiva, los pómulos fuertes, boca grande y bien armada, hombros abiertos y el cuerpo recio, de petisón para arriba.

Por dentro era seco y triste como gajo marchito, y hablaba con pocas palabras y muchos silencios.

El sol de todo el día lo quemaba en rojo, y el abrigo de la ropa lo blanqueaba en celeste, un celeste de carne blanca irrigada por las venas muy a flor de piel.

Vestía como cualquier paisano del campo nuestro, ya que la bombacha le era familiar desde la tierra de donde procedía.

Le decían «el ruso», porque lo parecía y porque lo era, mas al decir de muchos, era un *mal ruso*, por entender más de caballos y guitarras que de siembras y cosechas. Parecía un criollo clásico hasta en aquello de no haber *inventado* el trabajo, lo cual le abría surcos de simpatía en la sonrisa de las mujeres y en el lerdo rozamanos de los hombres.

Un día llegó al pago misteriosamente, y quedó *arrimado* a la estancia de un señor de apellido inglés, político y ganadero, caudillo civil del departamento de

Río Negro. Después se averiguó que *supo* venir con *cartas* de una colonia rusa, contratado por el Gobierno, unos decían que arrojado de la misma por celos del jefe o patriarca, mientras otros lo daban como *bombero* para vichar ciertos trabajos electorales. Por lo que se deduce que su llegada al paraje estaba gobernada por alguna de las dos riendas eternas que dirigen los destinos del hombre, las cuales, según los casos, dan tirones de amor o tirones de interés.

Al principio, los criollos, con ese concepto que tienen arraigado respecto a la inferioridad del *gringo* frente a ellos, lo quisieron *judiar*, pero luego de varios fracasos, se percataron de que estaban frente a un *varón* que no se dejaba «arrear con las riendas». Y lo empezaron a respetar de igual a igual.

No sabía el manejo del lazo ni de las bolas, pero en cambio, era jinete como el mejor de ellos; jinete hasta en el realizar pruebas de a caballo levantando del suelo un sombrero a la carrera o parándose sobre el lomo del pingo en pelo yendo al galope. Y para rematar, tocaba la guitarra con unos *tiemples* raros, y unos punteos desconocidos, tan tristes como entradores, los cuales quedaban colgando de los oídos como flecos de colores.

El mozo empezó a relacionarse al par que mostraba la hilacha. Frecuentó pulperías y carreras, canchas de taba, bailongos y reuniones non santas, donde iba ganando *amigazos*, conseguidos a punta de coraje y simpatía, ya que por ser ruso, todos los tauras al principio lo querían sobrar. Pero el hombre que tiene punta y filo en el ánimo y lo refleja en las acciones, se impone en cualquier ambiente, gana voluntades y hasta adeptos. Aquel gringo de los bigotes apuntando hacia abajo como algunos cuernos de ganado de *pedigree*, estaba resultando medio caudillo. Luego, lo acrecía el misterio que rodeaba su persona y su vida, puesto que no se sabía claro cuál era su misión en la estancia, ni de dónde sacaba el *peso* que nunca le faltaba en el cinto.

De tiempo en tiempo se ausentaba por unos días, y de vez en vez recibía la visita de algún forastero de su raza, con el cual mantenía conversación secreta.

Las opiniones estaban divididas; unos, a todo aquello le tomaban olor a elecciones, mientras otros se lo tomaban a polleras, simplemente.

*

Una noche partió bien montado, asistido por cuatro amigotes, y luego de andar toda la luna, desensilló en los montes del Río Negro para descansar durante el día y esperar las sombras nuevamente, a cuyo amparo iba a realizar *su* hazaña.

Los cuatro asistentes que llevaba eran hombres de avería, seleccionados en aquellas canchas de juego, carreras y bailongos ya mencionados. Hombres que lo seguían ciegamente, como que se les había impuesto después de varias pugnas de la voluntad y la valentía puestas frente a frente. El medio había entrado en él tanto como él en el medio:

> Un caballo, un rodeo y una legua de campo
> a cualquier extranjero lo convierten en gaucho

*

En lo más sombrío del monte, rodeando el fuego, mientras circulaba el mate y la gordura del asado goteaba sobre las brasas como chicharras doradas, planearon *el golpe*.

—Yo me adelanto para amansar los perros, que no se habrán olvidado de mí —dijo el ruso—, mientras ustedes, siguiéndome de cerca, rodean los ranchos del jefe de la colonia, que les mostraré en el momento. Y cuando yo salga acompañando a la muchacha, me sostienen la retirada a punta de bala. Miren que mi paisano es decidido y atropellador, pero no cuenta con gente de empuje que sirva para estos casos. Ya tengo

arreglado para que los caballos estén sueltos y no nos puedan perseguir.

—Yo le meto la bala al primer bulto que se mueva —exclamó uno de los asaltantes, saliéndose de la vaina.

—¡Asesino! —exclamó otro, y de seguido, confesando a su turno su deseo e intención, agregó—: ¡Si pudiera *levantarme* alguna de esas rubias tan bien mantenidas!...

—Me afiguro que alcansará p'a mí también —intervino un tercero.

El que aún no había pedido nada, guardó silencio, sorbió el mate, los ojos clavados en el fuego, y al rato, como decidiéndose, le recordó al ruso cierto convenio que tradujo en estas palabras:

—En cuanto a mí, usté sabe que preciso unos pesos..., yo con eso me arreglo.

—Yo voy a cumplirles todo lo convenido, pero no me atropellen ni me apuren; y recuerden que por ahora lo que tienen que hacer es ayudarme a mí, y guardarme las espaldas mientras huyo con la muchacha; y no me pierdan tiempo con otras faldas porque me van a torcer el plan. La palabra es la palabra, y ustedes me la dieron. Hay que hacer las cosas como yo digo y nada más.

Y los malevos callaron, como acatando al cómplice que *hacía punta en el merengue.*

*

En el atardecer tormentoso, con una entrada de sol bella y trágica como de sangre y humo, salieron del monte buscando orientación hacia la colonia rusa de San Sebastián, y luego de un par de horas de marcha, enderezaron hacia las lucecitas de los ranchos que iban formando hileras como un pueblito de reciente trazado. Ante la proximidad del momento ansiado, en el pecho del mozo se apuró el corazón, y el deseo —dentro del coraje que le formaba marco— desembocó en

su boca y en sus ojos de enamorado. ¡Iban a ver cómo obraba en campos de America *un sargento de cosacos!*

Pasaron la última portera, anunciados por el ladrido zonzo de los perros. Era temprano aún. La noche estaba en su primer galope, y la luna se mostraba pulposa y dorada como un gajo de naranja. Hicieron tiempo sin fumar. Los caballos, con las orejas tiesas de atención, miraban hacia las pobres luces de los ranchos que ya se iban apagando.

—Vamoj' atropellar de una vez —dijo una voz ansiosa.

No obtuvo respuesta alguna. Pasaron unos minutos más, relinchó uno de los montados, creando un clima de impaciencia. Entonces, el ruso, perfectamente entonado en sargento de cosacos, dueño de la situación, dio la orden y avanzaron abriéndose en abanico hacia el rancherío.

Volvieron a ladrar los perros, primero agriamente, cumpiendo su misión vigilante; luego los ladridos se achicaron, llegando algunos hasta la caricia.

En uno de los ranchos se encendió una luz, abrióse una puerta, y dos sombras, como dos alas que se buscan, cerraron, al juntarse, el tajo ancho de una ausencia. Una mujer montó a caballo y partió al galope, asistida de un jinete, mientras se encendían otras luces. La pareja llegó a la portera seguida de cerca por los cuatro compinches, cuando el primer estampido silbó su plomo cerca de las cabezas.

Mientras dos de los hombres quedaban rezagados, sosteniendo la retirada a punta de bala, como quería el más belicoso de ellos, los restantes «se apretaron el gorro» amadrinados por la luna, perdiéndose en el primer bajo.

El ruso había realizado su hazaña, rescatando de la vigilancia sexualmente arbitraria del maduro *patrón* de la colonia, a la muchacha con la cual deseaba unir su destino. Y mientras huía con ella, las fuerzas desencontradas que presiden todos los actos, se manifestaban en ruidos naturales del campo enlunado; en un

extremo hacían por detenerlo con sus chistidos las lechuzas; en el otro lo azuzaban con sus gritos de libertad los teruteros.

*

Por los caminos sabidos de memoria, tendidos y estirados sobre el plan de la noche, que ya había digerido su media luna, marchaba el grupo —trote y galope— mascando cada hombre su silencio agresivo.

La pareja iba delante, enhebrada en el hilo de su recién nacida libertad, rozándose las piernas en el andar de los pingos, tocándose las manos para sentirse más cerca, hablándose en novio, deseándose en hombre —criaturas de Dios cumpliendo la orden eterna—, aislados en su inocencia, olvidados del peligro que marchaba tras ellos con el ojo vigilante, el oído en antena, el pensamiento en traición...

El ruso —tan gaucho hasta entonces— había empezado a chambonear, aniñado de amor. En su detrás se juntaron los hombres que le daban escolta, y tironearon de una idea infame como perros hambrientos de carniza. Ex profeso, acortaban la marcha para entenderse mejor, adelantándose luego a fin de no producir desconfianza.

Sabían que la rusa era *lindaza*, la habían *orejeado* a la luz cenicienta del último cacho de luna. Uno le vio la cara y la melena, como una leche, como un trigal...; otro le vio el busto y la garganta, agitados de emoción; otro una pierna, blanca y estatuaria, quedando atado a ella como a un palenque; otro la vio *en total*, porque la vio sin verla, creándola entera a la luz de su imaginación en buena salud y sin fetichismos enfermizos.

Y la pareja adelante, niña de amor, detuvo a medias la marcha para abrocharse en un beso, el cual fue como un latigazo que castigó la carniza que a sus espaldas los cuatro *compañeros* venían manoseando con la mente.

*

Los pájaros empezaron a afilar sus cantos en las piedras rosadas del amanecer. El sol hinchó su lomo de sobre rojo sobre el horizonte, y la primera luz del día alargó la sombra de dos caballos que pastaban —tan hundidos los hocicos—, que parecían moverse en cinco patas.

Caído al pie de un «principal» del alambrado, el ruso se desangraba lentamente por una herida en el pecho que comenzaban a corear las moscas. Y ella, de cara al cielo, tendida en cruz sobre el pasto jugoso que bordeaba el camino, dormía con la boca entreabierta la pérdida de su doncellez, mientras de uno de sus muslos le rodaba una hebra de sangre, atándola a la tierra con su cinta colorada.

EL YUYERO

Cuando yo era muchacho, sucedía que todos los barrios de la ciudad, particularmente si eran barrios cercanos a los arrabales, tenían sus tipos populares.

La popularidad de estos tipos era muy distinta. En algunos se asentaba sobre la base del ridículo; en otros, sobre la base del desprecio, o del temor; y en los menos, sobre la de la simpatía.

Por lo que se ve, el hombre, cualesquiera que sean los círculos sociales dentro de los que su vida se desenvuelve, provoca ante sus semejantes las mismas reacciones de simpatía, antipatía, respeto o desprecio.

Hay así políticos, artistas, millonarios o pordioseros, que se ganan nuestro cariño, o nuestra admiración; nuestro desdén, o nuestro rencor.

El tipo popular que conforma el personaje central de esta historieta, pertenecía al grupo, muy reducido por cierto, de los hombres que, siendo insignificantes y sin poseer poder ni fortuna de ninguna especie, gracias a su bondad y a ese halo de simpatía que los envuelve, tienen la facultad de atraernos con su encanto grotesco y primitivo.

El tal, era un viejo barbudo que andaba por la calle vendiendo yuyos. Los llevaba dentro de una bolsa que se echaba al hombro. Por esa razón le llamaban «el yuyero».

El pobre andaba muy mal vestido, pues su oficio de

vender hierbas para remedio, le rendía muy poco beneficio.

Era uno de esos viejos de pelo y barbas hirsutas, con los cuales algunas madres amenazan a sus chicos cuando se portan mal, diciéndoles que se los va a llevar «el viejo de la bolsa». Mas este viejo era tan bondadoso, que los niños ya lo conocían y ninguno le tenía miedo. Al contrario, se alegraban al verlo, porque conversaba con ellos y los entretenía con sus cuentos. Para todo tenía una historia o un verso al caso, con lo cual salpicaba su charla haciéndola pintoresca y llena de interés.

Los niños lo atajaban en la vereda haciéndole preguntas, y él parecía que lo deseaba; tanto era el placer que encendía su sonrisa cuando los chicos le hacían rueda.

El viejo sabía un mundo de cosas, pero su saber era distinto al de los demás hombres. Los muchachos notaban que las cosas que les contaba el viejo yuyero no las sabían ni sus padres ni sus maestros. De ahí venía, principalmente, el interés que en ellos despertaban sus cuentos o sus consejos.

*

El viejo, con la bolsa al hombro, el sombrero casi verde ya de tanta intemperie, y los zapatos deformados por el largo uso, fue detenido y rodeado por el grupo de niños, como tantas veces.

—Háganos un cuento, don Yuyero —pidieron las voces infantiles.

Uno reclamaba el del sapo; otro el del avestruz; así iban recordándole los temas, hasta que el buen anciano se decidió.

—Les voy a contar el del avestruz, ¿quieren?

—Bueno, bueno, el del avestruz —asintió el corro alegremente.

Y el vendedor de yuyos quedó con la palabra, comenzando así su narracción:

—Han de saber ustedes, que el avestruz —más conocido en nuestra tierra por ñandú— es un bicho muy inteligente. El señor ñandú y la señora ñanduza hacen un matrimonio ejemplar; tan ejemplar, que hasta nosotros, los hombres, tenemos algo que aprender de ellos.

Los ojos de los oyentes chispeaban de interés. El viejo prosiguió:

—Son tan compañeros que se ayudan mutuamente en el trabajo que les impone la vida. Por eso él le ayuda a ella a empollar los huevos, y no tiene a menos pasarse los días echado sobre la enorme nidada para fecundarlos con su calor, tarea ésta que siempre realiza la hembra en las otras aves. Y es de suponer que mientras el avestruz trasmite calor a los huevos, la avestruza tiene que conseguir el sustento para ambos.

—No puede ser, es cuento —dijo uno de los oyentes.

—Es verdad, es verdad —respondieron varios—, porque mi papá me dijo que era cierto y que hasta estaba escrito en un libro.

—Yo no sé si está en los libros —dijo el viejo—, pero les aseguro que esto lo he observado yo cuando vivía en el campo.

—Que siga, que siga —alborotó el corro.

—Bueno, pero ahora viene lo mejor, y esto sí que es una enseñanza para ustedes. Ténganlo grabado en la memoria para cuando sean mozos y anden buscando novia para casarse y formar hogar. El ñandú es tan precavido y tan buen padre de familia, que para que sus hijitos, al nacer, no se vean faltos de comida, hace algo que no realizan todos los hombres, por cierto. Cuando se echa a empollar, deja un huevo fuera del nido. Este huevo, al no recibir el calor de su cuerpo como los demás, se pudre. Y cuando él sabe que faltan pocos días para que los ñanducitos quiebren con sus picos la cáscara a fin de nacer, rompe el huevo. Éste, por su estado de descomposición, atrae una cantidad de gusanitos e insectos. Y cuando los pichones, rompiendo la cáscara, salen a la luz, hallan la comida «servida» durante varios días, sin tener necesidad de ir a buscarla, como las crías de las otras aves.

Aquí terminó el cuento. El rostro de los niños expresaba ternura y felicidad poco comunes. El viejo los miró complacido. Su cara barbuda estaba demasiado cubierta para expresar su emoción, pero sus ojos se humedecían de placer y de amor abuelo, chispeando en el bosque de pelos de sus barbas.

A todo esto, los curiosos, hombres de toda condición, habíanse detenido: unos a oír el cuento, otros al ruido de la gente, de tal modo que obstruyeron el tránsito regular de los vehículos.

Los niños, y ya muchos que no lo eran, rodeaban al viejo y le hacían preguntas. Entonces se abrió paso a codazos y con antipático gesto de autoridad, un agente del orden público, que no conocía al viejo porque «era nuevo en la parada». Éste, tomándolo por un delincuente o por un provocador de desórdenes, se lo quiso llevar a empujones. Entonces los niños tomaron su defensa y le empezaron a explicar al agente, entre gritos y ademanes, quién era el viejo yuyero, que no hacía mal a nadie, que ellos lo querían porque siempre les enseñaba algo lindo e instructivo.

—¿Usted, señor guardia, no sabe el cuento del avestruz? —preguntaba uno.

—¿Y no le oyó nunca el cuento del sapo? —preguntaba otro.

Y había tal alboroto, que el representante del orden ya tenía ganas de «salirse de la vaina». A esta altura, intervinieron algunos vecinos respetables, explicando de lo que se trataba.

El agente, entonces, creyóse obligado a proceder de algún modo, de acuerdo con las circunstancias pacíficas del caso. Se infló, para ello, de un aire de autoridad, que tenía reservado para ciertas oportunidades, y tomando de la solapa del saco raído al pobre viejo que estaba tranquilo y sin miedo, le dijo sentenciosamente:

—Bueno, amigo, cuente o enseñe a los transeúntes todo lo que quiera, mas no lo haga en la calle, porque

me compromete. Métase de maestro de escuela o alquile un salón para dar sus conferencias sobre los ñanduces u otros bichos, pero que no lo vuelva a encontrar interrumpiendo el tránsito. Vaya nomás...

El yuyero se acomodó la bolsa, se apretó el sombrero agujereado, y comenzó a abrirse paso entre la multitud, mientras los niños y algunos muchachones lo despidieron a los gritos de ¡viva el avestruz!, a los gritos de ¡viva el yuyero!

Los grupos se fueron deshaciendo. Sólo quedaron dos viejos recostados a un árbol. Uno de ellos dijo:

—Habría que alquilarle un salón para que enseñara.

A lo cual respondió el otro:

—Mire, amigo, el día que eso suceda *no va nadie* a escucharlo.

VIDALA MÁRQUEZ

¿Por qué no se casará fulana? Ésta era la pregunta que se hacía todo el mundo; ese todo el mundo, que en realidad es sólo una minoría, minoría privilegiada que produce en todas partes el vaivén del dinero, y que es representativa del poderío, de la elegancia y del vivir fastuoso y feliz (al parecer).

Las amigas le decían, en ese tono llano y democrático que gusta usar la gente mundana:

—¡Pero, ché! ¿Qué hacés que no te casás?

Interrogación, o mejor, insinuación superficial y baladí, hija sólo de la curiosidad y del «hablar por hablar», que ella interpretaba bien, y que por eso mismo contestaba sólo con una sonrisa tan adorable como silenciosa. ¡Qué mujer rara! Tenía plata, era libre, bella; además, vestía bien y llevaba uno de esos apellidos históricos —como quien dice—: *de la patria*, que no había perdido su prestigio antañón y colonial. ¿Qué misterio había en su actitud y qué secreto en su viudez?

La gente ya le empezaba a inventar *historias*, historias *non santas*, como era de esperarse, pero al final no había «nada entre dos platos». Lo cierto era que no «agarraba viaje» con nadie, ni por los caminos del altar ni por ningún otro camino.

De entre sus tantos amigos y pretendientes, distinguía a uno a la vista de todos. Éste era el único que no se le había declarado jamás. La gente lo creía el

pretendiente preferido, pero en realidad era sólo un amigo, un buen camarada. Ella se llamaba Vidala Márquez, y él Luciano Ximénez.

Cierta vez, al final de un baile, ambos con esa alegría y sinceridad que produce el discreto beber, él le preguntó «derecho viejo», como reza el decir popular:

—Decime, Vidala (si me lo podés confiar, al menos): ¿por qué das tanto que pensar a las gentes y las tenés intrigadas hasta hacerte criticar?

Ella respondió en el aire, con una respuesta que no *respondía* nada:

—¿Y qué querés que haga?

Él interrogó ahora de otro modo:

—Decime, ¿querías a tu marido, en realidad?

A esta pregunta formal, ella respondió esta vez de un modo categórico:

—Sí y mucho. ¿Por qué?

Luciano se franqueó del todo, con esa franqueza de que sólo a veces somos capaces, y volvió a inquirir:

—¿Y, entonces, por qué no le hacés más duelo? ¿Por qué venís a las fiestas, siendo una viuda nuevita, y te divertís como una polla soltera?... ¿Es, acaso, para olvidar?

—Para olvidar, no. Escuchá bien. Nunca se lo dije a nadie, porque nunca nadie me dio la oportunidad, como tú me la das en este momento. No deseo olvidarlo. Vengo a las fiestas porque mi conciencia me dice que no hago mal en ello. ¡Pobre mi marido! Dios se lo llevó y Él sabrá por qué. Él nos da la vida y nos la quita. A mí me la dejó. Soy joven. ¿Por qué no he de venir? ¿Por qué no he de seguir viviendo honestamente la vida que Dios me dejó? A mi marido lo quise mucho. Lo sigo queriendo en el recuerdo y no me caso por eso, porque *no me nace* casarme, porque no me gusta ninguno como me gustó él, y me divierto porque soy bastante pura y honrada como para no manchar su recuerdo al divertirme honestamente. ¿Ves, ahora, por qué no me caso? Me divierto, es decir, me dejo

llevar por la corriente de vida propia de la condición social que he conquistado, como quien hace la plancha en el agua, y por el amor que le sigo guardando a su memoria, ni mi viudez, ni mi honorabilidad de mujer, corren peligro, aunque la gente no lo vea así. Además, no me importa de la gente sino de mí misma. Mi marido, muerto, vive en mí y los desafía a ustedes desde la tumba, por mi intermedio. No es una postura lo que afirmo, y perdona, pero él, desde allá, «los está sobrando» a ustedes. ¿Qué gracia tiene quedarse una en casa como en un estuche, sin ver hombres, sin oír cumplidos? Así cualquiera es virtuosa y viuda digna de su marido. La cosa es serlo como yo, desafiando el amor o el amorío de ustedes. Como quien dice: desafiando el peligro. Yo paso por el fuego sin quemarme. Esta manera de pensar será muy rara y personal, pero es real y merece el respeto de los demás.

A medida que Vidala hablaba y se desahogaba, explicando con bello calor su norma de conducta, Luciano iba pasando por estados de ánimo distintos. Un estado era de sorpresa y admiración, otro era de derrota ante sus ocultas pretensiones que ella acababa de derrumbar, otra de esperanza a base de incredulidad. ¡Él, que tenía la esperanza de ser el preferido, y que no se lo había dicho nunca de miedo a fracasar, y que vivía *a punta* de esa ilusión!

Pero, ¿sería verdad todo ese palabrerío hermoso de novela galante?; ¿sería real ese fondo insospechado de la bella y, al parecer, coqueta viudita? ¡No podía ser! ¡Cómo una mujer hermosa, joven y con dinero, gozando de la vida y al mismo tiempo atada a una sombra!... No era sincera. En unos segundos reaccionó y se encontró a sí mismo. ¡Que no: él era el preferido y tenía que conquistarla!

La orquesta típica empezó a tocar una milonga, una de esas milongas de ahora que hacen bailar hasta las copas. Vidala Márquez, luego del discurso, había callado, jadeante. Él cortó el momento embarazoso invi-

tándola a bailar. Su espíritu cobró audacia y decidió hacer algo. Había llegado el momento de achicarse del todo o de agrandarse. El clima elegante y sensual de la fiesta empezó a ayudarlo. El enamorado cobró conciencia plena del momento feliz. Tener a una mujer bella entre los brazos, en la semidesnudez del traje de fiesta, al compás de la música, aspirando por todos los poros ese aire de voluptuosidad que envuelve a los danzantes y que, si no es cosa nueva, ya que es vieja como el mundo, diremos que es cosa de los dioses, o de los diablos. Y el diablo empezó a meter la cola.

Vidala y Luciano danzaban. Ella estaba jadeante, sensual, atrayente como nunca. A él le nació el deseo urgente de besarla en su carne divina bronceada por el sol y la arena de las playas. En los compases del baile criollo y amoroso, la oprimió de un modo desacostumbrado, como probándola. Ella no dijo nada y se sumó a él, distraída o pensativa, en los pasos del milongón plebeyo y jugoso como flor de cerco.

—Así te quería ver —le cantó al oído.

—¿Cómo? —respondió ella.

—Así, entregada.

—Entregada al baile, ché, no a vos, ¡pretencioso!

Luciano se azareó algo, vio su causa en peligro, pero ya había embalado y siguió oprimiéndola. Ella lo atraía desde el bronce carnal de su figura.

Vidala, con ese instinto defensivo de toda mujer, *lo vio venir* y, en un movimiento rápido del brazo, le hizo desviar el beso que él, atrevido, pretendió darle en el hombro, y el sonido clarito y clásico de una bofetada, se abrió cancha, limpio y musical, entre todos los ruidos de la fiesta.

—Tomá, metete a loco —dijo una voz anónima, próxima a la pareja, al tiempo en que unas manos amigas de ella, se abrían y juntaban en un aplauso.

La nota viva con que la hermosa viudita proclamó su virtud, se enhebró en el pentagrama de la música, y la fiesta continuó como si no hubiera sucedido nada.

Pero, al amanecer, en un grupo elegante que rodeaba una mesita embarullada de copas y de viandas, una señora algo madura ya y con una *cola* de historias galantes en su agitada vida mundana, les decía a varias parejas jóvenes del grupo:

—Yo creo que no era para tanto, porque en el fondo, toda mujer agradece —aunque se lo calle— el amor que su belleza despierta en los hombres.

SE PORTÓ COMO UNA SEÑORA

Desde aquella noche en que Vidala, la bella viudita, le aplicara la bofetada que se hizo famosa en el ambiente mundano de la ciudad veraniega, Luciano no le había hecho ninguna insinuación amorosa. Habían permanecido varios meses *resentidos*, sin hablarse, saludándose apenas cuando las circunstancias los ponían frente a frente. Pero no se guardaron rencor. Ella era una mujer moderna, y como tal, en el fondo, sabía agradecer a su amigo enamorado el amor que su belleza había despertado en él. ¿Qué mujer no se siente satisfecha al saberse admirada hasta el dintel del amor?

Los meses que siguieron al episodio galante, cumplieron su misión de limar las asperezas que le habían nacido a su amistad, luego de la *patinada* del galán. Cada uno por su lado siguió viviendo su vida de fiestas y comidas, y tuvieron que encontrarse muchas veces cerca, bajo el mismo techo y unidos por el mismo clima de frívola sociabilidad. Por eso eran amigos de nuevo. Amigos *de vuelta*, amigos con una historia común publicada sonoramente por una bella mano que se defiende de un ataque por demás apresurado. El amor es así: hay casos de avanzar por sorpresa, y los hay de avanzar por ataques lentos y escalonados. Saber qué táctica debe emplearse, es el nudo del asunto. Don Juan, antes de serlo y tener a todas las mujeres dispuestas a dejarse amar como en una especie de hipnotismo, debió de emplear primero, para conquistar su fama, todas sus dotes de psicólogo.

Luciano había *chamboneado* feo aquella vez. Su sensualismo por una parte, la belleza de ella por otra, sumados al clima un tanto pecador del ambiente, lo habían hecho caer en error. Pero todo había pasado. El episodio ahora lo recordaban —cada uno para sí— con una sonrisa de satisfacción. Además, los había hecho casi populares, poniéndolos en la punta de todas las lenguas. ¡Qué más querían, al fin! ¡A quién no le gusta la popularidad, aunque ésta sea por unos meses, cuando el motivo no es de avergonzar! Las flores de un día, son flores al fin y al cabo, y ellas no saben que van a perfumar sólo por un momento fugaz de su existencia.

*

Estamos en Punta del Este, la bella playa-ciudad uruguaya, que congrega en verano miles y miles de turistas. Playa de vida ultracivilizada, magnífica por su mar, por sus arenas, sus bosques, y actualmente, por su edificación moderna. Punta de tierra que entra varios kilómetros en el océano Atlántico, que aunque los mapas lo indiquen algo más adelante, nadie puede dudar de que allí ya lo es. Lugar de privilegio, que la naturaleza nos ofrece como en bandeja, a dos horas de Montevideo, donde los elegidos de la fortuna sientan sus reales durante tres meses del año, donde se va a *descansar*, durmiendo de día y bailando de noche. Las *boîtes*, los bares, las casas de comercio, se embellecen con nombres pintorescos, cazados por la mano civilizada de la moda, entre la flora, la fauna, o la tradición nativa, desechada durante tanto tiempo por falta de interés. El rioplatense rico, después de tanto viaje a Europa, ha descubierto tardíamente los encantos de su naturaleza, el valor pintoresco de sus costumbres antiguas. El comerciante, siempre atento al deseo de su clientela, buen psicólogo, a veces, capta esta onda de afición a lo criollo, de nacionalismo maduro y civi-

lizado, y le hace el gusto al veraneante bautizando con nombres típicos el lugar de esparcimiento o de vicio que aquél necesita visitar para divertirse, gozar, o simplemente para hacerse ver y gastar su dinero. Así tenemos «jagüeles» en cuyo derredor beben —como ayer los indios— los criollos de ahora, pero en vez de hacerlo en el chifle de cuerno, lo hacen en copitas elegantes; en lugar de reunirse junto al ojo de agua de la cachimba pampeana, lo realizan en derredor de la botella de *whisky*, o del balde en que se hunde el champán; pero, eso sí: tan desnudos y tostados de sol como los indios; tan dispuestos a hacerle el gusto al cuerpo, como aquéllos, también; si unos a punta de ignorancia y salvajismo, otros a punta de dinero y civilización. Y los bares simulan ser *pulperías* de reja, con guitarreros y payadores; y lo criollísimo se mezcla a lo extranjero de otros nombres —sobre todo ingleses—, que ya lo francés está resultando *cursi*, por lo manido; sobre todo ingleses y, además, marinos. Y se vive cómodamente semidesnudo en desnudez de baño, de sol, o de posbaño, que es casi igual; en un *nudismo* elegante y audaz, sobre todo en las damas —ya que el nudismo en los hombres interesa poco—, con caídas a lo tropical, *vistiendo* esos trajes de *dos piezas*, que es un *maillot* de baño dividido en dos partes, o simplemente un traje de baño más desnudo aún; y sobre esta indumentaria se cuelgan adornos, joyas, como dando mayor impresión de intimidad, o como si lo salvaje y lo civilizado juntaran la cabeza con la cola, como las serpientes.

*

Luego de varios meses del incidente de la bofetada, en una fiesta de esta playa, una noche de carnaval, se encontraron. Las piedras, al rodar, limaron sus cantos, y la atracción mutua del sexo los había puesto nuevamente en el camino de la amistad. Allí estaban nuestros amigos Vidala y Luciano, entregados más a ellos que a la fiesta, de la cual eran finos espectadores.

Las parejas pasaban cerca, enlazadas en sus propios brazos y en los compases sensuales de la danza, bailando, algunas, con las caras pegadas.

Ellos, aislados, hacían comentarios.

—¡Qué delgada está Malena, ché! ¿Has visto?

—¡También; le *mete* a la bicicleta que es una barbaridad! El otro día se fue a punta de pedal hasta «La Barra». Llegó, sí, pero la recogieron con pala. Se tuvo que quedar hospitalizada en lo de Reina Valdés.

—Mira: ahí va Machunga. Pero si es una barbaridad lo que hace. Se quema en el verano en Montevideo, y cuando empieza a blanquear se va tres meses a Río. Se sigue asoleando. Vuelve, descansa un mes, y ya la agarra el verano nuevamente.

—Bueno, a ésta, a lo último, de tanto estar negra le van a salir motas.

La carcajada que siguió a esta ocurrencia, hizo volver la cabeza a la aludida.

Las parejas que pasaban bailando los miraban con *segunda*. Algunas —las amigas— se metían con ellos dándoles bromas alusivas a la cachetada célebre. Otros les pronosticaban *casorio* para dentro de poco tiempo.

—La verdad es que todo el mundo nos cree en pleno *flirt* —dijo él con intención.

Ella se hizo la distraída. Luego de un silencio, Luciano, que no desperdiciaba las oportunidades, volvió a hilar sobre el tema.

—A veces me acuerdo de *aquel asunto* y me avergüenzo.

—¿Por?

—Porque sí, ché, ¡no me digas!...; hice un papelón aquella noche. Pasan los meses y los meses y no la puedo olvidar.

—¡Papel, no! —dijo ella, ayudándolo, quitándole importancia al episodio amoroso.

—¡Papel, sí! —agregó él, moviendo la cabeza con pesar.

Ella, más decidida, lo animó:

—Mira: para ser franca, te digo lo que pienso ahora

que ha pasado el tiempo. Creo que no hiciste papel alguno, ni tenés por qué arrepentirte. Tú, al fin de cuentas, sos hombre, y te portaste como tal. No sé si bien o mal, pero *como un hombre.*

—¿Cómo? —dijo él, animando su esperanza, sorprendido ante la interpretación que Vidala daba ahora al beso que él le plantara por sorpresa, y que entonces pagara con la bofetada conocida.

—Sí, *como un hombre* —insistió ella sin mirarlo, con los ojos apuntados hacia la nada, o hacia su propio pensamiento.

Él vio que se le *aclaraba* nuevamente la senda del amor. Arrimándose más a ella, le apretó el brazo con nervioso cariño, al tiempo en que a media voz de enamorado, le dirigía esta interrogación:

—¿Y tú?...

—Yo —dijo Vidala sencillamente—: yo me porté *como una señora*, y nada más.

*

—¡Ché, Luciano: me parece que es dura de pelar! —dijo uno de sus amigos al pasar cerca de ellos, marcando, al bailar, un *corte* tipo novecientos.

SELVA RAMÍREZ

El «yuyero» entró resueltamente al gran patio de servicio del viejo caserón señorial; dejó resbalar hasta el suelo, con gesto de alivio, la bolsa llena de yuyos que cargaba al hombro; sacó de entre sus ropas un pañolón a cuadros tan ordinario como grande, y secándose el sudor de la frente, sombrero en mano, preguntó al chófer y a dos mucamas que se le acercaron, por *la señorita.*

—Ahora no más llega; sacó a tomar aire a unos chicos de la «casita del niño», que ella atiende.

—Tan buena la señorita —dijo el viejo con voz cariñosa—; siempre ocupando lo mejor de su tiempo en beneficio de los desgraciados.

—Bueno: ¿y qué trae hoy para los enamorados en desgracia? —interrogó el chófer, un mozo joven, bien plantado y bien parecido, mientras echaba una mirada de reojo a una de las mucamas.

—Para el amor no hay yuyo que valga —dijo la aludida con picardía, poniéndose colorada y bonita.

—No crea, mocita —dijo el viejo—; para todo hay remedio en esta bolsa; ésta es la experiencia del pueblo, de la cual se sirven hasta los sabios. ¿Acaso no es sabido que muchos de los remedios de la farmacia son sacados de los yuyos?

—¿Me trajo lo que le encargué para el *mal de amor*? —interrogó el mozo conductor de autos.

La mucama bonita, siempre dándose por aludida, coqueteaba a gusto ante la mirada rencorosa de una rubia pecosa, muy peinada y planchada, que intentaba terciar en la conversación picaresca del grupo que rodeaba al vendedor de hierbas. El viejo abrió la bolsa. Una onda de olores agrestes y saludables se esparció por el aire del patio, tibio y dorado de primavera. El yuyero se agachó junto a la bolsa y, ante la atención de los crédulos espectadores, empezó a sacar manojitos de hierbas, explicando las virtudes de cada uno.

—Aquí tienen *floripones* para el asma; *llantén* silvestre para las fiebres malas; *malva cimarrona* para el hígado; *zarzaparrilla* y *ñapindá* para purificar la sangre; *saúco* para los resfríos; *cambará* para el pecho; *guaco* para la tos, barba 'e chocio para las *vías...*, y si quieren más, tengo aquí las *siete yerbas*, mixturadas con *agua florida*.

—Pero le pidieron algo para el corazón —interrumpió una de las presentes, con intención.

—Sí, señoritas, no me olvido; pero lo dejaba para el final: aquí tienen *yerbabuena* para endulzar la tristeza, y *mburucuyá* para refrescar el corazón.

Hubo un silencio. Los manojitos virtuosos pasaban de mano en mano. El viejo, prosiguió:

—Llevo también *marcela* y *arazá*.

—¡Ay, qué rico el té de arazá! —dijo la señorita, que había llegado sin ser notada, tan entregada como estaba su servidumbre a las virtudes de las hierbas.

Ante la llegada de ésta, el viejo se incorporó, el chófer se quitó la gorra respetuoso, y las mucamas se retiraron discretamente. El chófer intentó hacer lo mismo, pero ella, benévola y sonriente, con una mirada lo invitó a quedarse. A renglón seguido y en forma de reto risueño, le dijo:

—Yo le voy a dar a usted pedir yuyos para males del corazón.

—Señorita, ¿quién se lo dijo?

—Mis mucamas, que me cuentan sus penas —respondió ella.

El mozo sonrió.

Ella había mentido, tratando de sonsacarle algo, acertando por *pálpito*. El viejo se deshizo en cumplidos, pero ella no lo oía. Estaba un tanto nerviosa. Se llamaba Selva Ramírez. Tenía veinticuatro años, alta y elegante. No era bonita, y era más que eso. Atraía con simpatía singular. En nuestro tiempo hemos visto que la cara linda, que tanto se cotizaba hace veinte años, ha pasado a segundo plano. Ahora las mujeres gustan o enamoran por el conjunto más que por la belleza parcial de una parte de sí mismas. Selva Ramírez era de esta clase de mujeres. Dividía su vida regular y ordenadamente. Sus mañanas, sus tardes, y sus noches, nacían destinadas ya en el tablero de su actividad. De mañana, la religión y la caridad. De tarde, los trapos y las modas. De noche, la vida social. Todo esto, combinado con un poco de cine los sábados, otro poco de *turf* los domingos, y otro poco de lectura o de elegante atorrantismo en el momento que se lo indicara su capricho de muchacha libre y rica.

Como sucede a muchas mujeres adineradas de las altas esferas sociales, su vida era de una actividad insospechada por el común de las gentes. Como muchas, tenía *sus pobres*, y entre ésos, un favorito. Este favorito era el yuyero. La atraía lo original y lo pintoresco. Le gustaban las cosas en su estado puro y prístino. Por eso en el viejo, ofreciendo sus hierbas, veía el aspecto agreste y sabroso de la tierra, ofreciendo, generosa, la riqueza y el misterio de su flora indígena.

Tal era Selva Ramírez, y, para concluir de pintarla, vamos a descubrirle un secreto: le estaba gustando bastante más de lo conveniente la pinta de su chófer. Y le estaba gustando por dos causas: una, fundamental, y la otra, sin fundamento; vale decir, porque le *gustaba nomás*, y porque algunas amigas se lo envidiaban.

No sabían qué tenía de *distinguido y de bien* aquel

chófer, pero era lo cierto que les interesaba su conversación, su línea elegante y su modo tan personal. Además era un gran conductor.

Pero continuemos describiendo la escena que se desarrollaba en el patio de servicio de la casa magnífica, en la cual vivía con sus tíos (era huérfana) Selva Ramírez.

—¿Usté cree en los yuyos, señorita? —interrogó el mozo.

—Yo creo y no creo, según y conforme, ¿y usted? —interrogó ella a su vez.

—Yo, según de qué se trate —respondió él.

El viejo, viendo claro, se fue haciendo humo poco a poco, y ellos quedaron hablando de yuyos, sin notar la falta de aquél, que en realidad, ya les estaba sobrando.

*

El chófer de Selva, volante en mano pero con el coche de vacío, divisó a lo lejos al viejo de los yuyos, y se dirigió a su encuentro.

Detuvo el auto junto a él, y le habló:

—Oiga, viejo; buenos días.

—Buenos días, ¿cómo está la patroncita?

—La dejé en la iglesia. Quiero hablarle de ella.

—Usted dirá.

—Dígame: ¿qué le preguntó de mí el otro día?

El viejo lo miró fijo sin contestarle, como estudiándolo, como defendiéndola. En este asunto era aliado de ella.

El mozo prosiguió:

—Dígame: ¿no sabe por qué despidió a la mucama?

—¿Y por qué lo voy a saber?

—Sí, usted lo sabe. Mire, no se empaque. Si usted defiende a la señorita, yo la defiendo más, ¿sabe? Para mí es más que una patrona, aunque ella no lo sepa. Vea viejo: usted es de ley, y se le puede confiar un secreto. Ayúdeme en este trance, que si lo hace y me

da suerte, no venderá más yuyos. A mí me gusta de alma la señorita Selva, ¿sabe?

—¡Hum..., te veía venir!...

—Me gusta de alma y la quiero y me juego por ella... Escuche: yo no soy chófer de profesión. Yo era hombre de plata y perdí todo por respeto a mi propia firma, que era la de mi padre. Y después de morirme de hambre unos cuantos meses, encajonado en mi orgullo, me metí de chófer —que era lo mejor que hacer sabía después de ser honrado—; eso sí, eso primero, ¿estamos?

—Estamos —dijo el viejo con emoción—. Lo estaba viendo venir, Don. Prosiga.

—Me gusta de alma y la quiero a ley de amor. Le voy a confesar mi situación, y al verlo a usted se me ocurrió que me podía dar algún dato sobre lo que ha conversado de mí con usted. Porque me parece que ella, con el juego de los yuyos, le ha preguntado algo que me interesa. Por eso echó a la mucama —creo—, por celos: diga si rumbeo bien.

—Por eso, Don..., va rumbiando bien.

—Bueno, gracias por el dato. No le va a pesar. Deme esos cinco.

—Un momento —dijo el viejo—, ¿me acepta un consejo? Soy viejo y los puedo dar. No creas, yo también tengo mi historia y «mis guardias civiles muertos»... No nací con la bolsa al hombro.

—Hable, que lo escucho.

—Diga, ¿se va a *destapar* en seguida?

—Natural. Es mejor que me descubra y que sepa que soy un hombre de su condición, que por un revés de la suerte...

—Escuche —lo atajó el yuyero—, al principio no se lo diga.

—¿Por qué?

—¿No dijo que la quería a ley de amor?

—Dije....

—Y bueno, gánela así, desde abajo, desde el primer peldaño de la escalera, desde hombre no más...; dese

ese gusto, mozo, que para eso es joven y bien cortao... ¡Ah, mis tiempos!

—¡Pero!...

—No hay pero que valga. Llévese de mi consejo, consejo de *pera blanca*. No le diga nada hasta el final, ¿no ve que va herida en el ala? ¡Sígala, que va chumbiada!

*

Seis meses después de esta conversación, una mañana jugosa y dorada como fruta madura, iba una pareja feliz al tranco perezoso de dos caballos árabes, orillando la sombra aromada de árboles de uno de los más bellos paseos de la ciudad.

La mujer vestía el traje, ya en desuso pero siempre elegante y señorial, de las amazonas, dirigiendo un brioso tordillo negro. Él iba en un tostado, con la particularidad de romper la línea de la costumbre clásica, en el sentido de hacerle de caballero a la dama, montando un animal ensillado a la criolla, y vestido a la criolla, también. Parecían dos símbolos. Eran Europa y América, mano a mano. Tenían, es verdad, un signo común de romanticismo que los hermanaba, pero siempre sin dejar de ser ella una amazona de novela romántica, y él un gaucho; vale decir, el símbolo romántico de nuestra epopeya.

Hay cosas que en el papel o en la palabra están mal, pero en los hechos, quedan muy bien. Por eso quedaba bien la pareja, así, mitad criolla, mitad inglesa. Ellos lo sabían, por eso iban audaces y tranquilos, con esa tranquilidad que proporciona el saber lo que se hace y el tener personalidad.

Detrás de ellos iba la crítica incomprensiva y vulgar, representada por un señor obeso conduciendo una *voiturette* último modelo. Este señor se iba riendo de los enamorados, que eran Selva Ramírez y su marido.

En eso, ambos jinetes, al cruzarse con un viejo vendedor de yuyos, detuvieron el paso de sus pingos, y

con acentuada familiaridad saludaron al pobre hombre con un caluroso apretón de manos.

El hombre del auto se detuvo, acentuando *in mente* su crítica, y diciendo en voz alta, como para ser oído por los aludidos:

—¡Estas millonarias *snobs*, que para llamar la atención, después de casarse con su chófer, se detienen en medio del camino a saludar a cualquier atorrante!...

LOS INDIOS

Corría el mes de febrero, y el verano estaba maduro de soles como una fruta.

La terraza del hotel hervía en el calor de los tangos, en el color de la cerveza o en la espuma del champán. Hotel moderno en una playa platense, copia más o menos fiel del ambiente estival de cualquier playa europea. Y así como el mar arroja por la mañana, a los pies de los bañistas, la espuma cándida o la resaca agria de su oleaje, la civilización arroja por la noche, hacia los pies ligeros de los danzarines, junto con el ñandutí cándido de las sonrisas, la espuma salada de los vicios.

La mala educación es la orquídea salvaje que lleva en el pecho, o en el ojal, el dinero burgués, prisionero en un frac o libertado en un escote de mujer.

Vidala Márquez y su amigo Luciano, apartados del borbollón de la concurrencia y la alegría artificial del ambiente, observaban, charlando felices y despreocupados. Por momentos se quedaban silenciosos, puro ojos para ver las escenas que se desarrollaban a su alrededor.

Cerca de la mesita que ocupaban, sobre la cual se veían dos vasos altos de *whisky* y una cajilla de cigarrillos, estaba «la piedra del escándalo» de aquella noche, y posiblemente, de la temporada, representada por una mesa *puesta* en son de banquete, ante la cual se

sentaban diez parejas de las más mentadas en la vida mundana. El famoso grupo del indio Pena, que él alimentaba con su juventud chispeante, su guaranguería festejada y, naturalmente, con su dinero desparramado a lo loco nomás. Le decían el *indio*, porque tenía el *tipo*, porque en cierto modo lo era, de acuerdo con su ascendencia criolla, y porque *hacía* bien el personaje que modernamente, entre la juventud elegante, se llama *indio*. Vale decir: que era farrista, mujeriego, *levantador* y guapo; guapo de esa guapeza en común que se llama ser «patotero».

Todos estaban correctos y elegantes en el vestir; pintorescos y lunfardos en el hablar; audaces en el hacer.

El banquete llegaba a su final, es decir, que estaban en los momentos en que se conversa a gritos, se toma el café de un sorbo para no perder la pieza de baile que están ejecutando, y el hombre y la mujer, enlazados en la danza sensual, han perdido en parte esa seriedad con que se comienza a bailar la primera pieza, cuando aún las copas no han volcado la espuma de su alegría sobre los sentidos alterados.

El *indio* bailaba con su prometida, una bella muchacha que él *levantó* de la miseria, perteneciente a una vieja y otrora copetuda familia criolla que, a punta de pobreza, se había venido abajo, en lo metálico y en algunas cosas más.

Era linda, vivaz e inteligente; vestía bien y sabía llevar su belleza y su cartel en alto, como se lleva una bella pluma en un sombrero. Pero no lo quería a *su indio*. Al principio se engañó. La deslumbró el nombre, la plata y la *vida* del mozo. Mas luego que lo tuvo cerca, le midió las particularidades que producían suceso a la distancia, y como era inteligente, se dio cuenta de que aquel oro era hueco. Y ya, hastiada de éxito y de fiestas, empezó a sentir la necesidad de amar de veras y de vivir en serio.

El *indio* aquella noche estaba en *su noche*. Se le fes-

tejaban las frases picantes o los chistes groseros que salían por la boca de la botella que ya tenía entre pecho y espalda. Le había dado por hacer chistes a costa de Flora (no habíamos dicho aún su nombre). Él se creía con derecho a todo. Era buen mozo, tenía un sonoro apellido y un porvenir de oro como una entrada de sol; que para eso el padre trabajó bastante, comenzando de tropero, haciendo grandes arreadas de ganado hacia las tabladas, y de estar a las malas lenguas, arreando lo de él y *lo de naides* también.

En cierto momento, el mozo «montó el picaso», vaya a saber por qué, y luego de maltratar de palabra a su novia, realizó la *hombrada* clásica de los criollos ricos y bien nacidos, hombrada que se hizo conocida y adquirió personalidad suramericana hasta en París: levantó el mantel por una punta, *poniendo la fiesta patas arriba*, entre el grito de las muchachas, el rodar de los platos y el tintineo de los cristales rotos. Toda la atención del hotel se volvió hacia aquel lugar, al cual acudieron los mozos y el gerente. Éste, alzando los brazos, le pidió explicaciones al patotero, el cual, que como buen criollo conservaba algo de compadrito, le tapó la boca y le maneó el gesto con una *sábana de a mil*.

—¡Ah criollo, mostraste la hilacha! —exclamó el compañero de Vidala Márquez.

En eso, Flora ahogo un grito. Otro *indio* la había tomado de un brazo y hacía por sacarla del borbollón.

—Andate, esperame afuera, en el auto —le decía decidido, y agregaba—: No aguanto más. Esto queda *arreglado* esta noche misma. No tengás miedo, que estás con un varón. Andá nomás y esperame tranquila; en cinco minutos estoy a tu lado. Y le dio un tirón apartándola.

Era el *gaucho* Benítez, el que ella quería, el que la venía persiguiendo desde hacía tres meses, el cual le ofrecía su amor, su nombre, y la *vida en serio* que ella deseaba.

Se hizo el silencio en derredor del grupo; el silencio que precede a los incidentes que aparecen planteados de pronto. El *indio* Pena «se le vino al humo», serenamente, dominador. Ambos mozos se conocían, pero sin ser amigos.

—¿Qué querés acá? ¿Estás loco o *tomado?* ¿Con qué derecho me manoseás a Florita? —dijo con altanería el novio de la chica a su inesperado rival. Y al decir esto intentó asirlo de la solapa del *smoking*, pero el *gaucho* le puso el brazo extendido, respondiéndole con firmeza.

—No te me acerqués. A mi no me tocás vos ni ningún patotero de tu laya. Esta muchacha merece otro trato, otra vida y... abrí las orejas: y otro hombre. Ella no te quiere, ni vos tampoco. En cambio yo la quiero, y ella también a mí. Te hablo a lo hombre y te la pido a las buenas, a lo hombre que no esconde sus intenciones claras y honradas. Me voy a casar con ella. Por eso te la pido. Escuchá bien: te la pido, y si no me la dás me la llevo igual; y si hay que ganarla a puñal, andá saliendo conmigo y vamos a ver quién tiene la culpa.

—¡Tas borracho! ¿Cómo te la vas a llevar si es mía? ¿Qué me importa que la quieras, y que te vayas a casar? ¡No faltaba más! A mí no me vas a...

—¡Soltá, no me agarrés la solapa porque te c...orto!

Al decir esto el *gaucho* sacó una daga y puso la punta en el pecho de su enemigo.

El *indio* se echó hacia atrás manoteando una botella que alguien había vuelto a la mesa, pero el *gaucho* no le dio tiempo y lo apretó contra la pared. Era más fuerte, criado en el campo y en la lidia de ganadero. Además, era valiente de verdad y se veía a las claras que se estaba jugando en serio por la prenda que quería. Estaba dominando a todos *con la pinta* nomás.

El *indio* le tiró una trompada alcanzándolo, y él respondió asestándole un planazo sobre las *clines* engominadas.

Los apartaron. El patotero la llevaba perdida. Los de la patota cacarearon, pero no se le animaron al *gaucho*. El *indio* forcejeaba por desprenderse de los amigotes que lo retenían. Maniado por los otros, le decía a gritos, avivando el escándalo:

—Te voy a comer los riñones, a vos, guapo de cartón. No vas a ir muy lejos con ella que yo no te alcance.

El tole tole era grande. Flora llamaba a su nuevo amor desde la puerta. El *gaucho* se empezó a batir en retirada. Alguien quiso detenerlo, pero él se abrió cancha a puñal limpio. Llegó a la terraza, se oyó un portazo y un auto que arrancaba.

Vidala y su amigo se miraron.

—*Indio también* —dijo Luciano, meneando la cabeza.

—Sí, pero de verdad, *indio* que gana la mujer a punta de coraje y de fierro. *Indio* como para un malón. Prefiero éste, auténtico, y no aquél, en decadencia a punta de civilización —respondió Vidala.

Al ruido de cristales y a los gritos, habían dejado de bailar las parejas y se vinieron haciendo preguntas. Algunos amigos del ofendido salieron en busca del *gaucho*. La escena había sido tan rápida como si estuviera preparada. Vidala y su compañero veían todo como desde un palco, con filosofía. Por no *estar en el dulce*, lo paladeaban mejor.

El gerente del hotel intentaba apaciguar a los grupos con el consabido «aquí no ha pasado nada, señores».

La orquesta reanudó la fiesta con un tango, y el ambiente se fue calmando poco a poco, como el agua de la laguna cuando es agitada por algo ajeno a ella.

Luciano, algo apresurado, convidó a Vidala a bailar, al ver que otro amigo se dirigía a ellos, posiblemente para invitarla a lo mismo. Tocaban uno de esos tangos antiguos tan incitadores a bailarlos, con ese ritmo especialísimo que solamente se oye en las ciudades del Plata, porque es su característica y le pertenece como la propia salsa a ciertos platos.

Al verlos pasar tan entregados a sí mismos en los rieles aceitados de la música, algunos amigos sonrieron y comentaron risueñamente: Éstos van a concluir por *arreglarse*.

—Si es que ya no lo están —agregó con malicia una señora al pasar, una de esas señoras sin edad, fruto de nuestro tiempo, que bailan como muchachas solteras y ya son *abuelitas*.

SEQUÍA

Un tibio amanecer de enero, Amabilio González, mal dormido y perezoso, se sentó a tomar la fresca en un cómodo sillón de vaqueta, en el largo corredor que circundaba las casas de su estancia. Una peona joven, muchacha de veintitantos años, le acarreaba el mate cimarrón, que él tomaba sin mirarla, pensativo y en silencio. Cuando hubo suficiente claridad, desplegó un diario de Montevideo y comenzó a leer. Buscó la sección «Informaciones de campañas», y leyó lo que más le interesaba en esos momentos, las noticias sobre la sequía. Decía el diario en uno de sus sueltos: «Piedra Sola, 28. Tacuarembó. Informaciones recibidas del interior nos relatan episodios lamentables respecto a la sequía que azota al país en todas sus zonas. La pérdida de haciendas llega a cifras desconocidas. Estamos abocados a la ruina.»

Otro diario se lamentaba por lo mismo, en estos términos: «En algunas partes del país hace cinco meses que no cae una gota de agua. El trigo está perdido. El ganado se muere de sed y de hambre. A la Tablada llegan novillos que sólo valen por el cuero.»

Luego hojeó varios periódicos del departamento. Todos se quejaban por igual causa. Algunos, con miras hacia la política, afirmaban que el Uruguay no acababa de aprender nunca; que la experiencia de los otros países no le dejaba enseñanza alguna, porque «no hay peor sordo que el que no quiere oír». Y terminaba preguntándose por qué no se plantaba alfalfa, como en la Argentina.

Amabilio González, con gesto pesimista, arrojó los diarios a un lado y encendió un cigarro de chala. Siguió chupando el mate en silencio. Al cabo de unos segundos exclamó, dirigiéndose a la muchacha cebadora:

—Ta... ta... ta..., todos son unos sabios desde la capital o desde el pueblo. Hay que venir aquí a estudiar el problema. Alfalfa, avena. El Gobierno nos manda semillas que nunca llegan; o unos fardos de alfalfa que se nos pudren a la intemperie en la estación, por falta de galpones techados para guardarlos y de nafta para transportarlos. Todos son unos sabios, unos *tigres... de talabartería*. Lo que quieren son *votos* para sacar adelante a sus candidatos. Antes de la elección nos visitan los dotorcitos y nos ofrecen esto y aquello, mas luego que salen elegidos, se pasan el tiempo en discursos para darse corte, y a nosotros, los productores de la riqueza del páis, *que nos parta un rayo*. Ya se acabó el tiempo en que uno votaba con gusto por su candidatura. Ya no hay caudillos como antes, que lo conquistaban a uno con sus hechos, con su divisa y su persona, sin necesidá de discursos. Ahora nos marean con palabras bonitas. Nosotros les arrimamos nuestro voto. Que nos arrimen ellos, por el ferrocarril, el camión o lo que sea, lo que cada pago necesita para prosperar, y asunto concluido; que «amor con amor se paga», según dice el refrán.

*

Polvo, calor y moscas.

Pasó un peón por el patio, cruzándose con la peona que iba a llenar de agua el mate. Amabilio lo llamó

—Saturnino...

—Señor.

—¿Qué hacés vos por aquí? ¿Por qué no saliste al campo a cueriar?

—Porque en la cueriada de ayer, señor, me rebané un dedo y se m'está echando a perder.

—Decile a Deolinda que te dé un trapo con *bicloruro* p'a desinfectarte, y a ver si mañana podés salir al campo con todos, antes que a los animales se les pudra el cuero sobre los güesos.

*

Polvo, calor y sangre.

El campo, debido a la *seca*, era una desolación. Los animales se echaban en la costa de los arroyos, después de mojarse los hocicos en los hilos de agua que todavía continuaban corriendo. Una agüita como de juguete, como para hacer navegar barquitos de papel. Algunos se echaban a descansar —no de cansancio sino de flacura— y otros, a morir. Las miradas tristes, el paso tardo, el balido casi humano. Un hedor nauseabundo hacía más insoportable el calor y más fastidiosas las moscas. Durante todas las horas del día —como si se turnaran en una guardia macabra— había un carancho volando en redondo y oscuro, trazando en el aire de horno ágiles tirabuzones, que tenían sus puntas fijas en el cuerpo recién desollado de algún vacuno. Pero de todo este cuadro tétrico, lo que resultaba más impresionante era el llanto —que así podemos calificarlo— de los que aún estaban en pie y conservaban fuerzas para acercarse a los que estaban muertos. Cada cadáver mantenía una rueda de *dolientes* que mugían al anochecer. Era un coro monótono y plañidero; algo tan desacostumbrado, que alborotaba las bandadas de teruteros y los casales de chajaes. Y ello, amén del ladrido de los perros caseros y ajenos, que estaban gordos con la abundancia de carniza, la cual, para ganarla, sólo tenían el trabajo de discutírsela a los cuervos y caranchos.

Una tarde acaeció este episodio singular. La cuadrilla de peones volvió de la cuereada trayendo un ternerito recién nacido, vivo y balando, atravesado por delante en el recado de uno de los peones. El capataz lo había hecho nacer a punta de cuchillo, pues la madre estaba

tan flaca que no tenía fuerzas para expulsarlo. A los balidos, que eran como ayes, Eleuterio Sosa, el capataz, se acercó. Vio el cuadro y lo comprendió en seguida. Entonces, sacando el cuchillo, de un tajo agrandó el órgano materno tirando para sí el ternero. La vaca, en la punzada de dolor, halló una nueva fuerza, y el ternero nació.

—Aquí traigo un guachito p'a Deolinda —dijo el peón, mientras se apeaba con el recental en los brazos.

A la noche, el *guachito* tomaba su primera mamadera de manos de la moza, en tanto la vaca se hinchaba panza arriba, con las patas duras hacia el cielo.

*

Polvo, calor y sangre.

Amabilio González era un criollo clásico. Alto, fuerte y delgado. Nariz aguileña. Tez oscura y clines de indio. Un criollo muy señor, y por lo tanto, leído y bien educado. Viudo desde hacía unos años. Cincuentón y enamorado. Sus hijos —casados— habían volado del nido, y él tenía *consuelos* para su viudez en varios ranchos a la redonda. En la estancia vivía solo, con *el personal*, en el cual entraba Deolinda, la moza que al amanecer le cebaba el mate, la única mujer que le había dicho que *no*, tanto al principio como al fin de sus demandas de amor. Y como era hombre de ley, la respetaba. Pasaba todo el año en la estancia. Siempre vestido de oscuro, aun antes de enviudar. La única prenda que había tenido que modificar era el pañuelo *negro* en vez de *blanco*, que hasta la muerte de su mujer usara por partidismo.

Criollo hasta las cuatro puntas de sus abuelos, su estirpe era ibérica, ya que en sus apelativos sólo se cruzaban españoles con portugueses. Firme de carácter, de ley en sus procederes, alto su amor propio, generoso de bolsillo, y valiente a fuerza de hacerle demasiado sitio a la dignidad. En el lugar lo respetaban

por rico y lo querían por noble. «Ya quedan pocos así», decían los vecinos.

Conservaba en su estancia las prácticas gauchas, hasta el límite posible. Era de los que todavía ofrecían cama, comida y caballo al que pasaba. Verdad que esto ya nadie lo pedía, a no ser por excepción. Todos vivían cerca, y si iban lejos lo hacían en la *tropilla* del motor. De ahí que su estancia —que se negaba a subdividir— estaba rodeada de campos chichos y de chacras con extranjeros, que blanqueaban los ranchos, paraban molinos, araban con caballos y *empacaban* plata. Se llevaba bien con los gringos, que lo respetaban, pero no los quería por *llorones* y tacaños. Había tenido que luchar para acostumbrarlos —con el ejemplo— a realizar un servicio sin cobrarlo, a prestar una yunta de bueyes, un arado, un matungo o una *monta* del semental lechero, sin esperar la recompensa. Él les había enseñado, prácticamente, el significado de la palabra «gauchada». Algunos lo habían aprendido —no mucho—, lo justo como para decir que no había «sembrado en el desierto». ¿Y qué más? Había nacido criollo, vivido en criollo, y en criollo moriría. Deseaba acriollar a los gringos más que agringar a los criollos.

*

Polvo, calor y cuervos.

No era vicioso, pero tenía su día. Mejor dicho, *su noche*. Nunca se supo si festejando una alegría o llorando una pena, una vez por mes, encerrado en su habitación, se embriagaba. Sin molestar a nadie, sin escandalizar. Al otro día se lo pasaba durmiendo. Recién al atardecer pedía un mate, y luego cenaba. Después, por dos o tres días aparecía más callado y tristón que de costumbre. Por eso, un viejo *agregao* al establecimiento decía —bien que con mucho respeto— que el patrón le recordaba un *compuesto* que finalizaba así:

Paso la tranca durmiendo
y la resaca llorando.

La *resaca* era ese malestar de cuerpo y alma que se siente al otro día de la embriaguez.

*

Polvo, calor y cielo.

Continuaba la sequía implacable, convirtiendo el mes de enero en un infierno picoteado de horneros y rayado de chicharras a la hora del sol, como chistado de lechuzas y manchado de sangre al oscurecer.

Amabilio González llevaba cuereada la mitad de la hacienda. Los gringos de las chacras habían perdido las cosechas de trigo, maíz y lino. Ya no iba a quedar ni *gofio* para comer, a lo canario; ni fideos con agua, a lo italiano. Los diarios decían que el Gobierno proyectaba medidas para ayudar a los dañados. «Paños de agua tibia», nomás.

El juez de paz había estado a visitarlo. En la conversación, después de dos horas de partidas falsas, ante las quejas del paisano por la falta de combustible para traer los fardos de alfalfa que se pudrían en la estación del ferrocarril, el juez le insinuó la posibilidad de arreglar el asunto mediante la seguridad de que los gringos votaran a *cierto* candidato en las próximas elecciones generales.

—Se equivoca de esquina, señor juez —dijo, con ironía don Amabilio, y le cambió la conversación.

A los pocos minutos de tal respuesta, el juez se despedía retobado.

Don Amabilio comentó con Deolinda al devolverle el mate.

—¡Tipo sinvergüenza! Son cosas de él nada más, para adular al candidato del Gobierno. Él no tiene autoridá para conseguir nafta. Si ésta no llega es por *combinaciones* que están por encima de él.

*

Polvo, calor y nubes.

¡Por fin, señor, por fin se armaba en el cielo la tormenta! Unas nubes color pizarra, redondas y como con

relieve, como vellones de lana de ovejas negras. Unos nubarrones que avanzaban del lado norte, tajeados de relámpagos. Los vecinos más cercanos habían acudido a la estancia, y en compañía de sus mujeres —aún desmelenadas por el sueño— rodeaban a don Amabilio con caras de angustia próxima a la alegría.

—¿Será en serio? ¿Lloverá? ¿No sucederá como la otra vez? —interrogaban.

Reventó un trueno. Los horneros daban su grito de amor con agitación de alas. ¡Por fin iban a poder trabajar! El paisano, en mangas de camisa, con mirada larga observaba las nubes, la dirección del viento, el canto de los horneros, el vuelo de los teros.

—No se apuren —les decía a los extranjeros, que ya paladeaban las primeras gotas de la lluvia.

Un olor a tierra mojada, olor amargo y edificante, perfumó el paisaje.

Allá, muy lejos, un resplandor color carne cruda denunciaba el incendio de un campo.

—¡Es lo que faltaba! —dijo el paisano, sin participar del optimismo de sus vecinos, especialmente de las mujeres.

Se sacó el sombrero, y en la frente sudorosa sintió la agradable impresión de aire fresco. Entonces dijo:

—No me gusta. Va a cambiar el viento. Si del norte pasa al oeste, estamos perdidos.

—¿Pero no llueve, don? —interrogaron los gringos, esperando de la experiencia del gaucho una contestación que les devolviera el optimismo.

—Ésta *no desensilla* —fue la respuesta.

El viento empezó a soplar fuerte. Arreciaron las gotas, arreciaron más en un chaparrón risible, como de quince segundos, solamente. Y la tormenta se transformó en viento. las nubes pasaban sin descargar, rápidas, del noroeste. Las mujeres —llorosas— alzaron los brazos al cielo.

—¡Pero no llueve, madona! —decían agitando el puño y como echándole las culpas al gaucho.

—¿No les dije que ésta pasaba *sin desensillar?*

—No comprendo lo que significa —dijo con tranquilidad un ruso. A lo que respondió don Amabilio:

Villano viene de villa
y no villa de villano:
es tormenta de verano
que amaga y no desensilla.

Por toda respuesta del auditorio, un rubio —no se sabía de qué tierra era— sacó la pistola en un ataque de desesperación, y se la arrimó a la sien. Chillaron las mujeres. El criollo, que lo venía observando y se le había arrimado, se la manoteó y le lanzó una carcajada. Ante el estupor del grupo —guardándose el arma— consoló al pobre hombre, diciéndole con tono de jefe o de padre:

—No, compañero; no se entriegue. Esto no se resuelve ansina. Créame. Alguno: Dios, el Gobierno o el diablo a cuatro, le pondrá remedio. Venga, amigo; vengan todos; vamos p'adentro.

Entraron al corredor, que daba vuelta al caserón cuadrado, con ventanas enrejadas. De un empujón abrió una puerta.

—Pasen —dijo—, pasen nomás, sin cumplimiento.

Y cruzando la habitación empujó otra puerta hacia el fondo. Se abrieron dos hojas. Era la sala. En el fondo, ante una virgen con velas encendidas, Deolinda, hincada, rezaba. Todos miraron con respeto y asombro el pequeño altar.

—Pasen —volvió a ordenar el criollo—; los que quieran rezar que recen... y los que no quieran, pasen al comedor a tomar unas copas de caña conmigo.

Y al hacer la convidada, su gesto, antes adusto, se transfiguraba, iluminado desde adentro por una alegría llena de fuerza filosófica y fatal.

RAZA

Lucho López era un tímido. Un apocado. Tenía veinte años vividos a contramano del ambiente que se respiraba en su casa. Descendiente de criollos, y criollos de clara estirpe, su sangre —por culpa del juego y una desmedida afición a los gallos de pelea— venía corriendo el cuesta abajo que lleva, desde ser un aficionado de cuello alto, galera cuadrada y bastón con puño de oro, a ser un profesional, un compositor de gallos, de pañuelo de golilla, gacho requintado y anillo en el meñique. Así, se había criado en un clima de pobreza vergonzante que se oculta por saberse y sentirse venir en derrota, de familias de alta posición social y económica, como había sido la de sus antepasados, los López.

Lucho era más inteligente que su abuelo —brillante abogado— y que su padre —brillante haragán durante su juventud—, el cual se había casado con una señorita de alta alcurnia pero pobre, a la cual abandonara a los pocos años de matrimonio por no poderla mantener. La joven señora quedóse con una niña, y *él*, Lindoro, con un varón, al cual llamaban Lucho.

Éste —como hemos dicho— demostraba poseer clara inteligencia aparte su apocamiento. Era un romántico imperfecto por serlo sólo para adentro. La excitación de su individualidad, al llegar a flor de labio se marchitaba como un pétalo sin agua. Su padre poco se preocupaba de su vida. Estudiaba, parte porque los

libros lo atraían y parte por deseo de evadirse, de subir y empalmar su vida nuevamente en el lugar que la muerte de su abuelo había dejado vacío.

Estudiaba a lo criollo, haraganeando, entre mate y mate, cigarrillo y cigarrillo, marcando las páginas de los textos con alguna que otra carta de amor de las muchachitas cursilonas del barrio, sobre las cuales tenía conciencia de su superioridad.

La barra de amigotes de su padre estaba compuesta por personas vulgares: dueños de gallos, cuidadores y peones, toda una cáfila de hombres de moral dudosa, sin que alguna que otra excepción cambiara la veta de la madera en que estaban tallados. Y él, entre estos hombres, se sentía por arriba o por abajo. Por arriba intelectualmente, por debajo en lo cotidiano, en lo vital, en lo criollo gallístico, que era el *todo* o el núcleo primordial del ambiente.

Ellos, en cambio, lo tomaban a broma, sin respeto ni miramiento: era un *manate*, o un *pituco* —como se dice ahora—, y el único mérito que le cotizaban constituía ser el hijo de Lindoro López, el mejor compositor de gallos que había pisado las galleras.

Su padre se levantaba con el alba, y en alpargatas, cimarrón en mano y cigarro de chala en el labio, dirigía la faena —a cargo de dos peones— de alimentar a los gallos que estaban cuidando o componiendo para las peleas. Le daban la ración de maíz cuarentino, uno por uno a cada animal, ración que se medía con un mate o calabacita seccionado al medio; una pequeña ración que no abultara en el buche. Luego, se sacaban algunos gallos al campito del fondo, dejándoles atados de una pata, para que verdearan. Pero el trabajo más importante lo constituía el *golpeo* de los gallos, en simulacros de pelea, la tarea de torear al futuro campeón con el *mártir* ante ambas manos, pasándoselo rápidamente por delante, trabajo cansador que se realizaba agachado y de piernas abiertas. El acostumbrarlos a *tirar* sin *tomas*, de revuelo, para lo cual se les ponía *piquera*. El trabajo del voladero, haciéndolos saltar

sobre un cajón alfombrado, para de ahí cruzar la pieza en un vuelo, cayendo sobre un lanudo cojinillo o alfombrita acolchada.

Se respiraba un ambiente de criollería algo compadrona y taita, un clima de cuchillo en la cintura y sombrero ladeado sobre el ojo, donde la principal virtud del hombre era la valentía, la *raza* —por comparación con la raza del gallo—, virtud que se ponía más alta aún que la honradez u hombría de bien.

Y en este clima de casa vieja con zaguán de losas a blanco y negro, patio grande con parral rodeado de habitaciones, y patio mayor, traspatio, o campito al fondo con un ombú clásico, era donde Lucho López había pasado el final de su infancia, su adolescencia y principio de su juventud. Un ambiente a contramano de su espíritu delicado, un medio que no acababa nunca de machimbrarse con su alma, por más pullas, consejos y dicharachos guarangos, intentando ser graciosos, con que lo aturdían un poco todos los días y un mucho todos los sábados y domingos, los representantes más conspicuos de la barra paterna.

Cuando quedaban solos padre e hijo, aquél trataba de borrar la dudosa impresión que el ambiente producía en el joven, apelando a la historia milenaria de la costumbre de hacer pelear a estas aves, costumbre originaria de la India y cobijada por los propios rajás. De Asia había pasado a Europa. La Grecia antigua y la Roma imperial conocieron esta afición. Por eso, en algunos países suramericanos, al redondel de la gallera se le llama pomposamente «circo», y también «coliseo», evocando el coliseo romano. Luego, de Roma la afición a las riñas había pasado a España, cuando ésta era provincia de aquel imperio, y así —continuaba nuestro hombre echando mano a su erudición en la materia—, de España había pasado a América con la conquista. Le recordaba, luego, que entre nosotros en el Río de la Plata los *grandes criollos* habían sido aficionados, como Juan Manuel de Rosas (de esto no estaba seguro, pero lo decía cual si lo estuviera), como el general Rivera; y después, bajando un poco la prima, mencionaba al general Santos, al gobernador Latorre, y concluía su relación con el nombre de algunas personalidades civiles montevideanas, que hasta habían tenido *cría* (pues así se les llamaba a ciertos gallineros que se hacían famosos por alguna particularidad en los animales, y que se repetía de generación en generación, ya fuera en el color de la pluma, en el tamaño, en la raza o valentía, o en las *muchas* púas de los animales). Le decía, por último, que aún quedaban las mentas de la *cría de Santos* —unos gallos muy ingleses, chiquitos y heridores—; de la cría de los Risso —donde había mucha cosa buena—; de los bataraces de Moreno —animales *riquísimos*, de mucha raza y todos de la misma pluma—; de la cría de Idiarte Godoy; de la de Meneses, Antuña, Quintana, Silvera, etc.; todas ellas personas de importancia, algunos grandes señores, que por criollismo, que por *orientalismo* —subrayaba— o simplemente por *hombría* o machismo, cuando sus importantes tareas cotidianas les dejaban unas horas o días libres, se dedicaban a su afición favorita, a veces combinada con las carreras de caballos puros. Todo esto sin necesidad de recordar al joven lo que habían sido los *López* muchos años atrás, en las guerras de la independencia y en las luchas civiles de *blancos* y *colorados*.

Lucho escuchaba esta relación —que a la postre se sabía de memoria— con cierta complacencia, ya que en su fuero íntimo sentía cierto orgullo por saberse un vástago de buena sangre. Lo que en términos de gallera significaba *tener raza*. Ello le había creado un complejo de inquietud y duda entre lo que era y lo que pretendía ser, entre el ambiente de la casa paterna y el que él deseaba crearse de acuerdo también con esa sangre ilustre que corría por sus venas, sangre cuya limpieza —por lo menos hasta su abuelo— no había podido ensuciar la afición inferiorizante de las riñas. Pero la verdad era —y a él no se le escapaba— que si esos grandes criollos, grandes señores, con ser

galleros no perdían nada, era porque el codearse con el ambiente galleril constituía una segunda personalidad supeditada a la primera, que siempre mostraba al exterior su aspecto espectacular y brillante. El ser galleros se les miraba con indiferencia o con simpatía, porque representaba la debilidad humana inherente a toda personalidad elevada sobre el nivel común, debilidad que hacía un contrapeso agradable para las gentes del pueblo respecto a sus otras lucientes actividades respetadas como virtudes, aunque no lo fueran. Mas ésta no era la situación de su padre, quien había caído hasta ser *eso* únicamente: gallero a secas, cuidador profesional que trata con los señores aficionados dueños de gallos, pero no de igual a igual, fuera del *redondel*. Ello no se lo decía por no herirle, o por no crearle el sentimiento de inferioridad social en que él se debatía. Debido a tales consideraciones y al respeto propio de hijo, a pesar de sus diferencias mentales se entendía con su padre. Lo respetaba desde su distinto ángulo: era un hombre ignorante pero educado. Mas ese respeto y camaradería no podía hacerlos extensivos a sus amigotes, hombres primitivos y vulgares, con sus arrestos y pasiones sin pulir, buenos y honrados *a su modo*, pero arbitrarios en su criollismo tenido como virtud primordial; compadrones y pintorescos, buenos para pasar un rato con ellos, pero no para verlos y oírlos cotidianamente, en esa frecuencia que trae consigo la excesiva confianza y con ello la falta de respeto. No había nada que hacer; su alma era otra; él estaba cortado en otra madera, con las vetas hacia arriba y derechas a la luz. Y lo peor del caso es que lo tenían por *maula*, porque no rendía culto al coraje como ellos. Esto —sobre todo— era lo que más lo molestaba, creando esa zona de indiferencia y casi de rencor entre los compañeros del padre —posesionados de la casa— y él, que se sentía desprendido del hogar, como si fuera una visita, ya que sólo se consideraba en su casa cuando se encerraba en su cuarto con su mate y sus libros.

Los sábados se completaba la barra. Algunos llegaban por la mañana. Ellos mismos se cebaban mate. Dos o tres galletas curadas iban y venían de boca en boca. Se inspeccionaban los gallos en las jaulas; se presenciaban los trabajos de preparación; se compulsaban las probabilidades de los dos o tres *pollos* que ya estaban *prontos* para el día siguiente, recordándose el árbol genealógico de cada uno. Éste era hijo del *cenizo naranjo*, gallo de once peleas: siete ganadas y una *tabla* —las perdidas no era necesario mentarlas—; aquél, nieto del *giro plateado*, pico de loro por la cruza con calcuta, gallo de pecho ancho, cuello corto y cabeza chica, ganador de cinco peleas y retirado por *tuerto*, para padre. El de más allá, un *colorado gallino* —ya que no tenía caireles— y jaca, hijo de *naides*, porque ya tenía su historia y valía por sí mismo (como en la vida sucede con los hombres). Y así seguían los comentarios salpicados con las mentas del *pedigree*. En una pieza de piso de tierra —ya que las baldosas se habían ido despegando con el uso— un grupo muy conversador hacía rodar el *hueso* (la taba) por despuntar el vicio nomás, mientras de la cocina siempre sucia —como atendida por hombres— llegaba un son de guitarra en un repertorio criollo anterior al tango, a punta de *estilos*, de *milongas* y de *cifras*.

Alguien reclamaba, a gritos, la botella que contenía la caña, pues el dueño de casa solía esconderla para que no comenzaran a *besarla* demasiado temprano, no por mezquino —pues era generoso—, sino por precaución.

De pronto, la atención general se concentró en la pieza principal de la casa, donde se realizaba el pesaje y golpeo de los gallos. Lindoro tenía entre el antebrazo y el pecho un pollo *colorao borra e'vino*, que parecía perfilarse como el campeón del año.

Se acercaron los compinches a observar el ave. El rubio Saldamando, el canario Riego, el tano Caffera, el gaucho Maidana, el indio Sipitría, el periodista Arismendi, que vivía en antepasado, y algún otro conter-

tulio más o menos cotidiano o semanal. Lindoro, suavemente, soltó el pollo en el suelo, el cual con las alas abiertas a fuer de encelado, comenzó su cacareo característico picoteando algún grano pisado que se le arrojaba, llamando, antes de comerlo, a alguna compañera invisible. Todos admiraron el *estado* del ave, y la pinta de campeón que lucía, con su cresta reducida a un rojo botón de carne, su golilla tusada luciendo el color ceniza de su interior, las alas grandes, enteras y caídas; la cola recortada; el pico fuerte y pequeño; el pecho ancho; el ojo redondo y colorado, como de pava de monte. Hasta Lucho, que generalmente no demostraba mucho interés ante un gallo, se acercó al grupo y lo observó bien, haciendo comentarios sobre las líneas estéticas del ave, sobre la belleza de sus colores, y la vivacidad de todo su conjunto.

—¡Qué estética ni estética! —comentó con intención uno de los presentes—: es lindo porque es *bueno* y nada más.

Respondió Lucho, encarándose con el canario Riego, de quien era la voz:

—Eso será en sus libros, o en sus *libretas*, pero en los míos es lindo porque es lindo; y al que no le guste mi opinión que se rasque, y sepa que pesa tanto como la de cualquiera.

—Además, el pollo es de él, yo se lo regalé chiquito —arrimó Lindoro poniéndose de parte de su hijo.

—Mirá el manate entendiendo de gallos —volvió a terciar el canario, medio fastidiado.

—Yo entiendo de gallos, y de *gallinas* también; por eso te entiendo a vos —retrucó el joven, con firmeza agresiva y tuteando con desprecio al contrincante.

Alguien hizo un chiste vulgar, sobre lo de gallo y gallina, que fue ruidosamente festejado, pues ponía en ridículo la hombría del canario, y con esto se cortó el diálogo antes que pasara a mayores.

En eso, el tema cambió por la presencia de un nuevo personaje que inesperadamente se presentaba en escena. Era un hombre indeseable. Había entrado sin

llamar, como perro por su casa. Traía un gallo en la mano. Se llamaba Nico Arbiza; era timbero, y *guapo* de profesión. Hacía un tiempo que buscaba relación con Lindoro López, pero éste le estaba sacando el cuerpo. Al entrar, dirigiéndose al dueño de casa, habló así:

—Con su licencia, Don —agregando en seguida, para todos—: Buenos días, cabayeros.

—Buenos días —contestó semicortés Lindoro, y alguna otra voz, mientras la expectativa crecía de punto.

—Le traigo este pollo p'a que me lo cuide, si no es molestia.

—Molestia ninguna —respondió el cuidador—, pero estoy tan colmao de animales que no tengo ya ni jaula ni tiempo p'a agarrar nuevos pupilos.

—Pero yo, como dice que molestia no es, se lo dejo igual —insistió audazmente el entrometido, con cierta prepotencia, y soltó el gallo en el suelo.

Hubo un silencio húmedo de drama. El guapo encendía un cigarro, calmosamente. Lindoro, en sus cincuenta años robustos y altaneros, llamó a un peón ordenándole con decisión:

—Ché, echá ese gallo en el campito del fondo —y al otro peoncito que le alcanzaba el mate, le indicó con estudiada y falsa naturalidad—: Ofrecele un mate al señor.

*

A la noche, Arbiza entró al almacén de la esquina. Un aparcero que parecía esperarlo, lo interrogó con el gesto. El guapo le dijo por lo bajo:

—Le dejé el gallo a la fuerza. Amarguié, almorcé y tomé unos tragos de caña. Total, que les eché a perder el día. Vas a ver cómo los corro del barrio si no me largan las «balotas».

Se despidieron. Arbiza salió hacia afuera mientras su compañero, arrimándose al mostrador, pidió una caña, en la esperanza de que el patrón le preguntara algo. Así fue:

—¿Qué anda haciendo este mozo por aquí?

—Y... tiene un asunto de gallos, ¿sabe? El hombre está muy compuesto desde que anda *acomodao* con la policía. La taba l'está echando *buena*.

—¿No me diga, eh? ¡Quién iba a decir!

—Y... el mundo es ansí; hay que *entrar*.

—Mire, ¿eh? —respondió con intención el bolichero, haciendo como que creía el *cuento*, mientras pensaba: «¿qué se traerán éstos por aquí? Esto me huele a balotas electorales». Y la conversación se generalizó con la intervención de otros clientes.

*

Eran como las tres de la tarde. El reñidero o club de gallos —como ahora había que llamarlo para evitar el pago de la patente— estaba en sus grandes días. Dos gallos, o pollos, de gran *pedigree* habíanse *topado* en el pizarrón —dado lo parejo de sus cualidades—, y como ninguno de los dueños era hombre de achicarse, se tendrían que *topar* igualmente en la gallera. Éstos eran el *colorao borra e'vino* de Lindoro López, y el *giro plateado* de Nicanor Meneses.

Parejos en edad: quince meses; y en peso: uno, cinco libras con cuatro onzas, y otro, cinco con seis onzas; era lógico que del pizarrón bajaran al redondel, dicho sea en frase de entendidos. Se ató la pelea por *cien* pesos redondos. Meneses los sacó del bolsillo, y López los contempló entre el público, como hombre de recursos más modestos. Una pelea con *puón rombo*, como para mostrar la raza. Se designó juez de riña al gordo Antuña, hombre justo y cabal: un caballerazo. Éste a su turno, nombró los corredores correspondientes e hizo pesar los animales en la *romana*, ante la concurrencia, para ratificar la anotación de la pizarra, colgándolos de una cinta pasada entre los muslos por delante y por detrás de las alas.

Al calzarle los puones empezaron a cruzarse las apuestas. Ambos dueños —cada cual con su gallo—, desde el lugar de su butaca, soltaron suavemente las pequeñas fieras sobre la alfombra del ruedo. Las aves se miraron de costado, picotearon el suelo un instante y se embistieron a la vez.

—Es pelea —dijo el juez, cumpliendo el rito de reglamento.

Los gallos se cambiaron de sitio en dos o tres cruces, tirando de revuelo, al par que daba principio el griterío de los apostadores.

—Cinco pesos al colorao.

—Diez pesos al colorao.

—Pago, voy al giro; es con usted, ¿no?

—Sí, señor, es conmigo.

—Veinte pesos al giro.

—Le pago; voy al borra e'vino.

—Cincuenta pesos al colorao de López —gritó un señor de jaquet, en el momento en que el colorado hacía la primera *toma de cuadrado*. Luego del *tiro* consiguiente, el *giro* lo tomó a su vez, de papada, instante que aprovechó el otro señor para decir.

—Le pago —y al oír cierto quejido del colorado, agregó—, le pago *una*, le pago *dos*, le pago *tres* paradas.

—Le mantengo la *primera* —respondió a su tiempo, el que iniciara la apuesta.

La pelea siguió sin mayores alternativas durante unos minutos, al cabo de los cuales el gallo de López empezó a *tirar* más aplomado, con poco ruido de alas, empujando al contrario hasta el límite acolchado de la gallera. Pechaba, tomaba y tiraba de frente, de arriba. Era un gallo *claro;* heridor, riquísimo. La plata se volcó con usura a su favor.

—Doy diez a ocho al colorao.

—Tomo.

—Doy diez a siete.

—Tomo toda la vida con esa usura.

—Doy diez a seis.

—Tomo yo también, caracho. ¿Cómo no voy a tomar?

En eso, el giro, apoyado en el redondel, volvió a asir de abajo, de *papilla*, con un tiro seco que hizo dar un

paso atrás al colorado; *tomó* otra, y otra vez, rematando en dos espléndidos *tiros* que lo llevaron nuevamente al centro de la pista, emparejando la plata.

—¡Quién dijo miedo! —gritaba Meneses.

—¿Dónde están las fijas? —voceaba otro; y las apuestas, a gritos, depositadas ya en la mano, ya en la memoria, se sucedían con alternativas. Ahora comenzaba cierta usura a favor del giro, que algunos jugadores de oficio aprovechaban para *cubrirse* y salir *en la plata*, o bien ganando, pero nunca perdiendo, como se da a menudo en esta clase de juego.

Iban quince minutos de pelea. Los gallos comenzaron a abrir las alas y los picos. El giro —que no era tan claro en su estilo de lucha como el colorao borra e'vino— comenzó a ponerse *salidor*. *Tomaba de abajo*, o de *cuadrado*, hería y daba una vuelta sobre sí mismo con cierta tendencia a *pasear* al contrario. Pero el colorado lo llamó a cuentas en un tiro de atrás, *tocándole* un oído.

—Tocado, tocado —gritaron varias voces, mientras la plata se ponía *diez* a *cinco* en su contra. Había bajado hasta *diez* a *cuatro* y *veinte* a *siete*, cuando el giro —loco con el golpe sentido— en una toma del contrario *tiró* él de revuelo, frustrando la intención de aquél, y en seguida, luciendo sus altas cualidades de gallo de recursos, mordió del tronco del ala y le chuceó el pescuezo. El colorado hizo presa de arriba, a su vez.

—Dale, dale así —gritaba Lindoro López, exaltado.

—Toma; dale, dale —gritó otra voz, en tanto que el giro, haciendo *su juego* otra vez de abajo, mordió la papada del colorado y le metió las dos púas, con esa característica del gallo heridor cuando clava el puón sin hacer ruido de alas.

—¡Tuerto! Veinte a cinco al giro.

—¡Tuerto! Diez a tres al giro.

—Está tuerto, pero les *tomo* a los dos —respondió alguien, y la usura elevó otra vez su penacho de palabras agresivas y rojas como llamas.

Iban treinta minutos de pelea. Ambos gallos, las alas muy abiertas, la respiración muy agitada, se buscaban ya sin tomarse, sosteniéndose uno en el otro.

La atención general no decaía. Salvo los poseedores de las butacas de abajo, todos presenciaban el espectáculo de pie.

El gallo tuerto, después de un minuto de castigo, sin responder, cambió de táctica, tal como si tuviera inteligencia, y entonces se le vio atacar de soslayo y de abajo, ladeándose para el lado del ojo con vista, haciendo repuntar algunos puntos el termómetro de las apuestas en su constante fluctuación.

De la belleza de faisán con que entraron ambos animales a luchar, no quedaba ni rastro. Ahora mostraban plumas quebradas; manchas húmedas y rojas en el cuello; los ojos cegados por la sangre que les bajaba de las crestas mondas.

—¡Tienen buen estado! —decía la opinión—, especialmente el gallo de López.

—¿Y el *giro* no le minga nada? —argüían otros, mientras la pelea continuaba su parábola de plumas, sangre y gritos.

El colorado —que había perdido un ojo —estaba luchando ciego, pues la sangre le tapaba el otro. Por eso, mostrando sus recursos de estirpe centenaria, posiblemente —ya que sus virtudes de animal criado exclusivamente para la riña se venían seleccionando durante muchas generaciones—, mostrando sus recursos, repetimos, iba amoldando su modo de lucha de acuerdo a sus desventajas, cambiando sus *tomas* claras, de arriba y de frente, por un juego de flanco, sucio y oscuro tirando a degollar.

—Ahora van a verlo en otra táctica —anunció su dueño, el cuidador Lindoro López.

—Dejeló nomás que cambie su juego —respondió el dueño del giro plateado—, que no irá a ningún lado donde el mío no lo alcance. ¡Doy veinte a cinco! ¡Veinte a cinco a mi gallo! —gritó Meneses con agresividad al ver cómo el *giro* volvía a castigar.

Pero en eso sucedió lo que predecía el dueño del gallo tuerto, pues el colorado, ya hecho a un ojo solo, empezó a afirmarse de la papada, y en una de esas se oyó el grito:

—¡Degollado el giro!

—¡Degollado el giro! ¡Voy a veinte pesos parejos al colorao!

—Le tomo, voy al giro. Ya tengo tres paradas con usted, ¿no?

—Sí, señor; con ésta van tres, lleve la cuenta nomás, que yo también la llevo. Le tomé veinte a ocho. Le di diez a cinco. Y ahora veinte pesos *parejos*. Yo siempre al *giro* y usted al *colorao*.

—Es verdad —respondió la otra voz. Y siguió la batalla de hombres que parecían locos, cerrando los puños y gritando, como ayudando a vencer a *sus* gallos, a cuyas patas estaba jugado, en más de un caso, el presupuesto familiar.

Los gallos ahora —uno, tuerto y cegado el otro ojo por la sangre; otro, con una *tocadura*, más un degüello— estaban vencidos ambos, por lo cual alguien propuso *levantarlos*, a lo cual se opusieron, cruelmente, algunos apostadores.

Las aves, ensangrentadas, desconocidas ya y cansadas en exceso, cruzaban ambos pescuezos entre sí, como buscando alivio apoyándose en el propio enemigo. En adelante la pelea tomó otro sesgo, ya que el giro se echó, apoyando el pecho en el piso. Hubo un movimiento general. El juez, tomando la importancia que le daba la situación, se levantó de su asiento ordenando la entrada al ruedo de los *corredores*. Dos hombres bolearon la pierna entrando a la gallera, colocándose cada uno detrás del gallo que tenía que *correr* o apadrinar, y esperaron las órdenes.

—Dele pie al gallo giro —mandó el juez. El corredor del gallo *echado* tomó a éste por el tronco de la cola, haciéndolo levantar. Los pescuezos se cruzaron de nuevo, con las cabezas sanguinolentas, cual dos víboras heridas.

—A que el gallo giro no pierde la pelea —gritó Meneses; pero nadie le respondió.

Es que ambos estaban *parejos* nuevamente, en la última alternativa de la lucha a muerte, pues uno se hallaba degollado y otro enceguecido.

El juez, que compartía con los gallos la atención de los asistentes, tomó otra vez la palabra, ordenando:

—Peine el gallo colorado.

El corredor pasó los dedos suavemente desde la papilla hasta el buche del gallo.

—Hace por la pelea —se oyó decir.

—Silencio. Peine el gallo giro —gritó el juez.

Se repitió la operación con el de esta pluma. Se oyó un murmullo ininteligible, pues la reacción del giro era dudosa.

Ahora el juez dio otra orden:

—Rocen de frente —dijo en tono enérgico.

Obedecieron los corredores teniendo los gallos uno frente a otro a una cuarta de distancia. Continuó el juez su misión, expresando:

—Va una que el gallo *giro* no hace por la pelea. Rocen de frente. Van dos que el gallo *giro* no hace por la pelea.

Continuó diciendo por última vez:

—Rocen... —y en medio de un gran silencio, sentenció al par que daba un golpe a la campanilla—: Caballeros, doy la pelea ganada al gallo *colorado*.

—¡Qué va a hacer por la pelea si está muerto! —comentó el corredor, mientras Meneses, cuya era el ave perdedora, expresaba con cierta jactancia:

—Solamente así, mi gallo *no hace por la pelea*.

Mientras del bolsillo del pantalón extraía un fajo de billetes para pagar las apuestas hechas de afuera.

El redondel se llenó de hombres que se entregaban dinero, sin la más mínima alegación. Todos cumplían religiosamente pagando el dinero perdido, por lo general, con la sola garantía de la *palabra*. Y mientras recogía billetes que provenían de varios apostadores con-

tra su gallo, Lindoro López sintió que dos brazos lo oprimían de atrás, con fervor cariñoso. Era su hijo, quien, por primera vez, tomaba partido con entusiasmo en una riña, diciendo:

—¡Qué raza, viejo! ¡Qué raza de pollo, y qué estado!

*

En la puerta de calle se oyó una discusión. El encargado de comprobar la identidad de los asistentes —ya que sólo los socios tenían derecho a entrar— le cerraba el paso a Nico Arbiza, quien alegaba que aquello era un sitio público. .

—No, señor, es un club —decía el encargado, con decisión.

—Últimamente, entro igual —contestóle el guapo, prepotente y ya agresivo, y se coló nomás.

Su intención era bien clara. De acuerdo con la policía, obtendría las *credenciales cívicas* de algunos concurrentes, o de lo contrario, armaba un escándalo, creando así un motivo suficiente para que el comisario de policía interviniera, prendiendo a los que habían *alterado el orden*, y cerrando el club.

El señor de jaquet y galera cuadrada —conocido abogado— se encaró con el intruso:

—Amigo: hay que respetar los reglamentos; esto es un club de riñas, y sólo tienen acceso a él los socios.

—Bueno, doctor, será como usté dice, pero ya estoy adentro y ahora no voy a hacer el papel de dejarme echar. Además, los gallos me *tiran*, y usté, que es un buen aficionado, me comprenderá.

Como la entrada quedara desguarnecida, dos nuevos desconocidos habían penetrado sin llamar la atención, y se pusieron a ambos lados del guapo. Eran de su misma pinta. Compradrones de faca en la cintura; pañuelo de seda al pescuezo, cuyas puntas se unían junto a la nuez, por el aro de un anillo de oro; chambergos marrones alicortos, bailando en la punta de la cabeza, y botas de charol con caña gris.

El doctor, sea por encontrar algo razonable o habilidosa la respuesta, arguyó:

—Está bien. Si ha entrado por encima del reglamento *tironeado por la afición*, declaro que me ha ganado la voluntad. Quédese por esta vez, pero estos señores que lo acompañan, y que entraron aprovechando la discusión, tienen que retirarse en el acto. La cosa es con usted solo, compañero.

—Le agradezco, doctor, su cabayerosidá, pero es que son mis amigos y yo le pido por ellos también.

—Le digo que no puede ser.

—Es que donde estoy yo están ellos.

Entonces terció un nuevo personaje, que se salía de la vaina, y con voz clara y engolada, replicó enérgico:

—Entonces que se retiren los tres.

—¿Y a usté quién le da vela en este entierro? —retrucó, impertinente, el guapo.

—A mí la vela no me la da nadie, porque me la agarro yo solo. Y tenga ojo que en este *entierro* no sea usté uno de los muertos.

Y al hablar así, Lucho López —de quien era la voz altiva que se encaraba con el guapo— avanzó un paso hacia los tres taitas.

El drama estaba en puerta. El silencio que siguió a tales razones se colmó de interrogantes y de asombros. Los asiduos asistentes a la gallera, y más aún, la *barra* de Lindoro López, padre del mozo, recibió un golpe de emoción y de sorpresa. El doctor que había hecho frente a la situación, le dio la derecha al joven, sólo con su silencio; y Lucho, el *manate*, el muchacho tímido, cual sacando de sí mismo una personalidad desconocida —incluso para él— se hizo dueño del campo.

—Vea —siguió diciendo, usted no viene por aficionado. Eso es un cuento chino. Usted viene a *correrno con la vaina*, porque se tiene por guapo, y porque está respaldado por la policía. Usted quiere balotas para ayudar al candidato del Gobierno en las próximas elecciones, y si no las consigue amenaza con el escándalo para hacernos clausurar el club. Mas como no ha con-

seguido su primer deseo, ahora quiere cumplir el segundo y viene a armar camorra, a pelear.

—Vengo a lo que usté guste, mocito, vengo...

—Viene a *correrno*s *con el poncho* —prosiguió Lucho, cortándole la frase.

—A mí no me ataje la palabra —gritó el matón.

—A usted le atajo todo lo que haya que atajarle. Escuche: usted es guapo por afición, sin trabajo ninguno. Yo lo voy a ser con mucho trabajo, por dignidad. Usted pelea para que lo vean los presentes. Yo voy a pelear para que me vean los ausentes. Su público lo componen la barra de mirones que le mentan la fama. El mío lo componen unas calaveras que me están vichando desde atrás de la muerte. Usted no sabe, amigo, lo que es pelear por conciencia, por vergüenza, aunque se pelee con miedo y todo. Lo que es jugarse la vida por el derecho de estar tranquilo en la muerte. No entiende lo que es saberse con *raza* y tener que mantenerla limpia por obligación.

—Usté es puro discurso y esto no se arregla con palabras —contestó el guapo.

—Tenés razón —respondió Lucho, tuteándolo como para sobrarlo—, tenés razón, andá *pelando* nomás.

Y mientras así hablaba, extraía el cuchillo de la cintura, en tanto que con la zurda, de un tirón seco y abierto, le arrancaba el ponchito que el taita llevaba flojo rodeando el cuello; todo realizado con rapidez tal, que Nico Arbiza sólo atinó a *echar mano* reculando, cual abriéndose cancha para accionar.

—Andá pelando nomás —continuó voceando Lucho, cada vez más entonado—, y andá sabiendo que *donde hay yeguas, potros nacen.*

—Doy diez a medio con mi pollo —gritó Lindoro López sacando a su turno un cuchillito de la sisa del chaleco, mientras se ponía al lado de su hijo.

Los tres intrusos, corridos ya, retrocedieron buscando la salida. Lucho, enfurecido, los atropelló dándoles un ponchazo como al barrer, exponiéndose a que lo abarajaran en la punta del cuchillo. Pero su actitud

era tan temeraria y contagiosa que *sobró* al taita dejándolo parado en la largada. Sus amigos entraron psicológicamente en el clima de coraje que él había creado como por milagro, tal como si al recibir el mensaje de sus muertos, hubiera vacunado a todos con unas gotas de su propio valor.

Los taitas fueron reculando hasta la calle, donde se hicieron fuertes, al tiempo en que entraba el comisario de policía asistido de un sargento para restablecer el orden.

*

Al guapo no se le vio más la pinta por el barrio, pero alguien que lo topó a los varios meses, contó que Arbiza, cuando el comisario le preguntó por qué se había dejado arrollar por el hijo del cuidador de gallos, habíale respondido:

—¿Y qué quiere que hiciera; cómo iba a peliar con un tipo que me echaba por delante una tropilla de muertos? ¡Cuando el horno no está p'a pasteles, vale más dejarlo enfriar!

VOCABULARIO

ABARAJAR: Barajar. Agarrar un objeto en el aire. *Abarajar un mate:* recibir un mate que no está destinado a uno.

ACARREAR: (El mate) llevarlo a quien le está destinado.

ACEGUÁ: Sierra de Aceguá, en el Departamento de Cerro Largo, limitando con el Brasil.

ACHURAS: Entrañas del animal vacuno u ovino, como los riñones, intestinos, etc., y que cuando se carnea se comen antes del plato principal, para entretener el apetito que despierta el episodio de la carneada.

AFILAR: Hacer el amor.

AGARRAR EL «VAMOS»: En las carreras de caballos, aceptar la invitación a largar, o a correr de verdad, que formula un corredor a otro, durante las *partidas* preliminares a la carrera.

AGREGAO: El peón viejo que continúa arrimado a la estancia, donde se le mantiene sin trabajar.

AL ÑUDO: En balde. Al botón. Realizar algo sin resultado.

ALZA PRIMA: Sostén de la espuela que partiendo del rodete o parte trasera, se apoya en el empeine del pie.

AMADRINAR: Acostumbrar a un caballo a tropilla de caballos a andar con la yegua madrina.

APERADO: Ensillado. El caballo al cual se le han puesto las prendas del apero o recado de ensillar. Por extensión, al hombre. Bien vestido, bien aperado.

APERO CANTOR: Recado de ensillar modesto y con algunos adornos de metal que *cantan* su modestia.

APRETARSE EL GORRO: Huir, correr, apretándose el gorro o sombrero para que no se le vuele.

ARRASTRAS EL ALA: Tener atenciones amorosas el hombre con la mujer. Tal como el gallo, que rodea a la gallina *arrastrándole el ala.*

BANDEAR: Atravesar un río o arroyo de banda a banda. Por comparación, un objeto de lado a lado. En el campo se usa en vez de *vadear.*

BAÑO: Ir en un baño. Ir muy traspirado, como en un baño de sudor.

BAQUIANO: También, baqueano. De baquia. Hombre experto, generalmente gaucho; muy conocedor del terreno y que se llevaba en los ejércitos para orientarse en las marchas, elegir lugares para acampar, sitio por donde vadear los ríos, arroyos, etc. El que posee experiencia y debido a ello es hábil para hacer las cosas. Es un arcaísmo. Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache,* dice: «que como tan *baquiano* en la tierra, todo lo conocía».

BARCINO: Pelaje del animal vacuno, del perro y del gato; color rojizo con manchas o franjas oscuras, atravesadas.

BICHERA: Larvas que cría el animal en las heridas y que los curanderos *curan,* «dando vuelta la pisada», o diciendo alguna oración. (Ver PISADA.)

BICHOCO: El yeguarizo que por vejez o enfermedad tiene las manos gruesas o hinchadas, y, por lo tanto, camina sin firmeza ni agilidad. Se le aplica al hombre, cuando es viejo y camina con dificultad. Se dice: está «bichoco para el amor».

BIEN MONTADO: Andar *bien montado.* Significa andar jinete en buen caballo, o en caballo hermoso.

BLANCO Y COLORADO: Partidos políticos tradicionales, entre los cuales existe vieja rivalidad histórica. El hombre que pertenece a dichos partidos.

BOLADA: Oportunidad. Pedir la *bolada* para realizar algo difícil o bello.

BOLEARSE: Empinarse el potro o caballo en las patas traseras, cayendo hacia atrás, para librarse del jinete.

BOLEROS: Los caballos *delanteros* que conducían la diligencia.

BOMBACHA: Prenda de vestir del gaucho y paisano, que sustituyó al chiripá y equivale al pantalón.

BOMBERO: De bombear. El hombre destacado con dicha misión para observar o espiar secretamente los movimientos de un ejército, grupo, partida o persona.

CABRESTEAR: Seguir el caballo a quien lo conduce del cabresto, sin oponer resistencia. Por extensión, del hombre dócil se dice que «cabrestea».

CABRESTO: Cabestro. Tira de cuero crudo que sirve para atar al caballo en el palenque o en cualquier otro lugar.

CABURÉ: Pequeña ave de rapiña. Especie de lechucita valiente y carnicera. Créese que sus plumas traen suerte; por eso se las utiliza para reforzar o *componer* el amuleto. (Ver PAYÉ.)

CACHAR: Tomar a una persona para la broma.
CACHIMBA: Manantial. Ojo de agua.
CALANDRIA: Ave de bello canto. Antiguamente se le decía al hombre ducho, hábil.
CAMBIAR LA PLATA: En el juego de apuestas (riñas de gallos, carreras de caballos, etc.), cambiar la opinión respecto al probable ganador. Se *cambió la plata* a favor de fulano.
CANCHA: Del quechua. Sitio, lugar, espacio donde se realiza algún trabajo o juego. «Abran cancha.» Pedir cancha para pelear. Pedir *plaza*.
CANCHERO: El que es hábil; el que tiene *cancha* (experiencia).
CAÑA: Bebida alcohólica que toma la gente del pueblo.
CAÑAS: Varas delgadas que descansan en las *tijeras*, y sobre las cuales se asienta la paja, en el techado de los ranchos. Son generalmente de caña *tacuara*, que es la más resistente. (Ver TIJERAS.)
CAPANGA: Guardaespaldas que acompaña a las personas importantes.
CARANCHO: Ave de rapiña.
CARONERO: De carona. Facón largo que se lleva oculto entre los cojinillos y la carona del apero de montar o recado, por ser incómodo —dado su tamaño— llevarlo en la cintura como el facón común o el cuchillo.
CARPINCHO: Cuadrúpedo de unos ochenta centímetros de largo, de color pardo rojizo. Es el mayor de los roedores. No tiene cola. Su piel curtida se usa en *sobrepuestos*, *culeros*, etc. Vive a orillas de ríos y arroyos. También, *capibara*. Del guaraní: *capí-ibá*.
CARQUEJA: Especie de yuyo o pasto medicinal, el cual sirve para hacer escobas caseras.
CATRE DE TIENTOS: Cama primitiva del gaucho, hecha con madera y tientos.
CEBAR MATE: Preparar en la calabaza llamada *mate*, la infusión de hierba con agua caliente.
CEIBO: Árbol grande y bello; prestigioso por la hermosura de sus flores rojas.
CIFRA: Música y canto del gaucho. Rasgueo monótono en la guitarra, al compás del cual se trenza el canto combinado con el recitado. Cantar por cifra. El verso más adecuado para la cifra es el octosílabo, particularmente cuando su estrofa constituye una décima.
CINCHA: Pieza de piolín, ramales de tiento o cuero, con dos argollas grandes en los extremos, la cual se ata en derredor del cuerpo del caballo, para sostener el apero o silla de montar.
COMADREJA: Marsupial hediondo y del tamaño del hurón. Tiene 35 centímetros de largo; su color es overo rojizo. Se sirve de la cola para suspenderse de las ramas. Se alimenta de aves y pichones.

COMPOSITOR: El hombre que *compone* o cuida el caballo para correr, o el gallo para pelear.
COMPUESTO: Composición poética —comúnmente en cuartetas— que *componían*, a veces sin escribirlas, los poetas populares o aficionados, comentando algún acontecimiento de importancia lugareña.
CON CUERO: Asado con cuero. Carne con cuero. El asado al modo clásico del gaucho, que consistía en asarlo sin quitarle el cuero.
COPAS: Guarniciones redondas y de metal, con preferencia de plata, las cuales se remachan a ambos extremos del bocado del freno que se le pone al caballo de montar.
CORREDOR: En las riñas de gallos, el hombre que asiste o apadrina al gallo que por herido, se echa. Cada gallo tiene su *corredor*.
CUADRADO: Tiro que hace el gallo, en ángulo recto respecto al contrario.
CUARTA: Yeguarizo que se agrega a los caballos que tiran de un vehículo. Se usaba especialmente en las diligencias, para subir las cuestas o vadear ríos y arroyos. También, en los tranvías de caballos de la ciudad. En las carretas de bueyes, las yuntas que se uncen además de las del pértigo. Soga o lazo utilizados en dichas operaciones.
CUARTEADOR: El jinete que conduce el caballo que constituye la *cuarta*.
CUMBRERA: Parte superior donde se juntan las dos aguas del techo, especialmente de los ranchos. Lo mismo la viga que la forma.
CHACARERA: Antiguo baile criollo, muy parecido al *gato*. Se baila por parejas y sin agarrarse, con acompañamiento de guitarras y canto.
CHAJÁ: Hermosa ave zancuda del tamaño de un pavo. Se singulariza por lanzar su grito onomatopéyico que parece decir *chajá*, al ver cualquier persona o animal extraño al lugar en que tiene su querencia. Por eso se le considera el ave vigilante por excelencia, y se le respeta. Debido a su mucha pluma y su cuerpo inconsistente y fofo, vuela a grandes alturas. No sirve para comer, de acuerdo con el dicho popular que reza: «pura espuma como carne de chajá»; aunque también se dice: «pura pluma como el chajá». Su nombre viene del guaraní: *yahá*, que significa: vamos.
CHALA: Hoja que envuelve la mazorca del maíz (choclo). Se usaba para colchones y almohadas. Lo mismo para

fumar, envolviendo el tabaco en las hojas más suaves, a modo de papel. Es voz quechua.

CHARCÓN: Se le dice al caballo que sin estar flaco, lo parece. Por extensión, al hombre.

CHASQUE: De chasqui. Voz quechua. El jinete que lleva una comunicación o *parte* de guerra.

CHICHARRA: Cigarra.

CHIFLADAS: Silbadas.

CHINA: La china. La mujer o la novia, especialmente si tiene tipo indígena. Se dice: «voy a ver a mi china».

CHINGOLO: Pajarito indígena, cuyo canto es como un silbido. Del araucano: chincol.

CHIQUIZUELA: Rótula. Menear las chiquizuelas: bailar o zapatear con agilidad.

CHIRIPÁ: Prenda de vestir del gaucho primitivo, constituida por una manta de tela cuadrilonga, que se pasa entre las piernas y se sujeta a la cintura por una faja o cinto. Voz de origen quechua.

CHIRLAZO: Castigar con la soga del arreador.

CHISPEAR: Empezar a llover. Notas producidas por los pájaros, pero que no constituyen su propio canto.

CHORREADO: Pelaje del vacuno, tal como si las manchas le *chorrearan*.

CHUCHO: Frío que corre por la espalda. Miedo.

CHUMBEADA: Herida de chumbo. «Seguila que va chumbeada.» Tratándose de una mujer, equivale a «seguila que va *flechada*», o sea a medio enamorar.

CHUMBO: Munición. Balín de plomo.

CHURRASCO: Trozo de carne asada.

DESGRACIARSE: Matar en pelea a un semejante.

DORADILLO: Pelaje del caballo que, siendo colorado, tiene reflejos dorados.

DURO: Muerto. También al que está pasado de ebriedad.

EMPACAR: Guardar dinero.

ESCOBILLAR: Figura hecha con los pies en el zapateo de algunos bailes criollos, como el *gato*, la *chacarera*, el *malambo*.

ESQUINERO: Cada uno de los cuatro postes angulares de los ranchos. Los postes que forman la *esquina*, en los alambrados.

ESTILO: Música y canto del gaucho, parecido a la cifra. Se canta con acompañamiento de guitarra y versos octosílabos.

FACÓN: Arma cortante del gaucho, algo mayor que el cuchillo y muy parecido al puñal europeo. Se usaba para pelear, por cuya causa, entre la empuñadura y la hoja (a veces de dos filos) tenía una guardia o tasa en forma de *ese*. De ahí proviene el dicho: «hundir el facón hasta

la *ese*». Cuando era muy largo se llamaba «caronero». (Ver CARONERO.)

FACONERO: El hombre diestro en el manejo del facón.

FIERRO: El fierro: dícese por el facón o el cuchillo. Los *fierros*, o sea las espuelas de trabajo, y también las marcas de herrar el ganado.

FIRULETE: Figura complicada. Dibujo que no expresa nada definido.

FLETE: Caballo hermoso y de buenas condiciones. Equivale a pingo.

FLOJO: El cobarde en la pelea. El que se cansa pronto durante el trabajo. El que en ambas actitudes afloja.

GACHO: Sombrero de ala quebrada hacia abajo.

GALOPIADO: Estar muy galopiado: tener experiencia; o sea muchos galopes. El mate cuando ha perdido el sabor debido al mucho uso con la misma cebadura, con la misma hierba.

GALLERA: Circo pequeño, tal como una plaza de toros en miniatura, donde se sueltan los gallos para que peleen. Reñidero.

GATO: Antiguo baile criollo parecido a la chacarera.

GAUCHADA: De gaucho. Hacer un servicio desinteresadamente, sacar a otro de un mal trance, de un apuro.

GAUCHO: El hombre de campo, descendiente de españoles, o de la cruza de éstos con el indio; y que sustituyó al aborigen. Se singularizó por su habilidad como jinete y su maestría en el manejo del lazo, las boleadoras y el facón. Era creyente (cristiano), intrépido, noble, pundonoroso, y poseía un alto sentido de la dignidad, virtudes heredadas del español. Gaucho es, asimismo, el hombre que participa de esas cualidades aunque no sea de raza blanca. Ser *gaucho* (como adjetivo), equivale a ser hábil en el trabajo ganadero; baquiano, jinete y buen compañero.

GAUDERIO: Nombre primitivo que los cronistas dieron al gaucho.

GOLPE: Dar el golpe, realizar inesperadamente algo importante: un robo, un atropello a la propiedad, un motín.

GUACHO: Huérfano, o criado lejos de los padres.

GUAMPA: Asta del vacuno. Cuerno.

GUAMPEAR: Enlazar de los cuernos. Es la manera gaucha de hacerlo, utilizando el lazo.

GUARDIAS CIVILES MUERTOS: Tener uno en su historia «guardias civiles muertos», o sea hechos sonados, a veces de moral dudosa, sea en el sentido bélico, amoroso, etc.

GUASCA: Tira, lonja de cuero crudo. Del quechua: *huasca*.

GÜELLA: Güeya. De huella. Baile criollo antiguo, de la familia del gato y la chacarera.

GÜESO: Astrágalo. La taba.
GÜEY: Buey.
GÜEYA-GÜEY: Grito que se les da a los bueyes de las carretas, azuzándolos a tirar dentro de la huella.
GURÍ: Niño campesino.
HACERSE HUMO: Desaparecer.
HASTA LA ESE: Hundir el facón hasta la *ese*, o sea hasta el límite de la hoja con la empuñadura.
HIGUERÓN: Árbol frondoso.
HOSCO: Pelaje del vacuno, color rojizo oscuro. A veces con una raya a todo el largo del lomo, más oscura o tostada.
IDO: Estar ido: como ausente, medio loco.
INDIO: El blanco que tiene tipo aborigen. ¡Mi indio!: expresión cariñosa. ¡Ah, indio!, como ¡ah, gaucho! Admiración.
INGERIR EL LAZO: Componer el lazo que ha reventado, uniendo un extremo con otro, como si ambos extremos se tragaran, se ingirieran.
IR EN LA PARADA: Participar en una apuesta; tener parte en un asunto cualquiera. Creerse con algún derecho sobre la mujer que corteja otro.
JAGÜEL: De *jagüey*. Voz quechua. Pozo de gran tamaño, que se hace en el campo, para dar de beber al ganado.
JUEZ DE RAYA: En las carreras de caballos, el que da la sentencia respecto al ganador, puesto que la *raya* es la llegada o meta de la carrera.
JUIR: Huir.
JULEPE: Susto.
LAZO: Soga trenzada en redondo, generalmente hecha con cuatro tientos o tiras de cuero vacuno; larga de 12 a 20 metros, aproximadamente; con una argolla grande en un extremo para hacer la lazada corrediza y apresar al animal que se desea capturar, arrojándole ésta —que se denomina armada— a los cuernos, al pescuezo o patas delanteras. Va asegurado al recado de montar, por medio de una presilla que tiene en el otro extremo.
LEVANTADOR: El que toma mucho alcohol; el que *levanta* muchas veces la copa.
LISTA E'PONCHO: Ser «como lista de poncho», o sea recto, derecho.
LONJA: Trozo descarnado de cuero yeguarizo sin curtir.
LONJEAR: De lonja. Quitar —raspando a filo de cuchillo— el pelo a la lonja, por lo común para con ella cortar tientos.
LUNANCO: Yeguarizo defectuoso, por presentar un lado del anca más alto que el otro.
LUNFARDO: Lenguaje plebeyo, que inventa la gente del hampa para entenderse y luego pasa a otras capas sociales, llegando hasta los círculos más elevados de la sociedad, que a veces tiene cierto placer en usarlo.

LLEVAR DE TIRO: Conducir un caballo por el cabestro, rienda, etc., el cual debe cabrestear o cabestrear.
LLORONAS: Espuelas de rodaja muy grande, que suenan como si *lloraran*, al arrastrar.
MACACHÍN: Pequeña planta que alegra los campos con sus florecillas amarillas o rosadas. Sus tubérculos dulces son muy buscados por los niños campesinos, para comer.
MADRINA: Se le dice a la *yegua madrina*. (Ver TROPILLA.)
MADRUGAR: Levantarse temprano. Realizar algo antes que lo haga otro. *Lo madrugó:* le pegó primero.
MALAMBO: Baile criollo a base de zapateo, que se realiza entre dos hombres, con acompañamiento de guitarras. Es como una payada o contrapunto coreográfico, en el cual los zapateadores —llamados malambistas— miden sus habilidades frente a frente y cada uno a su turno, hasta que vence el que realiza mayor número de figuras, o mudanzas, sin repetirlas. A veces motivan disputas y peleas.
MAL MONTADO: Andar mal montado: andar en mal caballo. Lo contrario de «bien montado».
MALÓN: Atropello colectivo que los indios salvajes hacían sobre las poblaciones de cristianos, robando ganado, matando y llevándose cautivas.
MANCARRÓN: Caballo viejo, o muy trabajado, y por ello, casi inservible.
MANDINGA: El diablo.
MARCA Y TARJA: Grito que se daba antiguamente durante el trabajo de marcar a hierro el ganado. (Ver TARJA.)
MARCACIÓN: Trabajo, acto de *marcar* el ganado aplicándole el hierro de propiedad. El nombre más típico de este episodio es el de «yerra» (de hierra). Es uno de los trabajos más bizarros del campo, y donde el hombre puede lucir sus habilidades de gaucho. Más que trabajo es una fiesta.
MATAOJO: Árbol frondoso; el humo de cuya leña hace arder los ojos más de lo común.
MATE: Infusión de la hierba denominada *mate*. nombre que tomó de la calabaza en que se prepara. El acto de prepararlo se llama «cebar el mate». Se sorbe por medio de una bombilla de metal. Es la bebida nacional. Equivale al *té* de las clases pudientes. Los hombres, por lo común, lo toman *amargo* o *cimarrón*, es decir, sin azúcar; y con ésta —o sea mate dulce—, las mujeres y los niños.
MATE DEL ESTRIBO: El último mate que, como signo de cortesía, se le ceba y ofrece en el campo al forastero, o

a la visita, en el momento en que va a poner el pie en el estribo, para montar a caballo y alejarse. Al ofrecerlo suele decirse: «tome un mate p'al estribo». Generalmente esto lo realiza alguna moza que ha *gustado* del forastero, y así se lo demuestra.

MATERO: El que toma muchos mates.

MATUNGO: El caballo casi inservible por viejo o trabajado. Mancarrón.

MATURRANGO: El hombre que no sabe montar, o que anda mal a caballo. El que es inhábil para cualquier faena campera.

MAULA: Cobarde. Flojo para la pelea o para el trabajo.

MERENGUE: Entrevero; cosa dudosa, lío.

MILONGA: Baile o canto del pueblo. Cuando es canto se realiza con acompañamiento de guitarra y versos octosílabos. La misma música cantable, cuando toma puro ritmo de baile muestra cierta influencia afrocriolla. Créese que esta música, así como su coreografía primitiva, originó el *tango milonga*. Lugar donde se realizan bailes de dudosa moralidad. Mujer pública.

MILONGÓN: Música. Milonga primitiva y algo negrera.

MORO: Pelaje del yeguarizo, compuesto por una mezcla de pelos blancos en poca cantidad, y negros en cantidad mucho mayor; lo cual presenta un color oscuro azulado.

MUDANZAS: Figuras que se hacen con los pies, durante los bailes que tienen zapateo.

MULITA: Mamífero desdentado que tiene el lomo recubierto por una caparazón córnea, escamosa y movible en el centro, lo cual le permite hacerse una bola. Mide unos treinta centímetros de largo. Su carne es muy sabrosa.

NAZARENAS: Espuelas del gaucho; de rodajas grandes, que por sus pinchos agudos, semejan la «corona de espinas» del Nazareno.

ÑANDÚ: Avestruz americano. Voz guaraní que significa *araña;* pues el *ñandú*, cuando al correr realiza sus famosas gambetas abriendo las alas, semeja una gran araña.

ÑANDUTÍ: Encaje muy fino, parecido a una tela de araña, que tejen las mujeres paraguayas.

OJO DE GALLO: Mezcla de bebidas.

OMBÚ: Árbol muy grande y hermoso, característico del Uruguay.

OREJANO: El animal que no tiene marca de propiedad.

OREJEAR: Descubrir la *pinta* a los naipes, por la punta, cual si fuera la *oreja*. Descubrir, de a poco, el resultado de cualquier cosa con fruición de jugador.

OVERO: Color del pelo o de la pluma de los animales, consistente en manchas de uno o varios colores sobre cualquier fondo. Predominando colores determinados, al término *overo* se le agrega dicho color. Así, en el yeguarizo hay: el overo negro, rosado, azulejo y otros. En el vacuno, el yaguané. En las aves —gallos de pelea especialmente—, el overo colorado, negro, cenizo, etc.

P'ADENTRANA: De *adentro*. De la capital.

PAGO: Lugar en que uno vive, o se ha criado.

PAISANO: El campesino actual.

PALENQUE: Poste o empalizada donde se dejan atados por el cabresto los caballos. Poste muy fuerte donde se atan los potros para desbravarlos.

PALO A PIQUE: Corral redondo hecho con postes de troncos duros parados muy juntos, donde se encierra el ganado.

PÁLPITO: Intuición.

PANZA BURRO: Sombrero primitivo del gaucho.

PARADA DE RODEO: Acción de arrear el ganado diseminado en un potrero o dehesa, y reunirlo en un lugar acostumbrado del campo, a efecto de contarlo, herrarlo, selecionarlo, etc.

PAREJERO: Caballo de correr carreras. El nombre le viene de correr en parejas, «pico a pico», que era la forma primitiva de correr.

PATO: Juego del pato. Antiguo juego bárbaro, que realizaban de a caballo los gauchos, disputándose —dentro de una gran extensión de campo— una pelota de cuero con manijas, cuyo premio consistía en un *pato* muerto, que a veces estaba dentro de la pelota.

PATRONA: La esposa. La mujer.

PAVA: El recipiente de metal donde se calienta el agua para cebar el mate.

PAYADOR: El gaucho que improvisa versos y los canta, en reuniones y pulperías, acompañándose con la guitarra. Equivale al *trovador* medioeval.

PAYÉ: Amuleto para la suerte. El hombre curandero, adivino, etc., que lo proporciona.

PEDIR LA BOLADA: *Ver* BOLADA.

PEINAR: Peinar el gallo durante la pelea. Incitarlo a luchar, cuando está sin fuerzas o ciego, rozándole la garganta para hacerle creer que es acción del gallo contrario.

PELAR: Sacar, desenvainar el cuchillo.

PELEGO: El cuero de oveja lanudo y sin curtir que se usa como cojinillo en el recado pobre. En sentido despectivo: la ropa interior.

PENCA: Carrera de caballos.

PEÓN POR DÍA: Peón a jornal.

PERA: La barba.

PERICÓN: Danza criolla con intervención de cuatro o más

parejas vestidas con trajes típicos. Consta de varias figuras coreográficas, durante cuya realización se detiene la danza para que las parejas se digan, por turno, *relaciones* o versos de amor. Se le considera el baile nacional.

PIAL: Peal. Suerte realizada con el lazo y dirigida a las manos del animal vacuno o caballar mientras va en carrera, a fin de apresarlo. Por ciertas diferencias en su realización, el pial puede ser: por sobre el lomo, por la paleta o de volcao. Este último es el más peligroso y difícil.

PICADA: Paso escondido y tortuoso por donde se puede cruzar el monte (bosque).

PINGO: Caballo hermoso. Equivale a *flete*.

PIQUERA: Trompa de cuero que se le coloca al gallo para que realice el *tiro* de revuelo, o sea sin morder.

PIRRACO: Caballo feo y pequeño; insignificante.

PISADA: Marca que deja el paso del animal. Los curanderos la aíslan y cortan a cuchillo, *dándola vuelta*. «Dar vuelta la pisada», a fin de curar la *bichera*.

POLKIAR CON LA MÁS FEA: Bailar con la más fea. Tener poca suerte. Tocarle lo peor.

PONTEZUELA: Antigua pieza de plata u otro metal, que en forma de media luna, cuelga de ambas piernas del freno del caballo, uniéndolas como un puente.

PORONGO: Calabaza. Mate de forma ovalada, más grueso y duro que el común.

PRENDA: La novia. La china a quien se quiere. «Mi prenda.»

PRIMERO: Primer comisario. Título o jerarquía.

PROPIO: «Mandar un propio», o sea un hombre, generalmente de a caballo, con una carta, noticia o mensaje familiar. Equivale a *chasque*.

PUESTERO: El encargado del puesto.

PUESTO: Rancho alejado del *tronco* de la estancia, para vivienda del *puestero;* quien tiene la misión de vigilar una parte del campo.

PUMA: El león americano.

PUNTA: Grupo de animales —especialmente vacunos o lanares— separados de una cantidad mayor. Cantidad de personas, animales u objetos: una punta de gente; una punta de cosas.

QUEBRARLE LA COLA: Concluir con una situación. Quebrarle la cola a la desgracia.

QUEDAR DE A PIE: Quedar desmontado del caballo. Por extensión, quedarse sin la posesión de algo que se tenía, o que se deseaba. «Lo dejaron de a pie.»

RANCHO: Habitación de campesino, con techo de dos aguas y construida de barro y paja.

RAYA: Meta o línea de llegada en las carreras de caballos. Tenerlo a raya. Tener a una persona sujeta, disciplinada.

RELACIONES: Versos que se dicen la pareja del hombre y la mujer, al bailar el pericón u otros bailes criollos.

RETOBADO: Forrado, recubierto por un cuero. De retobar. Como se retoban las piedras de las boleadoras. Andar retobado, con gesto agresivo. El que posee un amuleto o payé, anda retobado, pues no le entran las balas ni el cuchillo. (Ver PAYÉ.)

RETOBARSE: Rebelarse.

RETOBO: Cuero, generalmente sin curtir (crudo), con el que se recubre o forra un objeto.

REVUELO: Tiro de *revuelo*, el que el gallo realiza en el aire, sin apoyar el pico.

RÍO NEGRO: Gran río que divide en dos partes la república. Departamento del litoral sobre el río Uruguay.

ROCHA: Departamento del Este, sobre el Atlántico.

ROLLO: *Quedarle rollos*, o sea *resto*, cantidad. Tener aún probabilidades. Dicho proveniente de los *rollos* del lazo, que el enlazador, generalmente, se reserva en la mano izquierda.

ROMANA: Balanza antigua que pesa por libras y onzas y que se usa para pesar los gallos en los reñideros.

ROSILLO: Pelaje del yeguarizo o del vacuno, compuesto por una mezcla pareja de pelos blancos y colorados.

SÁBANA DE A MIL: Un billete de mil pesos.

SALIRSE DE LA VAINA: Demostrar deseos de pelear, o de realizar algo que se tenía quieto u oculto; como envainado, cual el cuchillo en la vaina.

SEGUNDO: Tratamiento. Segundo comisario.

SENTADA: Pegar una *sentada*. El potro cuando es atado al palenque se *sienta* sobre los garrones; tira hacia atrás. El malevo, el matrero, *se sienta;* se rebela; no *cabrestea*. Detenerse de súbito dando un paso atrás.

SENTARSE EN EL LAZO: Apoyar en las nalgas el lazo para afirmarse al dar el tirón, luego de haber enlazado o pialado.

SENTENCIA: Dar sentencia en una carrera. Declarar qué caballo ha ganado.

SIN PECAR: Sin haber sido usado.

SOBEO: Torzal. Soga larga hecha con dos tientos *torcidos;* la cual, con una argolla en un extremo y una presilla en el otro, hace las veces de lazo.

SOTRETA: Matungo. Mancarrón. Caballo inútil por lo viejo o maltratado. También el hombre, en sentido despectivo. «Es un sotreta.»

SUERTE: El lado con que se gana en el juego de la *taba*.

SUERTE DE CAMPO: Extensión de campo que media mil doscientas cuadras.

TABA: Hueso de la pata del vacuno. Astrágalo. Juego que se realiza con dicho hueso, entre dos personas puestas frente a frente en la *cancha* y arrojándolo, por turno cada una, desde su sitio al campo contrario. Generalmente el *tiro* se hace de vuelta y media o dos vueltas a *clavar;* es decir, a que la taba pique en tierra —luego de describir una parábola de unos cuatro metros— y quede parada con el lado de la *suerte* hacia arriba, pues con el otro lado llamado c... se pierde. Es juego clásico del gaucho; y de habilidad más que de azar. Los antiguos griegos lo conocían y lo jugaban con tabitas de oveja o de cabra. Nuestros campesinos lo han tomado de los conquistadores.

TACUAREMBÓ: Departamento del Uruguay.

TALA: Árbol espinoso, de madera blanca y dura. Se usa para postes, ejes de carretas, cabos de rebenques, etc., pero especialmente para leña.

TALERO: Rebenque para castigar el caballo.

TAPE: Indio —generalmente bajo— de raza guaraní, puro o mestizo. El que presenta tal tipo.

TARJA: Marca o señal que se hace a cuchillo en un palo, durante el trabajo de la yerra, para llevar la cuenta de los animales marcados. «Marca y tarja» se gritaba en el momento de aplicar el hierro caliente sobre el cuarto trasero del animal.

TEMPORADA: Estar de temporada. En un baile o fiesta, dedicarse un galán a una joven durante un tiempo mayor que el de costumbre.

TERO: *Terutero.* Ave zancuda, de unos veinticinco centímetros de alto e igual largo. Su grito es onomatopéyico. Es, con el chajá, el ave vigilante. Tiene las alas armadas con dos pequeños espolones.

TIEMPO 'E ÑAUPA: Dicho popular. Tiempo muy lejano.

TIENTOS: Tiras de cuero sin curtir, gruesas o delgadas, según su uso, que tienen muchas aplicaciones en los trabajos de *guascas,* o de talabartería criolla. Llevar a los tientos el lazo, o sea llevarlo atado con los tientos que a tal fin se colocan en el borrén posterior, o cabezada, del recado de montar.

TIJERAS: Palos delgados que apoyados, un extremo en la cumbrera y otro en los largueros, forman la armazón del techo a dos aguas de los ranchos. (Ver CAÑAS.)

TIRO: «Tiro de bolas»: acción de arrojar las boleadoras para apresar a un animal. «Tiro de lazo.» Ídem el lazo. «A tiro de bolas» o «a tiro de lazo»: a la distancia aproximada que recorren las boleadoras o el lazo, desde la mano del hombre hasta el animal sobre el cual se arrojan. «Tiro de cuadrado» o «de papada»: acciones ofensivas del gallo de pelea, según el lugar de donde hace presa y durante las cuales pega el puazo.

TOMADO: Ebrio.

TOMAS: Hacer presa, tomar el gallo con el pico en el cuerpo del adversario, para realizar el *tiro.*

TORDILLO: Pelaje del yeguarizo, compuesto por una mezcla de pelos blancos y oscuros. Tordillo blanco. Tordillo negro. Son aspectos del pelaje según las proporciones que entran en la mezcla.

TRANCA: Embriaguez.

TRISTE: Música melancólica que, con acompañamiento de guitarra, se canta en versos octosílabos. Es semejante al *estilo.*

TROPA: Conjunto de animales vacunos que se forma para la venta u otro fin, y se traslada de un punto a otro. Tropa de carretas. Conjunto de carretas tiradas por bueyes.

TROPERO: El que conduce las tropas.

TROPILLA: Grupo limitado de caballos mansos, que se tienen en las estancias para el trabajo. Lo clásico es tenerlos acostumbrados a andar juntos, *amadrinados* por una yegua, que se denomina «yegua madrina». Tropilla *entablada:* tropilla acostumbrada a andar tras la *madrina.* «Tropilla de un pelo»: aquella cuyos componentes, con la sola excepción de la *madrina,* son del mismo color en el pelaje.

TRUCO: Juego de naipes, muy popular entre los criollos tanto del campo como de la ciudad. Truco oriental, o hasta el *dos:* manera especial de jugarse en el Uruguay, más rica y complicada que en la Argentina.

TUBIANO: Tobiano. Pelaje del yeguarizo, a grandes manchas blancas y oscuras.

VALIÓ TRAGO: Frase típica que suele gritarse durante la yerra, a raíz de un pial muy bien realizado, y que significa valer un *trago* de caña.

VICHAR: Ver, espiar desde un sitio oculto, lo que sucede.

VINCHA: Pañuelo o cinta que se ata ciñendo el pelo sobre la frente, durante el trabajo, para que aquél no caiga sobre los ojos.

VOLVERSE SOBRE EL LAZO: El vacuno chúcaro al ser enlazado, solía convertir la huida en ataque contra el enlazador, *volviendo* sobre el lazo, para embestirlo.

YAGUANÉ: Pelaje del vacuno, que muestra una o dos franjas blancas a lo largo del lomo. Se le aplica igualmente al *zorrino.*

YERRA: Ver MARCACIÓN.

YESQUERO: Objeto para encender fuego, compuesto por un pequeño tubo de metal o cola de peludo, conteniendo la mecha o yesca, al que se unen por una cadenita la piedra y el eslabón, que al rozarla, produce la chispa encendiendo la yesca.

YUYERO: El vendedor de yuyos. El que es aficionado a curarse con yuyos.

YUYO: Hierba, maleza que se cría inculta. Los hay de varias clases y suelen tener alguna particularidad curativa. Del quechua: *llulu* o *yuyu*.

ÍNDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

HASTA EL NÚMERO 1376

* Volumen extra

ABENTOFÁIL, Abuchafar
1195-El filósofo autodidacto.

ABOUT, Edmond
723-El rey de las montañas. *

ABRANTES, Duquesa de
495-Portugal a principios del siglo XIX.

ABREU GÓMEZ, Ermilo
1003-Las leyendas del Popol Vuh.

ABSHAGEN, Karl H.
1303-El almirante Canaris.*

ADLER, Alfredo
775-Conocimiento del hombre. *

AFANASIEV, Alejandro N.
859-Cuentos populares rusos.

AGUIRRE, Juan Francisco
709-Discurso histórico. *

AIMARD, Gustavo
276-Los trumperos del Arkansas. *

AKSAKOV, S. T.
849-Recuerdos de la vida de estudiante.

ALCALÁ GALIANO, Antonio
1048-Recuerdos de un anciano. *

ALCEO y otros
1332-Poetas líricos griegos.

ALFONSO, Enrique
964-...Y llegó la vida. *

ALIGHIERI, Dante
875-El convivio. *
1056-La Divina Comedia. *

ALONSO, Dámaso
595-Hijos de la ira.
1290-Oscura noticia y Hombre y Dios.

ALSINA FUERTES, F., y PRELAT, C. E.
1037-El mundo de la mecánica.

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel
108-El Zarco.

ALTOLAGUIRRE, M.
1219-Antología de la poesía romántica española. *

ÁLVAREZ, G.
1157-Mateo Alemán.

ÁLVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín
124-Puebla de las Mujeres. El genio alegre.
321-Malvaloca. Doña Clarines.

ALLISON PEERS, E.
671-El misticismo español. *

AMADOR DE LOS RÍOS, José
693-Vida del marqués de Santillana.

AMOR, Guadalupe
1277-Antología poética.

ANACREONTE y otros
1332-Poetas líricos griegos.

ANDREIEV, Leónidas
996-Sachka Yegulev. *
1046-Los espectros.
1159-Las tinieblas y otros cuentos.
1226-El misterio y otros cuentos.

ANÓNIMO
5-Poema del Cid. *
59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156-Lazarillo de Tormes. (Prólogo de Gregorio Marañón.)
337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús Dalgarbe.
359-Libro del esforzado caballero don Tristán de Leonís. *
374-La historia del rey Canamor y del infante Turián, su hijo. La destruición de Jerusalem.
396-La vida de Estebanillo González. *
416-El conde Partinuples. Roberto el Diablo. Clamades. Clarmonda.
622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
668-Viaje a través de los mitos irlandeses.
712-Nala y Damayanti. (Episodio del Mahabharata.)
892-Cuentos del Cáucaso.
1197-Poema de Fernán González.
1264-Hitopadeza o Provechosa enseñanza.
1294-El cantar de Roldán.
1341-Cuentos populares lituanos. *

ANZOÁTEGUI, Ignacio B.
1124-Antología poética.

ARAGO, Domingo F.
426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556-Historia de mi juventud. (Viaje por España. 1806-1809.)

ARCIPRESTE DE HITA
98-Libro de buen amor.

ARÈNE, Paul
205-La cabra de oro.

ARISTÓTELES
239-La política. *
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.) *
318-Moral a Nicómaco. *
399-Metafísica. *
803-El arte poética.

ARNICHES, Carlos
1193-El santo de la Isidra. Es mi hombre.
1223-El amigo Melquiades. La señorita de Trévelez.

ARNOLD, Matthew
989-Poesía y poetas ingleses.

ARNOULD, Luis
1237-Almas prisioneras. *

ARQUÍLOCO y otros
1332-Poetas líricos griegos.

ARRIETA, Rafael Alberto
291-Antología poética.
406-Centuria porteña.

ASSOLLANT, Alfredo
386-Aventuras del capitán Corcorán. *

AUNÓS, Eduardo
275-Estampas de ciudades. *

AUSTEN, Jane
823-Persuasión. *
1039-La abadía de Northanger. *
1066-Orgullo y prejuicio. *

AVELLANEDA, Alonso F. de
603-El Quijote. *

AVERCHENKO, Arcadio
1349-Memorias de un simple. Los niños.

AZORÍN
36-Lecturas españolas.
47-Trasuntos de España.
67-Españoles en París.
153-Don Juan.
164-El paisaje de España visto por los españoles.

226-Vislón de España.
248-Tomás Rueda.
261-El escritor.
380-Capricho.
420-Los dos Luises y otros ensayos.
461-Blanco en azul. (Cuentos.)
475-De Granada a Castelar.
491-Las confesiones de un pequeño filósofo.
525-María Fontán. (Novela rosa.)
551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568-El político.
611-Un pueblecito: Riofrío de Avila.
674-Rivas y Larra.
747-Con Cervantes. *
801-Una hora de España.
830-El caballero inactual.
910-Pueblo.
951-La cabeza de Castilla.
1160-Salvadora de Olbena.
1202-España.
1257-Andando y pensando. Notas de un transeúnte.
1288-De un transeúnte.
1314-Historia y vida. *

BABINI, José
847-Arquímedes.
1007-Historia sucinta de la ciencia. *
1142-Historia sucinta de la matemática.

BAILLIE FRASER, Jaime
1062-Viaje a Persia.

BALMES, Jaime
35-Cartas a un escéptico en materia de religión. *
71-El criterio. *

BALZAC, Honorato de
793-Eugenia Grandet. *

BALLANTYNE, Roberto M.
259-La isla de coral. *
517-Los mercaderes de pieles. *

BALLESTEROS BERETTA, Antonio
677-Figuras imperiales: Alfonso VII el Emperador. Colón. Fernando el Católico. Carlos V. Felipe II.

BAQUÍLIDES y otros
1332-Poetas líricos griegos.

BARNOUW, A. J.
1050-Breve historia de Holanda. *

BAROJA, Pío
177-La leyenda de Juan de Alzate. *
206-Las inquietudes de Shanti Andía. *
230-Fantasías vascas.
256-El gran torbellino del mundo. *
288-Las veleidades de la fortuna.
320-Los amores tardíos.
331-El mundo es así.
346-Zalacaín el aventurero.
365-La casa de Aizgorri.
377-El mayorazgo de Labraz.
398-La feria de los discretos. *
445-Los últimos románticos.
471-Las tragedias grotescas.
605-El Laberinto de las Sirenas. *
620-Paradox, rey. *
720-Aviraneta o La vida de un conspirador. *
1100-Las noches del Buen Retiro. *
1174-Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox. *
1203-La obra de Pello Yarza.
1241-Los pilotos de altura. *
1253-La estrella del capitán Chimista. *

BARRIOS, Eduardo
1120-Gran señor y rajadiablos. *

BASAVE F. DEL VALLE, Agustín
1289-Filosofía del Quijote. *
1336-Filosofía del hombre. *

BASHKIRTSEFF, María
165-Diario de mi vida.

BAUDELAIRE, C.
885-Pequeños poemas en prosa. Crítica de arte.

BAYO, Ciro
544-Lazarillo español. *

BEAUMARCHAIS, P. A. Caron de
728-El casamiento de Figaro.

BÉCQUER, Gustavo A.
3-Rimas y leyendas.
788-Desde mi celda.

BENAVENTE, Jacinto
34-Los intereses creados. Señora ama.
84-La malquerida. La noche del sábado.
94-Cartas de mujeres.
305-La fuerza bruta. Lo cursi.
387-Al fin, mujer. La honradez de la cerradura.
450-La comida de las fieras. Al natural.
550-Rosas de otoño. Pepa Doncel.
701-Titania. La infanzona.
1293-Campo de armiño. La ciudad alegre y confiada. *

BENET, Stephen Vincent
1250-Historia sucinta de los Estados Unidos.

BENEYTO, Juan
971-España y el problema de Europa. *

BENITO, José de
1295-Estampas de España e Indias. *

BENOIT, Pierre
1113-La señorita de la Ferté. *
1258-La castellana del Líbano. *

BERCEO, Gonzalo de
344-Vida de Santo Domingo de Silos. Vida de Santa Oria, virgen.
716-Milagros de Nuestra Señora.

BERDIAEFF, Nicolás
26-El cristianismo y el problema del comunismo.
61-El cristianismo y la lucha de clases.

BERGERAC, Cyrano de
287-Viaje a la Luna e Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol. *

BERKELEY, J.
1108-Tres diálogos entre Hilas y Filonús.

BERLIOZ, Héctor
992-Beethoven.

BERNÁRDEZ, Francisco Luis
610-Antología poética. *

BJOERNSON, Bjoernstjerne
796-Synnoeve-Solbakken.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente
341-Sangre y arena. *
351-La barraca.
361-Arroz y tartana. *
390-Cuentos valencianos.
410-Cañas y barro. *
503-Entre naranjos. *
581-La condenada y otros cuentos.

BOECIO, Severino
394-La consolación de la filosofía.

BORDEAUX, Henri
809-Yamilé.

BOSSUET, J. B.
564-Oraciones fúnebres. *

BOSWELL, James
899-La vida del doctor Samuel Johnson. *

BOUGAINVILLE, L. A. de
349-Viaje alrededor del mundo. *

BOYD CORREL, A., y MACDONALD, Philip
1057-La rueda oscura. *

BRET HARTE, Francisco
963-Cuentos del Oeste. *
1126-Maruja.
1156-Una noche en vagón-cama.

BRONTË, Carlota
1182-Jane Eyre. *

BRUNETIÈRE, Fernando
783-El carácter esencial de la literatura francesa.

BUCK, Pearl S.
1263-Mujeres sin cielo. *

BUNIN, Iván
1359-Sujodol. El maestro.

BURTON, Roberto
669-Anatomía de la melancolía.

BUSCH, Francis X.
1229-Tres procesos célebres. *

BUTLER, Samuel
285-Erewhon. *

BYRON, Lord
111-El corsario. Lara. El sitio de Corinto. Mazeppa.

CABEZAS, Juan Antonio
1183-Rubén Darío. *
1313-«Clarín», el provinciano universal. *

CADALSO, José
1078-Cartas marruecas.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro
39-El alcalde de Zalamea. La vida es sueño. *
289-El mágico prodigioso. Casa con dos puertas, mala es de guardar.
384-La devoción de la cruz. El gran teatro del mundo.
496-El mayor monstruo del mundo. El príncipe constante.
593-No hay burlas con el amor. El médico de su honra. *
659-A secreto agravio, secreta venganza. La dama duende.

CALVO SOTELO, Joaquín
1238-La visita que no tocó el timbre. Nuestros ángeles.

CAMACHO, Manuel
1281-Desistimiento español de la empresa imperial.

CAMBA, Julio
22-Londres.
269-La ciudad automática.
295-Aventuras de una peseta.
343-La casa de Lúculo.
654-Sobre casi todo.
687-Sobre casi nada.
714-Un año en el otro mundo.
740-Playas, ciudades y montañas.
754-La rana viajera.
791-Alemania. *
1282-Millones al horno.

CAMOENS, Luis de
1068-Los Lusiadas. *

CAMPOAMOR, Ramón de
238-Doloras. Cantares. Los pequeños poemas.

CANCELA, Arturo
423-Tres relatos porteños. Tres cuentos de la ciudad.
1340-Campanarios y rascacielos.

CANÉ, Miguel
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.

CANILLEROS, Conde de
1168-Tres testigos de la conquista del Perú.

CAPDEVILA, Arturo
97-Córdoba del recuerdo.
222-Las invasiones inglesas.
352-Primera antología de mis versos. *
506-Tierra mía.
607-Rubén Darío. «Un Bardo Reis.
810-El padre Castañeda. *
905-La dulce patria.
970-El hombre de Guayaquil.

CARLYLE, Tomás
472-Los primitivos reyes de Noruega.
906-Recuerdos. *
1009-Los héroes. *
1079-Vida de Schiller.

CARRÈRE, Emilio
891-Antología poética.

CASARES, Julio
469-Crítica profana. Valle-Inclán, Azorín y Ricardo León. *
1305-Cosas del lenguaje. *
1317-Crítica efímera. *

CASONA, Alejandro
1358-El caballero de las espuelas de oro. Retablo jovial. *

CASTELO BRANCO, Camilo
582-Amor de perdición. *

CASTIGLIONE, Baltasar
549-El cortesano. *

CASTILLO SOLÓRZANO
1249-La garduña de Sevilla y Anzuelo de las bolsas. *

CASTRO, Guillén de
583-Las mocedades del Cid. *

CASTRO, Miguel de
924-Vida del soldado español Miguel de Castro. *

CASTRO, Rosalía de
243-Obra poética.

CASTROVIEJO, José María, y CUNQUEIRO, Álvaro
1318-Viaje por los montes y chimeneas de Galicia. Caza y cocina gallegas.

CATALINA, Severo
1239-La mujer. *

CEBES, TEOFRASTO, EPICTETO
733-La tabla de Cebes. Caracteres morales. Enquiridión o máximas.

CELA, Camilo José
1141-Viaje a la Alcarria.

CERVANTES, Miguel de
29-Novelas ejemplares. *
150-Don Quijote de la Mancha. *
567-Novelas ejemplares. *
686-Entremeses.
774-El cerco de Numancia. El gallardo español.
1065-Los trabajos de Persiles y Sigismunda. *

CÉSAR, Julio
121-Comentarios de la guerra de las Galias. *

CICERÓN
339-Los oficios.

CIEZA DE LEÓN, P. de
507-La crónica del Perú. *

CLARÍN (Leopoldo Alas)
444-¡Adiós, «Cordera»!, y otros cuentos.

CLERMONT, Emilio
816-Laura. *

COLOMA, P. Luis
413-Pequeñeces. *
421-Jeromín. *
435-La reina mártir. *

COLÓN, Cristóbal
633-Los cuatro viajes del Almirante y su testamento. *
CONCOLORCORVO
609-El lazarillo de ciegos caminantes. *
CONSTANT, Benjamín
938-Adolfo.
CORNEILLE, Pedro
813-El Cid. Nicomedes.
CORTÉS, Hernán
547-Cartas de relación de la conquista de México. *
COSSÍO, Francisco de
937-Aurora y los hombres.
COSSÍO, José María de
490-Los toros en la poesía.
762-Romances de tradición oral.
1138-Poesía española. (Notas de asedio.)
COSSÍO, Manuel Bartolomé
500-El Greco. *
COURTELINE, Jorge
1357-Los señores chupatintas.
COUSIN, Victor
696-Necesidad de la filosofía.
CROWTHER, J. G.
497-Humphry Davy, Michael Faraday. (Hombres de ciencia británicos del siglo XIX.)
509-J. Prescott Joule. W. Thompson. J. Clerk Maxwell. (Hombres de ciencia británicos del siglo XIX.) *
518-T. Alva Edison. J. Henry. (Hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX.)
540-Benjamín Franklin.* J. Willard Gibbs. (Hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX.) *
CRUZ, Sor Juana Inés de la
12-Obras escogidas.
CUEVA, Juan de la
895-El infamador. Los siete infantes de Lara.
CUI, César
758-La música en Rusia.
CUNQUEIRO, Álvaro, y CASTROVIEJO, José María
1318-Viaje por los montes y chimengas de Galicia. Caza y cocina gallegas.
CURIE, Eva
451-La vida heroica de María Curie, descubridora del radium, contada por su hija. *
CHAMISSO, Adalberto de
852-El hombre que vendió su sombra.
CHAMIZO, Luis
1269-El miajón de los castños.
CHATEAUBRIAND, Vizconde de
50-Atala. René. El último Abencerraje.
1369-Vida de Ranecé.
CHEJOV, Antón P.
245-El jardín de los cerezos.
279-La cerilla sueca.
348-Historia de mi vida.
418-Historia de una anguila.
753-Los campesinos.
838-La señora del perro y otros cuentos.
923-La sala número seis.
CHERBULIEZ, Victor
1042-El conde Kostia. *
CHESTERTON, Gilbert K.
20-Santo Tomás de Aquino.
125-La esfera y la cruz. *
170-Las paradojas de míster Pond.
523-Charlas. *
625-Alarmas y digresiones.
CHMELEV, Iván
95-El camarero.
CHOCANO, José Santos
751-Antología poética. *
CHRÉTIEN DE TROYES
1308-Perceval o El cuento del grial. *
DANA, R. E.
429-Dos años al pie del mástil.
DARÍO, Rubén
19-Azul...
118-Cantos de vida y esperanza.
282-Poema del otoño.
404-Prosas profanas.
516-El canto errante.
860-Poemas en prosa.
871-Canto a la Argentina. Oda a Mitre. Canto a Chile.
880-Cuentos.
1119-Los raros. *
DAUDET, Alfonso
738-Cartas desde mi molino.
755-Tartarín de Tarascón.
972-Recuerdos de un hombre de letras.
1347-Cuentos del lunes. *
D'AUREVILLY, J. Barbey
968-El caballero Des Touches.
DÁVALOS, Juan Carlos
617-Cuentos y relatos del Norte argentino.
DEFOE, Daniel
1292-Aventuras de Robinsón Crusoe. *
1298-Nuevas aventuras de Robinsón Crusoe. *
DELEDDA, Grazia
571-Cósima.
DELFINO, Augusto Mario
463-Fin de siglo.
DELGADO, J. M.
563-Juan María. *
DEMAISON, André
262-El libro de los animales llamados salvajes.
DÍAZ-CAÑABATE, Antonio
711-Historia de una taberna. *
DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy
519-La Argentina. *
DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal
1274-Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. *
DÍAZ-PLAJA, Guillermo
297-Hacia un concepto de la literatura española.
1147-Introducción al estudio del romanticismo español. *
1221-Federico García Lorca.*
DICKENS, Carlos
13-El grillo del hogar.
658-El reloj del señor Humphrey.
717-Cuentos de Navidad. *
772-Cuentos de Box.
DICKSON, C.
757-Murió como una dama. *
DIDEROT, D.
1112-Vida de Séneca. *
DIEGO, Gerardo
219-Primera antología de sus versos.
DIEHL, Carlos
1309-Una república de patricios: Venecia. *
1324-Grandeza y servidumbre de Bizancio. *
DINIZ, Julio
732-La mayorazguita de Los Cañaverales. *
DONOSO, Armando
376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos.)
DONOSO CORTÉS, Juan
864-Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo. *
D'ORS, Eugenio
465-El valle de Josafat.
DOSTOYEVSKI, Fedor
167-Stepantchikovo.
267-El jugador.
322-Noches blancas. El diario de Raskolnikov.
1059-El ladrón honrado.
1093-Nietochka Nezvanova.
1254-Una historia molesta. Corazón débil.
1262-Diario de un escritor.*
DROZ, Gustavo
979-Tristezas y sonrisas.
DUHAMEL, Georges
928-Confesión de medianoche.
DUMAS, Alejandro
882-Tres maestros: Miguel Ángel, Ticiano, Rafael.
DUNCAN, David
887-La hora en la sombra.
EÇA DE QUEIROZ, J. M.
209-La ilustre casa de Ramires. *
ECKERMANN, J. P.
973-Conversaciones con Goethe.
ECHAGÜE, Juan Pablo
453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
1005-La tierra del hambre.
EHINGER, H. H.
1092-Clásicos de la música.*
EICHENDORFF, José de
926-Episodios de una vida tunante.
ELIOT, George
949-Silas Marner. *
ELVAS, Fidalgo de
1099-Expedición de Hernando de Soto a Florida.
EMERSON, R. W.
1032-Ensayos escogidos.
ENCINA, Juan de la
1266-Van Gogh. *
EPICTETO, TEOFRASTO, CEBES
733-Enquiridión o máximas. Caracteres morales. La tabla de Cebes.
ERASMO, Desiderio
682-Coloquios. *
1179-Elogio de la locura.
ERCILLA, Alonso de
722-La Araucana.
ERCKMANN-CHATRIAN
486-Cuentos de orillas del Rhin.
912-Historia de un recluta de 1813.
945-Waterloo. *
ESPINA, Antonio
174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.
290-Ganivet. El hombre y la obra.
ESPINA, Concha
1131-La niña de Luzmela.
1158-La rosa de los vientos. *
1196-Altar mayor. *
1230-La esfinge maragata. *
ESPINOSA, Aurelio M.
585-Cuentos populares de España. *
ESPINOSA (hijo), Aurelio M.
645-Cuentos populares de Castilla.
ESPRONCEDA, José de
917-Poesías líricas. El estudiante de Salamanca.
ESQUILO
224-La Orestíada. Prometeo encadenado.
ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.
188-Escenas andaluzas.
EURÍPIDES
432-Alcestis. Las bacantes. El cíclope.
623-Electra. Ifigenia en Táuride. Las troyanas.
653-Orestes. Medea. Andrómaca.
EYZAGUIRRE, Jaime
641-Ventura de Pedro de Valdivia.
FALLA, Manuel de
950-Escritos sobre música y músicos.
FARMER, Laurence, y HEXTER, George J.
1137-¿Cuál es su alergia?
FAULKNER, W.
493-Santuario. *
FERNÁN CABALLERO
56-La familia de Alvareda.
364-La gaviota. *
FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, B.
662-Deleite de la discreción. Fácil escuela de la agudeza.
FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao
145-Las gafas del diablo.
225-La novela número 13. *
263-Las siete columnas. *
284-El secreto de Barba-Azul. *
325-El hombre que compró un automóvil.
1342-*Impresiones de un hombre de buena fe. (1914-1919.) *
1343-**Impresiones de un hombre de buena fe. (1920-1936.) *
1356-El bosque animado. *
1363-El malvado Carabel. *
FERNÁNDEZ MORENO, B.
204-Antología 1915-1947. *
FIGUEIREDO, Fidelino de
692-La lucha por la expresión.
741-Bajo las cenizas del tedio.
850-*Historia literaria de Portugal. (Introducción histórica. La lengua y literatura portuguesas. Era medieval: De los orígenes a 1502.)
861-**Historia literaria de Portugal. (Era clásica: 1502-1825.) *
878-***Historia literaria de Portugal. (Era romántica: 1825-actualidad.)
FLAUBERT, Gustavo
1259-Tres cuentos.
FLORO, Lucio Anneo
1115-Gestas romanas.
FORNER, Juan Pablo
1122-Exequias de la lengua castellana.
FÓSCOLO, Hugo
898-Últimas cartas de Jacobo Ortiz.
FOULLÉ, Alfredo
846-Aristóteles y su polémica contra Platón.
FOURNIER D'ALBE, y JONES, T. W.
663-Efestos. Quo vadimus. Hermes.
FRANKLIN, Benjamín
171-El libro del hombre de bien.
FRAY MOCHO
1103-Tierra de matreros.
FROMENTIN, Eugenio
1234-Domingo. *
FÜLÖP-MILLER, René
548-Tres episodios de una vida.
840-Teresa de Ávila, la santa del éxtasis.
930-Francisco, el santo del amor.

INDICE DE AUTORES

1041-¡Canta, muchacha, cantal
1265-Agustín, el santo del intelecto. Ignacio, el santo de la voluntad de poder.
1373-El gran oso.
GABRIEL Y GALÁN, José María
808-Castellanas. Nuevas castellanas. Extremeñas. *
GÁLVEZ, Manuel
355-El gaucho de los cerrillos.
433-El mal metafísico. *
1010-Tiempo de odio y angustia. *
1064-Han tocado a degüello. (1840-1842.) *
1144-Bajo la garra anglo-francesa. *
1205-Y así cayó don Juan Manuel... 1850-1852. *
GALLEGOS, Rómulo
168-Doña Bárbara. *
192-Cantaclaro. *
213-Canaima. *
244-Reinaldo Solar. *
307-Pobre negro. *
338-La trepadora. *
425-Sobre la misma tierra. *
851-La rebelión y otros cuentos.
902-Cuentos venezolanos.
1101-El forastero. *
GANIVET, Ángel
126-Cartas finlandesas. Hombres del Norte.
139-Ideárium español. El porvenir de España.
GARCÍA DE LA HUERTA, Vicente
684-Raquel. Agamenón vengado.
GARCÍA GÓMEZ, Emilio
162-Poemas arabigoandaluces.
513-Cinco poetas musulmanes. *
1220-Silla del Moro. Nuevas escenas andaluzas.
GARCÍA ICAZBALCETA, J.
1106-Fray Juan de Zumárraga. *
GARCÍA MERCADAL, J.
1180-Estudiantes, sopistas y pícaros. *
GARCÍA MORENTE, Manuel
1302-Idea de la hispanidad. *
GARCÍA Y BELLIDO, Antonio
515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strabon. *
744-La España del siglo I de nuestra era, según P. Mela y C. Plinio. *
GARIN, Nicolás
708-La primavera de la vida.
719-Los colegiales.
749-Los estudiantes.
883-Los ingenieros. *
GASKELL, Isabel C.
935-Mi prima Filis.
1053-María Barton. *
1086-Cranford. *
GELIO, Aulo
1128-Noches áticas. (Selección.)
GÉRARD, Julio
367-El matador de leones.
GIBBON, Edward
915-Autobiografía.
GIL, Martín
447-Una novena en la sierra.
GIRAUDOUX, Jean
1267-La escuela de los indiferentes.
GOBINEAU, Conde de
893-La danzarina de Shamakha y otras novelas asiáticas.
1036-El Renacimiento. *
GOETHE, J. W.
60-Las afinidades electivas. *
449-Las cuitas de Werther.
608-Fausto.
752-Egmont.
1023-Hermann y Dorotea.
1038-Memorias de mi niñez. *
1055-Memorias de la Universidad. *
1076-Memorias del joven escritor. *
1096-Campaña de Francia y Cerco de Maguncia. *
GOGOL, Nicolás
173-Tarás Bulba. Nochebuena.
746-Cuentos ucranios.
907-El retrato y otros cuentos.
GOLDONI, Carlos
1025-La posadera.
GOLDSMITH, Oliverio
869-El vicario de Wakefield. *
GOMES DE BRITO, Bernardo
825-Historia trágico-marítima. *
GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis
498-Antología. (Poesías y cartas amorosas.)
GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón
14-La mujer de ámbar.
143-Greguerías. Selección 1910-1960.
308-Los muertos y las muertas. *
427-Don Ramón María del Valle-Inclán. *
920-Goya. *
1171-Quevedo. *
1212-Lope viviente.
1299-Piso bajo.
1310-Cartas a las golondrinas. Cartas a mí mismo. *
1321-Caprichos. *
1330-El hombre perdido. *
GOMPERTZ, M., y MASSINGHAM, H. J.
529-La panera de Egipto y La Edad de Oro.
GONCOURT, Edmundo de
873-Los hermanos Zemganno. *
GONCOURT, E., y J. de
853-Renata Mauperin. *
916-Germinia Lacerteux. *
GÓNGORA, Luis de
75-Antología.
GONZÁLEZ DE CLAVIJO, Ruy
1104-Relación de la embajada de Enrique III al gran Tamorlán. *
GONZÁLEZ DE MENDOZA, P., y PÉREZ DE AYALA, M.
689-El Concilio de Trento.
GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique
333-Antología poética.
GONZÁLEZ OBREGÓN, L.
494-México viejo y anecdótico.
GONZÁLEZ-RUANO, César
1285-Baudelaire. *
GORKI, Máximo
1364-Varenka Olesova. Malva y otros cuentos. *
GOSS, Madeleine
587-Sinfonía inconclusa. La historia de Franz Schubert. *
GOSS, Madeleine, y HAVEN SCHAUFFLER, Robert
670-Brahms. Un maestro en la música. *
GOSSE, Philip
795-Los corsarios berberiscos. Los piratas del Norte. Historia de la piratería.
814-Los piratas del Oeste. Los piratas de Oriente. *
GRACIÁN, Baltasar
49-El héroe. El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio. *
400-El Criticón. *
GRANADA, Fray Luis de
642-Introducción del símbolo de la fe. *
1139-Vida del venerable maestro Juan de Ávila.
GUÉRARD, Alberto
1040-Breve historia de Francia. *
GUERRA JUNQUEIRO, A.
1213-Los simples.
GUERTSEN, A. I.
1376-¿Quién es culpable?
GUEVARA, Antonio de
242-Epístolas familiares.
759-Menosprecio de corte y alabanza de aldea.
GUINNARD, A.
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
GUNTHER, John
1030-Muerte, no te enorgullezcas. *
HARDY, Tomás
25-La bien amada.
HATCH, Alden, y WALSHE, Seamus
1335-Corona de gloria. Vida del papa Pío XII. *
HAVEN SCHAUFFLER, Robert, y GOSS, Madeleine
670-Brahms. Un maestro en la música. *
HAWTHORNE, Nathaniel
819-Cuentos de la Nueva Holanda.
1082-La letra roja. *
HEARN, Lafcadio
217-Kwaidan.
1029-El romance de la Vía Láctea.
HEBBEL, C. F.
569-Los Nibelungos.
HEBREO, León
704-Diálogos de amor. *
HEGEL, G. F.
594-De lo bello y sus formas. *
726-Sistema de las artes. (Arquitectura, escultura, pintura y música.)
773-Poética. *
HEINE, Enrique
134-Noches florentinas.
952-Cuadros de viaje. *
HENNINGSEN, C. F.
730-Zumalacárregui. *
HERCZEG, Francisco
66-La familia Gyurkovics. *
HERNÁNDEZ, José
8-Martín Fierro.
HERNÁNDEZ, Miguel
908-El rayo que no cesa.
HESSE, Hermann
925-Gertrudis.
1151-A una hora de medianoche.
HESSEN, J.
107-Teoría del conocimiento.
HEXTER, George J., y FARMER, Laurence
1137-¿Cuál es su alergia?
HEYSE, Paul
982-El camino de la felicidad.
HOFFMANN
863-Cuentos. *
HOMERO
1004-Odisea. *
1207-Ilíada. *
HORACIO
643-Odas.
HOWIE, Edith
1164-El regreso de Nola.
1366-La casa de piedra.
HUARTE, Juan
599-Examen de ingenios para las ciencias. *
HUDSON, G. E.
182-El ombú y otros cuentos rioplatenses.
HUGO, Víctor
619-Hernani. El rey se divierte.
652-Literatura y filosofía.
673-Cromwell. *
1374-Bug-Jargal. *
HUMBOLDT, Guillermo de
1012-Cuatro ensayos sobre España y América. *
HURET, Jules
1075-La Argentina.
IBARBOUROU, Juana de
265-Poemas.
IBSEN, H.
193-Casa de muñecas. Juan Gabriel Borkmann.
ICAZA, Carmen de
1233-Yo, la reina. *
INSÚA, Alberto
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca. *
328-La sombra de Peter Wald. *
IRIARTE, Tomás de
1247-Fábulas literarias.
IRIBARREN, Manuel
1027-El príncipe de Viana. *
IRVING, Washington
186-Cuentos de la Alhambra. *
476-La vida de Mahoma. *
765-Cuentos del antiguo Nueva York.
ISAACS, Jorge
913-María. *
ISÓCRATES
412-Discursos histórico-políticos.
JACOT, Luis
1167-El Universo y la Tierra.
1189-Materia y vida. *
1216-El mundo del pensamiento.
JAMESON, Egon
93-De la nada a millonarios.
JAMMES, Francis
9-Rosario al Sol.
894-Los Robinsones vascos.
JANINA, Condesa Olga
782-Los recuerdos de una cosaca.
JENOFONTE
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
JIJENA SÁNCHEZ, Lidia R. de
1114-Poesía popular y tradicional americana. *
JOKAI, Mauricio
919-La rosa amarilla.
JOLY, Henri
812-Obras clásicas de la filosofía. *
JONES, T. W., y FOURNIER D'ALBE
663-Hermes. Efestos. Quo vadimus.
JOVELLANOS
1367-Espectáculos y diversiones públicas. El castillo de Bellver. *
JUAN MANUEL, Infante don
676-El conde Lucanor.
JUNCO, Alfonso
159-Sangre de Hispania.
JUVENAL
1344-Sátiras.

INDICE DE AUTORES

KANT, Emmanuel
612-Lo bello y lo sublime. La paz perpetua.
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres.
KARR, Alfonso
942-La Penélope normanda.
KELLER, Gottfried
383-Los tres honrados peineros y otras novelas.
1372-Leyendas suizas.
KEYSERLING, Conde de
92-La vida íntima.
1351-La angustia del mundo.
KIERKEGAARD, Sören
158-El concepto de la angustia.
1132-Diario de un seductor.
KINGSTON, W. H. G.
375-A lo largo del Amazonas. *
474-Salvado del mar. *
KIPLING, Rudyard
821-Capitanes valientes. *
KIRKPATRICK, F. A.
130-Los conquistadores españoles. *
KITCHEN, Fred
831-A la par de nuestro hermano el buey. *
KLEIST, Heinrich von
865-Michael Kohlhaas.
KOESSLER, Berta
1208-Cuentan los araucanos...
KOROLENKO, Vladimiro
1133-El día del juicio. Novelas.
KOTZEBUE, Augusto de
572-De Berlín a París en 1804. *
KSCHEMISVARA y LI HSING-TAO
215-La ira de Caúsica. El círculo de tiza.
LABIN, Eduardo
575-La liberación de la energía atómica.
LA CONDAMINE, Carlos María de
268-Viaje a la América meridional.
LAERCIO, Diógenes
879-*Vidas de los filósofos más ilustres.
936-**Vidas de los filósofos más ilustres.
978-***Vidas de los filósofos más ilustres.
LA FAYETTE, Madame de
976-La princesa de Clèves.
LAÍN ENTRALGO, Pedro
784-La generación del 98. *
911-Dos biólogos: Claudio Bernard y Ramón y Cajal.
1077-Menéndez Pelayo. *
1279-La aventura de leer. *
LAMARTINE, Alfonso de
858-Graziella.
922-Rafael.
1073-Las confidencias. *
LAMB, Carlos
675-Cuentos basados en el teatro de Shakespeare. *
LAPLACE, P. S.
688-Breve historia de la astronomía.
LARBAUD, Valéry
40-Fermina Márquez.
LA ROCHEFOUCAULD, F. de
929-Memorias. *
LARRA, Mariano José de
306-Artículos de costumbres.
LARRETA, Enrique
74-La gloria de don Ramiro. *
85-«Zogoibi».
247-Santa María del Buen Aire. Tiempos iluminados.
382-La calle de la Vida y de la Muerte.
411-Tenía que suceder... Las dos fundaciones de Buenos Aires.
438-El linyera. Pasión de Roma.
510-La que buscaba Don Juan. Artemis. Discursos.
560-Jerónimo y su almohada. Notas diversas.
700-La naranja.
921-Orillas del Ebro. *
1210-Tres films.
1270-Clamor.
1276-El Gerardo. *
LATORRE, Mariano
680-Chile, país de rincones. *
LATTIMORE, Owen y Eleanor
994-Breve historia de China. *
LEÓN, Fray Luis de
51-La perfecta casada.
522-De los nombres de Cristo. *
LEÓN, Ricardo
370-Jauja.
391-¡Despierta, ferrol
481-Casta de hidalgos. *
521-El amor de los amores. *
561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
590-El hombre nuevo. *
1291-Alcalá de los Zegríes. *
LEOPARDI
81-Diálogos.
LERMONTOF, M. I.
148-Un héroe de nuestro tiempo.
LEROUX, Gastón
293-La esposa del Sol. *
378-La muñeca sangrienta.
392-La máquina de asesinar.
LEUMANN, Carlos Alberto
72-La vida victoriosa.
LEVENE, Ricardo
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad. *
702-Historia de las ideas sociales argentinas. *
1060-Las Indias no eran colonias.
LEVILLIER, Roberto
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
LÉVI-PROVENÇAL, E.
1161-La civilización árabe en España.
LI HSING-TAO y KSCHEMISVARA
215-El círculo de tiza. La ira de Caúsica.
LINKLATER, Eric
631-María Estuardo.
LISZT, Franz
576-Chopin.
LISZT, Franz, y WAGNER, Ricardo
763-Correspondencia.
LOEBEL, Josef
997-Salvadores de vidas.
LONDON, Jack
766-Colmillo blanco. *
LOPE DE RUEDA
479-Eufemia. Armelina. El deleitoso.
LOPE DE VEGA, F.
43-Peribáñez y el comendador de Ocaña. La Estrella de Sevilla. *
274-Poesías líricas. (Selección.)
294-El mejor alcalde, el rey. Fuenteovejuna.
354-El perro del hortelano. El arenal de Sevilla.
422-La Dorotea. *
574-La dama boba. La niña de plata. *
638-El amor enamorado. El caballero de Olmedo.
842-Arte nuevo de hacer comedias. La discreta enamorada.
1225-Los melindres de Belisa. El villano en su rincón. *
LÓPEZ IBOR, Juan José
1034-La agonía del psicoanálisis.
LO TA KANG
787-Antología de cuentistas chinos.
LOTI, Pierre
1198-Ramuncho. *
LOWES DICKINSON, G.
685-Un «banquete» moderno.
LOZANO, C.
1228-Historias y leyendas.
LUCIANO
1175-Diálogos de los dioses. Diálogos de los muertos.
LUGONES, Leopoldo
*200-Antología poética. *
232-Romancero.
LUIS XIV
705-Memorias sobre el arte de gobernar.
LULIO, Raimundo
889-Libro del Orden de Caballería. Príncipes y juglares.
LUMMIS, Carlos F.
514-Los exploradores españoles del siglo XVI. *
LYTTON, Bulwer
136-Los últimos días de Pompeya. *
MA CE HWANG
805-Cuentos chinos de tradición antigua.
1214-Cuentos humorísticos orientales.
MAC DONALD, Philip, y BOYD CORREL, A.
1057-La rueda oscura. *
MACHADO, Antonio
149-Poesías completas. *
MACHADO, Manuel
131-Antología.
MACHADO, Manuel y Antonio
260-La duquesa de Benamejí. La prima Fernanda. Juan de Mañara. *
706-Las adelfas. El hombre que murió en la guerra.
1011-La Lola se va a los puertos. Desdichas de la fortuna, o Julianillo Valcárcel. *
MACHADO Y ÁLVAREZ, Antonio
745-Cantes flamencos.
MACHADO DE ASSIS, Joaquim M.
1246-Don Casmurro. *
MAEZTU, María de
330-Antología.-Siglo XX. Prosistas españoles. *
MAEZTU, Ramiro de
31-Don Quijote, Don Juan y La Celestina.
777-España y Europa.
MAGDALENO, Mauricio
844-La tierra grande. *
931-El resplandor. *
MAISTRE, Javier de
962-Viaje alrededor de mi cuarto. La joven siberiana.
MAISTRE, José de
345-Las veladas de San Petersburgo. *
MALLEA, Eduardo
102-Historia de una pasión argentina.
202-Cuentos para una inglesa desesperada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
602-El retorno.
MANACORDA, Telmo
613-Fructuoso Rivera.
MANRIQUE, Gómez
665-Regimiento de príncipes y otras obras.
MANRIQUE, Jorge
135-Obra completa.
MANSILLA, Lucio V.
113-Una excursión a los indios ranqueles. *
MANTOVANI, Juan
967-Adolescencia. Formación y cultura.
MANZONI, Alejandro
943-El conde de Carmagnola.
MAÑACH, Jorge
252-Martí, el apóstol. *
MAQUIAVELO, N.
69-El príncipe. (Comentado por Napoleón Bonaparte.)
MARAGALL, Juan
998-Elogios.
MARAÑÓN, Gregorio
62-El conde-duque de Olivares. *
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.
360-El «Empecinado» visto por un inglés.
408-Amiel. *
600-Ensayos liberales.
661-Vocación y ética y otros ensayos.
710-Españoles fuera de España.
1111-Raíz y decoro de España.
1201-La medicina y nuestro tiempo.
MARCO AURELIO
756-Soliloquios o reflexiones morales. *
MARCOY, Paul
163-Viaje por los valles de la quina. *
MARCU, Valerio
530-Maquiavelo. *
MARECHAL, Leopoldo
941-Antología poética.
MARÍAS, Julián
804-Filosofía española actual.
991-Miguel de Unamuno. *
1071-El tema del hombre. *
1206-Aquí y ahora.
MARICHALAR, Antonio
78-Riesgo y ventura del duque de Osuna.
MARÍN, Juan
1090-Lao-Tsze o El universismo mágico.
1165-Confucio o El humanismo didactizante.
1188-Buda o La negación del mundo. *
MARMIER, Javier
592-A través de los trópicos. *
MÁRMOL, José
1018-Amalia. *
MARQUINA, Eduardo
1140-En Flandes se ha puesto el sol. Las hijas del Cid. *
MARRYAT, Federico
956-Los cautivos del bosque. *
MARTÍ, José
1163-Páginas escogidas. *
MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio
1190-Canción de cuna.
1231-Tú eres la paz. *
1245-El amor catedrático.

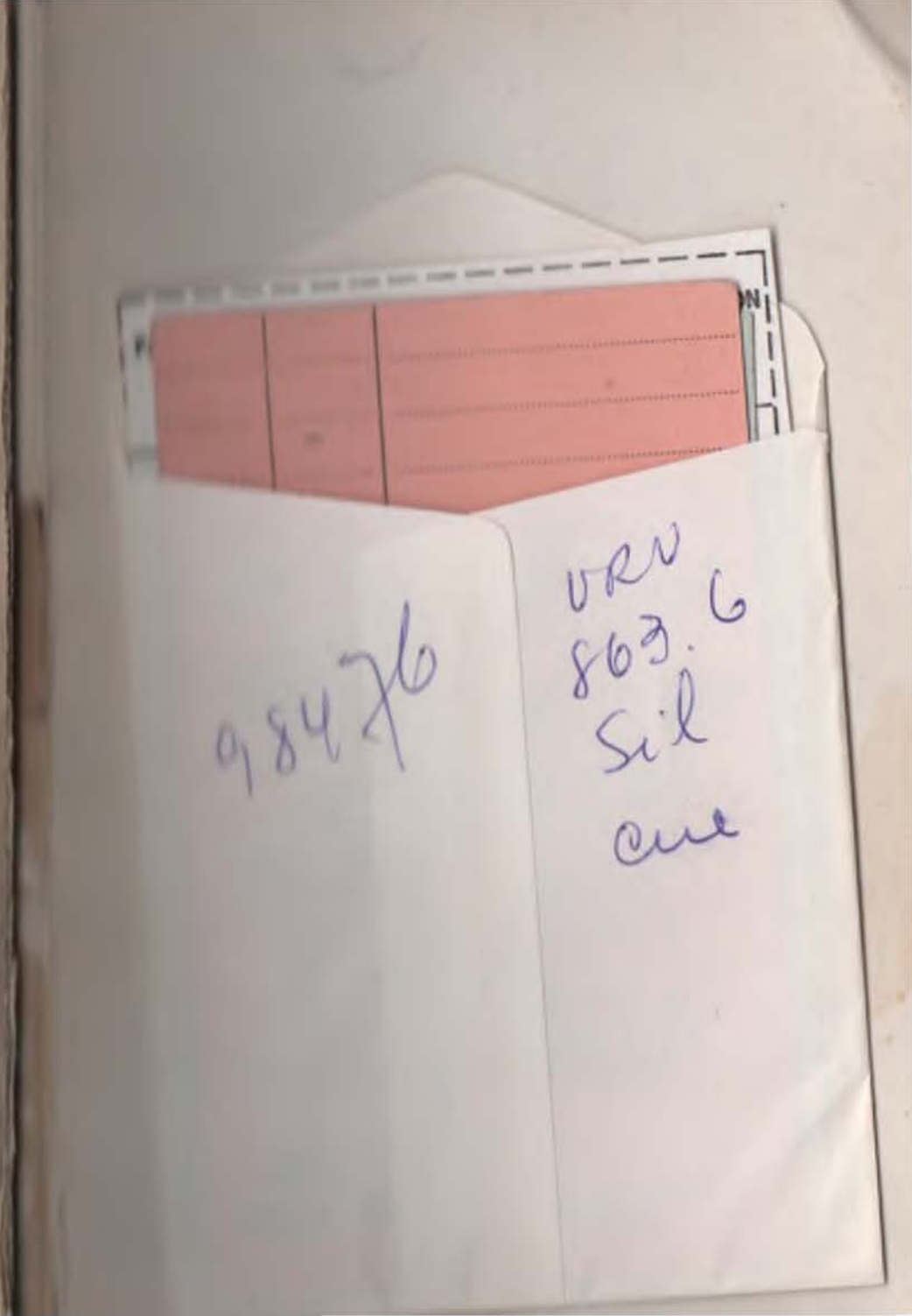
MASSINGHAM, H. J., y COMPERTZ, M.
529-La Edad de Oro y La panera de Egipto.
MAURA, Antonio
231-Discursos conmemorativos.
MAURA GAMAZO, Gabriel
240-Rincones de la historia. *
MAUROIS, André
2-Disraeli. *
750-Diario. (Estados Unidos, 1946.)
1204-Siempre ocurre lo inesperado.
1255-En busca de Marcel Proust. *
1261-La comida bajo los castaños. *
MAYORAL, Francisco
897-Historia del sargento Mayoral.
MEDRANO, S. W.
960-El libertador José de San Martín. *
MELEAGRO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
MELVILLE, Herman
953-Taipi. *
MÉNDEZ PEREIRA, O.
166-Núñez de Balboa. El tesoro del Dabaibe.
MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.
350-Poetas de la corte de don Juan II. *
597-El abate Marchena.
691-La Celestina. *
715-Historia de la poesía argentina.
820-Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana. *
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón
28-Estudios literarios. *
55-Los romances de América y otros estudios.
100-Flor nueva de romances viejos. *
110-Antología de prosistas españoles. *
120-De Cervantes y Lope de Vega.
172-Idea imperial de Carlos V.
190-Poesía árabe y poesía europea. *
250-El idioma español en sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristóbal Colón.
300-Poesía juglaresca y juglares. *
501-Castilla. La tradición, el idioma. *
800-Tres poetas primitivos.
1000-El Cid Campeador. *
1051-De primitiva lírica española y antigua épica.
1110-Miscelánea histórico-literaria.
1260-Los españoles en la historia. *
1268-Los Reyes Católicos y otros estudios.
1271-Los españoles en la literatura.
1275-Los godos y la epopeya española. *
1280-España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam.
1286-El Padre Las Casas y Vitoria, con otros temas de los siglos XVI y XVII.
1301-En torno a la lengua vasca.
1312-Estudios de lingüística.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, y otros.
1297-Seis temas peruanos.
MERA, Juan León
1035-Cumandá. *
MEREJKOVSKY, Dimitri
30-Vida de Napoleón. *
737-El misterio de Alejandro I. *
764-El fin de Alejandro I. *
884-Compañeros eternos. *
MÉRIMÉE, Próspero
152-Mateo Falcone y otros cuentos.
986-La Venus de Ille.
1063-Crónica del reinado de Carlos IX. *
1143-Carmen. Doble error.
MESA, Enrique de
223-Antología poética.
MESONERO ROMANOS, Ramón de
283-Escenas matritenses.
MEUMANN, E.
578-Introducción a la estética actual.
778-Sistema de estética.
MIELI, Aldo
431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.
485-Volta y el desarrollo de la electricidad.
1017-Breve historia de la biología.
MILTON, John
1013-El paraíso perdido. *
MILL, Stuart
83-Autobiografía.
MILLAU, Francisco
707-Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772).
MIQUELARENA, Jacinto
854-Don Adolfo, el libertino.
MIRLAS, León
1227-Helen Keller.
MIRÓ, Gabriel
1102-Glosas de Sigüenza.
MISTRAL, Federico
806-Mireya.
MISTRAL, Gabriela
503-Ternura.
1002-Desolación. *
MOLIÈRE
106-El ricachón en la corte. El enfermo de aprensión.
948-Tartufo. Don Juan o El convidado de piedra.
MOLINA, Tirso de
73-El vergonzoso en Palacio. El burlador de Sevilla. *
369-La prudencia en la mujer. El condenado por desconfiado.
442-La gallega Mari-Hernández. La firmeza en la hermosura.
MONCADA, Francisco de
405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.
MONTERDE, Francisco
870-Moctezuma II, señor del Anahuac.
MONTESQUIEU, Barón de
253-Grandeza y decadencia de los romanos.
862-Ensayo sobre el gusto.
MOORE, Tomás
1015-El epicúreo.
MORAND, Paul
16-Nueva York.
MORATÍN, Leandro Fernández de
335-La comedia nueva. El sí de las niñas.
MORETO, Agustín
119-El lindo don Diego. No puede ser el guardar una mujer.
MOURE-MARIÑO, Luis
1306-Fantasías reales. Almas de un protocolo. *
MUÑOZ, Rafael F.
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
896-¡Vámonos con Pancho Villa! *
MURRAY, Gilbert
1185-Esquilo. *
MUSSET, Alfredo de
492-Cuentos: Mimí Pinsón. El lunar. Croisilles. Pedro y Camila.
NAPOLEÓN III
798-Ideas napoleónicas.
NAVARRO Y LEDESMA, F.
401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedro. *
NERUDA, Jan
397-Cuentos de la Malà Strana.
NERVAL, Gerardo de
927-Silvia. La mano encantada. Noches de octubre.
NERVO, Amado
32-La amada inmóvil.
175-Plenitud.
211-Serenidad.
311-Elevación.
373-Poemas.
434-El arquero divino.
458-Perlas negras. Místicas.
NEWTON, Isaac
334-Selección.
NIETZSCHE, Federico
356-El origen de la tragedia.
NODIER, Carlos
933-Recuerdos de juventud.
NOEL, Eugenio
1327-España nervio a nervio. *
NOVALIS
1008-Enrique de Ofterdingen.
NOVÁS CALVO, Lino
194-Pedro Blanco, el Negrero. *
573-Cayo Canas.
NOVO, Salvador
797-Nueva grandeza mexicana.
NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvar
304-Naufragios y comentarios. *
OBLIGADO, Carlos
257-Los poemas de Edgar Poe.
848-Patria. Ausencia.
OBLIGADO, Pedro Miguel
1176-Antología poética.
OBLIGADO, Rafael
197-Poesías. *
OBREGÓN, Antonio de
1194-Villon, poeta del viejo París. *
O'HENRY
1184-Cuentos de Nueva York.
1256-El alegre mes de mayo y otros cuentos. *
OPPENHEIMER, R., y otros
987-Hombre y ciencia. *
ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, Pedro
695-Viaje del mundo. *
ORTEGA Y GASSET, José
1-La rebelión de las masas. *
11-El tema de nuestro tiempo.
45-Notas.
101-El libro de las misiones.
151-Ideas y creencias. *
181-Tríptico: Mirabeau o El político. Kant. Goethe.
201-Mocedades.
1322-Velázquez. *
1328-La caza y los toros.
1333-Goya.
1338-Estudios sobre el amor. *
1345-España invertebrada.
1350-Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela. *
1354-Meditación del pueblo joven.
1360-Meditación de la técnica.
1365-En torno a Galileo. *
1370-Espíritu de la letra. *
OSORIO LIZARAZO, J. A.
947-El hombre bajo la tierra. *
OVIDIO, Publio
995-Las heroidas *
1326-Las metamorfosis. *
OZANAM, Antonio F.
882-Poetas franciscanos de Italia en el siglo XIII.
939-Una peregrinación al país del Cid y otros escritos.
PALACIO VALDÉS, Armando
76-La hermana San Sulpicio. *
133-María y María. *
155-Los majos de Cádiz.
189-Riverita. *
218-Maximina. *
266-La novela de un novelista. *
277-José.
298-La alegría del capitán Ribot.
368-La aldea perdida. *
588-Años de juventud del doctor Angélico. *
PALMA, Ricardo
52-Tradiciones peruanas (1.ª selección).
132-Tradiciones peruanas (2.ª selección).
309-Tradiciones peruanas (3.ª selección).
PAPP, Desiderio
443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)
980-El problema del origen de los mundos.
PARDO BAZÁN, Condesa de
760-La sirena negra.
1243-Insolación.
1368-El saludo de las brujas.
PARRY, William E.
537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
PASCAL
96-Pensamientos.
PELLICO, Silvio
144-Mis prisiones.
PEMÁN, José María
234-Noche de levante en calma. Julieta y Romeo.
1240-Antología de poesía lírica.
PEPYS, Samuel
1242-Diario. *
PEREDA, José María de
58-Don Gonzalo González de la Gonzalera. *
414-Peñas arriba. *
436-Sotileza. *
454-El sabor de la tierruca. *
487-De tal palo, tal astilla. *
528-Pedro Sánchez. *
558-El buey suelto... *
PEREYRA, Carlos
236-Hernán Cortés. *
PÉREZ DE AYALA, Martín, y GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro
689-El Concilio de Trento.
PÉREZ DE AYALA, Ramón
147-Las máscaras. *
183-La pata de la raposa. *
198-Tigre Juan.
210-El curandero de su honra.
249-Poesías completas. *

PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán
725-Generaciones y semblanzas.
PÉREZ FERRERO, Miguel
1135-Vida de Antonio Machado y Manuel. *
PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor
531-Juárez, el Impasible.
807-Cuauhtemoc. (Vida y muerte de una cultura.) *
PFANDL, Ludwig
17-Juana la Loca.
PIGAFETTA, Antonio
207-Primer viaje en torno del globo.
PLA, Cortés
315-Galileo Galilei.
533-Isaac Newton. *
PLATÓN
44-Diálogos. *
220-La República o el Estado. *
639-Apología de Sócrates. Critón o El deber del ciudadano.
PLOTINO
985-El alma, la belleza y la contemplación.
PLUTARCO
228-Vidas paralelas: Alejandro-Julio César.
459-Vidas paralelas: Demóstenes-Cicerón. Demetrio-Antonio.
818-Vidas paralelas: Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa.
843-Vidas paralelas: Solón-Publícola. Temístocles-Camilo.
868-Vidas paralelas: Pericles-Fabio Máximo. Alcibíades-Coriolano.
918-Vidas paralelas: Arístides-Marco Catón. Filopemen-Tito Quincio Flaminino.
946-Vidas paralelas: Pirro-Cayo Mario. Lisandro-Sila.
969-Vidas paralelas: Cimón-Lúculo. Nicias-Marco Craso.
993-Vidas paralelas: Sertorio-Eumenes. Foción-Catón el Menor.
1019-Vidas paralelas: Agis-Cleomenes. Tiberio-Cayo Graco.
1043-Vidas paralelas: Dion-Bruto.
1095-Vidas paralelas: Timoleón-Paulo Emilio. Pelópidas-Marcelo.
1123-Vidas paralelas: Agesilao-Pompeyo.
1148-Vidas paralelas: Artajerjes-Arato. Galba-Otón.
POE, Edgard Allan
735-Aventuras de Arturo Gordon Pym. *
POINCARÉ, Henri
379-La ciencia y la hipótesis. *
409-Ciencia y método. *
579-Últimos pensamientos.
628-El valor de la ciencia.
POLO, Marco
1052-Viajes. *
PORTNER KOEHLER, R.
734-Cadáver en el viento. *
PRAVIEL, Armando
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
PRELAT, Carlos E., y ALSINA FUERTES, F.
1037-El mundo de la mecánica.
PRÉVOST, Abate
89-Manon Lescaut.
PRÉVOST, Marcel
761-El arte de aprender.
PRIETO, Jenaro
137-El socio.
PUIG, Ignacio
456-¿Qué es la física cósmica? *
990-La edad de la Tierra.
PULGAR, Fernando del
832-Claros varones de Castilla.
PUSCHKIN, A. S.
123-La hija del capitán. La nevasca.
1125-La dama de los tres naipes y otros cuentos.
1136-Dubrovskiy. La campesina señorita.
QUEVEDO, Francisco de
24-Historia de la vida del Buscón.
362-Antología poética.
536-Los sueños. *
626-Política de Dios y gobierno de Cristo. *
957-Vida de Marco Bruto.
QUILES, S. I., Ismael
467-Aristóteles. Vida. Escritos y doctrina.
527-San Isidoro de Sevilla.
874-Filosofía de la religión.
1107-Sartre y su existencialismo.
QUINCEY, Tomás de
1169-Confesiones de un comedor de opio inglés.*
1355-El asesinato considerado como una de las bellas artes. El coche correo inglés.
QUINTANA, Manuel José
388-Vida de Francisco Pizarro.
826-Vidas de españoles célebres: El Cid. Guzmán el Bueno. Roger de Lauria.
1352-Vidas de españoles célebres: El príncipe de Viana. Gonzalo de Córdoba.
RACINE, Juan
839-Athalia. Andrómaca.
RAINIER, P. W.
724-África del recuerdo. *
RAMÍREZ CABAÑAS, J.
358-Antología de cuentos mexicanos.
RAMÓN Y CAJAL, Santiago
90-Mi infancia y juventud. *
187-Charlas de café. *
214-El mundo visto a los ochenta años. *
227-Los tónicos de la voluntad. *
241-Cuentos de vacaciones. *
1200-La psicología de los artistas.
RAMOS, Samuel
974-Filosofía de la vida artística.
1080-El perfil del hombre y la cultura en México.
RANDOLPH, Marion
817-La mujer que amaba las lilas.
837-El buscador de su muerte. *
RAVAGE, M. E.
489-Cinco hombres de Francfort. *
REGA MOLINA, Horacio
1186-Antología poética.
REID, Mayne
317-Los tiradores de rifle. *
REISNER, Mary
664-La casa de telarañas. *
RENARD, Jules
1083-Diario.
RENOUVIER, Charles
932-Descartes.
REY PASTOR, Julio
304-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.
REYES, Alfonso
901-Tertulia de Madrid.
954-Cuatro ingenios.
1020-Trazos de historia literaria.
1054-Medallones.
REYLES, Carlos
88-El gaucho Florido.
208-El embrujo de Sevilla.
REYNOLDS LONG, Amelia
718-La sinfonía del crimen.
977-Crimen en tres tiempos.
1187-El manuscrito de Poe.
1353-Una vez absuelto... *
RICKERT, H.
347-Ciencia cultural y ciencia natural. *
RIVADENEIRA, Pedro de
634-Vida de Ignacio de Loyola. *
RIVAS, Duque de
46-Romances. *
656-Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo. *
1016-Don Álvaro o La fuerza del sino.
RODENBACH, Jorge
829-Brujas, la muerta.
RODEZNO, Conde de
841-Carlos VII, duque de Madrid.
RODÓ, José Enrique
866-Ariel.
ROJAS, Fernando de
195-La Celestina.
ROJAS, Francisco de
104-Del rey abajo, ninguno. Entre bobos anda el juego.
ROMANONES, Conde de
770-Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena.
1316-Salamanca. Conquistador de riqueza, gran señor.
1348-Amadeo de Saboya. *
ROMERO, Francisco
940-El hombre y la cultura.
ROMERO, José Luis
1117-De Herodoto a Polibio.
ROSENKRANTZ, Palle
534-Los gentileshombres de Lindenborg. *
ROSTAND, Edmundo
1116-Cyrano de Bergerac. *
ROUSSELET, Luis
327-Viaje a la India de los maharajahs.
ROUSSELOT, Xavier
965-San Alberto, Santo Tomás y San Buenaventura.
RUIZ DE ALARCÓN, Juan
68-La verdad sospechosa. Los pechos privilegiados.
RUIZ GUIÑAZÚ, Enrique
1155-La tradición de América. *
RUSKIN, John
958-Sésamo y lirios.
RUSSELL, Bertrand
23-La conquista de la felicidad.
RUSSELL WALLACE, A. de
313-Viaje al archipiélago malayo.
SÁENZ HAYES, Ricardo
329-De la amistad en la vida y en los libros.
SAFO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
SAID ARMESTO, Víctor
562-La leyenda de Don Juan. *
SAINT-PIERRE, Bernardino de
393-Pablo y Virginia.
SAINTE-BEUVE, Carlos de
1045-Retratos contemporáneos.
1069-Voluptuosidad. *
1109-Retratos de mujeres.
SAINZ DE ROBLES, F. C.
114-El «otro» Lope de Vega.
1334-Fabulario español.
SALINAS, Pedro
1154-Poemas escogidos.
SALOMÓN
464-El Cantar de los Cantares. (Versión de fray Luis de León.)
SALTEN, Félix
363-Los hijos de Bambi.
371-Bambi. (Historia de una vida del bosque.)
395-Renni «el salvador». *
SALUSTIO, Cayo
366-La conjuración de Catilina. La guerra de Jugurta.
SAMANIEGO, Félix María
632-Fábulas.
SAN AGUSTÍN
559-Ideario. *
1199-Confesiones. *
SAN FRANCISCO DE ASÍS
468-Las florecillas. El cántico del Sol. *
SAN FRANCISCO DE CAPUA
678-Vida de Santa Catalina de Siena. *
SAN JUAN DE LA CRUZ
326-Obras escogidas.
SÁNCHEZ-SÁEZ, Braulio
596-Primera antología de cuentos brasileños. *
SANDERS, George
657-Crimen en mis manos. *
SANTA CRUZ DE DUEÑAS, Melchor de
672-Floresta española.
SANTA MARINA, Luys
157-Cisneros.
SANTA TERESA DE JESÚS
86-Las moradas.
372-Su vida. *
636-Camino de perfección.
999-Libro de las fundaciones. *
SANTILLANA, Marqués de
552-Obras.
SANTO TOMÁS DE AQUINO
310-Suma teológica. (Selección.)
SANTO TOMÁS MORO
1153-Utopía.
SANZ EGAÑA, Cesáreo
1283-Historia y bravura del toro de lidia. *
SARMIENTO, Domingo F.
1058-Facundo. *
SCOTT, Walter
466-El pirata. *
877-El anticuario *
1232-Diario.
SCHIAPARELLI, Juan V.
526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
SCHILLER, J. C. F.
237-La educación estética del hombre.
SCHLESINGER, E. C.
955-La zarza ardiente. *
SCHMIDL, Ulrico
424-Derrotero y viaje a España y las Indias.
SCHULTEN, Adolf
1329-Los cántabros y astures y su guerra con Roma. *
SÉNECA
389-Tratados morales.
SHAKESPEARE, William
27-Hamlet.
54-El rey Lear.
87-Otelo. Romeo y Julieta.
109-El mercader de Venecia. Macbeth.
116-La tempestad. La doma de la bravía.
127-Antonio y Cleopatra.
452-Las alegres comadres de Windsor. La comedia de las equivocaciones.

INDICE DE AUTORES

488-Los dos hidalgos de Verona. Sueño de una noche de San Juan.
635-A buen fin no hay mal principio. Trabajos de amor perdidos. *
736-Coriolano.
769-El cuento de invierno.
792-Cimbelino.
828-Julio César. Pequeños poemas.
872-A vuestro gusto.
SHAW, Bernard
615-El carro de las manzanas.
630-Héroes. Cándida.
640-Matrimonio desigual.*
SHEEN, Monseñor Fulton J.
1304-El comunismo y la conciencia occidental. *
SHELLEY, Percy B.
1224-Adonais y otros poemas breves.
SIBIRIAK, Mamin
739-Los millones. *
SIENKIEWICZ, Enrique
767-Narraciones. *
845-En vano.
886-Hania. Orso. El manantial.
SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de
1033-Infortunios de Alonso Ramírez.
SILIÓ, César
64-Don Álvaro de Luna y su tiempo. *
SILVA, José Asunción
827-Poesías.
SILVA VALDÉS, Fernán
538-Cuentos del Uruguay.*
SIMMEL, Georges
38-Cultura femenina y otros ensayos.
SIMÓNIDES DE CEOS y otros
1332-Poetas líricos griegos.
SLOCUM, Joshua
532-A bordo del «Spray». *
SÓFOCLES
835-Ayante. Electra. Las traquinianas.
SOFOVICH, Luisa
1162-Biografía de la Gioconda.
SOLALINDE, Antonio G.
154-Cien romances escogidos.
169-Antología de Alfonso X el Sabio. *
SOLÍS, Antonio
699-Historia de la conquista de Méjico. *
SOPEÑA, Federico
1217-Vida y obra de Franz Liszt.
SOREL, Cecilia
1192-Las bellas horas de mi vida. *
SOUBRIER, Jacques
867-Monjes y bandidos. *
SOUVIRON, José María
1178-La luz no está lejos.*
SPENGLER, O.
721-El hombre y la técnica y otros ensayos.
1323-Años decisivos. *
SPINELLI, Marcos
834-Misión sin gloria. *
SPRANGER, Eduardo
824-*Cultura y educación. (Parte histórica.)
876-**Cultura y educación. (Parte temática.)
STAËL, Madame de
616-Reflexiones sobre la paz.
655-Alemania.
742-Diez años de destierro. *
STARK, L. M.; PRICE, G. A.; HILL, A. V., y otros
944-Ciencia y civilización. *
STARKIE, Walter
1362-Aventuras de un irlandés en España. *
STENDHAL
815-*Historia de la pintura en Italia. (Escuela florentina. Renacimiento. De Giotto a Leonardo. Vida de Leonardo de Vinci.)
855-**Historia de la pintura en Italia. (De la belleza ideal en la antigüedad. Del bello ideal moderno. Vida de Miguel Ángel.) *
909-Vida de Rossini.
1152-Vida de Napoleón. (Fragmentos.) *
1248-Diario.
STEVENSON, Robert L.
7-La isla del tesoro.
342-Aventuras de David Balfour. *
566-La flecha negra. *
627-Cuentos de los mares del Sur.
666-A través de las praderas.
776-El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde. Olalla.
1118-El príncipe Otón. *
1146-El muerto vivo. *
1222-El tesoro de Franchard. Las desventuras de John Nicholson.
STOKOWSKI, Leopoldo
591-Música para todos nosotros. *
STONE, I. P. de
1235-Burbank, el mago de las plantas.
STORM, Theodor
856-El lago de Immen.
STORNI, Alfonsina
142-Antología poética.
STRINDBERG, Augusto
161-El viaje de Pedro el Afortunado.
SUÁREZ, S. J., Francisco
381-Introducción a la metafísica. *
1209-Investigaciones metafísicas. *
1273-Guerra. Intervención. Paz internacional. *
SWIFT, Jonatán
235-Viajes de Gulliver. *
SYLVESTER, E.
483-Sobre la índole del hombre.
934-Yo, tú y el mundo.
TÁCITO
446-Los Anales: Augusto-Tiberio. *
462-Historias. *
1085-Los Anales: Claudio-Nerón. *
TAINE, Hipólito A.
115-*Filosofía del arte.
448-Viaje a los Pirineos. *
505-**Filosofía del arte. *
1177-Notas sobre París. *
TALBOT, Hake
690-Al borde del abismo. *
TAMAYO Y BAUS, M.
545-La locura de amor. Un drama nuevo. *
TASSO, Torcuato
966-Noches.
TEJA ZABRE, A.
553-Morelos. *
TELEKI, José
1026-La corte de Luis XV.
TEÓCRITO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
TEOFRASTO, EPICTETO, CEBES
733-Caracteres morales. Enquiridión o máximas. La tabla de Cebes.
TERENCIO AFER, Publio
729-La Andriana. La suegra. El atormentador de sí mismo.
743-Los hermanos. El eunuco. Formión.
TERTULIANO, Q. S.
708-Apología contra los gentiles.
THACKERAY, W. M.
542-Catalina.
1098-El viudo Lovel.
1218-Compañeras del hombre. *
THIERRY, Agustín
589-Relatos de los tiempos merovingios. *
THOREAU, Henry D.
904-Walden o Mi vida entre bosques y lagunas. *
TICKNOR, Jorge
1089-Diario.
TIEGHEM, Paul van
1047-Compendio de historia literaria de Europa. *
TIMONEDA, Juan
1129-El patrañuelo.
TIRTEO y otros
1332-Poetas líricos griegos.
TOEPFFER, R.
779-La biblioteca de mi tío
TOLSTOI, León
554-Los cosacos.
586-Sebastopol.
TORRES BODET, Jaime
1236-Poesías escogidas.
TORRES VILLARROEL
822-Vida. *
TOVAR, Antonio
1272-Un libro sobre Platón.
TURGUENEFF, Iván
117-Relatos de un cazador.
134-Anuchka. Fausto.
482-Lluvia de primavera. Remanso de paz. *
TWAIN, Mark
212-Las aventuras de Tom Sawyer.
649-El hombre que corrompió a una ciudad.
679-Fragmentos del diario de Adán. Diario de Eva.
698-Un reportaje sensacional y otros cuentos.
713-Nuevos cuentos.
1049-Tom Sawyer, detective. Tom Sawyer, en el extranjero.
UNAMUNO, Miguel de
33-Vida de Don Quijote y Sancho. *
70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
99-Niebla.
112-Abel Sánchez.
122-La tía Tula.
141-Amor y pedagogía.
160-Andanzas y visiones españolas. *
179-Paz en la guerra. *
199-El espejo de la muerte.
221-Por tierras de Portugal y de España.
233-Contra esto y aquello.
254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.
286-Soliloquios y conversaciones.
299-Mi religión y otros ensayos breves.
323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
336-De mi país.
403-En torno al casticismo.
417-El caballero de la Triste Figura.
440-La dignidad humana.
478-Viejos y jóvenes.
499-Almas de jóvenes.
570-Soledad.
601-Antología poética.
647-El otro. El hermano Juan.
703-Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana.
781-El Cristo de Velázquez.
900-Visiones y comentarios.
UP DE GRAFF, F. W.
146-Cazadores de cabezas del Amazonas. *
URABAYEN, Félix
1361-Bajo los robles navarros.
URIBE PIEDRAHÍTA, César
314-Toá.
VALDÉS, Juan de
216-Diálogo de la lengua.
VALLE, R. H.
477-Imaginación de México.
VALLE-ARIZPE, Artemio de
53-Cuentos del México antiguo.
340-Leyendas mexicanas.
881-En México y en otros siglos.
1067-Fray Servando. *
1278-De la Nueva España.
VALLE-INCLÁN, Ramón del
105-Tirano Banderas.
271-Corte de amor.
302-Flor de santidad. El marqués de Bradomín.
415-Voces de gesta. Cuento de abril.
430-Sonata de primavera. Sonata de estío.
441-Sonata de otoño. Sonata de invierno.
460-Los cruzados de la Causa.
480-El resplandor de la hoguera.
520-Gerifaltes de antaño.
555-Jardín umbrío.
621-Claves líricas.
651-Cara de Plata.
667-Águila de blasón.
681-Romance de lobos.
811-La lámpara maravillosa.
1296-La corte de los milagros. *
1300-Viva mi dueño. *
1307-Luces de bohemia.
1311-Baza de espadas. *
1315-Tablado de marionetas. *
1320-Divinas palabras.
1325-Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte. *
1331-La marquesa Rosalinda.
1337-Martes de Carnaval. *
VALLERY-RADOT, René
470-Madame Pasteur. (Elogio de un librito, por Gregorio Marañón.)
VAN DINE
176-La serie sangrienta.
VARIOS
319-Frases.
1166-Relatos diversos de cartas de jesuitas. (1634-1648.)
VASCONCELOS, José
802-La raza cósmica. *
961-La sonata mágica.
1091-Filosofía estética.
VÁZQUEZ, Francisco
512-Jornada de Omagua y Dorado. (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)
VEGA, El Inca Garcilaso de la
324-Comentarios reales. (Selección.)
VEGA, Garcilaso de la
63-Obras.
VEGA, Ventura de la
484-El hombre de mundo. La muerte de César. *
VELA, Fernando
984-El grano de pimienta.
VÉLEZ DE GUEVARA, Luis
975-El Diablo Cojuelo.
VERGA, G.
1244-Los Malasangre. *

VERLAINE, Paul
1088-Fiestas galantes. Romanzas sin palabras. Sensatez.
VICO, Giambattista
836-Autobiografía.
VIGNY, Alfredo de
278-Servidumbre y grandeza militar.
748-Cinq-Mars. *
1173-Stello. *
VILLALÓN, Cristóbal de
246-Viaje de Turquía. *
264-El crotalón. *
VILLA-URRUTIA, Marqués de
57-Cristina de Suecia.
VILLEBOEUF, André
1284-Serenatas sin guitarra. *
VILLIERS DE L'ISLE-ADAM, Conde de
833-Cuentos crueles. *
VINCI, Leonardo de
353-Aforismos.
650-Tratado de la pintura. *
VIRGILIO
203-Églogas. Geórgicas.
1022-La Eneida. *
VITORIA, Francisco de
618-Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra.
VIVES, Luis
128-Diálogos.
138-Instrucción de la mujer cristiana.
272-Tratado del alma. *
VOSSLER, Carlos
270-Algunos caracteres de la cultura española.
455-Formas literarias en los pueblos románicos.
511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565-Fray Luis de León.
624-Estampas del mundo románico.
644-Jean Racine.
694-La Fontaine y sus fábulas.
771-Escritores y poetas de España.
WAGNER, Ricardo
785-Epistolario a Matilde Wasendonk.
1145-La poesía y la música en el drama del futuro.
WAGNER, Ricardo, y LISZT, Franz
763-Correspondencia.
WAKATSUKI, Fukuyiro
103-Tradiciones japonesas.
WALSH, William Thomas
504-Isabel la Cruzada. *
WALSHE, Seamus, y HATCH, Alden
1335-Corona de gloria. Vida del papa Pio XII. *
WALLON, H.
539-Juana de Arco. *
WASSILIEW, A. T.
229-Ochrana. *
WAST, Hugo
80-El camino de las llamas.
WATSON WATT, R. A.
857-A través de la casa del tiempo o El viento, la lluvia y seiscientas millas más arriba.
WECHSBERG, Joseph
697-Buscando un pájaro azul. *
WELLS, H. G.
407-La lucha por la vida. *
WHITNEY, Phyllis A.
584-El rojo es para el asesinato. *
WILDE, José Antonio
457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
WILDE, Óscar
18-El ruiseñor y la rosa.
65-El abanico de lady Windermere. La importancia de llamarse Ernesto.
604-Una mujer sin importancia. Un marido ideal. *
629-El crítico como artista. Ensayos. *
646-Balada de la cárcel de Reading. Poemas.
683-El fantasma de Canterville. El crimen de lord Arturo Sávile.
WILSON, Mona
790-La reina Isabel.
WILSON, Sloan
780-Viaje a alguna parte. *
WISEMAN, Cardenal
1028-Fabiola. *
WYNDHAM LEWIS, D. B.
42-Carlos de Europa, emperador de Occidente. *
WYSS, Juan Rodolfo
437-El Robinsón suizo. *
YÁÑEZ, Agustín
577-Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas.
YEBES, Condesa de
727-Spínola el de las lanzas y otros retratos históricos. Ana de Austria. Luisa Sigea. Rosmithal.
ZAMORA VICENTE, Alonso
1061-Presencia de los clásicos.
1287-Voz de la letra.
ZORRILLA, José
180-Don Juan Tenorio. El puñal del godo.
439-Leyendas y tradiciones.
614-Antología de poesías líricas. *
1339-El zapatero y el rey. *
1346-Traidor, inconfeso y mártir. La calentura.
ZUNZUNEGUI, Juan Antonio de
914-El barco de la muerte. *
981-La úlcera. *
1084- * Las novelas de la quiebra: Ramón o La vida baldía. *
1097-** Las novelas de la quiebra: Beatriz o La vida apasionada. *
1319-El chiplichandle. (Acción picaresca.) *
ZWEIG, Stefan
273-Brasil. *
541-Una partida de ajedrez. Una carta.
1149-La curación por el espíritu. Introducción. Mesmer.
1172-Nuevos momentos estelares.
1181-La curación por el espíritu: Mary Baker-Eddy S. Freud. *


98476
VRV
863.6
Sil
cue

Printed in Spain